

OBRAS COMPLETAS

DEL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

TOMO XVIII.

MEMORIAS

DE S. A. R.

EL DUQUE DE BERRY,

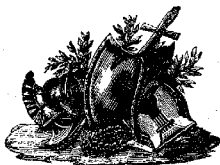
Y

LOS CUATRO ESTUARDOS,

POR EL VIZCONDE

DE CHATEAUBRIAND.

Tomo único.



VALENCIA:

IMPRESA

DE D. MARIANO DE CABRERIZO.

(Editor.)

1845.

PRÓLOGO.

Mis obras históricas se componen del Ensayo sobre las revoluciones, de las Memorias pertenecientes á la vida y muerte del señor duque de Berry, de una Noticia sobre la guerra de la Vandé, y de mis Discursos que sirven de introduccion á la historia de Francia: estos discursos forman la base de mi Historia de Francia propiamente dicha.

No quiero decir con esto que en mis obras literarias y en mis viajes no se hallen tambien algunos trozos históricos; entre otros el último capítulo sobre el porvenir de las naciones, en el Jenio del Cristianismo; y la Muerte de San Luis, en el Itinerario á Jerusalem; pero estos trozos, no estando aislados, no pueden publicarse separadamente.

Al frente de mis Discursos de introduccion á la Historia de Francia he colocado mi prólogo jeneral sobre la Historia. Solo me resta ahora decir cuatro palabras sobre el presente tomo que doy á luz, el cual, con la Historia de la vida y muerte del señor duque de Berry contiene tambien el escrito intitulado: Los cuatro Estuardos.

He presentado á la familia real en los días de su dolor; no le faltarán pintores para los días de su prosperidad: si mis retratos no son de un pincel maestro, al menos tendrán la semejanza. El que hoy día es REX, ¿no ha sido siempre el príncipe, cuya conciencia nada tiene que ocultar en el mundo? El señor duque de Angulema, actualmente delfín, ¿no es siempre el justo, de cuya fe hay toda seguridad? Madama, que hoy es delfina, jamás ha cesado de ser la heroína delineada en estos rasgos: »¿Que le importan los peligros? ¿Hay »algun género de dolor que no haya sufrido, ó adversidad que la haya intimidado? Acostumbrada está á »mirar de frente á la revolución: no era la primera vez »que la hija de Luis XVI y de Maria Antonieta cuidaba cariñosamente de un hermano moribundo.»

He recibido, por un trabajo inferior al objeto, una recompensa que aprecio mas que todos los bienes y honores del mundo: la madre del duque de Burdeos, joven princesa, encanto y amor de la Francia, ha sepultado las Memorias con el noble corazón que fue herido de un puñal: ¿por que no me ha de ser dado reanimarlo?

Se han unido á las Memorias sobre el señor duque de Berry piezas justificativas importantes: son las cartas de Luis XVIII, de Carlos X, del delfín, del duque de Berry, del príncipe de Condé.

Después de la restauracion ha estado muy en boga

hablar de los Estuardos, oyendo resonar continuamente en la tribuna su nombre; y con este motivo he procurado indagar lo que se debía creer de esta notable historia.

El Ensayo histórico prueba que me he ocupado mas de una vez del reinado de Carlos I, y que escribí su historia completa. Muchas veces he leído con atencion las Memorias latinas é inglesas de los contemporáneos sobre la materia: los historiadores de nuestra época, Guizot, Lingard, y Mazuré, han iluminado mi marcha, y apoyado mi instruccion; y he desenterrado algunos documentos poco conocidos. De todo esto ha resultado, no una historia de los Estuardos, que no queria escribir, sino un tratado, en donde los hechos se colocan para sacar de ellos consecuencias políticas. Unas veces la narracion es corta, cuando no se presenta ningun objeto de reflexiones, ó no está encadenado por el interes de los acontecimientos; otras veces es difusa ó larga, cuando las reflexiones manan con abundancia, ó cuando son patéticos los sucesos. No hay persona alguna que no haya leído alguna relacion de la muerte de Carlos I: creo, pues, que algunos lijeros detalles que los historiadores desdenaron, sorprenderán á los lectores en la politica histórica; verán, por ejemplo, en las argollas selladas en el patibulo, en los dos hombres enmascarados, &c., noticias consignadas en el proceso de los rejeidas, y que añaden espanto á la escena.

He procurado hacer sentir las principales semejanzas y diferencias de dos revoluciones, de la de 1640 y 1688, y de la revolucion de 1789 y de 1814. Me propuse señalar los escollos, para que puedan evitarse fácilmente; pero el hombre pervierte con frecuencia las cosas segun su uso, y cuando uno cree presentarle lecciones, no hace otra cosa que ofrecerle ejemplos.

MEMORIAS,

CARTAS Y DOCUMENTOS AUTÉNTICOS

CONCERNIENTES A LA VIDA Y MUERTE

DE S. A. R.

CARLOS FERNANDO DE ARTOIS,

INFANTE DE FRANCIA,

DUQUE DE BERRY.

ADVERTENCIA

DE LA PRIMERA EDICION.

Para componer estas *Memorias* hemos tenido á la vista los documentos originales mas preciosos, como se verá claramente por los mismos que citaremos enteros en el discurso de la obra. Varias personas, á quienes no tenemos el honor de conocer, han tenido tambien la bondad de enviarnos algunas advertencias, á cuyo favor les estamos agradecidos. En cuanto á las obras impresas, nos hemos valido de la excelente coleccion conocida bajo el nombre de *Memorias para servir á la historia de la casa de Condé*, igualmente que de la obra del marques de Ecquevilly, *Campañias del cuerpo que estuvo bajo las órdenes de S. A. R. el príncipe de Condé*, lo cual nos ha suministrado una série de datos y hechos exactos. Hemos consultado ademas el *Monitor*, los periódicos y otros varios escritos que se han publicado en Francia, Inglaterra y Alemania. Finalmente, he-

mos leído con toda atención cuanto el celo y talento han dado á luz en estos últimos tiempos acerca de la vida y muerte del señor duque de Berry. Estas Memorias servirán algún día á los historiadores que quisieren escribir sobre los acontecimientos de nuestro tiempo, y darán á conocer desde ahora á los que tal vez lo ignoran, cuál era la ocupación de los Borbones en una época en que la revolución procuraba justificar sus crímenes con calumnias, para que estas mismas sirviesen de pretexto en lo sucesivo á sus atrocidades.

MEMORIAS,

DE S. A. R.

EL DUQUE DE BERRY.

PRIMERA PARTE.

VIDA DE S. A. R. EL SEÑOR DUQUE DE BERRY
FUERA DE FRANCIA.

LIBRO PRIMERO.

EDUCACION Y EMIGRACION DEL PRÍNCIPE: SU VIDA
MILITAR HASTA LA RETIRADA DEL EJÉRCITO DE CONDÉ
A POLONIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Esposicion.

Luis XIV bajó al sepulcro llevándose consigo el esplendor de la monarquía. El rejente dejó que se perdiesen las costumbres: príncipe tan valiente como sensual, no permitía que se le turbase en sus placeres; pero supo mantener la paz hasta donde llegó su fuerza. En el reinado de Luis XV se cambió el orden natural de las cosas: los hombres de estado pasaron á la medianía, y los particulares á la superioridad. Cesó por entonces para el resto de Europa la historia de

MEMORIAS,

DE S. A. R.

EL DUQUE DE BERRY.

PRIMERA PARTE.

VIDA DE S. A. R. EL SEÑOR DUQUE DE BERRY
FUERA DE FRANCIA.

LIBRO PRIMERO.

EDUCACION Y EMIGRACION DEL PRÍNCIPE: SU VIDA
MILITAR HASTA LA RETIRADA DEL EJÉRCITO DE CONDÉ
A POLONIA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Esposicion.

Luis XIV bajó al sepulcro llevándose consigo el esplendor de la monarquía. El rejente dejó que se perdiesen las costumbres: príncipe tan valiente como sensual, no permitía que se le turbase en sus placeres; pero supo mantener la paz hasta donde llegó su fuerza. En el reinado de Luis XV se cambió el orden natural de las cosas: los hombres de estado pasaron á la medianía, y los particulares á la superioridad. Cesó por entonces para el resto de Europa la historia de

Francia, pues quedó limitada al gabinete de los ministros, á las salas de las cortesanas, y á la sociedad de los literatos. Exaltáronse las vanidades, que son entre nosotros el principio de todos los crímenes. La holgazanería luchaba con la rijidez de las doctrinas: la monarquía se iba convirtiendo en república, porque la licencia de las costumbres llevaba consigo la independencia de las opiniones. Y últimamente la revolución precipitó á la Francia en el abismo en que ha vivido por espacio de treinta años. Hubiera sido devorada en esta caverna de leones si no la hubiesen protejido con las virtudes de algunos justos, descendientes de la sangre de los reyes.

No dudamos que hemos sido rescatados por los méritos de los hijos de San Luis; pues cuando la sangre de los Borbones dejó de correr para nuestra gloria, se derramó para nuestra salvación: acaba de ofrecerse un nuevo holocausto. Las jeneraciones presentes, tan acostumbradas á los homicidios, se acuerdan todavía del asesinato de Enrique IV por Ravallac. ¿Quieren estas formar una idea de la gravedad del último sacrificio? ¿Quieren saber la magnitud é importancia del asesinato ejecutado en la persona del señor duque de Berry? Pues para esto es preciso conocer antes la jenealogía de este príncipe.

CAPÍTULO II.

De los Borbones.

San Luis tuvo seis hijos. Sucedióle en el trono el mayor, llamado Felipe el Atrevido, y su posteridad

Francia, pues quedó limitada al gabinete de los ministros, á las salas de las cortesanas, y á la sociedad de los literatos. Exaltáronse las vanidades, que son entre nosotros el principio de todos los crímenes. La holgazanería luchaba con la rijidez de las doctrinas: la monarquía se iba convirtiendo en república, porque la licencia de las costumbres llevaba consigo la independencia de las opiniones. Y últimamente la revolución precipitó á la Francia en el abismo en que ha vivido por espacio de treinta años. Hubiera sido devorada en esta caverna de leones si no la hubiesen protejido con las virtudes de algunos justos, descendientes de la sangre de los reyes.

No dudamos que hemos sido rescatados por los méritos de los hijos de San Luis; pues cuando la sangre de los Borbones dejó de correr para nuestra gloria, se derramó para nuestra salvación: acaba de ofrecerse un nuevo holocausto. Las jeneraciones presentes, tan acostumbradas á los homicidios, se acuerdan todavía del asesinato de Enrique IV por Ravallac. ¿Quieren estas formar una idea de la gravedad del último sacrificio? ¿Quieren saber la magnitud é importancia del asesinato ejecutado en la persona del señor duque de Berry? Pues para esto es preciso conocer antes la jenealogía de este príncipe.

CAPÍTULO II.

De los Borbones.

San Luis tuvo seis hijos. Sucedióle en el trono el mayor, llamado Felipe el Atrevido, y su posteridad

le ocupó hasta la muerte de Enrique III. Roberto, último hijo de San Luis, y conde de Clermont, casó con Beatriz de Borgoña, hija única de Juan de Borgoña y de Ines de Borbon, que era la heredera de la rama principal ó primojénita de los señores de Borbon, linaje antiguo, llamado de los *Archambaults*, de la cual tomó origen la segunda casa de los condes de Flandes, siendo el primero Guillelmo de Dampierre.

Cárlos el Hermoso elevó á ducado par el condado de Borbon para Luis I, conde de Clermont, hijo primojénito de Roberto. Cárlos obligó á Luis á que dejase el apellido de Clermont y tomase el de Borbon, porque queria reunir á la corona los dominios de Clermont, en donde habia nacido, y que fueron cedidos por San Luis á su hijo Roberto. Felipe de Valois devolvió el condado de Clermont á los descendientes de Roberto; pero el apellido de Borbon permaneció en esta rama real. En la cédula de institucion del ducado de Borbon, hecha por Cárlos el Hermoso, se leen estas palabras de profecía: »El rey ha elevado á ducado par el condado de »Borbon en consideracion á las riquezas, servicios y generosidad de los príncipes de esta casa. Siendo, como »son, de sangre real, tiene á mucho honor el ensalzarnos, y espera que la grandeza de estos príncipes »sostendrá á sus sucesores.»

Asi es como Dios, dividiendo los hijos de Roberto el Fuerte en dos familias, en la persona de San Luis, dió á la una un cetro, y reservó á la otra un rango menos elevado, para conservar en ella aquellas virtudes que algunas veces se pierden en el trono. Habiendo sido súbditos antes que reyes, los Borbones llegaron

á saber morir por los franceses antes que los franceses muriesen por ellos. Pedro de Borbon fue muerto en la batalla de Poitiers; Luis de Borbon en la de Azincourt; Francisco de Borbon en la de Santa Brijida, y Antonio de Borbon en el sitio de Ruan. Las mujeres de esta familia dieron grandes monarcas á la Francia, mientras llegaba el reinado de la línea masculina. Margarita de Borbon, duquesa de Saboya, fue abuela de Francisco I. Cuando los Borbones se hallaban enlazados con mas de ochocientas familias militares, en que estaba encerrado todo el heroismo de la sangre francesa, deparó la Providencia á Enrique IV y á los Condés.

CAPÍTULO III.

Grandeza de la casa de Francia.

Aunque no poseyese la Francia mas que esta casa, cuya majestad asombra, podríamos envanecernos de esta gloria en comparacion de todas las demas naciones, desafiando á la misma historia. Reinaban ya los Capetos, cuando no eran mas que súbditos los demas soberanos de Europa. Los vasallos de nuestros reyes han llegado á ser reyes: los unos han conquistado la Inglaterra; los otros han reinado en Escocia: estos han arrojado de España é Italia á los sarracenos; aquellos han formado los estados de Portugal, de Nápoles y de Sicilia. La Navarra y la Castilla; los tronos de Leon y de Aragon; los reinos de Armenia⁴, de Constantinopla y Jerusalem, han sido ocupados por principes de la sangre de Capeto. En 1380 se componia la casa de

á saber morir por los franceses antes que los franceses muriesen por ellos. Pedro de Borbon fue muerto en la batalla de Poitiers; Luis de Borbon en la de Azincourt; Francisco de Borbon en la de Santa Brijida, y Antonio de Borbon en el sitio de Ruan. Las mujeres de esta familia dieron grandes monarcas á la Francia, mientras llegaba el reinado de la línea masculina. Margarita de Borbon, duquesa de Saboya, fue abuela de Francisco I. Cuando los Borbones se hallaban enlazados con mas de ochocientas familias militares, en que estaba encerrado todo el heroismo de la sangre francesa, deparó la Providencia á Enrique IV y á los Condés.

CAPÍTULO III.

Grandeza de la casa de Francia.

Aunque no poseyese la Francia mas que esta casa, cuya majestad asombra, podríamos envanecernos de esta gloria en comparacion de todas las demas naciones, desafiando á la misma historia. Reinaban ya los Capetos, cuando no eran mas que súbditos los demas soberanos de Europa. Los vasallos de nuestros reyes han llegado á ser reyes: los unos han conquistado la Inglaterra; los otros han reinado en Escocia: estos han arrojado de España é Italia á los sarracenos; aquellos han formado los estados de Portugal, de Nápoles y de Sicilia. La Navarra y la Castilla; los tronos de Leon y de Aragon; los reinos de Armenia⁴, de Constantinopla y Jerusalem, han sido ocupados por principes de la sangre de Capeto. En 1380 se componia la casa de

Francia de mas de quince ramas; y cinco monarcas de esta misma casa reinaban á un mismo tiempo en seis monarquías diferentes, sin contar con un duque de Bretaña y otro de Borgoña. En suma, una sola familia ha producido ciento y catorce soberanos, treinta y seis reyes de Francia desde Eudes hasta Luis XVIII; veintidos reyes de Portugal; once reyes de Nápoles y de Sicilia; cuatro reyes de todas las Españas é Indias; tres reyes de Hungría, tres emperadores de Constantinopla; tres reyes de Navarra de la rama de Eyreux, y Antonio de la casa de Borbon; diezisiete duques de Borgoña de la primera y segunda casa; doce duques de Bretaña, dos duques de Lorena y de Bar: y debemos recordar que en esta mas bien nacion que familia de reyes, ha habido una multitud de hombres ilustres; pues estos soberanos nos han trasmitido sus nombres con unos títulos que la posteridad ha reconocido como auténticos: unos se han llamado *Augusto*, *Santo*, *Piadoso*, *Grande*, *Cortés*, *Valiente*, *Sábio*, *Victorioso*, *Querido*: otros *Padre del pueblo*, *Padre de las letras*. Aunque se ha escrito por vituperio (dice un historiador antiguo) (1) que todos los retrates de los buenos reyes podrian colocarse fácilmente en un anillo, mejor podria decirse esto de los malos reyes de Francia, por ser tan corto su número. Reinando esta familia real se han disipado las tinieblas de la barbarie; se ha formado la lengua; las letras y las artes han producido sus obras maestras; nuestras ciudades se han hermoseedo; se han levantado nuestros monumentos;

(1) Du Tillet, *Coleccion de los reyes de Francia*.

se han abierto nuestros caminos; se han formado nuestros puertos; nuestros ejércitos han admirado á la Europa y á la Asia, y nuestras escuadras han cubierto ambos mares. Añádase á esto mas de mil años de antigüedad en esta familia; pero ¡ah! la revolucion ha entregado toda esta gloria al cuchillo de Louvel.

CAPÍTULO IV.

Nacimiento é infancia del duque de Berry.

La Francia llorará por mucho tiempo la muerte del duque de Berry, y podrá decir de él lo que Plutarco dijo de Philopemenes con respecto á la Grecia: »La Grecia le amó singularmente como al último hombre virtuoso que ella habia producido en su vejez.» Nació en Versalles en 24 de Enero de 1778. Fue su padre Carlos Felipe de Francia, conde de Artois, hoy **MONSIEUR**, hermano del rey, y su madre María Teresa de Saboya. Su hermano mayor Luis Antonio de Francia, duque de Angulema, habia nacido en Versalles en 6 de Agosto de 1775, y tenia por consiguiente dos años, seis meses y dieziocho dias mas que él.

La condesa de Coumont fue aya del señor duque de Berry. La primera infancia de este príncipe fue penosa. A la edad de cinco años y medio se encargó su educacion al duque de Serent, que ya desempeñaba el cargo de ayo del duque de Angulema. Este respectable anciano hace pocos meses que se consolaba de la pérdida de sus dos hijos, verificada en las guerras de Bretaña, viendo prosperar á los otros dos hijos que ha-

se han abierto nuestros caminos; se han formado nuestros puertos; nuestros ejércitos han admirado á la Europa y á la Asia, y nuestras escuadras han cubierto ambos mares. Añádase á esto mas de mil años de antigüedad en esta familia; pero ¡ah! la revolucion ha entregado toda esta gloria al cuchillo de Louvel.

CAPÍTULO IV.

Nacimiento é infancia del duque de Berry.

La Francia llorará por mucho tiempo la muerte del duque de Berry, y podrá decir de él lo que Plutarco dijo de Philopemenes con respecto á la Grecia: »La Grecia le amó singularmente como al último hombre virtuoso que ella habia producido en su vejez.» Nació en Versalles en 24 de Enero de 1778. Fue su padre Carlos Felipe de Francia, conde de Artois, hoy **MONSIEUR**, hermano del rey, y su madre María Teresa de Saboya. Su hermano mayor Luis Antonio de Francia, duque de Angulema, habia nacido en Versalles en 6 de Agosto de 1775, y tenia por consiguiente dos años, seis meses y dieziocho dias mas que él.

La condesa de Coumont fue aya del señor duque de Berry. La primera infancia de este príncipe fue penosa. A la edad de cinco años y medio se encargó su educacion al duque de Serent, que ya desempeñaba el cargo de ayo del duque de Angulema. Este respectable anciano hace pocos meses que se consolaba de la pérdida de sus dos hijos, verificada en las guerras de Bretaña, viendo prosperar á los otros dos hijos que ha-

bia criado para la Francia: hoy le ha faltado ya este consuelo.

Estos príncipes fueron á establecerse para su educacion en Beauregard, que es un sitio real en donde se ve uno de aquellos grandes bosques (1), conservados en Francia en todos tiempos para adorno de las casas de campo. Este sitio y sus jardines existen todavia, como tambien un estanque de agua, en cuya construccion trabajaron los príncipes.

En esta soledad, inmediata á las pompas de Versalles próximas ya á cesar, fue donde el duque de Serrent preparó, sin saberlo, contra los rigores del infortunio, á los que él pensaba que solo debia defender contra las seducciones de la prosperidad. Los tenientes de ayo de estos tiernos príncipes fueron MM. de Buffevent, de la Bourdonnaye y de Arbouville. Tuvieron por sub-preceptores al abate Marie, sábio matemático, y al abate Guénée, que ha sabido volver contra Voltaire el arma con que este grande ingenio atacaba á la religion. Cuando estos ilustres alumnos volvieron á Francia, no se habian olvidado de sus preceptores: despues de veinticinco años de destierro y de la caida de un imperio, se acordaron, en medio de tantas cosas como tenian que recordar, del hombre de bien de quien habian recibido las lecciones. Estos piadosos discípulos hicieron erijir en Fontainebleau, en donde murió el abate Guénée, un monumento á su memoria: enternece el verles sostener con una mano el trono res-

(1) *Arbores quae ab antiquo servatae et fotae fuerunt propter decorem et amoenitatem maneriorum.* (Ordenanzas de los reyes de Francia).

tablecido, y levantar con la otra el sepulcro de su humilde maestro.

CAPÍTULO V.

Rasgos de la infancia del príncipe.

Los dos hermanos manifestaban inclinaciones diferentes: el señor duque de Angulema tenía una inclinación decidida á las ciencias, y el señor duque de Berry á las artes. Éste presentaba como una mezcla de la índole de los Borbones y de los Valois; por lo respectivo á su madre y sus abuelas parece que había adquirido el carácter italiano.

Se cuentan mil rasgos ingeniosos de su infancia. Era fogoso como el discípulo de Fenelon; pero lleno de agudezas, de ingenio y de efusiones de alma. Fue niño gracioso y de rostro bastante colorado. Era agradable y alegre en todas sus acciones pueriles (1). Le leyeron un día á este príncipe siendo niño algunas escenas del *Misanthropo*. Al día siguiente uno de los maestros compuso una fábula. La moral de ésta se reducía á indicar que el duque de Berry nada aprendía, y á manifestar que no se acordaba de lo que leía. El maestro, despues de haberla acabado, preguntó á S. A. R. qué le parecía de aquella composición. El niño respondió al momento francamente: es muy buena para ponerla en el gabinete.

Cierto Mr. Rochon, maestro de escribir de estos tiernos príncipes, había sufrido una pérdida considera-

(1) *Memorias de Boucault.*

tablecido, y levantar con la otra el sepulcro de su humilde maestro.

CAPÍTULO V.

Rasgos de la infancia del príncipe.

Los dos hermanos manifestaban inclinaciones diferentes: el señor duque de Angulema tenía una inclinación decidida á las ciencias, y el señor duque de Berry á las artes. Éste presentaba como una mezcla de la índole de los Borbones y de los Valois; por lo respectivo á su madre y sus abuelas parece que había adquirido el carácter italiano.

Se cuentan mil rasgos ingeniosos de su infancia. Era fogoso como el discípulo de Fenelon; pero lleno de agudezas, de ingenio y de efusiones de alma. Fue niño gracioso y de rostro bastante colorado. Era agradable y alegre en todas sus acciones pueriles (1). Le leyeron un día á este príncipe siendo niño algunas escenas del *Misanthropo*. Al día siguiente uno de los maestros compuso una fábula. La moral de ésta se reducía á indicar que el duque de Berry nada aprendía, y á manifestar que no se acordaba de lo que leía. El maestro, despues de haberla acabado, preguntó á S. A. R. qué le parecía de aquella composición. El niño respondió al momento francamente: es muy buena para ponerla en el gabinete.

Cierto Mr. Rochon, maestro de escribir de estos tiernos príncipes, había sufrido una pérdida considera-

(1) *Memorias de Boucault.*

ble con motivo de un incendio. El señor duque de Berry suplicó á su ayo le diese veinticinco luises para el pobre Rochon. El duque de Seren convino en ello, pero con la condicion de que el principe daria gusto á su maestro por espacio de quince dias, sin decirle nada acerca de los veinticinco luises. Pone S. A. R. manos á la obra: forma letras grandes con toda la perfeccion que le es posible. Rochon se admira de esta repentina mudanza, y no cesa de alabar á su discípulo. Pasados los quince dias recibe el duque de Berry los veinticinco luises, y los lleva saltando de alegría á Rochon, quien ignorando si esta jenerosidad estaba autorizada por el ayo, no quiso recibir el dinero: el niño porfia, y el maestro se resiste. La impaciencia se apodera del principe, y esclama, echando los veinticinco luises sobre la mesa: «Tomadlos, que bien ca-» ros me cuestan, pues esta es la causa por qué he es-» crito tan bien los últimos quince dias.»

CAPÍTULO VI.

Emigracion del duque de Angulema y del duque de Berry.

Se aproximaba ya el tiempo de la desgracia: los duques de Angulema y de Berry no debian gozar de reposo aun en su infancia. Apenas empezaba su educacion cuando ya se acababa la monarquía. Se les enseñaba á ser reyes, y la adversidad debia enseñarles muy en breve á ser hombres.

Las cabezas de las primeras victimas habian sido ya paseadas por París: la Bastilla habia caído. La familia real, viéndose amenazada, se vió precisada á re-

ble con motivo de un incendio. El señor duque de Berry suplicó á su ayo le diese veinticinco luises para el pobre Rochon. El duque de Seren convino en ello, pero con la condicion de que el principe daría gusto á su maestro por espacio de quince dias, sin decirle nada acerca de los veinticinco luises. Pone S. A. R. manos á la obra: forma letras grandes con toda la perfeccion que le es posible. Rochon se admira de esta repentina mudanza, y no cesa de alabar á su discípulo. Pasados los quince dias recibe el duque de Berry los veinticinco luises, y los lleva saltando de alegría á Rochon, quien ignorando si esta jenerosidad estaba autorizada por el ayo, no quiso recibir el dinero: el niño porfia, y el maestro se resiste. La impaciencia se apodera del principe, y esclama, echando los veinticinco luises sobre la mesa: «Tomadlos, que bien ca-» ros me cuestan, pues esta es la causa por qué he es-» crito tan bien los últimos quince dias.»

CAPÍTULO VI.

Emigracion del duque de Angulema y del duque de Berry.

Se aproximaba ya el tiempo de la desgracia: los duques de Angulema y de Berry no debían gozar de reposo aun en su infancia. Apenas empezaba su educacion cuando ya se acababa la monarquía. Se les enseñaba á ser reyes, y la adversidad debía enseñarles muy en breve á ser hombres.

Las cabezas de las primeras victimas habían sido ya paseadas por París: la Bastilla habia caído. La familia real, viéndose amenazada, se vió precisada á re-

tirarse: el rey mismo se lo mandó. El conde de Artots salió para los Países-Bajos (1), y dejó al duque de Serent el encargo de llevarle sus dos hijos.

El peligro era grande, pues era preciso atravesar el reino sin escolta por medio de insurrecciones. Encargado Mr. Serent del depósito y de la esperanza de la Francia, ocultó su proyecto á los jóvenes príncipes. Les dijo que les iba á llevar para que viesen en guarnicion un rejimiento de húsares que habian visto pasar por el camiuo, y de que no cesaban de hablarle. Aquella misma noche subieron los niños con alegría en una silla de posta que se habia dispuesto secretamente. Creian estos inocentes que iban á divertirse, y se separaban de su patria. El duque de Serent no debió su salvacion y la de sus discípulos sino á la rapidez de su marcha. Apenas habia salido de Perone quando estalló una conmocion popular en esta ciudad. Quando estaba próximo á pasar la frontera manifestó á los príncipes el verdadero objeto de este viaje, diciéndoles que no solamente no iban á divertirse, como creian, sino á salir como proscritos de su patria: nadie es capaz de describir la admiracion que en este momento experimentaron los príncipes. Dirijieron á su patria una mirada tierna y compasiva, y dijo con viveza el duque de Berry á su ayo: »Ya volveremos." ¡Si, desgraciado príncipe, ya habeis vuelto!

Desde los Países-Bajos condujo el duque de Serent á sus discípulos á Turin (2), donde fueron bien recibidos por su abuelo el rey de Cerdeña, que no cesó

(1) En 16 de Julio de 1780.

(2) Octubre de 1789.

de manifestar, así como su augusta familia, la mas generosa adhesion á la casa de Francia.

CAPÍTULO VII.

El duque de Berry en Turin.

El duque de Berry divertia á toda la córte con sus gracias, con sus dichos agudos y su vivacidad. Se encontraban en él entonces algunas de las singularidades de los diversos personajes que habian figurado en Turin desde que estuvo el compañero del conde de Gramont, que creia que los Alóbrojes habian venido al Piamonte en la época en que los señores de Guisa habian introducido en Francia los *lansquenets*, ó soldados alemanes de infantería, hasta que aparecieron aquellos Vaudomas, valientes é ingeniosos, aunque indolentes, pues descuidándolo todo en esta vida, solo se ocupaban de sus victorias.

Los duques de Angulema y de Berry siguieron un excelente plan de educacion militar, compuesto por el duque de Serent. Este plan formado para la Francia, se hizo aplicable á un pais extranjero, con algunas pequeñas variaciones que fueron indispensables. Se tuvieron presentes para formarle las marchas de Cárlos VIII, de Luis XII, de Francisco I, y las campañas de aquel Catinat, héroe en Marsalla, solitario en San Graciano, é indiferente á los honores, porque todos los merecia.

Habia en Turin una buena escuela de artillería: los duques de Angulema y de Berry aprendieron el ejercicio en esta arma, pasando por todos los grados

de manifestar, así como su augusta familia, la mas generosa adhesion á la casa de Francia.

CAPÍTULO VII.

El duque de Berry en Turin.

El duque de Berry divertia á toda la córte con sus gracias, con sus dichos agudos y su vivacidad. Se encontraban en él entonces algunas de las singularidades de los diversos personajes que habian figurado en Turin desde que estuvo el compañero del conde de Gramont, que creia que los Alóbrojes habian venido al Piamonte en la época en que los señores de Guisa habian introducido en Francia los *lansquenets*, ó soldados alemanes de infantería, hasta que aparecieron aquellos Vaudomas, valientes é ingeniosos, aunque indolentes, pues descuidándolo todo en esta vida, solo se ocupaban de sus victorias.

Los duques de Angulema y de Berry siguieron un excelente plan de educacion militar, compuesto por el duque de Serent. Este plan formado para la Francia, se hizo aplicable á un pais extranjero, con algunas pequeñas variaciones que fueron indispensables. Se tuvieron presentes para formarle las marchas de Cárlos VIII, de Luis XII, de Francisco I, y las campañas de aquel Catinat, héroe en Marsalla, solitario en San Graciano, é indiferente á los honores, porque todos los merecia.

Habia en Turin una buena escuela de artillería: los duques de Angulema y de Berry aprendieron el ejercicio en esta arma, pasando por todos los grados

desde simples artilleros hasta capitanes. Cargaban, apuntaban y tiraban sus cañonazos con rapidez y tino. Fundieron dos cañones, en los que se grabaron sus nombres, y uno de ellos cayó en manos de los franceses en la invasión del Piamonte: todavía se conservaba hace poco tiempo en uno de nuestros depósitos de artillería; ¡monumento singular de nuestras conquistas y de los caprichos de la fortuna!

Creciendo entre tanto las turbulencias de la revolución, comenzaban á amenazar á los estados vecinos: la Europa se preparaba para la guerra. Entonces fue cuando el duque de Berry escribió la siguiente carta á su padre, que es el primer grito del honor en el corazón de un frances y de un Borbon (1).

» ¡Con que placer hemos sabido el contenido de
 » la carta del rejimiento de Berwik y vuestra respuesta,
 » como tambien la de MONSIEUR! ¡Ojalá estuviera yo á
 » vuestro lado! Cuanto me alegraría ver á esos buenos
 » soldados, y batirme á su lado: yo les diria como vuestro
 » Enrique: *Camaradas, si en el calor del combate*
 » *llegaseis á perder vuestras banderas, reunios todos á*
 » *mi penacho blanco, que jamás se apartará del camino*
 » *del honor.* Este pensamiento me enardece y me hace
 » hervir la sangre en las venas: marchemos, mi querido
 » papá, para dar la libertad á nuestro desgraciado
 » rey: treinta y dos oficiales del rejimiento de Vexin
 » han llegado á Niza llenos de entusiasmo y de valor:
 » tampoco á mí me falta, y estoy dispuesto á batirme
 » con arrojo."

(1) Turin 13 de Agosto de 1791.

CAPÍTULO VIII.

Salida de los duques de Angulema y de Berry para el ejército de los príncipes.

La asamblea nacional declaró la guerra al Austria y á la Prusia (1). Habiendo salido los príncipes de Turin, fueron á unirse con el conde de Artois para servir bajo las órdenes de MONSIEUR, y bajo las de su augusto padre durante la campaña que debia decidir de todo, y que dió principio á todo. La mayor parte de los emigrados se hallaban sin recursos, pues no pudieron llevarse nada consigo: algunos de ellos gastaban los últimos restos de su fortuna. Los oficiales de diferentes cuerpos del ejército hacian el servicio en clase de soldados: la marina servia en caballería, y de los nobles se formaron algunas compañías, que se distinguian por el nombre de sus provincias. Estaban alegres en las tiendas de campaña, asi como cuando iban á sacar agua, á cortar leña, á preparar los víveres, ó cuando oian tocar la trompeta. La pobre nobleza cumplia con su obligacion maquinalmente, como nos sucede cuando se respira ó se vive. No sentia las pérdidas que habia sufrido, y parece que se consolaba con la esperanza de recobrarlas en breve. Creia ver á fines del otoño su magnífica herencia, el gran bosque, los matorrales y el antiguo palomar. ¡Cuántas aventuras tenian que contar! ¡Cuántos planes tenian formados para el día en que volviesen! En todos tiempos han sido los mismos los franceses: pueblo guerrero por

(1) Agosto de 1792.

esencia, olvida sus miserias en los campos, para no acordarse mas que de sus virtudes, ya tenga por estandarte la capa de San Martin, ó la bandera blanca; ó haya comenzado el combate con el refran de la accion de *Rolando*, ó con el grito de *viva el rey*.

El duque de Berry tuvo el gusto de ir á la primera accion que hubo delante Thionville. Hallándose las compañías bretonas entre las mas avanzadas hácia la plaza, les decia: »Yo quisiera ser breton para ver desde mas cerca al enemigo.» Es una dura necesidad para el hombre el acostumbrarse á ver correr la sangre de sus semejantes; pero aun es mas sensible el considerar que muchas virtudes dependen de la fuerza de alma que caracteriza al guerrero.

CAPÍTULO IX.

Retirada de Champaña. El príncipe concluye su educacion militar, y va á unirse con el ejército de Condé.

Despues de la retirada de Champaña, la variedad de los acontecimientos, los celos politicos, y los diferentes intereses de algunos gabinetes tuvieron ociosos á los principes hasta el año de 1794. Mientras tanto desapareció la monarquía, y subiéndose al cielo Luis XVI, dejó la insignia de esta monarquía al príncipe de Condé. El duque de Berry deseaba con ansia alistarse bajo esta bandera; pero era necesario aguardar la orden de los reyes para que un infante de Francia pudiese sacar la espada. El duque de Angulema y el duque de Berry, que estaban retirados en el castillo de Ham, se aprovecharon de este reposo para perfeccio-

esencia, olvida sus miserias en los campos, para no acordarse mas que de sus virtudes, ya tenga por estandarte la capa de San Martin, ó la bandera blanca; ó haya comenzado el combate con el refran de la accion de *Rolando*, ó con el grito de *viva el rey*.

El duque de Berry tuvo el gusto de ir á la primera accion que hubo delante Thionville. Hallándose las compañías bretonas entre las mas avanzadas hácia la plaza, les decia: »Yo quisiera ser breton para ver desde mas cerca al enemigo.» Es una dura necesidad para el hombre el acostumbrarse á ver correr la sangre de sus semejantes; pero aun es mas sensible el considerar que muchas virtudes dependen de la fuerza de alma que caracteriza al guerrero.

CAPÍTULO IX.

Retirada de Champaña. El príncipe concluye su educacion militar, y va á unirse con el ejército de Condé.

Despues de la retirada de Champaña, la variedad de los acontecimientos, los celos politicos, y los diferentes intereses de algunos gabinetes tuvieron ociosos á los principes hasta el año de 1794. Mientras tanto desapareció la monarquía, y subiéndose al cielo Luis XVI, dejó la insignia de esta monarquía al príncipe de Condé. El duque de Berry deseaba con ansia alistarse bajo esta bandera; pero era necesario aguardar la orden de los reyes para que un infante de Francia pudiese sacar la espada. El duque de Angulema y el duque de Berry, que estaban retirados en el castillo de Ham, se aprovecharon de este reposo para perfeccio-

nar su educacion militar. Consiguieron el ser buenos jinetes, siguiendo el consejo de un grande hombre de la antigüedad (1), que opinaba que el jefe de la caballeria debia principiar sus revistas con piadosos sacrificios. Nada era tan agradable como ver al duque de Berry en tan tierna edad manejar con destreza los mas fogosos caballos; hechuras de Dios tan nobles por sí mismas, que han dado su nombre á las clases mas distinguidas, mas valientes y mas jenerosas de la sociedad humana.

En el discurso del año de 1794 fue el duque de Angulema con su padre el conde de Artois á unirse con el cuerpo de emigrados franceses que peleaban en la Flandes austriaca y en la Holanda. El duque de Berry, que apenas tenia dieziseis años, obtuvo permiso para marchar al ejército de Condé. En su enajenamiento escribió al instante al príncipe, bajo cuya presencia iba á pelear, lo que sigue (2): «Primo y señor: no puedo expresar la alegría que he tenido cuando mi padre me anunció que iba á servir bajo vuestras órdenes. Estoy impaciente hasta veros, asi como á todos los valientes caballeros que mandais. Tambien yo soy caballero como ellos: este es un titulo que me honra, y espero que hallareis en mi igual sumision, y sobre todo el mismo celo.»

Un mes despues ya se habia unido con el ejército. Llegó el 28 de Julio á Rastadt, acompañado del conde de Damas-Cruz (3) y del caballero Lageard. El príncipe

(1) ΖΕΝΟΦ Ἰστῆραρχος.

(2) Ham, 27 de Junio de 1794.

(3) Hermano del duque de Damas, primer gentil-hombre del duque de Angulema.

de Condé le dijo al recibirle, estrechándole entre sus brazos: »Temo mucho, señor, que en esta campaña no nos divertiremos tanto como hubiéramos podido hacerlo el año último; pero no tengo yo la culpa." Estas diversiones de un Condé convenian en un todo á un infante de Francia.

CAPÍTULO X.

Ejército de Condé.

Al fin de la monarquía los gentiles-hombres franceses volvieron á ser lo que habian sido al principio de ella, y tales cuales nos los pintan las antiguas ordenanzas de nuestros reyes (1). »*Hombres nobles, á pie, armados de una túnica, de un gaban y de un capacete,*" hicieron revivir la nobleza en su orijen; esto es, en los combates: todo soldado frances tiene los despachos de su nobleza escritos en su cartuchera. El ejército de Condé se vió precisado á replegarse muchas veces con los grandes ejércitos, cuyas faltas recaian sobre él; pero jamás se vió derrotado. Cuando estaban fuera del alcance del cañon, marchaban sin disciplina: jenerales, oficiales y soldados no obedecian casi á nadie, porque todos se consideraban iguales; pero en rompiéndose el fuego, estrechaban sus filas, y se alineaban bajo los tiros del enemigo. Por espacio de nueve campañas no disfrutó esta division ni una noche de sueño, cuando cien mil guerreros dormían descuidados detras de ella.

(1) *Nobilis homo pedes, armatus tunica, camberata et basinetto.* (Ordenances des rois de France.)

de Condé le dijo al recibirle, estrechándole entre sus brazos: »Temo mucho, señor, que en esta campaña no nos divertiremos tanto como hubiéramos podido hacerlo el año último; pero no tengo yo la culpa." Estas diversiones de un Condé convenian en un todo á un infante de Francia.

CAPÍTULO X.

Ejército de Condé.

Al fin de la monarquía los gentiles-hombres franceses volvieron á ser lo que habian sido al principio de ella, y tales cuales nos los pintan las antiguas ordenanzas de nuestros reyes (1). »*Hombres nobles, á pie, armados de una túnica, de un gaban y de un capacete,*” hicieron revivir la nobleza en su orijen; esto es, en los combates: todo soldado frances tiene los despachos de su nobleza escritos en su cartuchera. El ejército de Condé se vió precisado á replegarse muchas veces con los grandes ejércitos, cuyas faltas recaian sobre él; pero jamás se vió derrotado. Cuando estaban fuera del alcance del cañon, marchaban sin disciplina: jenerales, oficiales y soldados no obedecian casi á nadie, porque todos se consideraban iguales; pero en rompiéndose el fuego, estrechaban sus filas, y se alineaban bajo los tiros del enemigo. Por espacio de nueve campañas no disfrutó esta division ni una noche de sueño, cuando cien mil guerreros dormían descuidados detras de ella.

(1) *Nobilis homo pedes, armatus tunica, camberata et basinetto.* (Ordenances des rois de France.)

¿Pero que tenían ellos que temer teniendo tres Condés en sus puestos avanzados?

Cuando el duque de Berry se unió con la division de Condé, estaba esta en la tercera campaña: habia tomado con los austriacos las líneas de Weissenburgo, y en la brillante accion de Berstheim habia impedido á los republicanos el romper la línea de los aliados. En este combate fue donde los tres Condés, renovando la aventura de la batalla de Senef, desplegaron un valor heroico: el viejo Condé recobró la misma aldea de Berstheim (1) á la cabeza de los jentiles-hombres de infantería: el duque de Borbon, delante de la aldea, dió una carga de caballería, en que fue gravemente herido de un sablazo en una muñeca: el duque de Enghien, en otra carga que dió de caballería, se apoderó de un cañon, despues de haber tenido sus vestidos atravesados de balazos y de bayonetazos. »Teneis la edad, y llevais »el nombre del vencedor de Rocroy, le escribia con este »motivo MONSIEUR el rejente del reino; su sangre corre »por vuestras venas: teneis á vuestra vista el ejemplo de »un padre y de un abuelo, superiores á todo clojio. »¡ Cuantos motivos tenemos para esperar que algun dia »sereis la gloria y el apoyo del estado!»

Cuando consideramos qué se ha hecho *esta gloria y este apoyo del estado*, despedazan el corazon estas bellas palabras. El jóven Enghien se hizo hermano de armas del jóven Berry: estos principes estaban unidos por un mismo destino. »*Saul y Jonatás, tan amables durante »su vida, mas hijos que las águilas, y mas valientes*

1) 2 de Diciembre de 1793.

»que los leones, no se han separado ni aun en la muerte (1).»

El duque de Berry se hallaba en una grande escuela. Los amigos y enemigos le presentaban igualmente ejemplos; porque de una y otra parte no habia mas que franceses: los unos defendian al rey, y los otros á la Francia. En ambos campos estaba la gloria, igualmente atraida por el brillo de los sucesos y por la nobleza de los reverses.

CAPÍTULO XI.

El duque de Berry en el ejército de Condé.

El dia anterior al de la llegada del infante de Francia tuvo el príncipe de Condé un consejo secreto. Encargó al baron de Rochefoucauld, aposentador mayor, que cuidase de la seguridad del duque de Berry; pero añadió: *Cuidado que no llegue á entender nada, porque lo llevaria á mal.* Esta es una vijilancia al estilo de los héroes. Son mas fáciles de conjurar las balas que los puñales.

El príncipe de Condé dió gracias á S. A. R. el serenísimo señor conde de Artois (2), por la prueba de confianza que le habia dado enviándole su hijo: y le aseguraba *que tomaba el mas vivo interés en la gloria que ciertamente adquiriria un jóven príncipe, dotado por el cielo de las mas bellas disposiciones.* Al principio sirvió el duque de Berry como voluntario. El príncipe de Condé

(1) Reg. lib. II. cap. 1.

(2) Agosto de 1794. Carta del príncipe de Condé á S. A. R. el serenísimo señor conde de Artois.

»que los leones, no se han separado ni aun en la muerte (1).»

El duque de Berry se hallaba en una grande escuela. Los amigos y enemigos le presentaban igualmente ejemplos; porque de una y otra parte no habia mas que franceses: los unos defendian al rey, y los otros á la Francia. En ambos campos estaba la gloria, igualmente atraida por el brillo de los sucesos y por la nobleza de los reverses.

CAPÍTULO XI.

El duque de Berry en el ejército de Condé.

El dia anterior al de la llegada del infante de Francia tuvo el príncipe de Condé un consejo secreto. Encargó al baron de Rochefoucauld, aposentador mayor, que cuidase de la seguridad del duque de Berry; pero añadió: *Cuidado que no llegue á entender nada, porque lo llevaria á mal.* Esta es una vijilancia al estilo de los héroes. Son mas fáciles de conjurar las balas que los puñales.

El príncipe de Condé dió gracias á S. A. R. el serenísimo señor conde de Artois (2), por la prueba de confianza que le habia dado enviándole su hijo: y le aseguraba *que tomaba el mas vivo interés en la gloria que ciertamente adquiriria un jóven príncipe, dotado por el cielo de las mas bellas disposiciones.* Al principio sirvió el duque de Berry como voluntario. El príncipe de Condé

(1) Reg. lib. II. cap. 1.

(2) Agosto de 1794. Carta del príncipe de Condé á S. A. R. el serenísimo señor conde de Artois.

le presentó los oficiales mas distinguidos del ejército, y los que habian sido heridos en las campañas precedentes. El jóven príncipe se distinguió por su amor á la disciplina, y por su prontitud en someterse á los reglamentos militares. Jamás se quejaba de otra cosa que de los usos que no eran á la francesa (1). »Es preciso, »decia, que yo tome las botas de montar y todo el aparato prusiano, siendo asi que soy frances, y quiero »serlo en cuanto me sea posible." Rejistraba y meditaba asi los antiguos como los modernos campos de batalla. Visitó á Philipsburgo, en donde pereció el mariscal de Berwick, asi como el campo de Saltzback, en que murió Turena. Él queria hallarse hasta en las mas pequeñas acciones. Cuando le decian que podria salir herido: »Tanto mejor, decia, pues eso da honor á una »familia." Escribia á una señora: »La guerra volverá »pronto á empezarse: nosotros como príncipes nos hallaremos en ella. Es de esperar que por el honor del »cuerpo muera alguno de nosotros en algunas de estas »nuevas refriegas." Un billete del mismo año manifiesta el buen humor guerrero de este príncipe: fue dirigido al jóven vizconde César de Chastellux:

»He recibido con mucho gusto vuestra apreciable »carta, mi querido César (2): me agrada mucho el deseo que me manifestais de imitar á vuestro predecesor y de entrar en las Gálias. En ellas encontrareis á muchos Vercinjentorijes y Dumnorijes; pero no dudo »que vuestro valor, unido á la justa causa que defendeis, os proporcionará el vencerlos con facilidad. Yo

(1) *Lettre á Mr. le comte d'Hautefort.*

(2) *Rastadt, 10 de Agosto de 1794.*

«espero que dentro de pocos años podreis manifestaros
 »digno de vuestro predecesor y de vuestros respetables
 »padres.»

CAPÍTULO XII.

Continúa el asunto precedente. Valor del príncipe. Satisfacción que dió á un oficial.

El duque de Berry pasó por todos los grados militares (1), y el 23 de Julio de 1796 tomó el mando de la caballería, reemplazando al duque de Enghien, que tomó el de la vanguardia. Colocado entre la gloria antigua y la gloria moderna de la Francia, era el duque de Enghien el primero que siempre encontraba al enemigo. En las campañas de 1795, 96 y 97 el duque de Berry se halló presente en todos los combates. En la acción de Steinstadt, que duró todo el día, la vanguardia del ejército de Condé fue encargada del ataque del pueblo. El duque de Berry se separó de entre los oficiales que le rodeaban, y entró en el pueblo con los primeros húsares que encontró: lo atravesó por medio de un terrible fuego, y se mantuvo allí muchas horas, á pesar de que caía una lluvia de bombas y de balas rasas; y volvió cubierto de sangre y de los sesos de un valiente oficial de ingenieros llamado Dumoulin, que murió junto á él atravesado por una bala de obus.

En el puente de Huninga estaba el duque de Berry recorriendo las obras, y se detuvo detras de la trinchera con algunos oficiales. Este grupo llamó la aten-

(1) 1793, 1796 y 1797.

«espero que dentro de pocos años podreis manifestaros
 »digno de vuestro predecesor y de vuestros respetables
 »padres.»

CAPÍTULO XII.

Continúa el asunto precedente. Valor del príncipe. Satisfacción que dió á un oficial.

El duque de Berry pasó por todos los grados militares (1), y el 23 de Julio de 1796 tomó el mando de la caballería, reemplazando al duque de Enghien, que tomó el de la vanguardia. Colocado entre la gloria antigua y la gloria moderna de la Francia, era el duque de Enghien el primero que siempre encontraba al enemigo. En las campañas de 1795, 96 y 97 el duque de Berry se halló presente en todos los combates. En la acción de Steinstadt, que duró todo el día, la vanguardia del ejército de Condé fue encargada del ataque del pueblo. El duque de Berry se separó de entre los oficiales que le rodeaban, y entró en el pueblo con los primeros húsares que encontró: lo atravesó por medio de un terrible fuego, y se mantuvo allí muchas horas, á pesar de que caía una lluvia de bombas y de balas rasas; y volvió cubierto de sangre y de los sesos de un valiente oficial de ingenieros llamado Dumoulin, que murió junto á él atravesado por una bala de obus.

En el puente de Huninga estaba el duque de Berry recorriendo las obras, y se detuvo detras de la trinchera con algunos oficiales. Este grupo llamó la aten-

(1) 1793, 1796 y 1797.

cion del enemigo, que les hizo fuego con dos cañones colocados al otro lado del Rhin. Llegaron allá las balas, y cubrieron de tierra al joven príncipe, que solo se salvó por haber caído sobre él el mismo gabion. En Kamlach, en Munich, en Schussen-Ried, peleó también el duque de Berry. Estudió los movimientos que hizo el general Moreau en su brillante retirada, tomando lecciones de este hábil enemigo. Solicitó del archiduque Carlos el favor de continuar el sitio de Kehl: el caballero de Franclieu, edecan del duque de Borbon, fue muerto en las obras á su lado. En Offemburgo iba todos los dias á la trinchera, y como él mismo dice en una de sus cartas (1), oía silbar muchas balas de cañon, de obus y de metralla.

El duque de Berry queria que en los deberes militares todos fuesen tan exactos como él. Su viveza le sacaba fuera de sí algunas veces. Habia reprendido con severas palabras en la parada á un oficial jeneral: este dió una respuesta atrevida, que en vano procuraron cubrir sus compañeros con sus voces: el príncipe la oyó, y disimuló la sensacion que le habia causado. Dejó marchar á la columna, y en seguida hizo llamar al oficial: le llevó á un bosque con testigos, y le dijo: »Señor, yo temo haberos ofendido; aqui yo no soy un príncipe, soy un gentil-hombre frances como vos, y estoy dispuesto á daros todas las satisfacciones que exijais," y echó mano á la espada. El oficial se puso de rodillas, y besó aquella noble mano, que queria no hacer una herida, sino curar la que habia recibido en el honor. Es Enrique IV y Schomberg.

(1) *Lettre à Mr. le comte d'Hautefort.*

CAPÍTULO XIII.

Luis XVIII es proclamado en el ejército de Condé.

El ejército de Condé presentaba la imájen de un campo de los primeros francos, y era toda una patria. Se veían en él príncipes alojados en los carros, majistrados á caballo, misioneros enseñando el Evangelio ó componiendo las diferencias. Al mismo tiempo que peleaban se ocupaban en los negocios domésticos, en los de la relijion y en los del estado. Unas veces, despues de un asalto, ó haber acosado al enemigo, volvian á levantar una cruz que los republicanos habian derribado: otras derramaban lágrimas al oír las relaciones de algunos jentiles-hombres soldados, que habian logrado el ver á la huérfana del Temple. Les causaba inquietud la suerte futura del ejército: ¿que será de él? ¿que hará? El príncipe Carlos le alabó en una órden del día, y esto bastó para alegrarse, y para olvidar todos los males. Los cuerpos estaban para disolverse por no tener con qué atender á las primeras necesidades militares: todos estaban consternados; pero llegó de repente el duque de Richelieu con algun dinero, y el leal nieto del mariscal hizo renacer la esperanza. En la tienda de capaña, en el vivac, y alrededor del fuego de las grandes guardias se contaban estrañas aventuras, se referian las historias de su niñez, las de su familia, y las de su pais; y olvidando las injusticias de la Francia, se admiraban de las victorias que conseguia.

En 14 de Junio de 1793 se supo en el acanto-

namiento de Steintadt la muerte de Luis XVII: el 16 por la mañana se puso sobre las armas el ejército. Se levantó un altar en el lindero de un bosque, y un capellan (Mr. el abate Corbilly) celebró misa en él, y entonó el primer *Te Deum*, asi como el primer *Domine salvum* que se ha cantado por el rey Luis XVIII. Despues del oficio divino el principe de Condé, acompañado de los duques de Berry, de Borbon y de Enghien, se volvió hácia el ejército, y dijo:

»Señores: El Sermo. señor duque de Berry me
 »encarga dirijiros la palabra. Apenas se habian cerra-
 »do los sepulcros de Luis XVI, de la reina y de su
 »augusta hermana, cuando los vemos volverse á abrir
 »para reunir á estas ilustres víctimas el objeto mas in-
 »terezante de nuestro amor, de nuestras esperanzas y
 »de nuestros pesares..... Despues de haber invocado
 »al Dios de las misericordias por el rey que hemos per-
 »dido, pidamos al Dios de los ejércitos que prolongue
 »los dias del rey que nos dá. *El rey Luis XVII ha*
 »muerto: ¡viva el rey Luis XVIII!"

El cañon contestó al grito del heredero del gran Condé: el señor duque de Berry enarboló una bandera blanca, y sobre este nuevo campo de Marte proclamó el primero al monarca que habia de cerrar sus ojos.

CAPÍTULO XIV.

El rey en el ejército de Condé.

A este monarca se le aguardaba en el ejército. En efecto vino á él, *no teniendo otro asilo* (como él mis-

namiento de Steintadt la muerte de Luis XVII: el 16 por la mañana se puso sobre las armas el ejército. Se levantó un altar en el lindero de un bosque, y un capellan (Mr. el abate Corbilly) celebró misa en él, y entonó el primer *Te Deum*, asi como el primer *Domine salvum* que se ha cantado por el rey Luis XVIII. Despues del oficio divino el principe de Condé, acompañado de los duques de Berry, de Borbon y de Enghien, se volvió hácia el ejército, y dijo:

»Señores: El Sermo. señor duque de Berry me »encarga dirijiros la palabra. Apenas se habian cerrado los sepulcros de Luis XVI, de la reina y de su »augusta hermana, cuando los vemos volverse á abrir »para reunir á estas ilustres víctimas el objeto mas interesante de nuestro amor, de nuestras esperanzas y »de nuestros pesares..... Despues de haber invocado »al Dios de las misericordias por el rey que hemos perdido, pidamos al Dios de los ejércitos que prolongue »los dias del rey que nos dá. *El rey Luis XVII ha muerto: ¡viva el rey Luis XVIII!*»

El cañon contestó al grito del heredero del gran Condé: el señor duque de Berry enarboló una bandera blanca, y sobre este nuevo campo de Marte proclamó el primero al monarca que habia de cerrar sus ojos.

CAPÍTULO XIV.

El rey en el ejército de Condé.

A este monarca se le aguardaba en el ejército. En efecto vino á él, *no teniendo otro asilo* (como él mis-

mo lo dice en su orden del día) que el del honor. Su llegada causó una grande alegría. A petición del duque de Berry fueron puestos en libertad todos los militares que se hallaban presos, ó estaban arrestados por algunas faltas. Para la entrada del rey en su nuevo Louvre se hizo ostentacion de toda la pompa del ejército; se hicieron salvas; se tocaron los tambores, y sonaron las trompetas, porque no habia otras músicas entonces. Se formaron en batalla los soldados, que estaban casi desnudos, con el rostro ennegrecido por el humo de la pólvora, el sol y las escarchas: se desplegaron las banderas blancas, rotas, atravesadas con las balas de cañon, acribilladas con las de fusil, y semejantes á aquel oriflama que envejeció en el campo de la gloria, y que se veia en el tesoro de San Dionisio.

El monarca desterrado quiso presentarse al otro ejército suyo; esto es, al republicano, que cubria la orilla izquierda del Rhin. Se llegó á las guardias avanzadas, y les habló. Esta peligrosa conversacion, entablada por el rey con sus vasallos estraviados, llenó á los republicanos de admiracion y asombro.

Por desgracia fue de corta duracion el gozo causado por la presencia del rey. La grande sombra de la antigua monarchia atemorizaba á los ministros de las potencias. Se les representaba Carlomagno con su casaca de piel de nutria, y Luis XIV con su manto real. Un rey de Francia proscrito, y puesto á la cabeza de algunos desterrados, les parecia que amenazaba al mundo. La politica creyó volver á ver un señor, y le obligó á retirarse. Inútil circunspeccion: el jenio y el tiempo han colocado el poder en esta fa-

milia de Francia: aun sin trono seria soberano, y no tiene necesidad mas que de su nombre para reinar.

Sin embargo, estuvo Luis XVIII en el ejército de Condé el tiempo que fue suficiente para mostrar la intrepidez que es natural á nuestros monarcas. Un asesino (porque los Borbones ya no tienen que combatir mas que contra los asesinos) tiró al rey un tiro por una ventana al tiempo que pasaba por Dilligen, y la bala tocó á sus cabellos. El rey, llevando la mano á la frente, se contentó con decir: »Si se hubiese hecho la puntería media línea mas abajo, el rey de Francia se llamaría Carlos X.»

Durante la residencia del rey en el ejército de Condé, asistió á las exequias que este ejército celebró á la memoria de Charette. Colocado entre el duque de Berry y el principe de Condé, dirigió por sí mismo á las tropas que estaban reunidas el siguiente discurso: »Señores, hemos cumplido los últimos deberes para con aquel á quien habeis admirado, y aun acaso envidiado, hasta en el mismo campo de batalla de Berstheim: de aquel que tantas veces dió el grito que me llenaba de satisfaccion cuando estaba entre vuestras filas; grito que aun desearia repetir con vosotros.»

De este modo se hacia oir la antigua monarquía en todas partes en donde existia: la fidelidad con sus ecos: el grito de *viva el rey!* que resonaba en las orillas del Loira, era repetido en las márgenes del Rhin. ¡El principe de Condé y sus hijos; el duque de Berry; la nobleza de Francia honrando en un campo de desterrados á los valientes consejos de Francia, y un rey proscrito al frente de esta nobleza, haciendo por

sí mismo la oracion fúnebre de un vasallo fiel! ¿Presenta acaso la historia un rasgo mas hermoso? Nuestra patria conseguia entonces grandes victorias; pero estas no borrarán el recuerdo de estos franceses perseguidos, que proclamaban en los bosques, á la faz del cielo, á su lejítimo soberano, y que celebraban los funerales de los que habian muerto por él.

CAPÍTULO XV.

Reposo momentáneo de los emigrados y del duque de Berry. Observaciones de este príncipe sobre la Alemania.

Las continuas negociaciones, las treguas y las paces parciales daban á los emigrados algunos momentos de reposo. Los unos iban entonces á recorrer los valles de los Alpes, á visitar á los relijiosos de Valle-Santo, que son otra especie de desterrados sobre la tierra (pero la revolucion les perseguia todavia aun en el desierto, pues todo estaba invadido, y le faltaba al solitario su misma soledad): otros se internaban en la Alemania, acojidos en las cabañas, repelidos de los palacios, y arrojados de las puertas de los mismos reyes cuyos tronos defendian.

El duque de Berry se aprovechaba igualmente de estos intervalos de reposo para viajar y consolar á su dispersa familia. Procuraba estudiar las naciones en medio de las cuales le habia arrojado la Providencia. Notaba que los alemanes, divididos en una multitud de estados, eran todavia lo que habian sido en tiempo de Tácito; es decir, que no son un pueblo, y sí mas bien el fondo y la base de otros pueblos. Salidos de sus bos-

sí mismo la oracion fúnebre de un vasallo fiel! ¿Presenta acaso la historia un rasgo mas hermoso? Nuestra patria conseguia entonces grandes victorias; pero estas no borrarán el recuerdo de estos franceses perseguidos, que proclamaban en los bosques, á la faz del cielo, á su lejítimo soberano, y que celebraban los funerales de los que habian muerto por él.

CAPÍTULO XV.

Reposo momentáneo de los emigrados y del duque de Berry. Observaciones de este príncipe sobre la Alemania.

Las continuas negociaciones, las treguas y las paces parciales daban á los emigrados algunos momentos de reposo. Los unos iban entonces á recorrer los valles de los Alpes, á visitar á los relijiosos de Valle-Santo, que son otra especie de desterrados sobre la tierra (pero la revolucion les perseguia todavia aun en el desierto, pues todo estaba invadido, y le faltaba al solitario su misma soledad): otros se internaban en la Alemania, acojidos en las cabañas, repelidos de los palacios, y arrojados de las puertas de los mismos reyes cuyos tronos defendian.

El duque de Berry se aprovechaba igualmente de estos intervalos de reposo para viajar y consolar á su dispersa familia. Procuraba estudiar las naciones en medio de las cuales le habia arrojado la Providencia. Notaba que los alemanes, divididos en una multitud de estados, eran todavia lo que habian sido en tiempo de Tácito; es decir, que no son un pueblo, y sí mas bien el fondo y la base de otros pueblos. Salidos de sus bos-

ques, y trasladados á un cielo mas propicio, se despliega su jenio nativo, y se hacen naciones admirables y casi indestructibles. Los francos, los ingleses, los visogodos, los godos y los lombardos han probado esta verdad en Francia, en Inglaterra, en España y en Italia. Pero mientras las tribus jermánicas habitan su pais nativo, parece que todo está sepultado entre ellos como en una mina, ó confundido como en un caos.

No se ocultó á la perspicacia del príncipe un hecho singular. Vió con un interes, mezclado de admiracion, que las doctrinas del siglo introducidas entre los alemanes habian producido en ciertos espíritus los errores sociales, sin poder destruir en ellos las verdades naturales, arraigadas en un suelo fecundo y selvático. De aqui habia resultado una rara mezcla de locura y de sensatez, de cristianismo y de deísmo, de liberalismo y de misticidad, de entusiasmo frio y de metafísica exaltada, de gusto y de barbarie, de corrupcion y aspereza. Del mismo modo que los Catos, los Bructeros y los Caucos adoraban en los bosques un horror secreto, vago é indefinido, muchos de sus hijos se han decidido á reverenciar una cosa fantástica y tenebrosa, que ni pueden pintar ni comprender.

CAPÍTULO XVI.

Carta del señor duque de Berry al señor príncipe de Condé. El ejército de Condé se retira á Polonia. Despedida de este príncipe al ejército.

Se hallaba (1) el duque de Berry por un momento ausente del ejército, cuando escribió al príncipe de

(1) 1797.

ques, y trasladados á un cielo mas propicio, se despliega su jenio nativo, y se hacen naciones admirables y casi indestructibles. Los francos, los ingleses, los visogodos, los godos y los lombardos han probado esta verdad en Francia, en Inglaterra, en España y en Italia. Pero mientras las tribus jermánicas habitan su pais nativo, parece que todo está sepultado entre ellos como en una mina, ó confundido como en un caos.

No se ocultó á la perspicacia del príncipe un hecho singular. Vió con un interes, mezclado de admiracion, que las doctrinas del siglo introducidas entre los alemanes habian producido en ciertos espíritus los errores sociales, sin poder destruir en ellos las verdades naturales, arraigadas en un suelo fecundo y selvático. De aqui habia resultado una rara mezcla de locura y de sensatez, de cristianismo y de deísmo, de liberalismo y de misticidad, de entusiasmo frio y de metafísica exaltada, de gusto y de barbarie, de corrupcion y aspereza. Del mismo modo que los Catos, los Bructeros y los Caucos adoraban en los bosques un horror secreto, vago é indefinido, muchos de sus hijos se han decidido á reverenciar una cosa fantástica y tenebrosa, que ni pueden pintar ni comprender.

CAPÍTULO XVI.

Carta del señor duque de Berry al señor príncipe de Condé. El ejército de Condé se retira á Polonia. Despedida de este príncipe al ejército.

Se hallaba (1) el duque de Berry por un momento ausente del ejército, cuando escribió al príncipe de

(1) 1797.

Condé esta carta tan interesante por la ternura y nobleza de sus sentimientos.

»En fin, señor, llegó ayer mi hermano. Podeis
 »conocer fácilmente el gozo que he experimentado vol-
 »viéndole á ver. Es tanto mayor, cuanto volveré muy
 »pronto al ejército: no debemos permanecer aquí mas
 »de cinco ó seis días, y no desperdiciaremos el tiempo
 »en el camino para volver cuanto antes. Deseo con au-
 »sias que no se dispare un tiro mientras estoy ausen-
 »te, y que sea activa esta campaña, que en mi con-
 »cepto debe mirarse como la última. Yo lo deseo vi-
 »vamente para mi instruccion y la de mi hermano; por-
 »que estoy persuadido que es necesario que se mani-
 »fiesten mucho los Borbones, para que fuera de Fran-
 »cia principien á ganar la estimacion de los franceses,
 »por medio de su amor á ellos.”

Esta campaña de 1797 no fue larga. El armisticio concluido en Léoben (1) entre Bonaparte y el principe Carlos cambió la suerte del ejército de Condé. Este pasó al servicio de la Rusia, y se retiró á Volhinia. Su fuerza consistia todavía en mas de diez mil hombres. El duque de Berry habia tomado su mando durante la ausencia del principe de Condé. Antes de dejar á este valiente ejército para ir á Blakemburgo, le dió parte de una carta que el rey le habia dirijiendo, manifestándole lo satisfecho que quedaba de la buena conducta que habia observado; y puso en la órden del día la despedida siguiente:

»Despues de haber estado tanto tiempo al frente y
 »en medio de la nobleza francesa, que siempre fiel y

(1) 7 de Junio de 1797.

»guiada por el honor, no ha cesado de combatir un
»instante por el restablecimiento del altar y del tro-
»no; me es sumamente sensible el separarme de ella,
»y especialmente en el momento en que esta da una
»nueva prueba de adhesion á la causa que ha abra-
»zado, prefiriendo abandonar sus bienes y su patria an-
»tes que doblar su cerviz al yugo republicano.

En medio de las penas que me aflijen encuentro
»un verdadero consuelo viendo á un soberano tan je-
»neroso como S. M. el emperador de la Rusia reci-
»bir y acoger el precioso depósito de esta desgraciada
»nobleza, dejándola siempre bajo las órdenes de un
»príncipe á quien la Europa admira, los buenos fran-
»ceses aman, y que me ha servido de guía y de pa-
»dre los tres años que hace ya que peleo bajo sus ór-
»denes.

»Me voy á reunir con el rey: no le hablaré del
»celo, de la actividad y adhesion de que ha dado tan-
»tas pruebas en esta guerra la nobleza francesa. Él
»conoce todo su mérito, y sabe apreciarlo. Yo me li-
»mitaré á manifestarle el vivo deseo que tengo y ten-
»dré siempre de volverme á juntar con mis valientes
»compañeros de armas. Pueden vivir persuadidos que
»sea cual fuere la distancia que me separe de ellos,
»mi corazon los conservará eternamente en su memo-
»ria, sin olvidar jamás los numerosos sacrificios que
»han hecho, y las virtudes heroicas de que tantos ejem-
»plos me han dado.”

LIBRO SEGUNDO.

VIDA MILITAR DEL PRÍNCIPE HASTA LA DISOLUCION
DEL EJÉRCITO DE CONDÉ.

CAPÍTULO PRIMERO.

El duque de Berry vuelve á unirse con el ejército de Volhinia. Hospitalidad de los polacos. El príncipe organiza el regimiento noble de caballería.

Despues de haber pasado cerca de un año al lado de su padre en Edimburgo, y al lado del rey en Mittau, el duque de Berry vino (1) á reunirse con sus compañeros de armas en Volhinia, y los encontró contentos. Esta alegría era causada por la noticia del casamiento que acababa de ajustarse entre el serenísimo señor duque de Angulema y S. A. R. Madama. Asi seguia su destino nuestra antigua monarquía en un rincon del mundo, cuando se creia que esta ya no existia. Las víctimas que guardaban sus santas leyes creian que nada habian perdido mientras veian junto á sí á la familia de sus soberanos. ¿Quien hubiera osado quejarse de una desgracia que alcanzaba hasta á la hija de Enrique IV y de María Teresa?

El duque de Berry no se consideró como extranjero en Polonia. ¿No habia reinado allí Enrique III? Y la hija de Estanislao, ¿no era abuela del príncipe desterrado? La Francia ha sido apellidada la madre de los

(1) 29 de Octubre de 1798.

LIBRO SEGUNDO.

VIDA MILITAR DEL PRÍNCIPE HASTA LA DISOLUCION
DEL EJÉRCITO DE CONDÉ.

CAPÍTULO PRIMERO.

El duque de Berry vuelve á unirse con el ejército de Volhinia. Hospitalidad de los polacos. El príncipe organiza el regimiento noble de caballería.

Despues de haber pasado cerca de un año al lado de su padre en Edimburgo, y al lado del rey en Mittau, el duque de Berry vino (1) á reunirse con sus compañeros de armas en Volhinia, y los encontró contentos. Esta alegría era causada por la noticia del casamiento que acababa de ajustarse entre el serenísimo señor duque de Angulema y S. A. R. Madama. Asi seguia su destino nuestra antigua monarquía en un rincon del mundo, cuando se creia que esta ya no existia. Las víctimas que guardaban sus santas leyes creian que nada habian perdido mientras veian junto á sí á la familia de sus soberanos. ¿Quien hubiera osado quejarse de una desgracia que alcanzaba hasta á la hija de Enrique IV y de María Teresa?

El duque de Berry no se consideró como extranjero en Polonia. ¿No habia reinado allí Enrique III? Y la hija de Estanislao, ¿no era abuela del príncipe desterrado? La Francia ha sido apellidada la madre de los

(1) 29 de Octubre de 1798.

reyes: los Borbones encuentran á sus antepasados en todos los tronos.

Los polacos son los franceses del Norte: tienen el mismo valor, la misma viveza, talento é ingenio, y hablan con gracia nuestra lengua. Los emigrados volvieron á encontrar en medio de los bosques de Polonia muchas damas de la grandeza que les dispensaron la hospitalidad, como en los tiempos de la caballería. Lo que también aumentaba la ilusión era una cierta molicie del Asia, introducida en las antiguas moradas de los polacos, en donde las mujeres mas hermosas parece que estan aprisionadas por los encantadores y por los infieles.

Por otra parte era una rara fortuna la que conducia á un príncipe desterrado como víctima de la política, á una nacion trastornada por esta misma política: asi como la Francia se destruyó por las asambleas populares, se perdió igualmente la Polonia por sus dietas tumultuosas. Además de esto, ¡cuantas vicisitudes ha habido en la suerte de los reyes de Polonia desde aquel Jajelon, que conquistó, perdió, volvió á tomar y renunciar la corona, hasta Casimiro, que primeramente fue jesuita, despues cardenal, luego rey; el cual, despues de haber propuesto á los polacos por monarca al duque de Enghien, hijo del gran Condé, concluyó por olvidarse del trono en las cenas de Ninon, y murió siendo abad de San Jerman de los Prados!

El ejército de Condé habia recibido nueva organización. Los caballeros nobles, que antes estaban distribuidos en diferentes cuerpos, no formaban ya mas que un solo rejimiento, destinado por el emperador Pablo I para el duque de Angulema. El duque de Berry tomó

el mando de este regimiento en la ausencia de su hermano; y empleó el tiempo que le dejaban libre las demás ocupaciones en disciplinar un cuerpo brillante, pero difícil de manejar por la naturaleza misma de su composición. El talento que manifestó en esta ocasión anunciaba que había de ser uno de los mejores oficiales de caballería de Europa.

CAPÍTULO II.

El ejército de Condé se pone en marcha para incorporarse con las tropas aliadas. Matrimonio de S. A. R. Madama y el serenísimo señor duque de Angulema.

Habiéndose determinado la Rusia á socorrer al Austria, á libertar la Italia, y á llevar la guerra á Francia, recibió el cuerpo de Condé en Volhinia órden (1) de estar dispuesto para la marcha. Esta órden reanimó en los valientes proscritos su pasión á los combates y á la patria. Cada uno vendió lo que le había quedado para equiparse: se deshicieron de los despojos de la fidelidad para comprar las armas del honor. El ejército se había formado en tres columnas. La primera mandada por el príncipe de Condé; la segunda por el duque de Berry, compuesta del regimiento noble de caballería, del regimiento de infantería de Durand, y de la artillería; y la tercera bajo las órdenes del duque de Enghien.

Mientras estos guerreros se adelantaban hácia Francia con la esperanza de abrir al rey el camino para ella, el cielo les concedía una parte de sus deseos. Madama daba su mano al serenísimo señor duque de Angulema. Testigos oculares nos han trasmitido los pormenores de

(1) 25 de Enero de 1799.

el mando de este rejimiento en la ausencia de su hermano; y empleó el tiempo que le dejaban libre las demas ocupaciones en disciplinar un cuerpo brillante, pero difícil de manejar por la naturaleza misma de su composicion. El talento que manifestó en esta ocasion anunciaba que habia de ser uno de los mejores oficiales de caballeria de Europa.

CAPÍTULO II.

El ejército de Condé se pone en marcha para incorporarse con las tropas aliadas. Matrimonio de S. A. R. Madama y el serenísimo señor duque de Angulema.

Habiéndose determinado la Rusia á socorrer al Austria, á libertar la Italia, y á llevar la guerra á Francia, recibió el cuerpo de Condé en Volhinia órden (1) de estar dispuesto para la marcha. Esta órden reanimó en los valientes proscritos su pasion á los combates y á la patria. Cada uno vendió lo que le habia quedado para equiparse: se deshicieron de los despojos de la fidelidad para comprar las armas del honor. El ejército se habia formado en tres columnas. La primera mandada por el príncipe de Condé; la segunda por el duque de Berry, compuesta del rejimiento noble de caballeria, del rejimiento de infanteria de Durand, y de la artilleria; y la tercera bajo las órdenes del duque de Enghien.

Mientras estos guerreros se adelantaban hácia Francia con la esperanza de abrir al rey el camino para ella, el cielo les concedia una parte de sus deseos. Madama daba su mano al serenísimo señor duque de Angulema. Testigos oculares nos han trasmitido los pormenores de

(1) 25 de Enero de 1799.

esta pompa, de que apenas se tiene noticia: citaremos sus mismas palabras. Pero ¡ay! nosotros hemos visto y referiremos las solemnidades de otro matrimonio! Este se celebró en el seno de la patria bajo otros auspicios mucho mas favorables. Dios tenia ya determinada la suerte de los dos hermanos.

Mittau 5 de Junio de 1797.

»La reina (1) llegó ayer despues de un viaje largo
»y penoso. El rey habia determinado ir á cuatro millas
»de aqui; pero la encontró á la mitad del camino de
»esta distancia. Su entrevista escitó todo el interes que
»deben inspirar dos augustos esposos separados por es-
»pacio de ocho años, y que buscaban en su reunion al-
»gun alivio en sus inauditas desgracias.

»Madama Teresa llegó al dia siguiente: el rey ha-
»bia salido muy de mañana á recibirla. Estaba señalada
»la primera casa de postas para el sitio de reunion; pero
»habiéndose adelantado la princesa se encontraron en
»el camino. No hay espresiones para describir este mo-
»mento. Un propio sentimiento hizo arrojarse á un
»mismo tiempo fuera de sus coches al rey, al duque
»de Angulema y á madama Teresa. El rey corrió hácia
»madama con los brazos abiertos; pero sus esfuerzos no
»pudieron impedirle el precipitarse á sus pies. Las lá-
»grimas y los suspiros fueron los primeros testimonios
»de los profundos sentimientos de que estaban llenos
»sus corazones. Despues que pagaron el primer tribu-
»to á la naturaleza y al recuerdo de tantos infortunios,

(1) Maria Josefa Luisa, esposa de Luis XVIII.

»ocupó su lugar el mas tierno reconocimiento y las
»mas finas espresiones. El duque de Angulema, conte-
»nido por el respeto, pero llevado de mil sentimientos
»diversos, regaba con su llanto la mano de su prima,
»al mismo tiempo que el rey, con la mas viva emocion,
»y vertiendo un torrente de lágrimas, estrechaba con-
»tra su seno á esta princesa, y le presentaba al mismo
»tiempo el esposo que la habia destinado. Este rey tan
»bueno y tan digno de mejor suerte, colocado de este
»modo entre sus hijos adoptivos, experimentaba por la
»primera vez, y conocia que aun podia haber para él
»algunos instantes de felicidad.

»Todos los franceses que rodeaban á S. M., desee-
»sos de ver, bendecir y adorar á la augusta hija de
»Luis XVI, se habian agolpado de tropel en los patios
»y en las escaleras de palacio. Luego que se presentó
»al público se llenaron todos los ojos de abundantes lá-
»grimas de ternura, y no se oyó otra voz que la de los
»votos que dirijian al cielo por su prosperidad. Esta-
»ban retratadas en el semblante de María Teresa, en su
»postura, en su lenguaje, y en el movimiento de su
»rostro, toda la nobleza y las gracias que adornaban á
»María Antonia. La Francia, con tanta alegría como
»dolor, reconocerá en su semblante las facciones del
»desgraciado Luis XVI, hermoseadas por la juventud,
»la frescura y la serenidad; y por una dichosa armonía,
»que sin duda es un don del cielo, la princesa recuerda
»tambien por su semejanza á madama Isabel.

»El sentimiento jeneral que así la córte como los
»habitantes de todas las clases de la ciudad de Viena
»han manifestado con motivo de la salida de Madama

»Teresa, y el respeto y veneracion que inspira á todos
»los que tienen la dicha de conocerla de cerca, son el
»mas seguro garante de los sentimientos de amor con
»que la Francia entera tributará el debido homenaje á
»esta adorable princesa.”

Mittau 10 de Junio de 1797.

»Hoy se ha celebrado el matrimonio deseado tan-
»to tiempo ha entre el serenísimo señor duque de
»Angulema y Madama Teresa de Francia en una gran
»sala del palacio, en la que se ha colocado un altar
»lleno de flores. S. Ema. Monseñor el cardenal Mont-
»morency, limosnero mayor de Francia, les ha dado
»la bendicion nupcial. El clero católico de Mittau ha
»asistido á esta ceremonia. El abate Edgeworth esta-
»ba junto al reclinatorio de los nuevos esposos. Mox-
»sieur, á quien el estado actual de cosas hace estar
»siempre próximo á Francia, y Madama, á quien su
»salud no ha permitido emprender un viaje tan lar-
»go, no han podido estar presentes (1). Todas las
»personas de consideracion de la ciudad se han apre-
»surado á concurrir á esta ceremonia, asi como el
»sacerdote griego y el pastor luterano. Los franceses
»que se hallaban en Mittau en este hermoso dia han
»tenido la dicha de ser testigos de este enlace. La fa-
»milia real tenia por escolta sus cien guardias de corps,
»veteranos respetables del honor y de la fidelidad, á
»quienes el emperador de Rusia ha dado por recom-
»pensa de sus largos servicios el encargo de custodiar
»á sus amos. Los señores duques de Villequier, de

(1) El conde de Artois y la condesa.

»Guiche, de Fleury, el conde de Saint-Priest (que es
 »el que ha recibido el contrato del matrimonio), el
 »marques de Nesle, el conde de Avaray, el conde de
 »Cossé, y algunos otros oficiales ó servidores del rey,
 »han tenido el honor de firmar como testigos el acta
 »de celebracion.

»¡Que suceso tan singular, y á cuantas reflexiones
 »no da márgen al considerar á una hija de Francia y
 »á un nieto de Francia, que no han podido encontrar
 »sino á seiscientas leguas de su patria un altar en que
 »les fuese permitido depositar sus juramentos, y al
 »ver al heredero presuntivo de la corona de Luis XVI,
 »y á los preciosos restos de la sangre de este monar-
 »ca, uniendo sus destinos en Mittau bajo los auspi-
 »cios del emperador de Rusia!

»El rey, que halla en la union de su sobrino y
 »de su sobrina cuantas satisfacciones pueden nacer de
 »la efusion del corazon, reunido con lo mas importan-
 »te que la política encierra, goza ahora de su obra,
 »reconociendo en ella una nueva prueba de la amistad
 »del digno sucesor de Pedro el Grande. Este magná-
 »nimo soberano firmará el contrato del matrimonio, y
 »le depositará en los archivos de su senado (1).”

De este modo se celebró en un pais extranjero, y
 en medio de religiones extranjeras, el matrimonio del
 duque de Angulema, siendo uno de los testigos el sa-
 cerdote extranjero que asistió á Luis XVI en el cadal-
 so. Un senado extranjero recibió el acta de la cele-
 bracion. Ya no habia sitio para colocar el contrato

(1) Correspondencia manuscrita y oficial del señor conde
 de Saint-Priest con el caballero de Vernegues.

del matrimonio de la hija de Luis XVI en aquel tesoro de títulos en que fue depositado el de Ana de Rusia y de Enrique I, rey de Francia.

CAPÍTULO III.

Llegada del duque de Berry á Constanza con el ejército. Combate. Retirada.

Habia llegado el duque de Berry con el ejército de Condé á Friedeck, en la Silesia austriaca, cuando recibió el despacho que le anunciaba el matrimonio de su hermano. Este despacho se insertó en la orden del día. Contenia esta orden una carta del rey, que decia al príncipe de Condé: «Haced saber al ejército esta »feliz noticia; porque no puede menos de parecerles »de un feliz agüero á vuestros valientes compañeros, »en el momento en que van á entrar en la carrera que »tan gloriosamente han recorrido.”

Este pueblo de Friedeck fue un verdadero lugar de regocijo para el cuerpo de Condé. Un antiguo señor alemán de las cercanías, á fuerza de oír hablar de reyes asesinados y de príncipes desterrados, hizo algunas reflexiones. Le pareció que supuesto que unos disipaban en festines los bienes que robaban á los otros, seria muy loco si no les tomaba la delantera; y se decidió á comerse su patrimonio. Cuando llegaron el duque de Berry y el príncipe de Condé acababa de vender su palacio. Con el dinero que le habian dado por él dió una gran cena y un excelente concierto á sus huéspedes. Desembarazado de los cuidados de la for-

del matrimonio de la hija de Luis XVI en aquel tesoro de títulos en que fue depositado el de Ana de Rusia y de Enrique I, rey de Francia.

CAPÍTULO III.

Llegada del duque de Berry á Constanza con el ejército. Combate. Retirada.

Habia llegado el duque de Berry con el ejército de Condé á Friedeck, en la Silesia austriaca, cuando recibió el despacho que le anunciaba el matrimonio de su hermano. Este despacho se insertó en la orden del día. Contenia esta orden una carta del rey, que decia al príncipe de Condé: »Haced saber al ejército esta »feliz noticia; porque no puede menos de parecerles »de un feliz agüero á vuestros valientes compañeros, »en el momento en que van á entrar en la carrera que »tan gloriosamente han recorrido.»

Este pueblo de Friedeck fue un verdadero lugar de regocijo para el cuerpo de Condé. Un antiguo señor alemán de las cercanías, á fuerza de oír hablar de reyes asesinados y de príncipes desterrados, hizo algunas reflexiones. Le pareció que supuesto que unos disipaban en festines los bienes que robaban á los otros, seria muy loco si no les tomaba la delantera; y se decidió á comerse su patrimonio. Cuando llegaron el duque de Berry y el príncipe de Condé acababa de vender su palacio. Con el dinero que le habian dado por él dió una gran cena y un excelente concierto á sus huéspedes. Desembarazado de los cuidados de la for-

tuna, se prometía reirse muy bien de la revolucion cuando esta viniese á buscarle en Fricdeck.

Despues de una marcha de cuatrocientas leguas llegó el ejército á las cercanías de Constanza el primer dia de Octubre. Habia atravesado sus bosque nativos, cuna de los Clodiones y de los Merovecos: habia pasado por sus antiguos campos de batalla, por aquellos bosques que habian vuelto á encontrar su silencio, y en los cuales se veían, como en el campo de Varo (1), los esqueletos emblanquecidos de los soldados que se sacrificaron por su príncipe y por su patria.

Quando el duque de Berry pasó por la ciudad de Praga al frente del ejército, el pueblo se enterneció al ver aquellos caballeros de San Luis, que cargados de años, de su mochila y de su fusil ruso, marchaban casi encorbados bajo el peso de sus armas, de su edad y de sus desgracias. El comandante austriaco que los estaba viendo pasar, volviéndose hácia los oficiales de su guarnicion, les dijo: ¿que tal, señores, hubiéramos nosotros hecho otro tanto?

No bien fue ocupada Constanza por el cuerpo de Condé (2), cuando la atacaron los republicanos. Penetraron en la ciudad: en ella se batieron á la bayoneta á los gritos de *¡viva el rey!* *¡viva Condé!* *¡viva la república!* Esta fue la primera y la última accion de esta campaña para el duque de Berry y para el ejército de Condé. Introdújose la division entre los rusos y los austriacos. El mariscal Suvarow volvió á entrar en Polonia con sus ejércitos: el cuerpo de Condé fue man-

(1) Tacit., *Anal.*

(2) 5 Octubre 1709

tenido, pero por la Inglaterra. Pablo I envió las banderas de honor al regimiento de Borbon, y la gran cruz de Malta al duque de Berry. Este príncipe fue á ver al mariscal Suvarow antes de su partida, y conferenció con este guerrero, cuya estravagancia era igual á su jenuo y su lealtad.

CAPÍTULO IV.

Proyecto de matrimonio entre el duque de Berry y la princesa Cristina de Nápoles. El príncipe va á Italia.

Esta mezcla de combates y de viajes, unida á las relaciones con toda clase de pueblos y toda suerte de hombres, habian formado el carácter y talento del duque de Berry. Hablaba con facilidad la mayor parte de las lenguas de Europa; y los ensayos de su vida prometian á la Francia un gran monarca.

El rey habia pensado en casar á su sobrino, y para esto habia puesto sus miras en la familia real de Nápoles. El señor caballero de Vernegues fue el que dió la primera idea de esta union, y habia sido encargado de ponerla en ejecucion. En seguida el conde de Chastellux recibió las instrucciones para este negocio. Dedicado al servicio de Madama Victoria, habia sido nombrado despues de la muerte de esta princesa (1) ministro plenipotenciario de Luis XVIII en la córte de Sicilia. En Mittau se le dieron al conde de Chastellux las patentes para poder dar su consentimiento en nombre de S. M. para celebrar el casamiento del du-

(1) 13 Setiembre de 1800.

tenido, pero por la Inglaterra. Pablo I envió las banderas de honor al regimiento de Borbon, y la gran cruz de Malta al duque de Berry. Este príncipe fue á ver al mariscal Suvarow antes de su partida, y conferenció con este guerrero, cuya estravagancia era igual á su jenio y su lealtad.

CAPÍTULO IV.

Proyecto de matrimonio entre el duque de Berry y la princesa Cristina de Nápoles. El príncipe va á Italia.

Esta mezcla de combates y de viajes, unida á las relaciones con toda clase de pueblos y toda suerte de hombres, habian formado el carácter y talento del duque de Berry. Hablaba con facilidad la mayor parte de las lenguas de Europa; y los ensayos de su vida prometian á la Francia un gran monarca.

El rey habia pensado en casar á su sobrino, y para esto habia puesto sus miras en la familia real de Nápoles. El señor caballero de Vernegues fue el que dió la primera idea de esta union, y habia sido encargado de ponerla en ejecucion. En seguida el conde de Chastellux recibió las instrucciones para este negocio. Dedicado al servicio de Madama Victoria, habia sido nombrado despues de la muerte de esta princesa (1) ministro plenipotenciario de Luis XVIII en la córte de Sicilia. En Mittau se le dieron al conde de Chastellux las patentes para poder dar su consentimiento en nombre de S. M. para celebrar el casamiento del du-

(1) 13 Setiembre de 1800.

que de Berry con Madama Cristina, princesa de Nápoles.

El duque de Berry, acompañado del conde de Damas-Cruz, del caballero Lagcard y del marques de Sourdis, salió de Lintz para Clagenfurth, en donde se hallaba la princesa su madre, Madama. De allí pasó á Palermo. El ejército de Condé debia pasar á Italia, embarcarse en Liorna, y verificar un desembarco en la Provenza, en donde tenian los realistas su partido.

El señor duque de Berry agradó á la córte, y por consiguiente se arregló fácilmente su matrimonio con la princesa cristiana. Recibió ademas una asignacion de veinticinco mil ducados, que las desgracias del tiempo no tardaron en arrebatársela. Habiendo partido de Sicilia la reina de Nápoles, las princesas sus hijas y el príncipe Leopoldo, para hacer un viaje á Viena, pasó á Roma el duque de Berry con el objeto de servir en el cuerpo napolitano que ocupaba la ciudad de los Césares.

CAPÍTULO V.

Viaje del príncipe á Roma.

El duque de Berry desembarcó en Napoles, y desde allí se trasladó á Roma. Le admiró mucho la variedad de personas que encontró en los caminos de Italia. Los ingleses y los rusos caminaban haciendo grandes gastos en hermosos carruajes, ostentando todos los usos y preocupaciones de su país. Una familia italiana caminaba con economía en un carro del tiempo de Leon X. Un fraile á pie llevaba de la brida su mula cargada

que de Berry con Madama Cristina, princesa de Nápoles.

El duque de Berry, acompañado del conde de Damas-Cruz, del caballero Lagcard y del marques de Sourdis, salió de Lintz para Clagenfurth, en donde se hallaba la princesa su madre, Madama. De allí pasó á Palermo. El ejército de Condé debia pasar á Italia, embarcarse en Liorna, y verificar un desembarco en la Provenza, en donde tenian los realistas su partido.

El señor duque de Berry agradó á la córte, y por consiguiente se arregló fácilmente su matrimonio con la princesa cristiana. Recibió ademas una asignacion de veinticinco mil ducados, que las desgracias del tiempo no tardaron en arrebatársela. Habiendo partido de Sicilia la reina de Nápoles, las princesas sus hijas y el príncipe Leopoldo, para hacer un viaje á Viena, pasó á Roma el duque de Berry con el objeto de servir en el cuerpo napolitano que ocupaba la ciudad de los Césares.

CAPÍTULO V.

Viaje del príncipe á Roma.

El duque de Berry desembarcó en Napoles, y desde allí se trasladó á Roma. Le admiró mucho la variedad de personas que encontró en los caminos de Italia. Los ingleses y los rusos caminaban haciendo grandes gastos en hermosos carruajes, ostentando todos los usos y preocupaciones de su país. Una familia italiana caminaba con economía en un carro del tiempo de Leon X. Un fraile á pie llevaba de la brida su mula cargada

de reliquias. Algunos paisanos conducian carretas en que iban uncidos grandes bueyes blancos, y llevaban una pequeña imájen de la Virgen levantada sobre el timon ó la punta de una percha encorvada: las mujeres en jubon corto, ó con una cotilla abierta, con la cabeza cubierta con un velo como las imájenes, y con los cabellos trenzados de un modo raro, insultaban al príncipe riéndose, mientras los peregrinos apoyados sobre un palo largo le miraban pasar. Todo esto sucedia en los grandes empedrados de la via Apia, donde se conservan todavía las señales de las ruedas del carro de Agripina en los caminos del Tibur, en que se ha confundido á su vez la ermita de San Antonio de Pádua con las ruinas de la casa de Horacio.

Ya no existia el cardenal de Bernis cuando el duque de Berry llegó á Roma. Ya no podia ofrecer á un príncipe fujitivo aquella hospitalidad digna de los tiempos de Evandro, que ejerció tanto con las señoras nobles, y cuyas cenizas honró en Trieste el autor de estas Memorias: nuestro destino era el de llorar sobre el sepulcro de los Borbones. No somos Tácito; pero escribimos la vida de un hombre muy superior á Agricola, y aun tenemos sobre el historiador romano la ventaja de no haber aguardado al reinado de los buenos príncipes, para rendir homenaje á la virtud desgraciada.

La viuda entonces de los reyes, de los cónsules y de los emperadores, lo era tambien de los pontífices, cuando el duque de Berry vino á admirarla en su soledad. Pio VI acababa de morir en Valencia el dia 29 de Agosto de 1799; y Pio VII, elegido en Venecia el 14

de Marzo de 1800, no habia llegado todavía. El último soberano de la Roma cristiana habia sido tan noble en sus desgracias, como viles en las suyas los últimos príncipes de la Roma pagana. Pío VI, y despues de él Pío VII, sostuvieron en las cadenas la grandeza de la ciudad eterna, y se mostraron dignos jefes de la eterna relijion.

CAPÍTULO VI.

Continuacion del mismo asunto. El duque de Berry parte de Roma para volver al ejército.

La residencia del príncipe en Italia le despertó el gusto á las artes, y se entregó al estudio de la pintura y de la música: le eran familiares muchos instrumentos, y los tocaba con gusto. Cantaba bien, pintaba y dibujaba sobre todo las escenas militares, y entendia de pinturas mejor que los que se precian de inteligentes.

»Estoy admirado de Roma,» escribia al conde de Chastellux. Al príncipe le gustaba mucho por su carácter la vida libre, sin toda aquella sujecion que se tiene en Italia. Roma, por un privilejio que parece inherente á su oríjen, es aun en el dia el pais de la independencia personal. Es el pueblo de todas las existencias aisladas, el asilo de todos los hombres cansados del mundo, ó que son el juguete de la fortuna. ¿Padeceis algun infortunio? Pues por el dia comparareis vuestras desgracias con las de aquéllos cuyos monumentos os las recuerdan bien al vivo, y mirareis vuestras penas como ligeras: de noche las olvidais entera-

de Marzo de 1800, no habia llegado todavía. El último soberano de la Roma cristiana habia sido tan noble en sus desgracias, como viles en las suyas los últimos príncipes de la Roma pagana. Pío VI, y despues de él Pío VII, sostuvieron en las cadenas la grandeza de la ciudad eterna, y se mostraron dignos jefes de la eterna relijion.

CAPÍTULO VI.

Continuacion del mismo asunto. El duque de Berry parte de Roma para volver al ejército.

La residencia del príncipe en Italia le despertó el gusto á las artes, y se entregó al estudio de la pintura y de la música: le eran familiares muchos instrumentos, y los tocaba con gusto. Cantaba bien, pintaba y dibujaba sobre todo las escenas militares, y entendia de pinturas mejor que los que se precian de inteligentes.

»Estoy admirado de Roma,» escribia al conde de Chastellux. Al príncipe le gustaba mucho por su carácter la vida libre, sin toda aquella sujecion que se tiene en Italia. Roma, por un privilejio que parece inherente á su oríjen, es aun en el dia el pais de la independencia personal. Es el pueblo de todas las existencias aisladas, el asilo de todos los hombres cansados del mundo, ó que son el juguete de la fortuna. ¿Padeceis algun infortunio? Pues por el dia comparareis vuestras desgracias con las de aquéllos cuyos monumentos os las recuerdan bien al vivo, y mirareis vuestras penas como ligeras: de noche las olvidais entera-

mente con la vista de un cielo encantado por todos los placeres. Un príncipe de la familia de los Radagaisos y de los Alaricos: el último heredero de un imperio de doce siglos: el descendiente proscrito de los bienhechores de la Santa Sede: el hijo de los reyes cristianísimos: el sobrino de Luis XVI: el mismo príncipe que había de ser víctima del hierro revolucionario; y en fin, el duque de Berry, errante en los palacios destruidos de los Césares, extraviándose por las catacumbas, recorriendo el Vaticano desierto, dibujando sobre un obelisco caído las ruinas esparcidas del Capitolio, presenta por sí mismo un cuadro que faltaba á las ruinas y á los recuerdos de Roma.

La desgracia perseguía en todas partes al duque de Berry. Había tenido el disgusto de perder á uno de sus fieles compañeros, al caballero de Lejeard, y no había hallado otro consuelo que el de la lealtad del baillío de Crussol, que se hallaba por entonces en Roma. Supo luego el príncipe que habiendo llegado el ejército de Condé á la altura de Venecia, había recibido orden de suspender su marcha, porque la guerra estaba á punto de volverse á encender. Un falso boletín, que se atribuyó al ministro Acton, había esparcido esta noticia, cuando aun estaba en Palermo el duque de Berry: este acontecimiento le determinó á partir inmediatamente. Recibió en Roma la noticia positiva de que el cuerpo de Condé iba á hallarse empeñado en alguna accion, y que el duque de Angulema se había réunido al ejército, y se había puesto al frente del rejimiento noble de caballería formado por el duque de Berry. La gloria y la amistad fraternal ha-

blaron al corazón de nuestro valiente y sensible príncipe; y no pudiendo resistir á este doble impulso, salió en secreto de Roma para incorporarse con su hermano y con sus compañeros de armas. El Bearnés se separaba del tumulto de las armas para ir á ver á Gabriela; y su nieto se alejaba de una gran princesa para volar al campo del honor. Pronto le veremos disculpase en su admirable carta á Mr. Acton.

CAPÍTULO VII.

El duque de Angulema llega al ejército de Condé, y reünese á él su hermano. Último boletín del ejército de Condé, escrito por el duque de Berry.

El duque de Angulema, acompañado del conde de Damas-Cruz y del conde de Saint-Priest (1) se reunió con el ejército de Condé en Ponteba (2). El ejército recibió con trasportes de alegría á este otro heredero del trono de San Luis. Había ya dado pruebas de su valor en los ejércitos del Norte, y su suerte le llamaba á balancear en algun día casi solo la fortuna del hombre que tuvo en su mano el destino del mundo.

Los franceses avanzaron hasta la Baviera. El cuerpo de Condé, obligado á una marcha larga y retrógrada, entró en línea con el ejército austriaco en las orillas del Ion (3), en cuya posición le encontró el duque

(1) Muerto en Reims por uno de los últimos cañonazos tirados en la campaña de 1814. Uno de sus hermanos, el conde de Saint-Priest, es hoy gentil-hombre honorario del duque de Angulema.

(2) 23 de Mayo de 1800.

(3) 18 de Setiembre de 1800.

blaron al corazón de nuestro valiente y sensible príncipe; y no pudiendo resistir á este doble impulso, salió en secreto de Roma para incorporarse con su hermano y con sus compañeros de armas. El Bearnés se separaba del tumulto de las armas para ir á ver á Gabriela; y su nieto se alejaba de una gran princesa para volar al campo del honor. Pronto le veremos disculparse en su admirable carta á Mr. Acton.

CAPÍTULO VII.

El duque de Angulema llega al ejército de Condé, y reúnese á él su hermano. Último boletín del ejército de Condé, escrito por el duque de Berry.

El duque de Angulema, acompañado del conde de Damas-Cruz y del conde de Saint-Priest (1) se reunió con el ejército de Condé en Ponteba (2). El ejército recibió con trasportes de alegría á este otro heredero del trono de San Luis. Había ya dado pruebas de su valor en los ejércitos del Norte, y su suerte le llamaba á balancear en algun día casi solo la fortuna del hombre que tuvo en su mano el destino del mundo.

Los franceses avanzaron hasta la Baviera. El cuerpo de Condé, obligado á una marcha larga y retrógrada, entró en línea con el ejército austriaco en las orillas del Ion (3), en cuya posición le encontró el duque

(1) Muerto en Reims por uno de los últimos cañonazos tirados en la campaña de 1814. Uno de sus hermanos, el conde de Saint-Priest, es hoy gentil-hombre honorario del duque de Angulema.

(2) 23 de Mayo de 1800.

(3) 18 de Setiembre de 1800.

de Berry cuando llegó al campo. Fue muy tierna é interesante la entrevista de los dos hermanos. El duque de Berry sirvió como simple voluntario en el regimiento noble de caballería que él había formado, y cuyo mando había tomado el duque de Angulema. Obedeciendo á su hermano mayor como el último soldado, dió un nuevo ejemplo de aquella sumision que los miembros de la familia real tienen los unos para con los otros en el órden de la herencia. Sumision que no solo manifiesta las virtudes que son naturales á los Borbones, sino que tambien conserva el trono, siendo como una especie de confesion auténtica y perpétua del principio de la legitimidad.

La pérdida de la batalla de Marengo por los austriacos atrajo un armisticio prolongado muchas veces hasta el 20 de Octubre. El ejército de Condé, colocado sobre el Inn, defendía el paso de este rio entre Weissemburgo y Neubeieren. Se travó una accion en Ravenheim (1), y se hallaron en ella el duque de Angulema y el de Berry. El principe de Condé se vió precisado á emplear su autoridad para que se retiraran los dos príncipes, que se esponian inútilmente. Un soldado fue herido de un balazo á un paso del primero. Dos dias despues se ganó la batalla de Hohenlinden (2) por un jeneral que queria adquirir una gran fama, para ponerla á los pies de su rey legitimo. Esta batalla decidió la suerte de la guerra. El ejército de Condé se retiró batiéndose siempre. El duque de Berry envió á la reina de Nápoles el detalle de todas estas acciones.

(1) 1.º de Diciembre.

(2) 2 de Diciembre.

Es muy curioso el cotejar los pomposos boletines de Bonaparte con el último boletín del ejército de Condé, escrito por un infante de Francia. El duque de Berry era digno de ser el último historiador de los últimos combates de la nobleza francesa y de las últimas hazañas de los últimos Condés.

Linsen cerca de Rottman à 15 de Diciembre de 1800.

»Nosotros hemos experimentado muchos reveses;
 »pero os aseguro que estos acontecimientos han sido
 »muy particulares para los que los han visto. Las po-
 »cas precauciones que se tomaron en la batalla del 3
 »junto á Ebesberg, la inaccion en que hicieron estar,
 »tanto á los cuerpos que estaban en Wasserburgo, co-
 »mo á nosotros con Mr. de Chastelair, que podíamos
 »atacar con buen éxito sobre Munich; pero principal-
 »mente el paso del Inn, que se dejó forzar sin querer
 »tomar ninguna disposicion razonable para impedirlo;
 »todo esto es muy extraordinario.

»Hacia ya mas de diez dias que se sabia que las
 »fuerzas del ejército de Moreau se dirijan contra nos-
 »otros. Con mil y quinientos hombres de infantería y
 »mil doscientos caballos (que era el total de la division)
 »guardábamos nosotros desde la izquierda de Wasser-
 »burgo hasta mas allá de Neubeieren; esto es, mas de
 »seis leguas. El 15 de este mes un cuerpo de mil y
 »quinientos austriacos bajo las órdenes del Feld-mar-
 »cal.... se habia dirigido á Hartmansberg, cinco leguas
 »del puente de Rozenheim, en donde estaban nuestras
 »baterías. Es sabido por los sucesos de las guerras anti-
 »guas, y por la vista del país, que el paso de Neubeie-

»ren no solamente es fácil, sino que es el único practi-
»cable. A pesar de las representaciones que el príncipe
»de Condé hizo por la noche no se le dió ningún socorro.
»ni se aproximaron los austriacos. El 9 al amanecer
»rompieron los enemigos un fuego terrible sobre nues-
»tras baterías, y al mismo tiempo tres divisiones pasa-
»ron el Inn, entre Neubeieren y Rohrdorff, defendido.
»ó mas bien observado por veinticinco dragones de En-
»ghien y doce hombres de Durand. Los franceses avan-
»zaron batiéndose siempre contra el duque de Enghien,
»que habia reunido su regimiento y el de Durand hasta
»el pueblo de Riedering. Los austriacos no llegaron
»hasta la una. El general.... se incomodó mucho por-
»que nosotros habíamos dejado pasar á dos mil y qui-
»nientos hombres delante de veinticinco dragones, y
»sobre todo de que el príncipe de Condé hubiese aban-
»donado la posicion de Rozenheim, en donde la artille-
»ría enemiga nos habia desmontado dos cañones, ma-
»tándonos hombres y caballos; y los franceses por otra
»parte, habiéndonos flanqueado, y estando ya en Rie-
»dering á dos leguas de la espalda de la posicion.....
»el general.... envió al general Giulay con su division,
»para que uniéndose al duque de Enghien forzase á
»Riedering. Esta orden fue ejecutada. El príncipe de
»Condé y el duque de Angulema atacaron con los gra-
»naderos de Borbon, y tomaron al instante las baterías
»del enemigo. El duque de Enghien cargó con los dra-
»gones de á pie, el regimiento de Durand y los drago-
»nes de Kinski; y estos tres cuerpos se cubrieron de
»gloria. El conde de Giulay hacia todos sus esfuerzos
»para hacernos apoyar por la infantería austriaca; pero

»esta estaba fatigada de tantos combates. Siendo nues-
»tras fuerzas mucho mas débiles que las de los franceses,
»estos recobraron las ventajas que conseguimos, y vol-
»vieron á tomar sus primeras posiciones en que se man-
»tuvieron hasta la noche.

»Ha sido destruido el valiente rejimiento de Du-
»rand: de toda la compañía de granaderos solo se han
»salvado doce hombres en esta accion. Al duque de
»Englién le mataron el caballo, y ha perdido muchos
»dragones. Ha sido herido Gaston de Damas, herma-
»no segundo de Rojerio, como tambien otros mu-
»chos oficiales de distincion. El mayor jeneral La-Serre
»ha sido gravemente herido peleando con los granade-
»ros de Durand. Desde este momento no hemos dejado
»de caminar de dia ni de noche. Acabamos de ocupar
»la posicion de Rottman, punto por el cual podrian
»llegar los franceses á Leoben. Hemos sabido en este
»mismo instante que los franceses han forzado el paso de
»la Salza en Lauffen."

Renueva aqui el duque de Berry la jenerosidad de
Catinat; pues no se nombra á sí mismo ni una sola vez,
sin embargo de haberse hallado en todos los combates; y
se contenta con no hablar mas que de su hermano y del
duque de Englién: silencio muy digno del alma de un
príncipe, cuyo fin ha sido tan jeneroso y tan heroico.

CAPÍTULO VIII.

Licenciamiento del ejército de Condé (1).

La paz de Alemania trajo consigo la disolucion del cuerpo de Condé. Cuando se licencia á un ejército vuelven á sus hogares los individuos que le componen. ¿Pero acaso los tenian los soldados del de Condé? ¿Adónde podian ir con un palo, que apenas se les dejaba cortar en los bosques de Alemania, despues que les hicieron dejar las armas que habian tomado para la defensa de su rey? El separarlos de su campo era lo mismo que condenarlos á un segundo destierro. Este campo se habia convertido para ellos en una pequeña Francia: á él habian trasladado sus penates, la espada hereditaria, la bandera blanca y el altar del honor. No podian separarse de esta última patria: los unos se paraban tristemente delante de las armas que estaban en pabellones: los otros lloraban sentados sobre los cañones; y los demas vagaban por las calles del campo, á las cuales habian puesto los mismos nombres que se usaban en su querido pais. ¿Es esta la recompensa que merecian tantos valientes caballeros en premio de su lealtad? Su sangre, derramada por una causa tan sagrada, y todos los sacrificios hechos en cumplimiento de su deber, ¿no eran acreedores á alguna consideracion? ¡Desgraciados! el premio de su virtud era el abandono y la miseria. Se les disputaba hasta el mezquino socorro que no permitia negarles un cierto pudor: se les obligaba á que enseñasen sus heridas á los comisarios extranjeros, con

(1) 16 de Abril de 1801.

el fin de rebajar alguna parte de su haber á los que no las tuviesen muy graves, haciendo de este modo un comercio con la sangre de la fidelidad. El duque de Berry, traspassado de dolor al ver la desgraciada suerte de sus compañeros de infortunio, procuraba consolarlos haciéndose superior á su desgracia: se le veía andar por todas partes animando á unos, consolando á otros, y repartiendo con todos el poco dinero que le quedaba. Mandó distribuir á los soldados nobles de caballería el producto de la venta de los caballos; pero ellos lo rehusaron, suplicándole que hiciese entregar aquella cantidad á los cien veteranos guardias de Corps que se hallaban en Mittau al lado del rey. Por último, fue preciso separarse. Los hermanos de armas se despidieron con el último adiós, y tomaron diferentes caminos, sin saber en dónde podrian hallar un momento de reposo. Antes de partir fueron todos á saludar y á despedirse de su padre y capitán el viejo y encanecido Condé: este patriarca de la gloria dió su bendición á sus hijos; lloró la dispersion de su tribu, y vió caer las tiendas de su campo con el mismo sentimiento que experimenta un hombre sensible y virtuoso al ver desplomarse los techos paternos.

LIBRO TERCERO.

MANSION DEL PRÍNCIPE EN ALEMANIA Y EN INGLATERRA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dificultad en que se halló el señor duque de Berry en Alemania. Sus cartas.

El mismo señor duque de Berry se halló en la mayor indecision acerca del partido que habia de tomar después que se licenció al ejército. Pasó este joven príncipe un año, unas veces en Wildenwarth, otras en Viena, y las mas en Clagenfurth con su madre. Procuraba renovar en Nápoles un matrimonio que contrariaba el mismo Acton, hombre que solo era á propósito para los asuntos humanos en otros tiempos ordinarios, pero no en los que se encontraba.

Nada es mas interesante que las cartas que el duque de Berry escribió en esta época: sus desgracias dan á su estilo y á sus pensamientos un aire penetrante y triste, que tanto agrada. Hablando del desembarco que la division de Condé debia haber hecho sobre las costas de Provenza, dice (1): »Estoy desesperado porque no se ha verificado esta expedicion; no porque yo crea que el resultado hubiera sido ventajoso, sino porque hubiera adquirido gloria en ella, ó hubiera sido muerto, que es el único recurso que nos resta, si reina Bonaparte en Francia.»

(1) *Lettres à Mr. le Comte d'Hautefort.*

LIBRO TERCERO.

MANSION DEL PRÍNCIPE EN ALEMANIA Y EN INGLATERRA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Dificultad en que se halló el señor duque de Berry en Alemania. Sus cartas.

El mismo señor duque de Berry se halló en la mayor indecision acerca del partido que habia de tomar después que se licenció al ejército. Pasó este joven príncipe un año, unas veces en Wildenwarth, otras en Viena, y las mas en Clagenfurth con su madre. Procuraba renovar en Nápoles un matrimonio que contrariaba el mismo Acton, hombre que solo era á propósito para los asuntos humanos en otros tiempos ordinarios, pero no en los que se encontraba.

Nada es mas interesante que las cartas que el duque de Berry escribió en esta época: sus desgracias dan á su estilo y á sus pensamientos un aire penetrante y triste, que tanto agrada. Hablando del desembarco que la division de Condé debia haber hecho sobre las costas de Provenza, dice (1): «Estoy desesperado porque no se ha verificado esta expedicion; no porque yo crea que el resultado hubiera sido ventajoso, sino porque hubiera adquirido gloria en ella, ó hubiera sido muerto, que es el único recurso que nos resta, si reina Bonaparte en Francia.»

(1) *Lettres à Mr. le Comte d'Hautefort.*

En otra carta se niega á ir á Italia bajo un nombre supuesto; y añade (1): »Yo quiero ser lo que soy, »y presentarme siempre con cara descubierta en donde quiera que esté.» Se hallaba sin recursos, y no obstante socorria constantemente á sus desgraciados amigos. Al mismo tiempo que no podia verificarse su matrimonio, porque la adversidad le dejaba aislado sobre la tierra, procuraba proporcionar á los demas una felicidad que no disfrutaba, tratando de unir las familias á quienes amaba.

»La verdadera amistad que os profeso, dice al conde de Chastellux, me impele á hablaros de una idea que me ha ocurrido. Vos habeis visto en Venecia á Madama de Montsoreau y á sus hijas: la mayor es un ángel (2), y la persona mas completa que conozco. Reune á su hermosura todas las virtudes, las gracias, la dulzura y el talento. Sus padres, que están sumamente decididos á no abandonar jamás nuestra causa, se alegrarian de casarla con quien reuniese á su nacimiento una buena conducta, y unas costumbres arregladas, tan dificiles de encontrar en el dia. Me han oido hacer muchas veces el elogio de vuestro hijo, y me inclino á creer que se alegrarian de darle su hija. Desean casarla pronto, asi como á la segunda con el conde de Ferronnays, quien ademas de tener un carácter á propósito para hacer la felicidad de su mujer, posee algunos bienes fuera de Francia, y un gran caudal en Santo Domingo. Montsoreau tiene esperanzas de libertar alguna cosa de

(1) Cartas á Mr. el conde de Castellux.

(2) Hoy condesa de Blacas.

» los restos de sus bienes. Decidme francamente si os
» agrada esta idea, ó si tenéis otras miras acerca de su
» colocacion.”

Este mismo príncipe, ocupado de un modo tan afectuoso en la felicidad de los demás, escribía al propio tiempo al conde de Chastellux: »¿A que tengo
» de ir á Nápoles? No podría sobrellevar los gastos que
» son indispensables en un país tan caro. Además de
» esto, ¿por que no me habla francamente Mr. Acton? ¿Que necesidad tiene de usar de reserva para
» conmigo? Yo no soy una potencia política, sino un
» hombre desgraciado que á nadie puedo hacer sombra.”

La carta que escribió á Mr. Acton merece conservarse. »Señor: Yo os escribo con la franqueza de
» un Borbon, que habla á un ministro de un rey Borbon, quien no ha cesado de manifestar el mas jeneroso afecto á la parte de su familia á quien la fortuna
» trata con tanto rigor. He sabido con un vivo dolor
» que el rey habia desaprobado la resolucion que tomé
» de salir de Roma para ir á reunirme con el ejército
» de Condé. La fiel nobleza, con la cual me habia hallado en ocho campañas, jamás vió disparar un tiro
» sin que estuviese á su frente. En el momento en que
» mi hermano acababa de unirse á ella, me decia: Nosotros atacaremos el 15 de Setiembre. Si hubiera esperado las órdenes del rey hubiera perdido tiempo:
» por esta razon partí al momento, y llegué el 15, y
» el 16 estábamos en el vivac, debiendo atacar al dia siguiente. Jamás hubiera dejado al ejército napolitano,
» si este hubiera estado á la vista del enemigo;
» pero por esta parte todo indicaba la mayor tranqui-

»lidad. Por otra parte, el servir de voluntario bajo las
»órdenes de Mr. Nazelli ó las de Mr. Damas, á quien
»habia conocido tanto tiempo de coronel en el ejér-
»cito de Condé, no era para mí una posicion muy
»ventajosa, mayormente si se considera que no podia
»ser alli útil al servicio del rey. Desde que se hizo la
»paz os he escrito tres veces, y aun no he recibido nin-
»guna respuesta vuestra. Esta incertidumbre es cruel.
»¿Por que no se me dice francamente cual es la vo-
»luntad del rey con respecto á mí? Con mi union á
»la familia de Nápoles hubiera logrado toda la felici-
»dad que es compatible con la desgracia de hallarme
»fuera de mi patria, y tendria el consuelo de deberlo
»todo á unos parientes tan buenos. ¿Pero impiden
»acaso las circunstancias esta union? ¿incomodaria mi
»presencia? ¿La pension que se ha tenido á bien con-
»cederme, seria acaso un obstáculo en una época en
»que las rentas del rey están tan empeñadas? Todo lo
»pongo á sus pies con el mismo reconocimiento; y solo
»os suplico que hagais lo posible para que se continúe
»pagándome los cinco mil ducados que la estremada
»bondad del rey ha tenido á bien conceder á los ofi-
»ciales de mi casa. Estos jentiles-hombres, invariables
»en su deber y en sus principios, jamás doblarán la
»cerviz al yugo del usurpador, pues han abandonado
»sus riquezas por acompañarme. No reclamo, pues,
»para mí mas que los atrasos. No he tenido hasta ahora
»otros recursos que los que me ha dispensado la jenero-
»sidad del rey; pero sabeis positivamente los atrasos
»que he experimentado. Esto me pone en el mayor
»apuro; pues no teniendo nada á mi disposicion, mi-

»raria como una infamia el contraer una deuda.

»Estoy persuadido que conoceréis las razones que
 »tengo para que me digáis cuanto antes cuál será mi
 »suerte, cuando sepáis que dentro de un mes apenas
 »tendré recursos para ir á la compañía de mi padre,
 »y aun esto vendiendo mis equipajes.”

No llegó la respuesta de Mr. Acton (1), y el duque de Berry salió para Inglaterra.

CAPÍTULO II.

El duque de Berry en Escocia.

Se refujaron en esta isla sucesivamente con algunos años de intervalo los príncipes de la casa de Francia perseguidos por la fortuna. El príncipe de Condé anduvo errante algun tiempo por Alemania. Como la gloria no puede ocultarse, le fue difícil hallar un asilo. Su antiguo contrario, como tambien el de los mariscales de Broglio y de Castries, el jeneroso duque de Brunswick, le ofreció un asilo; pero el ilustre vástago de la casa de Est tenia que sufrir como los demas el azote de la revolucion, que destruia todos los reinos y todas las reputaciones. Se vió, pues, precisado el príncipe de Condé á pasar á Inglaterra, en donde se reunió con su hijo el duque de Borbon.

A Luis XVIII se le obligó á salir de Sajonia en 1798 por órden de aquel Directorio, cargando de este modo sobre la Europa el menosprecio de que se veia

(1) El caballero de Vernegues consiguió posteriormente el persuadir al rey de esta verdad, y obtuvo un libramiento de ochenta mil ducados de los atrasos de la pension. **

»raria como una infamia el contraer una deuda.

»Estoy persuadido que conoceréis las razones que
 »tengo para que me digáis cuanto antes cuál será mi
 »suerte, cuando sepáis que dentro de un mes apenas
 »tendré recursos para ir á la compañía de mi padre,
 »y aun esto vendiendo mis equipajes.”

No llegó la respuesta de Mr. Acton (1), y el duque de Berry salió para Inglaterra.

CAPÍTULO II.

El duque de Berry en Escocia.

Se refujaron en esta isla sucesivamente con algunos años de intervalo los príncipes de la casa de Francia perseguidos por la fortuna. El príncipe de Condé anduvo errante algun tiempo por Alemania. Como la gloria no puede ocultarse, le fue difícil hallar un asilo. Su antiguo contrario, como tambien el de los mariscales de Broglio y de Castries, el jeneroso duque de Brunswick, le ofreció un asilo; pero el ilustre vástago de la casa de Est tenia que sufrir como los demas el azote de la revolucion, que destruia todos los reinos y todas las reputaciones. Se vió, pues, precisado el príncipe de Condé á pasar á Inglaterra, en donde se reunió con su hijo el duque de Borbon.

A Luis XVIII se le obligó á salir de Sajonia en 1798 por órden de aquel Directorio, cargando de este modo sobre la Europa el menosprecio de que se veia

(1) El caballero de Vernegues consiguió posteriormente el persuadir al rey de esta verdad, y obtuvo un libramiento de ochenta mil ducados de los atrasos de la pension. **

oprimido en Francia. Con este motivo escribió el duque de Berry: «El rey va á correr todavía de país en país para buscar un asilo, que le negarán en todas partes; mi hermano le acompañará.» El rey se retiró á Mittau. Pedro el Grande vino á Francia á aprender á comenzar un imperio al pie de la estatua de Richelieu; y la adversidad, que es el mejor maestro, condujo á Luis XVIII á los estados rusos para enseñarle á volver á levantar el que se iba arruinando. Pablo I se acordó que habia viajado por nuestra patria, y acojió con bondad al ilustre huésped que ésta le enviaba; pero no pudo dispensarle por mucho tiempo sus favores, porque el usurpador fue á su turno á dictarle leyes. Viéndose, pues, precisado el rey á salir de Mittau con Madama, se entregó á los mares, único asilo que se habia negado al poder de Bonaparte, debiendo confiar su salvacion á la guardia del jenio de las tempestades, sus huracanes y sus abismos.

El país que desde luego habitó el duque de Berry al lado de su padre estaba unido á la Francia por los antiguos vínculos de la hospitalidad. Los escoceses habian dado una guardia á nuestros reyes, é hicieron servicios muy importantes en sus adversidades á Carlos VII y á Enrique IV. Montross, al dar al cardenal de Retz *la idea de que ciertos héroes no se ven ya mas que en las vidas de Plutarco* (1), presentaba al duque de Berry los jenerosos franceses que se habian sacrificado en defensa de la causa de su rey. Volvía á hallar todavía en estos hombres fieles el recuerdo de

(1) *Memorias del cardenal de Retz*, lib. III.

los oficiales que se unieron á la causa de Jacobo II.

Sus aventuras (1) fueron dignas de los bellos dias de Esparta y de Atenas. Todos eran de un ilustre nacimiento, adictos á sus jefes, y amigos los unos de los otros, é irreprehensibles en todo..... »Formaron una »compañía de soldados al servicio de la Francia..... »El rey les pasó revista en San Jermain en la Haya: »saludó al cuerpo con una reverencia, y con el sombrero en la mano: volvió, se inclinó de nuevo, y se deshizo en lágrimas. Los soldados se pusieron de rodillas, inclinaron la cabeza hácia la tierra, y levantándose todos á un mismo tiempo, le hicieron el saludo militar. Desde allí fueron enviados á las fronteras de España, que están á novecientas millas de distancia. Por donde quiera que pasaban hacian llorar á las mujeres, se atraian el respeto de algunos hombres, y eran el blanco de la risa de otros, á causa del desprecio que es inseparable de la desgracia. »Siempre eran los primeros en la batalla, y los últimos en la retirada. Carecian frecuentemente de las cosas mas indispensables para la vida; y sin embargo nunca se les oyó quejarse, pues olvidando sus desgracias, no se acordaban mas que de las que padecia aquel á quien miraban como á su soberano." ¿Quien no creerá que lee en este pasaje una página de la historia de los emigrados franceses?

El duque de Berry vivia con su padre cerca de Edimburgo, en el palacio de Maria Estuardo, la primera viuda de un rey de Francia que perdió la ca-

(1) Dalrym., *Memorias de la Gran-Bretaña.*

beza en un cadalso, y que al tiempo de morir sentia el no tener cortada la cabeza con una espada á la francesa (1). Le gustaba mucho el repetir bajo las viejas bóvedas del palacio la cancion con que la desgraciada princesa se despedia del *delicioso pais de la Francia*:

*Adios, pais gracioso de la Francia:
Querida patria mia, adios.
Tú mi tierna infancia has encantado
Llenando de placer mis bellos dias;
Y el bajel que separa mis amores
Solo lleva tras si la mitad mia.
Tuya es la otra: conservadla.
A tu amistad constante yo la fio,
Para que nunca de tu memoria salga.*

Cuando MONSIEUR fue á vivir á Londres le acompañó el duque de Berry, y allí mudó de vida y de fortuna.

CAPÍTULO III.

Llegada del duque de Berry á Londres. Sus flaquezas. Admirable declaracion del rey y de los principes de la casa de Francia.

Un príncipe que ya no reina, un desterrado sin patria, y un soldado retirado de la guerra, es el mas independiente de los mortales. Sucede con frecuencia que busca en los afectos del corazon alguna distraccion con que llenar el vacío de sus dias. Seria inútil el callar lo que ha revelado la muerte cristiana y heroica del príncipe. El duque de Berry cayó, lo mismo que Francisco I y Bayard, Enrique IV y Crillon, Luis XIV y Turena: el rey Juan vino á Inglaterra á

(1) *Rech. de Pasquier.*

beza en un cadalso, y que al tiempo de morir sentia el no tener cortada la cabeza con una espada á la francesa (1). Le gustaba mucho el repetir bajo las viejas bóvedas del palacio la cancion con que la desgraciada princesa se despedia del *delicioso pais de la Francia*:

*Adios, pais gracioso de la Francia:
Querida patria mia, adios.
Tú mi tierna infancia has encantado
Llenando de placer mis bellos dias;
Y el bajel que separa mis amores
Solo lleva tras si la mitad mia.
Tuya es la otra: conservadla.
A tu amistad constante yo la fio,
Para que nunca de tu memoria salga.*

Cuando MONSIEUR fue á vivir á Londres le acompañó el duque de Berry, y allí mudó de vida y de fortuna.

CAPÍTULO III.

Llegada del duque de Berry á Londres. Sus flaquezas. Admirable declaracion del rey y de los principes de la casa de Francia.

Un príncipe que ya no reina, un desterrado sin patria, y un soldado retirado de la guerra, es el mas independiente de los mortales. Sucede con frecuencia que busca en los afectos del corazon alguna distraccion con que llenar el vacio de sus dias. Seria inútil el callar lo que ha revelado la muerte cristiana y heroica del príncipe. El duque de Berry cayó, lo mismo que Francisco I y Bayard, Enrique IV y Crillon, Luis XIV y Turena: el rey Juan vino á Inglaterra á

(1) *Rech. de Pasquier.*

volver á entrar en unas cadenas que preferia á la libertad. Hay dos especies de faltas, que por mas graves que parezcan á los ojos de la religion, son tratadas con induljencia en la patria de Inés y de Gabriela. Si condenase la Francia con demasiada severidad en sus reyes las debilidades del amor y la inclinacion á la gloria, temeria condenarse á sí misma.

El duque de Berry tuvo una verdadera satisfaccion, producida por los sentimientos que inspira el honor, adhiriendo (con todos los principes de la familia real que se hallaban en Inglaterra) á la nota del rey en contestacion á la propuesta que le hizo Bonaparte con respecto á que renunciase el trono de Francia bajo ciertas indemnizaciones. Esta nota es uno de los mas preciosos documentos de nuestra historia. Al mismo tiempo que los poderosos monarcas de la Europa se veian en la dura necesidad de abandonar sus tronos al conquistador, un rey de Francia proscribio negaba su asentimiento al usurpador que le ocupaba. El senado romano no hizo un acto de propiedad mas magnánimo, vendiendo el sitio en que estaba acampado Anibal.

Varsovia 22 de Febrero de 1803.

»Yo no confundo á Bonaparte con los que le han precedido: aprecio su valor y sus talentos militares: agradezco muchos actos de administracion; porque siempre apreciaré el bien que se haga á mi pueblo. »Pero se engaña si cree empeñarme en una transaccion con respecto á mis derechos: lejos de eso: él

» mismo los establecería, si pudieran ser litijiosos, por el medio que toma en este momento.

» Ignoro cuales serán los designios de Dios acerca de mi familia y de mí; pero conozco las obligaciones que me ha impuesto por el rango en que ha querido que naciese. Como cristiano cumpliré con estas obligaciones hasta mi último suspiro: como hijo de San Luis sabré, á ejemplo suyo, hacerme respetar hasta en las prisiones; y como sucesor de Francisco I, quiero á lo menos tener el consuelo de decir como él, *todo lo hemos perdido, menos el honor.*

» Firmado LUIS."

Y á continuacion:

» Con permiso del rey mi tío me adhiero con el alma y el corazón á la nota precedente.

» Firmado LUIS ANTONIO."

El señor duque de Angulema residía entonces en Varsovia al lado del rey. El señor duque de Berry, el de Orleans y los otros dos príncipes hermanos suyos, que entonces vivían, el príncipe de Condé, el duque de Borbon, que estaban todos desterrados en la Gran-Bretaña, enviaron al rey la adhesión siguiente:

» Animados de los mismos sentimientos que ha manifestado S. M. Luis XVIII, rey de Francia y de Navarra, nuestro señor y rey, en la noble respuesta

»que ha dado á la propuesta que se le ha hecho para
 »que renuncie el trono de Francia, y exija de todos
 »los príncipes de la casa de Borbon una renuncia de
 »sus imprescriptibles derechos de sucesion en el refe-
 »rido trono,

DECLARAMOS :

»Que nuestra adhesion á cumplir con nuestros de-
 »beres y nuestro honor no podrán permitirnos jamás
 »el transijir con nuestros principios y con nuestros de-
 »rechos; y que nos adherimos con el alma y el cora-
 »zon á la respuesta de nuestro rey;

»Que, imitando su ilustre ejemplo, no daremos
 »jamás el mas mínimo paso que pueda envilecer á la
 »casa de Borbon, haciéndola faltar á lo que se debe
 »á sí misma, á sus antepasados y á sus descendientes;

»Y que, si el injusto empleo de una fuerza ma-
 »yor llegase (lo que Dios no quiera) á colocar de he-
 »cho, y nunca de derecho, en el trono de Francia á
 »cualquiera otro que no sea nuestro rey lejítimo, segui-
 »remos con la misma confianza y fidelidad la voz del
 »honor, que nos manda apelar á ella hasta nuestro
 »último suspiro, á Dios, á la Francia y á nuestra es-
 »pada."

El duque de Enghien envió por su parte al rey su adhesion particular.

SEÑOR :

»He recibido puntualmente la carta de 5 de Marzo
 »con que V. M. se ha dignado honrarme. V. M. sabe

»muy bien la sangre que corre por mis venas, para
 »no tener la mas mínima duda acerca del sentido de
 »la respuesta que me pide. Soy frances, señor, y fran-
 »ces fiel á su Dios, á su rey y á sus juramentos de ho-
 »nor. Muchos me envidiarán quizá algun dia esta tri-
 »ple ventaja. Permitame V. M. el unir mi firma á la
 »del serenísimo señor duque de Angulema, adhirién-
 »dome como él, con el alma y con el corazon, al con-
 »tenido de la nota de mi rey.

»Firmado = LUIS ANTONIO ENRIQUE DE BORBON.

»Ettenheim 22 de Marzo de 1803."

¡Que sentimientos! ¡que firma! ¡y que fecha!
 Cuando se lee en esta época la historia de las dos Fran-
 cias, antigua y moderna, que existian al mismo tiem-
 po, no se sabe con cual de las dos debe uno envane-
 cerse mas. Los acontecimientos heroicos pertenecen á
 la Francia moderna, y las desgracias heroicas á la an-
 tigua: nuestros príncipes se llevaron todas las grande-
 zas de su patria, y no la dejaron mas que la de las
 victorias.

CAPÍTULO IV.

Vida del duque de Berry en Lóndres. Viajes del príncipe.

El duque de Berry, establecido en Lóndres, iba
 una vez al mes á Hartwell á hacer la córte al rey. Tam-
 bien visitaba á su antiguo jeneral el príncipe de Condé.
 El rey escribió á este anciano las admirables palabras

»muy bien la sangre que corre por mis venas, para
 »no tener la mas mínima duda acerca del sentido de
 »la respuesta que me pide. Soy frances, señor, y fran-
 »ces fiel á su Dios, á su rey y á sus juramentos de ho-
 »nor. Muchos me envidiarán quizá algun dia esta tri-
 »ple ventaja. Permitame V. M. el unir mi firma á la
 »del serenísimo señor duque de Angulema, adhirién-
 »dome como él, con el alma y con el corazon, al con-
 »tenido de la nota de mi rey.

»Firmado = LUIS ANTONIO ENRIQUE DE BORBON.

»Ettenheim 22 de Marzo de 1803."

¡Que sentimientos! ¡que firma! ¡y que fecha!
 Cuando se lee en esta época la historia de las dos Fran-
 cias, antigua y moderna, que existian al mismo tiem-
 po, no se sabe con cual de las dos debe uno envane-
 cerse mas. Los acontecimientos heroicos pertenecen á
 la Francia moderna, y las desgracias heroicas á la an-
 tigua: nuestros príncipes se llevaron todas las grande-
 zas de su patria, y no la dejaron mas que la de las
 victorias.

CAPÍTULO IV.

Vida del duque de Berry en Lóndres. Viajes del príncipe.

El duque de Berry, establecido en Lóndres, iba
 una vez al mes á Hartwell á hacer la córte al rey. Tam-
 bien visitaba á su antiguo jeneral el príncipe de Condé.
 El rey escribió á este anciano las admirables palabras

siguientes: »Gozad, mi querido primo, del mismo re-
 »poso que gozó voluntariamente bajo los laureles el
 »mas ilustre de vuestros abuelos. La seguridad de ha-
 »beros conducido con honor os hará creer fácilmente
 »que en todas partes encontrareis los mismos encantos
 »que en Chantilly.”

Sin embargo, el héroe de Berstheim y de Fried-
 berg no conducía ya á su amigo á aquellas asombrosas
 arboledas de Chantilly, en donde no para de día ni de
 noche el continuo ruido de tantos arroyos, cuyo susur-
 ro hechiza las almas (1). No teniendo nada que dejar á
 su real discípulo el duque de Berry, le dejó en su testa-
 mento sus antiguos compañeros de armas. En esto se
 ve la opinion que tenia formada del príncipe, como
 tambien en la carta que le escribió en aquella época.
 »Sin duda, le dice, que vuestra existencia es cruel;
 »pero nosotros hemos cumplido con nuestro deber. En
 »las circunstancias presentes ya no me corresponde á
 »mí, y si á vos, el volver á levantar el estandarte real,
 »con cuya insignia marcharemos todos bajo vuestras ór-
 »denes. Vuestra estremada juventud pudo por algun
 »tiempo cohonestar el que estuviéseis bajo las mias;
 »pero mientras me quede alguna fuerza me gloriaré de
 »ser vuestro primer granadero.” Mr. Pitt habia forma-
 do la misma idea del príncipe; y el mismo Bonaparte
 hablaba de él con grande aprecio. Los hombres de un
 órden superior pueden errar en sus opiniones; pero cuando
 hablan el lenguaje de la verdad aumentan el apre-
 cio del mérito, por el valor que le da la autoridad del juez.

(1) Bossuet, *Oracion fúnebre del gran Condé.*

El duque de Berry no tenia otras obligaciones e lónbres que las que le imponian los deberes de familia tan gratos á su corazon , y con los que cumplia exactamente. Habia sacudido el yugo de la sociedad , y limitándola á su casa , vivia en medio de sus amigos que le amaban tiernamente. Le acompañaban todas las circunstancias necesarias para hacer feliz la vida privada reunia el talento , las gracias , el buen humor , el gusto para las artes , el órden en los negocios , la regularidad en las costumbres , un jenio cariñoso y una bondad sin límites. Criado para la luz , amaba la obscuridad pero en la condicion comun resaltaba su grandeza , mas bien parecia que estaba oculto , que perdido en los rangos oscuros de la sociedad. Sus ocios le permitieron en Inglaterra entregarse á diversos estudios Se dedicó á la ciencia de las medallas , en la cual hizo muchos progresos. Despues continuó en la música y en la pintura , y logró perfeccionarse en el conocimiento de los mas célebres autores de ella. Adquirió tambien en Lóndres los exactos conocimientos y las sanas ideas que le adornaban acerca de la monarquía representativa.

Los reinos unidos de la Gran-Bretaña habian llegado á su mas alto grado de gloria política cuando fué allá el duque de Berry á buscar un asilo. Mr. Pitt que era el alma del gobierno , auxiliado de los conocimientos de algunos hombres de talento , luchaba con teson contra la grande oposicion que habia formado la política de los Burkues , los Fox y los Sheridanes. Se sostenian las antiguas costumbres entre los jentiles-hombres y los arrendatarios , que hallaban un apoyo en e

carácter del mejor y mas sencillo de los reyes. Los ingleses, aunque raros sin ser groseros, se acostumbraron al trato de los extranjeros, por la noble hospitalidad que habian practicado con ellos; y amaban á los franceses, á quienes tanto odiaban en otro tiempo. El duque de Berry se admiraba al considerar un pais que tan poco se parecia al que creian haber descrito Voltaire y de Lolme; pais moderno, fundado sobre cimientos góticos, y cuyas libertades constitucionales se fundan en leyes feudales.

Para sacar alguna utilidad de su destierro emprendió algunos viajes el duque de Berry por lo interior de la Inglaterra. Vió los prodijios de Manchester y de Birmingham. Se maravilló, mucho mas de lo que se entusias mó, de aquellos grandes milagros que hacen cosas tan pequeñas, y de aquellas máquinas que crean brazos y matan las inteligencias; invenciones sutiles, que *no mantienen el estado de este mundo mas que conservando lo que se destruye con el tiempo* (1). El principe notó el jenio conservador de los ingleses, que nada dejan perecer, que renuevan sus viejos monumentos, y que restablecen con cuidado hasta la piedra que cae de una ruina. Las casas de campo, de que está sembrada la Inglaterra, llamaron la atencion del ilustre viajero. Unas se le figuraban algunas villas construidas á imitacion de algunos monumentos de Italia ó de Grecia, y en las cuales están olvidadas las pinturas de los mejores maestros: otras le presentaban el modelo de aquellos antiguos castillos descritos por los novelistas: aqui los obeliscos, las columnas, las estatuas sacadas de las

(1) *Eccles.* cap. xxxviii.

ruinas de Tentyra, de Palmira y de Atenas: allí las pagodas indianas, las armaduras de los antiguos caballeros, los arcos y las flechas de los salvajes traídas por el capitán Cook: en Hamptoncourt los retratos de las damas de Carlos II: en Windsor los recuerdos de aquella célebre condesa de Salisbury, *que hirió al rey Eduardo en el corazón con una flecha de fino amor* (1). El duque de Berry encontró en Glasgow la literatura de los bardos, en Oxford la de Homero y Virgilio, y en Cambridge la ciencia de Newton. En fin, el príncipe visitó todos los monumentos públicos, desde el hospital de Greenwich, en donde el marinero echa de menos las tempestades, hasta la abadía de Westminster, en donde descansan en paz las soberanías del trono y las del ingenio. Entre tantos nombres grabados en aquellos sepuleros leyó el infante de Francia con el mayor enternecimiento los de algunos franceses desterrados, que también yacían entre aquellos muertos.

CAPÍTULO V.

El duque de Berry intenta volver á tomar las armas, y pasar á Francia. Magnanimidad del príncipe de Condé y de los Borbones.

Las desgracias que la Providencia enviaba hacia conocer cada día una nueva virtud en los individuos de esta casa de Francia, tan elevada con respecto á las demas, del mismo modo que los torrentes que caca del cielo descubren algunas veces el oro que estaba sepultado en el seno de la tierra. El señor duque de

(1) Froissard.

ruinas de Tentyra, de Palmira y de Atenas: allí las pagodas indianas, las armaduras de los antiguos caballeros, los arcos y las flechas de los salvajes traídas por el capitán Cook: en Hamptoncourt los retratos de las damas de Carlos II: en Windsor los recuerdos de aquella célebre condesa de Salisbury, *que hirió al rey Eduardo en el corazón con una flecha de fino amor* (1). El duque de Berry encontró en Glasgow la literatura de los bardos, en Oxford la de Homero y Virgilio, y en Cambridge la ciencia de Newton. En fin, el príncipe visitó todos los monumentos públicos, desde el hospital de Greenwich, en donde el marinero echa de menos las tempestades, hasta la abadía de Westminster, en donde descansan en paz las soberanías del trono y las del ingenio. Entre tantos nombres grabados en aquellos sepuleros leyó el infante de Francia con el mayor enternecimiento los de algunos franceses desterrados, que también yacían entre aquellos muertos.

CAPÍTULO V.

El duque de Berry intenta volver á tomar las armas, y pasar á Francia. Magnanimidad del príncipe de Condé y de los Borbones.

Las desgracias que la Providencia enviaba hacia conocer cada día una nueva virtud en los individuos de esta casa de Francia, tan elevada con respecto á las demas, del mismo modo que los torrentes que caca del cielo descubren algunas veces el oro que estaba sepultado en el seno de la tierra. El señor duque de

(1) Froissard.

Berry perdió á su madre. Este buen hijo de Francia nos dice en una de sus cartas la amargura con que la lloró, que de resultas pasó una larga enfermedad, y nos pinta en ella igualmente la ternura con que le cuidó su padre.

Este príncipe hubiera sido mas feliz si hubiese tenido menos amor á su patria, y si hubiese permanecido siempre en aquella vida tranquila que gozaba en un pais hospitalario. Pero ¿si no hubiese dirigido sus miradas hácia su patria, hubiera sido acaso verdadero frances? Se aprovechaba con ardor de todas las ocasiones que se le presentaban para volver á entrar en su pais. Parecía que la expedicion de los ingleses á Copenhague tenia conexion con otros proyectos. El príncipe partió y fue á Suecia, con la esperanza de servir en algun ejército: falló la empresa, y se vió precisado á volver á Inglaterra, adonde llegó entonces el rey.

La guerra de España le decidió de nuevo á tomar parte en ella, con cuyo motivo escribió á Mr. de Mesnard la carta siguiente (1): »Habcis acertado muy bien, mi querido Mesnard, cuanto pasa por mí, y la causa que me detiene. Es muy cierto que hace seis semanas que estoy practicando las mas vivas diligencias por ir á unirme con los valientes españoles, y que el gobierno se opone abierta y absolutamente á este proyecto. Los españoles que se hallan aqui se han retirado de nosotros con cuidado. Al mismo tiempo que admiro sus nobles esfuerzos, parece que se han olvidado, como todos las demas hombres, que

(1) 27 de Julio de 1808.

»los primojénitos de sus reyes han gobernado la Francia, y que es preciso que caiga Bonaparte si han de conseguir su seguridad y la de todo el mundo.”

En otra ocasion estuvo dispuesto el duque de Berry á pasar á Francia. Habia formado el proyecto de reunirse con solas dos personas á los realistas del interior. »Me bastará, decia, el encontrar á cincuenta valientes que me reciban.” Al tiempo de embarcarse escribió á Mr. de Mesnard estas palabras: »La empresa es espuesta: estoy persuadido de que no os detendrá esta circunstancia; pero acordaos que teneis hijos.” De este modo el príncipe, buscando para sí los peligros, temia el que tuviesen parte en ellos sus amigos. El conde de La Ferronnays, que confiaba poco de la exactitud de las noticias que llegaron de la costa de Francia, propuso al príncipe ir á descubrir el terreno, quien le contestó con esta admirable carta:

Hartwel, 1809.

»Mi querido Augusto: Ayer por la mañana recibí tu carta de antes de ayer. Te doy las gracias por los buenos consejos que me das, y veo que cuanto me dices está fundado en la razon y en la sabiduría, y lo que sobre todo estimo es la prueba que me das de tu amor y de tu cariño. Pero, amigo, tus reflexiones son demasiado tardias é inútiles. Cuanto me dices me lo habia dicho yo á mí mismo: jamás he tenido la confianza que me manifiestas con respecto al buen éxito de nuestra expedicion; antes por el contrario creo que vamos á morir, y esto es precisamente lo que me determina á no detenerme. Sabes, mi que—

»rido Augusto, los disparates que se han esperecido
»acerca de nuestra conducta: no ignoras lo mucho que
»se nos echa en cara el no haber combatido en la
»Vandé, mezclando nuestra sangre con la de los rea-
»listas. Es preciso, pues, imponer silencio á la calum-
»nia, y eres demasiado amigo mio para aconsejarme
»lo contrario. Sabes cuales son mis opiniones acerca
»de las guerras civiles, y de los que las fomentan:
»creeria ser traidor al rey, traidor á la Francia, y el
»mas culpable de los hombres, si por conseguir mi
»propia gloria y mi interes personal volviese á llevar
»sobre la fiel Vandé las desgracias que ha esperimen-
»tado ya en premio de su decision por nuestra causa.
»Pero supuesto que se nos asegura que los realistas,
»cansados de la opresion en que están, se determinan
»por sí mismos á volver á tomar las armas, y supuesto
»que nos lo envian á decir, pidiendo á uno de los
»principes, nada será capaz de impedirme el ir á unir-
»me con ellos. Pelearé á su frente, moriré entre ellos,
»y mi sangre, derramada en el campo del honor, re-
»gando el suelo patrio, recordará á lo menos á la
»Francia que todavía hay Borbones, y que aun son
»dignos de ella. Mi anciano Nantouillet, y tú, amigo
»mio, participareis de mi suerte: no os compadezco:
»tú serás enterrado á mi lado, y este es el mejor me-
»dio para cubrir lo que llamas tú *responsabilidad*. En
»cuanto á tu propuesta, relativa á ir antes que yo á
»sondear el terreno, y asegurarte de los hechos, no
»la encuentro justa; pues me conoces lo bastante para
»estar persuadido que jamás consentiré en que mi ami-
»go se esponga por mí á un peligro, sin que yo par-

«ticipé de él. Adios. Estaré en Londres pasado mañana á las cinco. Iré por la tarde á casa de tu madre política, y hablaremos de todo. Abraza de mi parte á tu mujer y á tus dos hijos; y no me dilates mas porque me voy á caza.»

Cuando el usurpador, animado del orgullo que le inspiraba su prosperidad, ajaba á la antigua familia real de Francia, sumerjada en las desgracias que debia conocer, ¿podia esta rechazar mejor que con esta carta las calumnias de la nueva dinastía? ¿Quien es aqui el hombre superior, Bonaparte, insultando públicamente á los Borbones en su proclama dirigida á las provincias del oeste, ó el duque de Berry, respondiendo en el secreto de la amistad á unos ultrajes tan crueles y tan poco merecidos? Se puede decir que la verdadera causa de la muerte del duque de Berry está en el contenido de esta carta jenerosa y sublime.

No se verificó la empresa, y solo pereció un soldado (1) que se envió de descubierta. La fortuna negó al duque de Berry la muerte de Charette, para reservar la de Enrique IV: queria tratarle como á rey.

En otra ocasion unos revolucionarios subalternos procuraron inclinar el ánimo del duque de Berry para que pasara al continente. Le refirieron que estaban prontos á sublevarse los realistas de Normandía, y que la sola presencia del príncipe produciria una revolucion. Se descubrió el engaño, y el príncipe no desembarcó en la costa, en donde estaba puesta á precio su

(1) Armand de Chateaubriand.

cabeza. ¡Después se ha hallado un hombre que la entregó de balde!

Poco antes de la época en que quisieron sacrificar al duque de Berry, se presentó en Inglaterra un extranjero, proponiendo á los Borbones el asesinar al usurpador. Es digno de saberse el modo con que recibió esta proposición el príncipe de Condé, y los términos en que escribió con este motivo á **MONSIEUR**. »Este hombre, dice, me ha propuesto llanamente el »deshacernos del usurpador por el camino mas corto. »No le he dado tiempo para que acabase de esplicar »los pormenores de su proyecto, y he rechazado esta »proposición con horror, asegurándole que si estuvie- »seis aquí hariais otro tanto: que seríamos siempre »enemigos del que se habia abrogado el poder y el »trono de nuestro rey, interin no le restituyese: que »habíamos combatido á este usurpador á fuerza abier- »ta, y le combatiríamos todavía, y siempre que se »presentase la ocasion; pero que jamás emplearíamos »unos medios tan viles y bajos, que solo pueden con- »venir á unos hombres como los jacobinos....Ademas »de esto, le dije al mensajero, que solo el esceso de »su celo era lo que podia haberle conducido á venir »á hacernos semejante proposición; pero que lo me- »jor que podia hacer era el volver á marcharse al ins- »tante, bien persuadido de que si le arrestaban, yo »no le reclamaria, y que por el contrario me veria en »la precisión de manifestar claramente el objeto á que »habia venido."

¡He aquí los príncipes á quienes se habia proscrito. Estos nuevos Fabricios no hacen alarde de su

jenerosidad con el nuevo Pirro: no le advierten que quieren matarle, y se contentan con desechar al asesino, impidiéndole de este modo la ejecucion de su crimen. Sus virtudes son para Dios, y no para los hombres. Se ignorarian todavía estas virtudes, si la casualidad no hubiese conservado estas cartas, y no las hubiese descubierto posteriormente. ¿Y quien es el primero que desaprueba la idea de un asesinato en la persona de Bonaparte? ¿El abuelo del duque de Enghien!

CAPÍTULO VI.

Salida del duque de Berry para Jersey. Mansion del príncipe en esta isla.

Por último, despues de veintidos años de combates, llegó el tiempo en que se rompieron las barreras de bronce con que estaba cerrada la Francia. Se aproximaba la hora de la restauracion, y nuestros príncipes salieron de sus retiros. Se dirigieron á diferentes puntos de la frontera, lo mismo que los viajeros que con peligro de sus vidas intentan penetrar en un pais, del cual se cuentan maravillas. MONSIEUR partió para la Suiza, el duque de Angulema para España, y su hermano para Jersey. En esta isla, en donde murieron ignorados de todos algunos jueces de Carlos I, volvió á encontrar el duque de Berry algunos realistas franceses, envejecidos en el destierro y olvidados por su virtud, así como en otro tiempo lo estaban por sus crímenes los rejeidas ingleses. Allí encontró sacerdotes ancianos, consagrados desde entonces á la soledad. Realizó con ellos la ficcion del poeta, que hace abor-

jenerosidad con el nuevo Pirro: no le advierten que quieren matarle, y se contentan con desechar al asesino, impidiéndole de este modo la ejecucion de su crimen. Sus virtudes son para Dios, y no para los hombres. Se ignorarian todavía estas virtudes, si la casualidad no hubiese conservado estas cartas, y no las hubiese descubierto posteriormente. ¿Y quien es el primero que desaprueba la idea de un asesinato en la persona de Bonaparte? ¿El abuelo del duque de Enghien!

CAPÍTULO VI.

Salida del duque de Berry para Jersey. Mansion del príncipe en esta isla.

Por último, despues de veintidos años de combates, llegó el tiempo en que se rompieron las barreras de bronce con que estaba cerrada la Francia. Se aproximaba la hora de la restauracion, y nuestros príncipes salieron de sus retiros. Se dirigieron á diferentes puntos de la frontera, lo mismo que los viajeros que con peligro de sus vidas intentan penetrar en un pais, del cual se cuentan maravillas. MONSIEUR partió para la Suiza, el duque de Angulema para España, y su hermano para Jersey. En esta isla, en donde murieron ignorados de todos algunos jueces de Carlos I, volvió á encontrar el duque de Berry algunos realistas franceses, envejecidos en el destierro y olvidados por su virtud, así como en otro tiempo lo estaban por sus crímenes los rejeidas ingleses. Allí encontró sacerdotes ancianos, consagrados desde entonces á la soledad. Realizó con ellos la ficcion del poeta, que hace abor-

dar á un Borbon á la isla de Jersey despues de una tempestad. Alguno, confesor y mártir, podia decir al heredero de Enrique IV, como dijo el ermitaño á este gran rey:

Lejos de la córte, en esta gruta obscura,
De mi amada relijion vine á llorar la injuria.

(*Henriada*).

El mar, los vientos y la política encadenaron algunos meses en Jersey al duque de Berry. Todo se oponia á su impaciencia; y hubo un momento en que casi estuvo resuelto á abandonar su empresa, y á embarcarse para Burdeos. Una carta suya nos describe muy al vivo sus ocupaciones en esta roca (1).

»¿Que direis, señora, de la libertad que me tomo
»de escribiros, encargándome de contestar á una carta
»ta que no me ha sido dirigida? Pero mi disculpa se
»funda en el tierno y grande interes que teneis á bien
»manifestarme. Yo pensaba escribiros; pero deseaba
»hacerlo desde mi suelo patrio, de ese querido pais
»que veo todos los dias sin poder llegar á él: en fin,
»queria escribir á la digna viuda del gran Moreau,
»quien nos hubiera allanado el camino venciendo los
»obstáculos que se presentasen, si la suerte no nos le
»hubiese arrebatado.

»Aqui estoy, pues, como Tántalo, á la vista de
»esa desgraciada Francia, á quien tanto trabajo la cues-
»ta el romper sus cadenas; y los vientos, el mal tiempo,
»la marea, y en fin todos los elementos parece que se

(1) 8 Febrero 1814.

» conjuran para detener los heroicos esfuerzos de los
» valientes que aun van á buscar nuevos peligros, en
» que tampoco se me permite tener parte. Vos, cuya
» alma es tan bella y tan francesa, juzgad todo lo que
» padezco, y cuanto me costaria el separarme de estas
» orillas, en que no se necesita mas que dos horas para
» atravesarlas! Cuando el sol las alumbró me subo á las
» rocas mas elevadas, y con mi anteojo en la mano
» recorro toda la costa, y percibo los campanarios de
» Coutances. Mi imaginacion se exalta: me parece que
» salto en tierra, y que rodeado de franceses con es-
» carapelas blancas en los sombreros, oigo el grito de
» *viva el rey*, grito que jamás frances alguno ha oido
» con indiferencia; y que la mujer mas hermosa de la
» provincia me ciñe una banda blanca, porque el amor
» y la gloria son siempre inseparables. Marchamos so-
» bre Cherburgo: algun mal fuerte quiere defenderse
» con una guarnicion de extranjeros; pero nosotros le
» tomamos por asalto, y sale para ir á buscar al rey un
» barco empavesado con el pabellon blanco, que re-
» cuerda tan al vivo los dias de gloria y de felicidad
» de la Francia. ¡Ah, señora! cuando no le faltan á
» uno mas que algunas horas para el cumplimiento de
» un sueño tan probable, ¿puede pensar en alejarse?

» Perdonad, señora, todas estas locuras: creed que
» los sentimientos que me habeis inspirado durarán tanto
» como mi vida. Tened la bondad de concederme una
» pequeña parte en vuestra amistad, y recibid el ho-
» menaje de mi tierno y respetuoso afecto."

Esta interesante carta no se escribió ni á los emi-

grados, ni á ningun compañero de infortunio del príncipe. Pero no obstante, ¿están menos pintados en ella los sentimientos franceses? ¿Se puede dejar de adorar á semejante príncipe? El duque de Berry llegó á Jersey destituido de la vanidad de la grandeza y de la corona. Sin embargo este infante de Francia tenia en sí tan singular atractivo para hacerse amar, que los habitantes de Jersey han tratado de erijir un monumento en honor del príncipe extranjero proscrito, á quien nuestras tempestades habian arrojado á aquella isla.

Se cumplieron los destinos de Bonaparte. Sus derechos tuvieron la versatilidad de la victoria: ella constante se los dispensó, é infiel los retiró. Su favorito cayó en medio de sus guardias; y la Francia fue á buscar en su retiro al verdadero rey, que debía disfrutar de la prosperidad asi como habia sufrido en la desgracia.

Fin de la primera parte.

SEGUNDA PARTE.

VIDA Y MUERTE DEL SEÑOR DUQUE DE BERRY
EN FRANCIA.

LIBRO PRIMERO.

PRIMERA Y SEGUNDA RESTAURACION. CORRESPONDENCIA
DEL SEÑOR DUQUE DE BERRY Y DE LA SEÑORA DUQUESA
DE BERRY. SU MATRIMONIO. VIDA PRIVADA
DEL PRÍNCIPE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Llegada del duque de Berry á Francia. Viaje de Cherburgo
á París.

Apenas habia tremolado en los aires el pabellon blanco, enarbolado en Cherburgo (1), cuando esta señal de paz atrajo otra. Se llegó á ver en el mar una fragata que tenia tambien pabellon blanco; y era la fragata *Eurotas*, que conducia á Caen al duque de Berry; pero este príncipe, habiendo descubierto en la rada de Cherburgo la bandera sin lunar, hizo volver la proa hácia la primera tierra de Francia. La ciudad de Cherburgo habia enviado una diputacion á Jersey, para suplicar al señor duque de Berry que tuviese á bien desembarcar en su puerto. El barco que llevaba á su bordo á esta diputacion no encontró en el mar al *Eurotas*.

(1) 1814.

SEGUNDA PARTE.

VIDA Y MUERTE DEL SEÑOR DUQUE DE BERRY
EN FRANCIA.

LIBRO PRIMERO.

PRIMERA Y SEGUNDA RESTAURACION. CORRESPONDENCIA
DEL SEÑOR DUQUE DE BERRY Y DE LA SEÑORA DUQUESA
DE BERRY. SU MATRIMONIO. VIDA PRIVADA
DEL PRÍNCIPE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Llegada del duque de Berry á Francia. Viaje de Cherburgo
á París.

Apenas habia tremolado en los aires el pabellon blanco, enarbolado en Cherburgo (1), cuando esta señal de paz atrajo otra. Se llegó á ver en el mar una fragata que tenia tambien pabellon blanco; y era la fragata *Eurotas*, que conducia á Caen al duque de Berry; pero este príncipe, habiendo descubierto en la rada de Cherburgo la bandera sin lunar, hizo volver la proa hácia la primera tierra de Francia. La ciudad de Cherburgo habia enviado una diputacion á Jersey, para suplicar al señor duque de Berry que tuviese á bien desembarcar en su puerto. El barco que llevaba á su bordo á esta diputacion no encontró en el mar al *Eurotas*.

(1) 1814.

Los habitantes y la guarnicion de Jersey se habian distinguido por las demostraciones de respeto y de amor que habian dado al infante de Francia. A su salida de esta isla saludaron al bajel que conducia al príncipe— á su patria con ciento dieziocho cañonazos.

El prefecto marítimo y las principales autoridades de Cherburgo se adelantaron en el mar á recibir al *Eurotas*. El duque de Berry los recibió á su bordo. El *Eurotas* entró en la rada al ruido de las salvas de artillería y por medio de navíos empavesados. El príncipe, bajando de la fragata inglesa, pasó á bordo del navío Almirante frances, que volvió á empezar el saludo militar. En seguida la chalupa del Almirante condujo al duque de Berry al fondo del puerto real. Era seguida aquella por una multitud de otras chalupas y de barcos pequeños, que llevaban á su bordo, con la comitiva del príncipe, las primeras autoridades y los mas distinguidos habitantes de la ciudad. Los muelles del puerto estaban cubiertos de un tropel inmenso de gentío, que hacia resonar el aire con las mas vivas aclamaciones. El duque de Berry saltó á tierra exclamando: ¡Francia! La revolucion acaba de responder á este grito. El duque de Berry iba acompañado de los condes de la Ferrounays, de Nantouillet, de Mesnard y de Clermont-Lodève. Por la noche se iluminó la ciudad. Luis XVI habia sido recibido con los mismos testimonios de alegría en este propio puerto, construido por él. Para corresponder á las demostraciones de la alegría pública, hizo el duque de Berry poner en libertad á seiscientos conscriptos refractarios, é hizo entregar al capitán de la fragata inglesa los prisioneros de

su nacion. Del mismo modo libró en Caen á otros prisioneros franceses y españoles. Todo quedaba en libertad por donde pasaba un Borbon.

Habiendo partido de Cherburgo, se detuvo el príncipe algunos instantes en Valoñes y en San Ló. Cerca de Bayeux le cumplimentó el prefecto del departamento de Calvados. Estas ciudades creian volver á ver al buen condestable, que en otra ocasion les hizo entrar bajo la autoridad paternal del sábio Carlos V. En Bayeux se presentó al príncipe un militar, y le dijo: »Serenísimo señor, ¿Me conocéis?» Era un soldado antiguo del ejército de Condé. »Sí, es conozco,» respondió con viveza el príncipe arrimándose á él, y separándole los cabellos, le dijo: »Debeis tener en la »frente la cicatriz de una herida que os vi recibir en »Walden.» Honor al príncipe que lee tambien sobre las frentes el nombre de sus servidores.

Pasaba por las cercanías de Bayeux un rejimiento cuyo espíritu no se habia variado todavía. Le aconsejaron al duque de Berry que procurase evitarlo á su paso. Al contrario, esta fue para el príncipe una razon mas para salir al encuentro de estas tropas. Se presenta á los soldados, y les dice: »Sois el primer rejimiento frances que encuentro. Vengo á nombre del »rey á recibir vuestro juramento de fidelidad.» Los soldados gritaron: *¡Viva el emperador!* »Nada importa,» dice el príncipe con una serenidad admirable: es el »resto de una costumbre antigua.» Desenvaina su espada, y grita: *¡Viva el rey!* A los soldados franceses les gusta el valor, y repiten al punto: *¡Viva el rey!*

El príncipe fue recibido en Caen con estrordinaria

rias demostraciones de alegría. Asistió al teatro; y allí, despues de la comedia, le presentaron los prisioneros, que hizo poner en libertad. De este modo la primera vez que el duque de Berry se presentó en nuestros teatros fue para enjugar las lágrimas de algunos franceses, y la última vez que se halló en ellos fue para deramar su sangre.

El principe encontró en Lisieux al valiente general Bordesoult al frente de la caballería del primer cuerpo del ejército. En Ruan tuvo todavía ocasion de admirar los restos de aquellas antiguas tropas que habian escapado de tantos combates, y que mas bien parecia que habian sucumbido bajo el peso de las victorias que del de los reveses. El duque de Berry avanzaba hácia Paris entre dos hileras de banderas blancas, que ondaban sobre las murallas y sobre los campanarios, en las puertas de las ciudades, en las ventanas de los palacios, de las casas y de las cabañas. En todas partes estaban las calles enarcanadas, las paredes adornadas de tapiceria, de guirnaldas y de flores de lis de oro. En todas partes se tocaban las campanas, y se tiraban cañonazos, se cantaba el *Te Deum*, y se oian los gritos de *¡viva el rey, vivan los Borbones!* El principe, objeto de tanto amor, atravesaba enajenado de gozo estas ricas campiñas, el hermoso pais de la Francia, y en fin, esta tierra nativa, que le era aun mas desconocida que la de su destierro. Rodeado, estrechado y llevado por el jentío, decia con lágrimas de ternura: »¡ Ya no puedo mas! ¡acaso moriré; pero será de alegría!» Mas ¡ay! ¿Murió acaso de alegría?

Un destacamento de guardias de caballería aguar-

daba al duque de Berry mas allá de San Dionisio. ¡Ah! nosotros le hemos visto pasar últimamente por el mismo sitio con otra pompa muy diferente. El cuerpo municipal, los mariscales y jenerales le cumplimentaron en la barrera. MONSIEUR aguardaba á su hijo en el palacio de las Tullerías, y le recibió en sus brazos. Todo era nuevo para el jóven príncipe: París, sus jardines, sus monumentos, y entre tantos franceses, extranjero á nuestras ideas, no conocia mas que á su padre.

CAPÍTULO II.

El rey en Compiéña.

Mientras tanto Luis XVIII, habiendo desembarcado en Calais, se aproximaba á Compiéña. La jente concurría en tropel desde París á esta residencia. Los franceses estaban ansiosos por ver á un rey, como en tiempo de la Liga. Los correos se sucedían de hora en hora. De repente se oyen tocar los tambores; entra un coche tirado de seis caballos en el patio del palacio de Compiéña. Se para, le rodea la jente, y ve bajar de él, no al rey, sino á un anciano sostenido por su hijo: estos eran el serenísimo señor príncipe de Condé y el serenísimo señor duque de Borbon. El uno habia conducido al duque de Berry al campo del honor, y el otro era el padre de su desgraciado compañero y hermano de armas. Criados antiguos de la casa de Condé, que habian venido á Compiéña, hacen grandes exclamaciones al reconocer á su señor, y se arrojan sobre sus manos, y las besan con sollozos. Estos príncipes no eran mas que dos, y en vano se buscaba el tercero:

daba al duque de Berry mas allá de San Dionisio. ¡Ah! nosotros le hemos visto pasar últimamente por el mismo sitio con otra pompa muy diferente. El cuerpo municipal, los mariscales y jenerales le cumplimentaron en la barrera. MONSIEUR aguardaba á su hijo en el palacio de las Tullerías, y le recibió en sus brazos. Todo era nuevo para el jóven príncipe: París, sus jardines, sus monumentos, y entre tantos franceses, extranjero á nuestras ideas, no conocia mas que á su padre.

CAPÍTULO II.

El rey en Compiéña.

Mientras tanto Luis XVIII, habiendo desembarcado en Calais, se aproximaba á Compiéña. La jente concurría en tropel desde París á esta residencia. Los franceses estaban ansiosos por ver á un rey, como en tiempo de la Liga. Los correos se sucedían de hora en hora. De repente se oyen tocar los tambores; entra un coche tirado de seis caballos en el patio del palacio de Compiéña. Se para, le rodea la jente, y ve bajar de él, no al rey, sino á un anciano sostenido por su hijo: estos eran el serenísimo señor príncipe de Condé y el serenísimo señor duque de Borbon. El uno habia conducido al duque de Berry al campo del honor, y el otro era el padre de su desgraciado compañero y hermano de armas. Criados antiguos de la casa de Condé, que habian venido á Compiéña, hacen grandes exclamaciones al reconocer á su señor, y se arrojan sobre sus manos, y las besan con sollozos. Estos príncipes no eran mas que dos, y en vano se buscaba el tercero:

dejó de existir cuando estaban muy cerca de Chantilly. Cuando falta el heredero, ¿de que sirve la herencia?

Por último, llegó el mismo rey. Precedían á su carroza varios jenerales y mariscales de Francia que salieron á recibir á S. M. Aquí ya no se oían los gritos de *viva el rey*, sino unos clamores confusos, en los cuales no se percibía mas que los acentos de la mayor ternura y alegría. Madama acompañaba al rey. Sus facciones, como se observó al tiempo de su matrimonio, presentaban una semejanza á las de su padre y de su madre. Una espresion de dulzura y de tristeza anunciaba en sus miradas lo mucho que había padecido, y se notaban, hasta en sus vestidos algo estranjeros, las señales de su destierro. MONSIEUR, ya antiguo habitante de la Francia, presentó los nuevos hijos al padre de familia.

Tal es en Francia la fuerza del soberano lejítimo, esta májia inherente al nombre del rey. Llega un hombre de su destierro, solo, despojado de todo, sin comitiva, sin guardias y sin riquezas: nada tiene que dar, ni casi que prometer: baja de su coche apoyado en el brazo de una jóven: se presenta á capitanes que jamás le han visto, y á granaderos que apenas saben cómo se llama. ¿Quien es, pues, este hombre? Es el hijo de San Luis, es el rey; y todo se prostra á sus pies.

CAPÍTULO III.

El duque de Berry es nombrado coronel jeneral de cazadores. Inspecciones militares. Una palabra del principe. Peregrinacion del duque de Berry á Versailles.

El rey dió á su pueblo unas instituciones que los siglos habian preparado; pero fue mal comprendida ó mal interpretada la obra de su sabiduría. Erá preciso seguir el diseño del hábil arquitecto: edificar sobre su plan un palacio nuevo, cuyos cimientos fuesen antiguos. En lugar de esto se contentaron con blanquear las ruinas y alojarse en ellas. Se consideraron seguros en los escombros, que deberian caer al soplo de la primera tempestad. El duque de Berry, nombrado coronel jeneral de cazadores, solo tuvo que ocuparse en el primer año de la restauracion en las inspecciones militares. Recorrió los departamentos del Norte (1), visitó las plazas fuertes de la Alsacia, de la Lorena y del Franco-Condado, y volvió á Paris. Un dia pasaba revista en Fontainebleau á un rejimiento de la guardia antigua. Unos granaderos, que estaban alrededor de él, despues de la revista no dejaban de manifestar su admiracion hácia Bonaparte. »Pues ¿que hacia que fuese »tan particular?» les dijo el duque de Berry. Contestaron: »Vencia al enemigo.» — »¿Que maravilla, re- »plicó el principe, teniendo unos soldados como vos- »otros?»

El duque de Berry se aprovechó de su viaje á las provincias del Norte para pasar á Inglaterra, y volver

(1) Agosto, Setiembre 1814.

á visitar los lugares de su destierro. De vuelta á París hizo una peregrinacion á los de su niñez. Salíó para Versalles con solo un edecan. Se admiró mucho al ver tan brillante palacio, lleno de oro, de espejos y de pinturas; pero inhabitado, en pie, en una especie de desierto, como los palacios encantados descritos en los cuentos árabes. Versalles no estuvo entregada á la revolucion mas que un momento: ninguno de los gobiernos ilegítimos fijó en él su residencia. La imaginacion admirada de la majestad del reinado de Luis XIV y de la violencia de la revolucion, olvida lo que ha mediado entre estas dos grandezas del orden y del desorden, y se obstina en no ver en Versalles mas que al criador de sus maravillas. El duque de Berry miraba con admiracion la fachada de este palacio, semejante á una ciudad inmensa: aquellos vastos tramos que conducen á los bosquecillos de naranjos; aquellas aguas que saltan en medio de las estátuas, de los mármoles, de los bronces; los estanques, las grutas, los jardinitos, y aquellos bosquecillos llenos de los prodijios del arte. Se le representaban las fiestas brillantes dadas en aquel palacio y en aquellos jardines, que aun estaban poblados con las sombras de Montespan, de las Nemoures, de La Valiere, de los Seviñés, de los Condés, de los Turenas, de los Catinats, de los Vaubanes, de los Colberts, de los Bossuets, de los Fenclones, de los Molières, de los Racines, de los Boileaus y de los Fontaines. Y si se hubiera preguntado quién era el viajero á quien los guardas del palacio conducian de unos salones á otros, de bosquecillo en bosquecillo, y en fin, quién era aquel extranjero desconocido, á quien

enseñaban la habitación de Luis XIV, el gabinete de Luis XVI, el cuarto de la condesa de Artois, el balcon en donde la desgraciada María Antonia se presentó al pueblo con el delfin en sus brazos, hubieran respondido que aquel viajero, aquel extranjero, y por último, aquel desconocido era sobrino de Luis XVI, el hijo de la condesa de Artois, y el último heredero de Luis XIV.

CAPÍTULO IV.

Los cien días. El duque de Berry en Gante.

La Providencia, para darnos la última lección, volvió por un momento el mando á Bonaparte. Sale este del mar, atraviesa la Francia, y llega á la habitación del padre de la familia ya ausente; corre á Waterloo, y pasando rápidamente por el trono y por la gloria, va á sumerjirse otra vez en la mar al cabo del mundo.

Los cien días no fueron mas que un juguete de la fortuna. La república y el imperio se hallaron reunidos, tan sorprendidos de haber sido llamados, como incapaces de volver á vivir. Todos aquellos hombres de terror y de conquista, tan poderosos en los dias que les fueron propios, se quedaron atónitos de ser tan poca cosa. En vano se unieron para reinar la anarquía y el despotismo; porque la revolucion habia quedado sin fuerza ninguna; toda la habian agotado sus excesos y crímenes.

La antigua Francia, que se retiraba, conservaba

enseñaban la habitación de Luis XIV, el gabinete de Luis XVI, el cuarto de la condesa de Artois, el balcon en donde la desgraciada María Antonia se presentó al pueblo con el delfin en sus brazos, hubieran respondido que aquel viajero, aquel extranjero, y por último, aquel desconocido era sobrino de Luis XVI, el hijo de la condesa de Artois, y el último heredero de Luis XIV.

CAPÍTULO IV.

Los cien días. El duque de Berry en Gante.

La Providencia, para darnos la última lección, volvió por un momento el mando á Bonaparte. Sale este del mar, atraviesa la Francia, y llega á la habitación del padre de la familia ya ausente; corre á Waterloo, y pasando rápidamente por el trono y por la gloria, va á sumerjirse otra vez en la mar al cabo del mundo.

Los cien días no fueron mas que un juguete de la fortuna. La república y el imperio se hallaron reunidos, tan sorprendidos de haber sido llamados, como incapaces de volver á vivir. Todos aquellos hombres de terror y de conquista, tan poderosos en los dias que les fueron propios, se quedaron atónitos de ser tan poca cosa. En vano se unieron para reinar la anarquía y el despotismo; porque la revolucion habia quedado sin fuerza ninguna; toda la habian agotado sus excesos y crímenes.

La antigua Francia, que se retiraba, conservaba

todavía sus fuerzas despues de doce siglos, en tanto que la nueva Francia se encontraba caduca al cabo de treinta años.

El duque de Angulema peleó heroicamente en el Mediodia. Su hermano protejió la retirada de Luis XVIII al frente de los voluntarios reales y de la casa real. Al salir de las puertas de Bethune encontró un cuerpo de tropas que llevaban la escarapela de Bonaparte. Se presenta precipitadamente delante de aquellos soldados, y les llama al combate ó á la fidelidad. Rehusan uno y otro partido. Le proponen al principe que haga un ejemplar, y responde: »¿Como quereis castigar á unos hombres que no se defienden?»

Le dieron al duque de Berry la comandancia jeneral de diferentes cuerpos reunidos en el acantonamiento de Alost. Este era un segundo ejército de Condé. Desplegó la misma jenerosidad y los mismos talentos militares. Acostumbrado al destierro, parece que no le causaba impresion la desgracia. No es tan fácil el resignarse á una muerte como la suya, pues no se llega á esta perfeccion mas que por costosas pruebas. Esta muerte ha revelado los numerosos beneficios que hacia este principe: socorria, sin que nadie lo supiese, á las familias pobres de Alost. Sus infortunios no han gravitado mas que sobre él; y ha hecho la felicidad de todos en donde quiera que él haya tenido que sufrir.

Se adquirió ademas un derecho á la estimacion de sus huéspedes relijiosos, acompañando con sus soldados á una fiesta cristiana, aquella en que se celebra el nombre de Dios, para quien no hay tierra estran-

jera: fiesta eterna, que no pasa como las de los hombres.

El Dios de los desgraciados es tambien el que dispone de las victorias. Le plugo quitárselas al hombre que por tanto tiempo habia abusado de ellas. La pérdida de la batalla de Waterloo hizo refluir un gran número de prisioneros franceses á las ciudades de los Países-Bajos. El duque de Berry se apresuró á socorrerlos. Aun permanece un tierno testimonio de su magnanimidad, y es el pañuelo con que ligó la mano de un soldado herido en Waterloo. El granadero que posee esta bandera blanca no la dejará mas que con la vida, y hubiera derramado mil veces su sangre para curar la herida del príncipe que curó la suya.

CAPÍTULO V.

Vuelta del rey. El duque de Berry preside el colegio electoral de Lilla.

El rey volvió á subir á su trono: el señor duque de Berry volvió á entrar en la hermosa Francia (1), de donde no habia de salir ya mas. Llegó por fin á San Dionisio, que ha sido el término de todos sus viajes. Poco despues se le presentaron los oficiales del décimo rejimiento de línea, que habia permanecido fiel al duque de Angulema. »Señores, les dijo, tengo »que pedir á VV. un favor, y es el de permitirme »llevar su uniforme cuando salga á recibir á mi hermano.»

En el primer momento de la segunda restauracion

(1) Julio 1815.

jera: fiesta eterna, que no pasa como las de los hombres.

El Dios de los desgraciados es tambien el que dispone de las victorias. Le plugo quitárselas al hombre que por tanto tiempo habia abusado de ellas. La pérdida de la batalla de Waterloo hizo refluir un gran número de prisioneros franceses á las ciudades de los Países-Bajos. El duque de Berry se apresuró á socorrerlos. Aun permanece un tierno testimonio de su magnanimidad, y es el pañuelo con que ligó la mano de un soldado herido en Waterloo. El granadero que posee esta bandera blanca no la dejará mas que con la vida, y hubiera derramado mil veces su sangre para curar la herida del príncipe que curó la suya.

CAPÍTULO V.

Vuelta del rey. El duque de Berry preside el colegio electoral de Lilla.

El rey volvió á subir á su trono: el señor duque de Berry volvió á entrar en la hermosa Francia (1), de donde no habia de salir ya mas. Llegó por fin á San Dionisio, que ha sido el término de todos sus viajes. Poco despues se le presentaron los oficiales del décimo rejimiento de línea, que habia permanecido fiel al duque de Angulema. »Señores, les dijo, tengo »que pedir á VV. un favor, y es el de permitirme »llevar su uniforme cuando salga á recibir á mi hermano.»

En el primer momento de la segunda restauracion

(1) Julio 1815.

parece que se quisieron aprovechar de la lección que se habia recibido. Un ministro, que habia contribuido poderosamente á levantar el trono las dos veces, dió á la opinion el impulso mas monárquico. Se convocaron con esplendor los colejos electorales (1): los principes de la familia real fueron nombrados para presidir los departamentos del Sena, los de la Jironda y los del Norte. Habiendo llegado á Lila el duque de Berry, pronunció en la apertura del colejo un discurso notable, tanto por los sentimientos que encierra, como por el modo con que fueron espresados.

»El mas amado de vuestros reyes, Enrique IV,
»despues de largas guerras intestinas reunió en Ruan
»las personas mas distinguidas de su reino, y les pidió
»consejos: á imitacion suya el rey, mi augusto señor
»y tio, con arreglo á la Constitucion que ha dado á
»su pueblo, se dirige á vosotros en este momento, y
»me nombra particularmente para que sea su órgano
»para con el departamento del Norte. Nada hablaré
»de su fidelidad á los habitantes de un pais que ha si-
»do la cuna de la monarquía: no daré las gracias por
»su adhesion á un pueblo, que tan bien recuerda á
»los francos jenerosos y guerreros, de donde trae su
»primer orijen. Me limitaré, señores, á deciros que
»el rey, despues de veintiseis años de turbulencias y de
»desgracias, necesita consultar con el corazon de sus
»súbditos, del cual juzga por el suyo. No pudiendo
»reunir alrededor de su trono á todos los franceses,
»cuyo padre mas bien que monarca es, como lo sabeis,
»os pide que le envieis de entre vosotros, no á aque-

(1) 13 de Agosto de 1815.

»llos que le aman mas, porque esta eleccion seria imposible, y todos volariais allá, sino á aquellos que »siendo dignos intérpretes de vuestros pensamientos, »lleven al pie de su trono aquel olvido de lo pasado, »aquel conocimiento de lo presente, y por fin aquella »perspicacia para lo venidero con el respeto debido á »la carta constitucional, el amor á su sagrada persona, »y por último, aquella abnegacion de sí mismo, que »es la única cualidad que pueda asegurar la felicidad »de todos.»

Antes de la apertura del colegio electoral quiso volver á ver y dar las gracias á la ciudad de Bethune, y al subprefecto, que con tanta fidelidad le habian recibido en su retirada á Gante. Envió un regalo á su huésped de Alost, y una cantidad de dinero para que se distribuyese entre los pobres. Pocos hijos de reyes se acuerdan, despues de haber vuelto á sus palacios, que se han hallado en el estado de humillacion, *que han tenido en sus brazos al niño, y que se han postrado de rodillas, acogiéndose al altar doméstico* (1).

CAPÍTULO VI.

Matrimonio del príncipe.

En fin llegó el momento feliz que prometia un dichoso porvenir al duque de Berry, con motivo de su union con la princesa Maria Carolina Teresa, hija mayor del príncipe real de las Dos-Sicilias. Habiendo sido cumplimentado por la cámara de los diputados, contestó al orador: »Espero que tendré hijos, quienes,

(1) Plutarco, *in Themist.*

»llos que le aman mas, porque esta eleccion seria imposible, y todos volariais allá, sino á aquellos que »siendo dignos intérpretes de vuestros pensamientos, »lleven al pie de su trono aquel olvido de lo pasado, »aquel conocimiento de lo presente, y por fin aquella »perspicacia para lo venidero con el respeto debido á »la carta constitucional, el amor á su sagrada persona, »y por último, aquella abnegacion de sí mismo, que »es la única cualidad que pueda asegurar la felicidad »de todos.”

Antes de la apertura del colegio electoral quiso volver á ver y dar las gracias á la ciudad de Bethune, y al subprefecto, que con tanta fidelidad le habian recibido en su retirada á Gante. Envió un regalo á su huésped de Alost, y una cantidad de dinero para que se distribuyese entre los pobres. Pocos hijos de reyes se acuerdan, despues de haber vuelto á sus palacios, que se han hallado en el estado de humillacion, *que han tenido en sus brazos al niño, y que se han postrado de rodillas, acogiéndose al altar doméstico* (1).

CAPÍTULO VI.

Matrimonio del príncipe.

En fin llegó el momento feliz que prometia un dichoso porvenir al duque de Berry, con motivo de su union con la princesa Maria Carolina Teresa, hija mayor del príncipe real de las Dos-Sicilias. Habiendo sido cumplimentado por la cámara de los diputados, contestó al orador: »Espero que tendré hijos, quienes,

(1) Plutarco, in *Themist.*

»asi como yo, conservarán en su corazon el amor á
 »los franceses." La Francia aguardaba esta línea real,
 y tambien la esperaba la revolucion.

Con arreglo á la relacion de Mr. Castelbajac, que hizo observar á la cámara de diputados, que el casamiento de un infante de Francia era una fiesta de familia; la cámara, tomándola en consideracion, añadió quinientos mil francos al millon pedido por los ministros para alimentos del príncipe. El señor duque de Berry cedió esta suma por espacio de cinco años á los departamentos que mas habian padecido durante la guerra.

Escribió en 8 de Febrero á la princesa Carolina, pidiéndola su mano, la carta que se va á leer. La muerte del duque de Berry nos ha manifestado las que las esperanzas de una larga vida prometian ocultarnos por mucho tiempo.

Este príncipe solo pertenece en adelante á la historia, y por eso nos complacemos en hallar en sus sentimientos intimos nuevos motivos de admiracion y de pesares.

Paris 8 de Febrero de 1816.

»MI SEÑORA HERMANA Y PRIMA:

»Hacia ya mucho tiempo que deseaba lograr el
 »consentimiento del rey vuestro abuelo, y el del príncipe vuestro padre, para atreverme á haceros una
 »peticion, en la cual consiste la felicidad de toda mi
 »vida. Supuesto, pues, que he obtenido su beneplácito, suplico á V. A. R. se digne confiarme la di-

»cha de su vida uniéndose conmigo. Me atrevo á li-
 »sonjearme de que la esperiencia, la edad, y una
 »larga série de infortunios, me han instruido lo bas-
 »tante para llegar á hacerme su digno esposo, su guia
 »y su amigo. Separándose de unos parientes tan dig-
 »nos de su cariño, encontrará aqui V. A. R. una fa-
 »milia que le recordará el tiempo de los patriarcas.
 »¿Que podré deciros del rey, de mi padre, de mi her-
 »mano, y sobre todo de este ángel, madama la du-
 »quesa de Angulema; suponiendo que sus virtudes
 »y sus bondades, que son superiores á todo elo-
 »jio, han llegado ya á vuestros oídos? Entre nosotros
 »reina la mas perfecta union, y nunca es perturba-
 »da. Todos mis parientes desean con impaciencia que
 »V. A. R. acceda á mis deseos, y aumente el número
 »de los hijos de nuestra familia. Tened, pues, señora la
 »bondad de condescender á mis súplicas, acelerando el
 »momento en que pueda poner á vuestros pies el ho-
 »menaje de los mas tiernos y respetuosos sentimientos,
 »con los cuales quedo, mi señora hermana y prima,
 »de V. A. R. el mas apasionado hermano y primo,
 »CARLOS FERNANDO."

El dia en que se celebró el matrimonio por pode-
 res, escribió tambien á la princesa la carta siguiente:

Paris 28 de Abril de 1816.

»Vuestra amable carta me ha causado un placer
 »que no puedo explicaros, mi señora y querida espo-
 »sa, pues hoy se han estrechado nuestros lazos, y nos
 »hemos dado nuestra fe. Desde este dia estamos uni-

»dos con los sagrados vinculos del matrimonio: vin-
»culos que procuraré os sean dulces. Vos os dignais
»darme las gracias por haberos escojido por compa-
»ñera de mi vida, ¿y cuantas no debo yo dar á V. A. R.
»por haber accedido con tanta prontitud á los deseos
»de vuestros respetables padres? Conozco lo mucho que
»sentireis el separaros de ellos, y el venir casi sola
»á un pais extranjero, que pronto dejará de serlo para
»vos, para uniros á un hombre á quien no conocéis.
»He arreglado vuestra familia con señoras cuya virtud
»y afabilidad me son conocidas. El rey ha aprobado
»esta eleccion. Vuestra dama de honor, la señora du-
»quesa de Reggio, siente muchísimo el no poder ir á
»recibirnos. Madama de la Ferronnays, vuestra azafata,
»hermana de la condesa de Blacas, será la primera
»que tendrá la dicha de haceros la córte: es un mo-
»delo de virtud y de amabilidad la mas dulce. Os la
»recomiendo muy particularmente. Ella os presentará
»las señoras que deben acompañaros. El duque de Lé-
»vis, vuestro gentil-hombre, es tan distinguido por sus
»cualidades como por sus talentos. El conde de Mes-
»nard, vuestro caballerizo mayor, es un leal caballe-
»ro, que no volvió á entrar en Francia hasta que en-
»tró conmigo. En fin, espero que luego que los co-
»nozcais, los hallareis dignos del honor que tienen de
»ser vuestros mas allegados servidores.

»¡Con que impaciencia aguardo la noticia de vues-
»tra llegada á Francia! ¡Cuan dichoso seré, mi que-
»rida esposa, en el momento en que pueda llamaros
»con tan dulce nombre! Todo lo que oigo decir acerca
»de vuestras apreciables cualidades, de vuestra bondad,

»de vuestro talento y de vuestras gracias, me encantan; y anhelo el dichoso momento de veros y de abrazaros, para manifestaros cuanto os ama

»CÁRLOS FERNANDO.»

Este modo de concluir la carta es la fórmula de casi todas las conclusiones de las cartas de Enrique IV; pero con alguna gravedad y castidad, que corresponde á la santidad del lazo conyugal. El mismo día en que el duque de Berry escribía esta carta, le escribía la joven princesa la siguiente luego que se efectuó su matrimonio por poderes.

Nápoles 24 de Abril de 1816.

»Acabo, señor, de contraer en el altar el empeño solemnemente de ser vuestra fiel y tierna esposa. Este título tan precioso me impone unas obligaciones, que con mucho gusto empiezo á cumplir desde este momento, asegurándoos de la ternura de los sentimientos que ya os he consagrado para toda la vida: esta solo se ocupará en buscar los medios de agradaros, en conciliarme vuestra amistad, y en merecer vuestra confianza. Sí, vos poseeréis toda la mía, todos mis afectos: seréis mi guía y mi amigo: me enseñaréis á agradar á vuestra familia; y suavizareis (no lo dudo) el gran sentimiento que voy á experimentar al separarme de la mía. Finalmente, os entrego del todo el cuidado de mi conducta, para que la dirijais hácia todo aquello que pueda asegurar vuestra felicidad. Yo haré en esto un estudio continuo, y ojalá que pueda

» lograrlo, para que conozcaís de este modo cuanto apre-
 » cio el ser vuestra compañera. Estos son los sentimientos
 » que tendrá toda su vida vuestra apasionada esposa
 » CAROLINA.”

CAPÍTULO VII.

Llegada de la señora duquesa de Berry á Marsella.

Un destacamento de la guardia real pasó á Provenza. Las señoras duquesa de Reggio, de la Ferronnays, de Bouillé, de Gontaut, y los señores duque de Havré, el de Lévis y el conde de Mesnard aguardaban en Marsella la llegada de la princesa Carolina. Esta señora habia asistido ya en Nápoles á varias fiestas brillantes, fiestas que parece que están siempre preparadas en las orillas de aquel golfo, en donde todo cuanto se percibe, cielo, mar, campiñas, palacios y ruinas, se unen con los placeres del momento ó con los gozos pasados. Embarcada en un navío napolitano atravesó la señora duquesa de Berry el mar que habia visto pasar á su abuela Margarita de Provenza, y mujer de San Luis, cuando volvía de la Tierra-Santa, en donde habia participado de las desgracias de su esposo y de su rey. Marsella desplegó á la llegada de la princesa aquel entusiasmo que conserva de la sangre de la Jonia, de la belleza de su sol, de las canciones de los trovadores, y de los recuerdos del buen rey Renato. Carolina de Borbon fue recibida como Maria de Médicis, á quien Enrique IV envió al condestable para que la recibiese, y al canciller y al duque de Guisa, y las princesas viudas de Guisa y de Nemours. Pero

»lograrlo, para que conozcaís de este modo cuanto apre-
 »cio el ser vuestra compañera. Estos son los sentimientos
 »tos que tendrá toda su vida vuestra apasionada esposa
 »CAROLINA.»

CAPÍTULO VII.

Llegada de la señora duquesa de Berry á Marsella.

Un destacamento de la guardia real pasó á Provenza. Las señoras duquesa de Reggio, de la Ferronnays, de Bouillé, de Gontaut, y los señores duque de Havré, el de Lévis y el conde de Mesnard aguardaban en Marsella la llegada de la princesa Carolina. Esta señora habia asistido ya en Nápoles á varias fiestas brillantes, fiestas que parece que están siempre preparadas en las orillas de aquel golfo, en donde todo cuanto se percibe, cielo, mar, campiñas, palacios y ruinas, se unen con los placeres del momento ó con los gozos pasados. Embarcada en un navío napolitano atravesó la señora duquesa de Berry el mar que habia visto pasar á su abuela Margarita de Provenza, y mujer de San Luis, cuando volvía de la Tierra-Santa, en donde habia participado de las desgracias de su esposo y de su rey. Marsella desplegó á la llegada de la princesa aquel entusiasmo que conserva de la sangre de la Jonia, de la belleza de su sol, de las canciones de los trovadores, y de los recuerdos del buen rey Renato. Carolina de Borbon fue recibida como Maria de Médicis, á quien Enrique IV envió al condestable para que la recibiese, y al canciller y al duque de Guisa, y las princesas viudas de Guisa y de Nemours. Pero

escuchemos á los dos esposos, que van á contarnos su historia: mas ¡con que gracia!

CAPÍTULO VIII.

Cartas del príncipe y de la princesa. La señora duquesa de Berry describe las fiestas que la dieron en Marsella y en Tolon.

Paris 10 de Mayo de 1816.

»Aprovecho, señora, la salida de la señora duquesa de Reggio para deciros lo interesante que me ha sido vuestra segunda carta: carta que me habeis escrito al salir de la ceremonia, confiando por ella en mis manos vuestra suerte. Estoy ya encargado con gusto de vuestra felicidad, y el proporcionárosla será la mas dulce y constante ocupacion de toda mi vida. He visto con sentimiento el retraso de vuestra salida de Nápoles; y aunque se abreviará todo lo posible la cuarentena que os obligarán á hacer, presumo que no tendré la dicha de veros hasta principios del mes próximo. ¡Cuanto siento el no haber podido ir personalmente á Nápoles á buscaros! Pero como hijos debemos someternos á la voluntad de nuestros padres, y como primeros súbditos, debemos dar el ejemplo de la obediencia. Toda la Francia os espera con la mas viva impaciencia, y yo mas que nadie. Os recomiendo la señora duquesa de Reggio, que, á pesar de estar delicada, ha querido salir, y se dá por muy dichosa en cumplir con su obligacion á vuestro lado.

»Adios, señora: estoy esperando con impaciencia el recibir una carta de V. A. R. desde Francia. El fuerte viento que se ha movido me hace temblar.

»CARLOS FERNANDO.»

escuchemos á los dos esposos, que van á contarnos su historia: mas ¡con que gracia!

CAPÍTULO VIII.

Cartas del príncipe y de la princesa. La señora duquesa de Berry describe las fiestas que la dieron en Marsella y en Tolon.

Paris 10 de Mayo de 1816.

»Aprovecho, señora, la salida de la señora duquesa de Reggio para deciros lo interesante que me ha sido vuestra segunda carta: carta que me habeis escrito al salir de la ceremonia, confiando por ella en mis manos vuestra suerte. Estoy ya encargado con gusto de vuestra felicidad, y el proporcionárosla será la mas dulce y constante ocupacion de toda mi vida. He visto con sentimiento el retraso de vuestra salida de Nápoles; y aunque se abreviará todo lo posible la cuarentena que os obligarán á hacer, presumo que no tendré la dicha de veros hasta principios del mes próximo. ¡Cuanto siento el no haber podido ir personalmente á Nápoles á buscaros! Pero como hijos debemos someternos á la voluntad de nuestros padres, y como primeros súbditos, debemos dar el ejemplo de la obediencia. Toda la Francia os espera con la mas viva impaciencia, y yo mas que nadie. Os recomiendo la señora duquesa de Reggio, que, á pesar de estar delicada, ha querido salir, y se dá por muy dichosa en cumplir con su obligacion á vuestro lado.

»Adios, señora: estoy esperando con impaciencia el recibir una carta de V. A. R. desde Francia. El fuerte viento que se ha movido me hace temblar.

»CARLOS FERNANDO.»

En el Lazareto de Marsella a 26 de
Mayo de 1816.

»Vuestras amables cartas, señor, me han acostum-
»brado ya á interesarme en vuestra suerte. Debo, pues,
»informar á V. A. R., con la confianza que me ins-
»pira, de todo lo que hago aqui, y en primer lugar
»de mi salud, que es completamente buena. Me le-
»vanto bastante tarde, porque me gusta dormir por
»la mañana, y asi no oigo misa hasta de nueve á diez.
»El buen duque de Havré se toma el trabajo de venir
»desde muy lejos para asistir á ella, como tambien el
»prefecto, Mr. de Villeneuve-Vargemont, Mr. de Mont-
»grand, el correjidor y los diputados de la sanidad,
»cuando se lo permiten los negocios públicos. Asi me
»vienen á ver á la distancia *muy respetuosa* que impo-
»nen las leyes de la cuarentena. Despues me retiro á
»mi casa hasta comer, y luego me aprovecho de la
»excelente sociedad de la señora de la Ferronnays; y
»sin duda el cariño que os tiene es la causa de que
»la deba el buen testimonio de su grande afecto para
»venir á encerrarse conmigo. Yo se lo agradezco infi-
»nito, asi como la peticion que á este efecto hizo la
»duquesa de Reggio. Tengo el gusto de verla en el
»locutorio con las señoras de Gontaut, de Bouillé, y
»los señores de Lévis y de Mesnard, y todos los demás
»que me ha presentado el duque de Havré. En esto
»me ocupo despues de comer, mientras llega la hora
»de paseo ó de la pesca, cuya diversion me han pro-
»porcionado por dos veces los intendentes de sanidad,
»que tienen mucho cuidado en emplear todos los me-

»dios para hacer mas llevadero mi retiro. El jueves
»pasado di un hermoso paseo por la mar en una bo-
»nita canoa que el comandante de la marina hizo ve-
»nir de Tolon : he podido entrar en el puerto , y
»como los habitantes de Marsella se han alegrado de
»que se haya hallado este medio para dejarme ver
»de ellos, he pedido que se repita hoy el pasco, si
»el tiempo lo permite. Tambien me han dado músi-
»ca muchas veces. Por último , señor , no se omite
»nada de cuanto pueda contribuir á darme gusto. Os
»aseguro que estoy sumamente agradecida, y quisie-
»ra poderlo manifestar como lo siento; pero no pue-
»do vencer de repente mi timidez. Mi edad , y las
»pocas ocasiones que he tenido de presentarme al pú-
»blico, deben disculparme para con los que saben apre-
»ciar estas razones: otros tal vez no juzgarán con tanta
»indulgencia. Mas esto no me daria mucho cuidado,
»sino con respecto á V. A. R., á quien yo solo quisie-
»ra hacerle disfrutar de todo jénero de satisfaccio-
»nes. Parece que se trata de hacerme ver á Tolon , é
»iré con tanto mas gusto , quanto esta correria no
»es un retraso , supuesto que me hace emplear los
»dias de gracia que me han concedido los señores de
»la sanidad; esta es una de las disposiciones del apre-
»ciable duque de Havré. No escribo hoy al rey vues-
»tro tio , ni á vuestro padre, por no molestarles; pero
»dispensadme la fineza de ser para con ellos el intér-
»prete de mis verdaderos sentimientos de respeto, ad-
»hesion y cariño que les profeso , asi como los de
»amistad para con el señor duque y señora duquesa de
»Angulema. Se me hace largo el tiempo que tar-
do

»en hacer parte de esta familia, que me es ya tan
 »cara. Vos, señor, me enseñareis á agradarla, me di-
 »reis con franqueza cuanto deba hacer para conse-
 »guirlo, y sobre todo pará merecer vuestra ternura,
 »que es lo que mas interesa á vuestra esposa

CAROLINA.”

Paris 26 de Mayo de 1816.

»No puedo espresaros, señora, con cuánta satis-
 »faccion he sabido vuestra llegada á Marsella. Bien
 »hubiera querido abreviar la fastidiosa cuarentena de
 »V. A. R., que temo que os ha de parecer muy lar-
 »ga. Habeis ganado ya los corazones de los que han
 »tenido la dicha de veros. Estais ya tan querida en
 »Francia, y tanto anhelan el veros, que cuando salgo
 »no gritan ya viva el duque de Berry, sino, lo que mas
 »placer me causa, viva la duquesa de Berry, viva la
 »princesa Carolina.

»Quisiera, señora, anticipar todos los deseos de
 »V. A. R., y saber todo lo que podria agradaros mas.
 »Aqui hallareis una hermosa habitacion, en cuyo ar-
 »reglo está ocupada toda la familia. Sé que os gusta
 »el montar á caballo, y os estoy buscando algunos que
 »estén bien enseñados. Me consta que no sois tímida;
 »pero yo tengo temor por vos. Hablando del valor,
 »es preciso confesar que habeis estado en gran peligro
 »en la mar, al pasar cerca de la maldita isla de Elba,
 »de donde nos vinieron todos nuestros males el año
 »pasado. Esto me hizo temblar; pero he sabido con
 »mucho gusto que no habeis experimentado el mas mí-

»nimo susto. Se conoce que circula en vuestras venas
»la sangre de Enrique IV y de Luis XIV.

»Adios, señora, y mi muy querida amiga, y mi
»buena y amable esposa: mientras llega el 13 de Ju-
»nio, que tan lejos está todavía, quiero repetiros que
»os amo, y que hará cuanto esté de su parte para
»haceros feliz.

CÁRLOS FERNANDO.

Marsella 2 de Junio de 1816.

»¡Que gusto es para mí, señor, el recibir á los cin-
»co días de la fecha vuestras amorosas cartas, aunque
»escritas con demasiada rapidez! Permitame V. A. R.
»el que le dé una reprensioncita por esta causa. Es-
»pero que me la disimulareis, supuesto que me de-
»seáis toda clase de felicidad, y que retardais la que
»me proporciona el leer vuestras cartas, por el estu-
»dio que me es preciso hacer para entender vuestra
»letra. Mas no por esto juzgueis que soy mal conten-
»tadiza y regañona.

»Ayer tarde llegué á Tolon, en donde no he he-
»cho mas que recibir homenajes y festejos, tanto en la
»tierra como en el mar. Toda la ciudad estaba colga-
»da con gusto, y adornada con emblemas é inscrip-
»ciones alegóricas. Es imposible describir el entusias-
»mo de estos buenos habitantes de la Provenza, pues
»me contemplan demasiado, y conmueven sensible-
»mente mi corazon con las repetidas demostraciones
»de su amor al rey y á toda su familia. Al mismo
»tiempo tienen la delicadeza de unir sus aclamaciones
»por mis parientes de Nápoles. ¿No es esto una cosa

»que encanta? Son excelentes todas las autoridades,
 »segun la voz comun, y son las que sostienen el
 »buen espíritu. He tenido el gusto de ver al valiente
 »Rousse de Tolon, que es el único que hizo recono-
 »cer á Luis XVII, y que continúa siendo útil á su pa-
 »tria y á su rey, con una adhesion desinteresada y sin
 »límites.

»Me han llevado á los arsenales. El de tierra, que
 »hace cuatro meses que no existia, está ahora en esta-
 »do de armar mas de treinta mil hombres. Esto se debe
 »á la incansable actividad del coronel Laferrière que
 »está encargado de él. Me ha interesado en un todo
 »esta pequeña romería. Creo que en ninguna parte se
 »puede formar una idea mas exacta de los recursos
 »y de la grandeza de Francia, que visitando este her-
 »moso puerto. Si tal es el efecto que han causado en
 »mí, que no entiendo nada, ¿cual será el que deberá
 »producir en las personas que tengan conocimientos
 »en la materia? Dentro de trece dias tendré el gusto
 »de veros, señor, y juzgaré por mí misma de todo el
 »bien que oigo decir de vuestro corazon y de vues-
 »tro talento; y el de repetiros que soy y seré toda mi
 »vida, vuestra fiel y afectisima

CAROLINA.

Paris 31 de Mayo de 1816.

»El principe de Castellcicala me remitió ayer, se-
 »ñora y mi muy querida amiga, unas cartas de vues-
 »tros queridos padres para vos, y no pierdo un solo
 »instante para enviáoslas. Tambien he recibido hoy
 »noticias de Marsella del 23, y sé que encantais á

»cuantos os rodean, y á todos cuantos tienen la dicha
»de veros. Vuestro paseo en el barco ha producido un
»gran efecto, y especialmente la promesa que habeis
»hecho de repetirle. No será hoy larga mi carta, tem-
»niendo que enviaros tantas que deben interesaros mas.
»Estoy ocupado en buscaros caballos, y espero en-
»contrarlos tales cuales os puedan convenir. Hemos
»estado á ver el canastillo que el rey os regala, y
»creo que os ha de gustar. Hay sobre todo en él un
»vestido de baile, que tendré mucho gusto en vé-
»rosle puesto. Mi padre está arreglando vuestra bi-
»blioteca; mi hermano y su mujer se ocupan en ador-
»nar vuestra habitacion, y cada uno de nosotros de
»por sí tiene mucho placer en daros gusto. ¿Y quien
»lo desea mas que aquel que os está ya unido con
»los lazos mas sagrados? Estoy siempre receloso de
»mis treinta y ocho años, porque me acuerdo que á
»los diecisiete me parecian muy viejos los que se acer-
»caban á cuarenta. No me lisonjéo de inspiraros mu-
»cho amor, pero sí aquel sentimiento tan tierno que
»es mas fuerte que la amistad, aquella dulce con-
»fianza que nace de la amistad misma. Veo que no
»concluyo, y vos teneis que leer todas vuestras car-
»tas. Adios; aun faltan quince dias bien pesados. Beso
»las manos de mi esposa con toda la ternura de mi
»corazon.

CÁRLOS FERNANDO."

Paris 4 de Junio de 1816.

»Recibí ayer, mi señora y querida amiga, vues-
»tra estimada y amorosa carta del 27. Todos os elo-

»jian; pero yo juzgo todavía mejor de vuestro mérito
 »por vuestras cartas, en las que encuentro cuanto pue-
 »da embelesarme. Me pedís consejos, y os aconsejaré
 »todo lo que crea que os pueda ser útil. Os quejais de
 »vuestra timidez: esta es propia de vuestra edad, y
 »sabeis unir á ella la bondad y la nobleza. Estais ro-
 »deada del amor de los habitantes del Mediodía, que
 »son muy buenos. Vos sois un presajio de felicidad para
 »la Francia, y *el terror de los facciosos* (1).

»CÁRLOS FERNANDO.»

CAPÍTULO IX.

Siguen las cartas. La señora duquesa de Berry parte de Marse-
 Ha, y continúa hablando de la Francia á medida que se apro-
 xima á Fontainebleau.

Montelimart 6 de Junio de 1816.

»Vuestra carta de 31 de Mayo ha llegado á mis
 »manos antes que hubiese concluido mi respuesta á la
 »del 26. Os doy muchas gracias, tanto por la primera
 »como por la segunda. Me habeis complacido enteramente,
 »enviándome las de mis padres. Continuan ha-
 »ciéndome ver la Francia adornada. En todos los pue-
 »blos de mi tránsito son continuas las aclamaciones, así
 »como las felicitaciones de las autoridades. Lo agra-
 »dezcó mucho; pero debo deciros en confianza, para
 »darle una prueba nada equívoca de que no tengo se-
 »creto para con vos, que siento el peso de estos ho-
 »nores, y que jamás llegarán á envanecerme. Deseo
 »con impaciencia disfrutar de una vida pacífica cual se

(1) Lonyel lo ha probado bien.

»jian; pero yo juzgo todavía mejor de vuestro mérito
 »por vuestras cartas, en las que encuentro cuanto pue-
 »da embelesarme. Me pedís consejos, y os aconsejaré
 »todo lo que crea que os pueda ser útil. Os quejais de
 »vuestra timidez: esta es propia de vuestra edad, y
 »sabeis unir á ella la bondad y la nobleza. Estais ro-
 »deada del amor de los habitantes del Mediodía, que
 »son muy buenos. Vos sois un presajio de felicidad para
 »la Francia, y *el terror de los facciosos* (1).

»CÁRLOS FERNANDO.”

CAPÍTULO IX.

Siguen las cartas. La señora duquesa de Berry parte de Marsella, y continúa hablando de la Francia á medida que se aproxima á Fontainebleau.

Montelimart 6 de Junio de 1816.

»Vuestra carta de 31 de Mayo ha llegado á mis
 »manos antes que hubiese concluido mi respuesta á la
 »del 26. Os doy muchas gracias, tanto por la primera
 »como por la segunda. Me habeis complacido enteramente,
 »enviándome las de mis padres. Continuan haciéndome ver la Francia adornada. En todos los pueblos de mi tránsito son continuas las aclamaciones, así como las felicitaciones de las autoridades. Lo agradezco mucho; pero debo deciros en confianza, para darle una prueba nada equívoca de que no tengo secreto para con vos, que siento el peso de estos honores, y que jamás llegarán á envanecerme. Deseo con impaciencia disfrutar de una vida pacífica cual se

(1) Lonyel lo ha probado bien.

»goza en una familia. Entre tanto reciba V. A. R. la
 »seguridad de mi ternura, que durará tanto como la
 »vida de

»CAROLINA.”

Leon 9 de Junio de 1816.

»Vuestras cartas del 4 y 5 del presente, señor,
 »me han sido entregadas en la noche de mi llegada á
 »Leon: no quiero repetiros que os doy las debidas gra-
 »cias: baste el dároslos una vez para siempre, asegu-
 »rándoos de mi tierno reconocimiento, y de que nada
 »se oculta á mi sensibilidad: la habeis conmovido viva-
 »mente.

»¿Decís, señor, que estais contento de mí? Esto
 »es sin duda para tranquilizarme, porque conozco que
 »me falta mucho, pero muchísimo todavía, para agra-
 »daros tanto como yo quisiera, y para corresponder
 »á la idea demasiado lisonjera que os han hecho formar
 »de Carolina. Creed, sí, en su buen corazon, y en el
 »deseo que la anima de corresponder á vuestra con-
 »fianza; entregándoos toda la suya enteramente. He
 »aquí de cuanto yo puedo responderos; vuestros cui-
 »dados y vuestras bondades harán lo que falta.

»Agradezco mucho todo lo que se hace para her-
 »mosear mi habitacion, y para adornar mi persona.
 »¿Pero como he de poder manifestar á todos mi re-
 »conocimiento? Vos, señor, me ayudareis: estando en
 »vuestra compañía será cuando no tendré necesidad
 »de intérprete, pues os aseguro con franqueza que os
 »ama de corazon vuestra

»CAROLINA.”

..

Paris 9 de Junio de 1816.

»Mi señora y querida amiga. Os escribo por uno
»de los mas adictos servidores de nuestra casa, por un
»hombre que se complace mucho en nuestra union,
»del buen príncipe de Castelcicala. No necesito reco-
»mendárosle: me conoce bien, porque me ha tratado
»mucho tiempo en Inglaterra. ¡Con que placer me
»pondria en su lugar! ¡Dentro de seis dias tendré el
»gusto de veros! Siempre tengo el temor de que no os
»he de parecer bien, fundado en que los pintores de
»Paris no son como los de Palermo, porque lisonjean.
»¡Con que placer apretaré vuestra mano! Apretad tam-
»bien la mia si no os disgusto demasiado. La sujecion
»en que estaremos por espacio de dos dias me inco-
»modará mucho. Carolina mia, voy á ocuparme única
»y esclusivamente en procurar vuestra felicidad y vues-
»tros placeres. Sé que os gusta el teatro, y tengo palcos
»en todos. Tengo tambien una bonita campiña, de que
»os habrán hablado, y si os gusta iremos allá con fre-
»cuencia. Voy á menudo á la caza, é ireis igualmente
»á ella en carruaje. Sé que la música os agrada, y tam-
»bien soy aficionado á ella. Por último, señora, pro-
»curaré haceros feliz, y espero conseguirlo. Vos po-
»séis, si he de creer á cuantos han tenido el honor
»de veros, bondad, agrado, ingenio y viveza, ¿que
»mas se puede desear? Sin embargo, no dejaremos de
»tener nuestros defectos; y una tierna indulgencia será
»nuestra divisa.

»CÁRLOS FERNANDO."

Fontainebleau 12 de Junio de 1816.

»Vuestra carta escrita en Leon, que he recibido
»de mano del rey, me ha causado una satisfaccion que
»no puedo espresaros. He quedado encantado al ver
»con la franqueza que me regañais por mi letra: te-
»neis muchísima razon; pero al escribiros mi corazon
»me saca de mí, y no podeis formar una idea del es-
»fuerzo que me veo precisado á hacer para que pueda
»ser leible mi letra. ¡Aun faltan tres dias! Estoy im-
»paciente por veros. Pero hoy experimento tambien
»una gran satisfaccion, que es la de poseer vuestro
»retrato. A lo menos este no os desfigura del todo, y
»aunque os haga alguna gracia, aun podreis ser bas-
»tante agradable, sin ser tan linda como lo estais en
»el retrato.

Somos a 13.

»El príncipe de Castalcála me entrega vuestra
»carta de Moulins, que aun es mas amorosa que las
»anteriores. En fin, mañana veré á mi esposa, á aque-
»lla en cuya felicidad debo poner todo mi conato."

¡Ay! el príncipe hizo infeliz á aquella á quien creia
hacer dichosa; pero ¿fue culpa suya? ¿Cuanto amaban
á la Francia estos dos jóvenes esposos! ¿Que agrade-
cimiento tan sincero (porque este estaba bien oculto
en estas cartas) de los homenajes que la rinden! ¿Con-
tienen acaso estas cartas una sola palabra que pueda
desaprobar el alma mas sencilla, mas noble y mas tier-
na? Al leerlas, ¿quien no querria tener por hermano

y por hermana, por hijo y por hija á los que las escribieron?

El señor duque y la señora duquesa de Berry presentaban una interesante relacion de sus destinos. Siendo descendientes de una misma rama ambos Borbones, y habiendo visto ambos la caída del trono de su familia, habiendo vuelto ambos á subir á su rango, solo conocieron el destierro y el infortunio antes de su matrimonio. Batidos por la misma tempestad, se habian unido para apoyarse. Despues de tantos años de calamidades, buscaban algunos momentos de felicidad. ¡Sus cartas nos prueban cuan cruel ha sido el arrebatarla!

CAPÍTULO X.

La señora duquesa de Berry llega á Fontainebleau. Celebracion del matrimonio en Paris.

La princesa llegó el día en que la esperaba el señor duque de Berry, como se ve por su última carta. Su marcha por medio de la Francia habia sido una continuada fiesta. Al fin de su carrera halló dos tiendas armadas en el bosque de Fontainebleau, junto á la cruz de San Hérein. Allí fue recibida por el rey, MADAMA, MONSIEUR, los señores duques de Angulema y el de Berry. Todo se hizo allí con las mismas ceremonias y las mismas etiquetas que se practicaron en el casamiento de Luis XV. Nada se altera en esta familia de Francia, aun cuando se haya cambiado el reino; y de este modo conduce á la larga sus institu-

y por hermana, por hijo y por hija á los que las escribieron?

El señor duque y la señora duquesa de Berry presentaban una interesante relacion de sus destinos. Siendo descendientes de una misma rama ambos Borbones, y habiendo visto ambos la caída del trono de su familia, habiendo vuelto ambos á subir á su rango, solo conocieron el destierro y el infortunio antes de su matrimonio. Batidos por la misma tempestad, se habian unido para apoyarse. Despues de tantos años de calamidades, buscaban algunos momentos de felicidad. ¡Sus cartas nos prueban cuan cruel ha sido el arrebatarla!

CAPÍTULO X.

La señora duquesa de Berry llega á Fontainebleau. Celebracion del matrimonio en Paris.

La princesa llegó el día en que la esperaba el señor duque de Berry, como se ve por su última carta. Su marcha por medio de la Francia habia sido una continuada fiesta. Al fin de su carrera halló dos tiendas armadas en el bosque de Fontainebleau, junto á la cruz de San Hérein. Allí fue recibida por el rey, MADAMA, MONSIEUR, los señores duques de Angulema y el de Berry. Todo se hizo allí con las mismas ceremonias y las mismas etiquetas que se practicaron en el casamiento de Luis XV. Nada se altera en esta familia de Francia, aun cuando se haya cambiado el reino; y de este modo conduce á la larga sus institu-

ciones con su inmovilidad á un punto fijo, y da al gobierno una forma que no debe parecer.

Los primeros aparatos del matrimonio del señor duque y de la señora duquesa de Berry bajo de los árboles, fueron de lo mas encantador que se puede imaginar. Siempre se ha visto que los descendientes de aquellos reyes cabelludos han conservado una predileccion secreta á los bosques, porque siempre les ha gustado colocar sus palacios en la soledad, y atraer las diversiones de su córte debajo de las gruesas encinas. ¡Que recuerdos no ofrecia á la jóven princesa este Fontainebleau habitado por veintinueve reyes desde Roberto! San Luis, el augusto jefe de su familia, habia hecho edificar en él un hospital para los pobres, *entre los cuales buscaba á Jesueristo*, como él mismo lo decia. En otros siglos añadieron á lo que el santo habia hecho las obras de Carlos el Victorioso, y de Francisco el restaurador de las letras. Enrique IV ponía la fecha de sus cartas, de sus *deliciosos desiertos* de Fontainebleau. Luis XIII tambien lo hermoscó. Vino el desgraciado Luis XVI, y plantó pinos sobre las rocas, como si fueran una señal de duelo; y treinta años despues se vió un papa prisionero en los mismos bosquecillos en que Luis XIV se habia prendado de la Valiere. Y todo este encadenamiento de cosas, que sirve al mundo de historia y leccion, no son para esta casa de Francia mas que tradiciones de familia.

Finalmente, se celebró el matrimonio en la catedral de Paris. Todos cuantos presenciaban esta ceremonia se acordaban de otra solemnidad: todos consideraban cuán poco tiempo se necesita para convertir las

risas en lágrimas, y para colocar al señor del mundo en el lugar del desterrado, y al desterrado sobre el trono del señor del mundo. Lo que parecía ser mas duradero que los imperios era la felicidad del señor duque y de la señora duquesa de Berry. Jamás ha habido un matrimonio mas proporcionado, esposo mas afectuoso, mujer mas rendida y mas tierna. Estando la Francia en paz con la Europa, pudo por fin el señor duque de Berry gozar de un reposo que lo habia bien merecido. Despues de largo tiempo era el único objeto de sus miras y deseos.

CAPÍTULO XI.

Vida privada del príncipe. Anécdotas del cochero, del lacayo y del jugador. Penston de Mr. Provenchere.

Adorado en su casa el señor duque de Berry, estableció desde luego en ella un orden perfecto; no aquel orden que pertenece á una medianía de alma, sino el que corresponde á la delicadeza del gusto, y proporciona la independencía. Quería que el orden que habia establecido para si mismo fuese tambien observado por sus criados. Cuando estos ponian una cantidad en la caja de ahorros, él doblaba la cantidad para aficionarlos á la economía, y enseñarles á tener prevision para lo futuro. Siendo un escelente amo, no tenia su bondad otro defecto que el de la vivacidad de su jenio. Habia dado varias veces á entender á un cochero, que no queria que dirijese mas su coche: *«Eres ya demasiado viejo para trabajar,»* y le decia con aspereza: *«rete.»* El cochero, no menos deter-

risas en lágrimas, y para colocar al señor del mundo en el lugar del desterrado, y al desterrado sobre el trono del señor del mundo. Lo que parecía ser mas duradero que los imperios era la felicidad del señor duque y de la señora duquesa de Berry. Jamás ha habido un matrimonio mas proporcionado, esposo mas afectuoso, mujer mas rendida y mas tierna. Estando la Francia en paz con la Europa, pudo por fin el señor duque de Berry gozar de un reposo que lo habia bien merecido. Despues de largo tiempo era el único objeto de sus miras y deseos.

CAPÍTULO XI.

Vida privada del príncipe. Anécdotas del cochero, del lacayo y del jugador. Penston de Mr. Provenchere.

Adorado en su casa el señor duque de Berry, estableció desde luego en ella un orden perfecto; no aquel orden que pertenece á una medianía de alma, sino el que corresponde á la delicadeza del gusto, y proporciona la independencía. Quería que el orden que habia establecido para si mismo fuese tambien observado por sus criados. Cuando estos ponian una cantidad en la caja de ahorros, él doblaba la cantidad para aficionarlos á la economía, y enseñarles á tener prevision para lo futuro. Siendo un escelente amo, no tenia su bondad otro defecto que el de la vivacidad de su jenio. Habia dado varias veces á entender á un cochero, que no queria que dirijese mas su coche: *»Eres ya demasiado viejo para trabajar,»* y le decia con aspereza: *»rete.»* El cochero, no menos deter-

minado á quedarse, le dijo que tenia una numerosa familia, y que le era preciso trabajar. »¿Y por que *no lo has dicho antes?* dijo el príncipe: *eso ya es otra cosa. Yo aumento en mil y doscientos francos tu pensión de retiro; pero, buen hombre, te suplico que descanses ya.*»

Hacia ya algun tiempo que el príncipe oia resonar continuamente en su casa el nombre de un tal *José*, á quien no cesaban de llamar en los jardines, en los patios y en los portales. Mandó que le presentasen al tal hombre para conocerlo. »Y bien, *José*, le dijo, ¿eres tú el que gobierna mi casa? Me parece que *desempeñas el trabajo de todos. ¿Eres casado, tienes hijos?* — «Sí, señor,» le respondió *José* temblando: y el príncipe le dobló el sueldo.

Aubry era el primer perrero del príncipe: unas veces era alabado, y otras reprendido, segun el buen ó mal resultado de la caza. En una ocasion se dispuso que Compiègne fuese el punto de reunion para una cacería. A Aubry se le dió la órden de que estuviese allí á las ocho en punto de la mañana. El príncipe llegó antes, y empezó á cazar á las siete y media. Aubry, que llegó con puntualidad á las ocho, oyó á lo lejos la cacería en el bosque. Vuelve el duque de Berry á medio día cansado, habiéndose escapado el ciervo, y faltándole los perros. Con las señales de la mayor impaciencia pregunta por Aubry. Hállanle al pobre Aubry que se ocultaba, y se lo presentan enteramente cortado. »Aubry, le dice el príncipe, ¿que castigo merecen *los que no son puntuales?*» Aubry no puede contestar. »¿No lo sabes? replica el príncipe; *pues yo si lo*

»sé, que es pagar una multa, y yo la pago;” y al instante le entrega una cantidad para sus hijos.

Jamás olvidaba los servicios que le habían hecho. Llegó su agradecimiento hasta buscar en América á Mr. de Provencher, su primer ayuda de cámara, á quien la edad y las enfermedades no le permitian salir de los Estados-Unidos. Por una rara delicadeza nombró el duque de Berry por su tesorero á este anciano criado; y con este título recibía una pensión, aunque nunca tuvo el príncipe tesoro ni caja.

CAPÍTULO XII.

Sigue la vida privada. Caridad del príncipe.

Las bondades del señor duque de Berry no se limitaron á sola su casa. En todas partes de la Francia descubría á los necesitados: su nombre, como el de la caridad misma, se hallaba unido con todas las obras de misericordia. Este carácter es propio de nuestros reyes. Conservamos ordenanzas que mandan en los tiempos mas calamitosos el dar limosnas con preferencia á las asignaciones, ó que ordenan (1) suspender la paga de todas las deudas, á escepcion de las limosnas, *exceptis eleemosynis*. Todas las noches le entregaban al señor duque de Berry un pliego que contenía una razon de las peticiones que se le habían presentado en el discurso del día; y las despachaba con arreglo á las noticias que se habían podido adquirir.

Se privaba de algunos gustos para satisfacer su je-

(1) *Ordonn. des rois de Franc.*, tom. II, p. 300-347.

»sé, que es pagar una multa, y yo la pago;” y al instante le entrega una cantidad para sus hijos.

Jamás olvidaba los servicios que le habían hecho. Llegó su agradecimiento hasta buscar en América á Mr. de Provencher, su primer ayuda de cámara, á quien la edad y las enfermedades no le permitian salir de los Estados-Unidos. Por una rara delicadeza nombró el duque de Berry por su tesorero á este anciano criado; y con este título recibía una pensión, aunque nunca tuvo el príncipe tesoro ni caja.

CAPÍTULO XII.

Sigue la vida privada. Caridad del príncipe.

Las bondades del señor duque de Berry no se limitaron á sola su casa. En todas partes de la Francia descubría á los necesitados: su nombre, como el de la caridad misma, se hallaba unido con todas las obras de misericordia. Este carácter es propio de nuestros reyes. Conservamos ordenanzas que mandan en los tiempos mas calamitosos el dar limosnas con preferencia á las asignaciones, ó que ordenan (1) suspender la paga de todas las deudas, á escepcion de las limosnas, *exceptis eleemosynis*. Todas las noches le entregaban al señor duque de Berry un pliego que contenía una razon de las peticiones que se le habían presentado en el discurso del día; y las despachaba con arreglo á las noticias que se habían podido adquirir.

Se privaba de algunos gustos para satisfacer su je-

(1) *Ordonn. des rois de Franc.*, tom. II, p. 300-347.

nerosidad, y así es que no quiso comprar algunas pinturas que se le propusieron de venta en Auveres. «He meditado acerca de vuestra propuesta, escribia á Mr. Despalieres, y difiero la compra. En un tiempo en que mis pobres llaman toda mi solicitud, me reprehenderia á mí mismo si comprase tan caro un gusto sin el cual puedo pasar.» En otra ocasion decia al corregidor de su distrito: «Cuando vuestros pobres me necesiten no dejéis de acudir á mí.»

Daba á la sociedad de beneficencia, de la cual era presidente, un socorro de quinientos francos cada mes; y en el año de 1816 puso en la caja de esta sociedad la cantidad de once mil francos, como donativo extraordinario. Cuando murió el príncipe de Condé reemplazó á su jeneral en la presidencia de la asociacion paternal de los caballeros de San Luis. Esto era de derecho. Hemos dicho ya que por un testamento hecho en Inglaterra le habia legado el príncipe de Condé el cuidado de sus compañeros de armas á aquel que habia sido compañero suyo en sus peligros. Cuando el señor duque de Berry supo la muerte del héroe de Berstheim, le oyeron decir estas palabras, que tanto espresan: «Hemos perdido con él nuestra antigua bandera blanca.»

Las limosnas que se sabia que hacia el señor duque de Berry ascendian á mas de cien mil escudos cada año; y otras muchas han quedado ocultas. La señora duquesa favorecia maravillosamente la inclinacion generosa del príncipe. Se ha calculado que reunidas sus limosnas en el espacio de seis años, han ascendido á la suma de un millon trecientos ochenta y ocho mil

ochocientos cincuenta y un francos. Cantidad enorme para un príncipe, cuya renta era inferior á la de muchos jenerales, banqueros y propietarios. Es necesario añadir á este millon trecientos ochenta y ocho mil ochocientos cincuenta y un francos, los quinientos mil de la misma moneda que el señor duque de Berry dejaba cada año para los departamentos que mas habian padecido durante la guerra, lo cual asciende á dos millones en el curso de cuatro años; y en todo cerca de cuatro millones de limosnas.

Todos estos donativos iban acompañados de tal delicadeza y finura, que aumentaban su valor. El príncipe y la princesa, siguiendo el precepto del Evangelio, visitaban á los desgraciados á quienes concedian abundantes socorros. A veces se ocultaban mutuamente sus buenas obras. Saliendo juntos un día, se les presentó una pobre mujer con sus hijos. La mas pequeña de las muchachas se aproximó inocentemente á la princesa. »Me he encargado de ella,» dijo la señora duquesa sonrosada: »Muy bien, respondió el príncipe, me complace mucho en veros cómo aumentais nuestra familia.»

CAPÍTULO XIII.

Continúa la vida privada. Diversas aventuras.

La humanidad es la inseparable compañera de la caridad. Cayó el caballo de uno de los dragones de la guardia que acompañaban al rey en el paseo, y al dragon se le rompió una pierna. Le encontraron el señor duque y la señora duquesa, se apearon de su coche, hicieron

ochocientos cincuenta y un francos. Cantidad enorme para un príncipe, cuya renta era inferior á la de muchos jenerales, banqueros y propietarios. Es necesario añadir á este millon trecientos ochenta y ocho mil ochocientos cincuenta y un francos, los quinientos mil de la misma moneda que el señor duque de Berry dejaba cada año para los departamentos que mas habian padecido durante la guerra, lo cual asciende á dos millones en el curso de cuatro años; y en todo cerca de cuatro millones de limosnas.

Todos estos donativos iban acompañados de tal delicadeza y finura, que aumentaban su valor. El príncipe y la princesa, siguiendo el precepto del Evangelio, visitaban á los desgraciados á quienes concedian abundantes socorros. A veces se ocultaban mutuamente sus buenas obras. Saliendo juntos un día, se les presentó una pobre mujer con sus hijos. La mas pequeña de las muchachas se aproximó inocentemente á la princesa. »Me he encargado de ella,» dijo la señora duquesa sonrosada: »Muy bien, respondió el príncipe, me complace mucho en veros cómo aumentais nuestra familia.»

CAPÍTULO XIII.

Continúa la vida privada. Diversas aventuras.

La humanidad es la inseparable compañera de la caridad. Cayó el caballo de uno de los dragones de la guardia que acompañaban al rey en el paseo, y al dragon se le rompió una pierna. Le encontraron el señor duque y la señora duquesa, se apearon de su coche, hicieron

colocar en él al herido, y mandaron que se le condujese al Elisco para ser asistido hasta su perfecta curación; y despues se volvieron á pie, á pesar del excesivo calor que hacia, por estar el sol en toda su fuerza. Este era el mismo príncipe que, estando muchas veces falto de todo, no halló una mano jenerosa que le socorriese.

MOSSIEUR habia dado á su hijo cuando era jóven aquella cabaña de Bagatela, que tanto dió que hablar al principio de la revolucion, y cuyos jardines y muebles se hubiera desdeñado de recibir el último criado de Bonaparte. Le gustaba mucho al señor duque de Berry este pequeño retiro, en donde socorria á los pobres de las cercanías. Iba á él frecuentemente por las mañanas en tiempo de primavera. Un dia, atravesando el bosque de Boloña, encontró á un niño cargado con una banasta. El príncipe paró su cabriolé, y dijo al muchacho: «¿Adonde vas, buen niño?» «A la «Mulette, respondió, á llevar esta banasta.» — «Es demasiado pesada para ti, dijo el príncipe, dámela, y «yo la entregaré al pasar por allá.» Colocaron en efecto la banasta en el cabriolé, y el príncipe la entregó á la persona para quien iba dirigida. Despues fue á buscar al padre del muchacho, y le dijo: «He encontrado «á vuestro hijo: le haceis cargar con unas banastas muy «pesadas. De este modo le esponéis á que pierda su «salud, y le impedís el que crezca. Compradle, pues, «una pollina para que lleve las banastas,» y le dió el dinero para comprarla.

Cuando un gran monarca ó un hombre célebre se introduce disfrazado entre la multitud, se desea verlos

allí; pero por la misma razón nada es más sencillo que el desplegar las virtudes de posición en esta clase de aventuras: el orgullo humano se complace en humillarse algunas veces, para en seguida ensalzarse. No es, pues, este placer de contraste el que se experimenta al leer la vida privada del señor duque de Berry. Él, no solamente no era rey, sino carecía todavía de aquel brillo de gloria con que la muerte le ennoblecía. Acostumbrado á la obscuridad, no era nuevo en él el hallarse en medio de las clases inferiores de la sociedad. La misma superioridad de su naturaleza es la sola causa de la gracia que daba á sus palabras y á las buenas acciones que practicaba todos los días. Lo que más se aprecia y se admira en el príncipe es la cualidad de hombre, prescindiendo de la escena que le da á conocer.

CAPÍTULO XIV.

Siguen las aventuras.

Una mañana del mes de Junio, que parecia que deberia estar serena, salió el señor duque de Berry con la señora duquesa á pasearse á pie por el baluarte. Sobrevino una tormenta. Pasó un jóven con un paraguas: el príncipe le ruega que se le prestase para su mujer. »Con mucho gusto, dijo el jóven: ¿me permitirá la »señora que la acompañe?» — »Seguramente que sí,» dijo el príncipe, y echó á andar al lado de la princesa con el forastero. El camino era largo, y el jóven decia á menudo: »¿Es aquí?» — »Un poco más adelante,» contestaba el príncipe. Se aproximan al Eliseo-Borbon,

allí; pero por la misma razón nada es más sencillo que el desplegar las virtudes de posición en esta clase de aventuras: el orgullo humano se complace en humillarse algunas veces, para en seguida ensalzarse. No es, pues, este placer de contraste el que se experimenta al leer la vida privada del señor duque de Berry. Él, no solamente no era rey, sino carecía todavía de aquel brillo de gloria con que la muerte le ennoblecía. Acostumbrado á la obscuridad, no era nuevo en él el hallarse en medio de las clases inferiores de la sociedad. La misma superioridad de su naturaleza es la sola causa de la gracia que daba á sus palabras y á las buenas acciones que practicaba todos los días. Lo que más se aprecia y se admira en el príncipe es la cualidad de hombre, prescindiendo de la escena que le da á conocer.

CAPÍTULO XIV.

Siguen las aventuras.

Una mañana del mes de Junio, que parecia que deberia estar serena, salió el señor duque de Berry con la señora duquesa á pasearse á pie por el baluarte. Sobrevino una tormenta. Pasó un jóven con un paraguas: el príncipe le ruega que se le prestase para su mujer. «Con mucho gusto, dijo el jóven: ¿me permitirá la señora que la acompañe?» — «Seguramente que sí,» dijo el príncipe, y echó á andar al lado de la princesa con el forastero. El camino era largo, y el jóven decia á menudo: «¿Es aquí?» — «Un poco más adelante,» contestaba el príncipe. Se aproximan al Eliseo-Borbon,

y la guardia conoció á SS. AA. RR., y se puso sobre las armas. El jóven, sumamente confuso, se escusaba tartamudeando: el príncipe le animó, y le dió las gracias.

En otra correría con la señora duquesa de Berry se vió en la precision de refugiarse en la garita de una portera, la cual tuvo motivos de dar gracias á Dios por haberle proporcionado semejantes huéspedes.

Cuando se trasladó al puente nuevo la estatua de Enrique IV, un accidente detuvo el aparato en la avenida de Marigny: el señor duque de Berry, que se hallaba en el terrado de su jardín, vió desde lo largo de aquella avenida á MONSIEUR y al señor duque de Angulema, que estaban en su coche en medio de la concurrencia: bajó sin sombrero, con una bata azul, y sin ninguna insignia. El jentío, que no le conocia, no queria dejarle pasar. Por casualidad le nombró uno: inmediatamente le deja el paso franco la muchedumbre: »Perdonad, amigos míos, dijo, que son mi »padre y mi hermano quienes me llaman." El pueblo quedó encantado de esta llaneza y confianza. Este príncipe se hallaba en medio de los franceses, bajo la proteccion pública, del mismo modo que están en nuestros campos las ricas mieses, sin guardas y sin defensores.

Iba muchas veces á los incendios, trabajaba, conducia agua, y era el último que se retiraba; y asi es que tambien se hallaba continuamente en medio de las aventuras populares. En una ocasion volvia con un ayudante de campo de uno de sus paseos acostumbrados, cuando al subir á lo largo de la calle del Car-

hon, vió á unos carboneros que detenian á un compañero suyo. Este hacia los mayores esfuerzos para desembarazarse y arrojarse en el Sena. El príncipe se acerca, entra en conversacion con ellos, y sabe que aquel carbonero que queria ahogarse era un padre de familia, y que estaba entregado á una cruel desesperacion por haber sufrido una pérdida de cuatrocientos francos. El príncipe se mete por medio de la jente, y llega hasta donde estaba el hombre: se vale de todas las razones para convencerle, y por fin consigue de él con mucho trabajo que dilatase por algunos momentos la ejecucion de su designio. Concluido este tratado, confió el carbonero á la guardia de sus camaradas, y el ayudante de campo corre á palacio y trae los cuatrocientos francos. Entonces supieron los carboneros que el desconocido con quien habian hablado tan familiarmente era el sobrino del rey. Aquellos honrados artesanos, que nada podian hacer por su bienhechor durante su vida, manifestaron su reconocimiento en su muerte, acompañando hasta su última morada á aquel príncipe, cuya vida no habian podido salvar, asi como él habia salvado la de su desgraciado compañero.

El señor duque de Berry hacia frecuentes visitas á los artistas. Los sorprendia entrando de repente en el obrador de nuestros grandes pintores cuando menos lo pensaban, como Francisco I en casa de Leonardo de Vinci, en donde pasaba horas enteras viéndoles trabajar, y mezclando á su viva admiracion unas útiles y sábias críticas. Si no se ocultaba ninguna fina observacion á la delicadeza de su gusto, tampoco era extraño

á la nobleza de su corazón ningún sentimiento elevado. Supo que estaban de venta los restos del palacio de Bayard: deseó su adquisición; pero con la condición de que en el contrato no había de sonar su nombre. Después de la caída y del restablecimiento de la monarquía, un infante de Francia, tratando de comprar en secreto las ruinas de la mansión del más perfecto de los caballeros, es una cosa que dá á conocer á un mismo tiempo al príncipe y al siglo. Hay épocas en que ni aun es permitido honrar las ruinas, ni es lícito ser irreprochable.

Las personas menos afectas al príncipe mudaban de sentimiento luego que le habían visto: jamás salía de un museo, de un taller ó de una fábrica, sin haber adquirido algún amigo. Estos medios de agradar le eran característicos. Si veía á un niño, corría á él, le tomaba en sus brazos, le acariciaba, le abrazaba; y hé aquí ganada ya la voluntad de sus padres. Si se le presentaba un objeto de algún arte, le examinaba con curiosidad y atención; y de este modo quedaba embelesado el sábio ó el artista. En fin, por un efecto de su bondad y rectitud natural seguía para con todos el consejo de Néstor, que recomienda llamar á cada soldado por su nombre; para manifestarle que se le conoce, y que se hace estimación de su clase. Aun en el día hay jentes que se enternecen todavía cuando refieren que el señor duque de Berry les había preguntado por su salud, llamándoles por su nombre. »¿Como quereis, dicen, que uno se resista á esto?» ¿Por que se admiraba esta conducta en el señor duque de Berry? Porque la sencillez es el jenio de una

alma superior: en una alma comun es el curso de la naturaleza; y esto es justamente la medianía.

CAPÍTULO XV.

Sigue el asunto precedente.

Gracioso, delicado, elegante é ingenioso en sus dichos con las personas de un rango mas elevado, hallaba siempre el señor duque de Berry algo bueno que decirles. Escribiendo al marques de Gontaut, le decia: »Confiando á la vizecondesa de Gontaut el cuidado de lo que mas quiero en el mundo, he creido »darla una prueba de mi particular estimacion; y me »aprovecho con gusto de esta ocasion para manifestar »lo mucho que aprecio á cuantos llevan el nombre de »Biron, á cuyo celo y constante adhesion estamos acos- »tumbrados hace ya siglos.»

Acababa de perder su hijo el jeneral Levavasseur, con cuyo motivo le escribió lo siguiente: »He sabido »con mucho sentimiento, mi querido Levavasseur, la »cruel pérdida que acabais de experimentar: es de tal »naturaleza, que pertenece á aquellas que no admiten consuelo. Si la certeza del verdadero interes que »tomo en vuestra desgracia puede suavizar en algo »su amargura, podeis contar con ella positivamente. »Vuestro pobre hijo anunciaba tan buenas disposiciones, que hubieran asegurado vuestra felicidad. Aun »os queda otro: todos vuestros afectos se van á concentrar en él; es preciso, pues, esperar que se hará »digno de ellos, y que os indemnizará, en cuanto »esté de su parte, del gran sentimiento que padecéis

alma superior: en una alma comun es el curso de la naturaleza; y esto es justamente la medianía.

CAPÍTULO XV.

Sigue el asunto precedente.

Gracioso, delicado, elegante é ingenioso en sus dichos con las personas de un rango mas elevado, hallaba siempre el señor duque de Berry algo bueno que decirles. Escribiendo al marques de Gontaut, le decia: »Confiando á la vizecondesa de Gontaut el cuidado de lo que mas quiero en el mundo, he creido »darla una prueba de mi particular estimacion; y me »aprovecho con gusto de esta ocasion para manifestar »lo mucho que aprecio á cuantos llevan el nombre de »Biron, á cuyo celo y constante adhesion estamos acos- »tumbrados hace ya siglos.»

Acababa de perder su hijo el jeneral Levavasseur, con cuyo motivo le escribió lo siguiente: »He sabido »con mucho sentimiento, mi querido Levavasseur, la »cruel pérdida que acabais de experimentar: es de tal »naturaleza, que pertenece á aquellas que no admiten consuelo. Si la certeza del verdadero interes que »tomo en vuestra desgracia puede suavizar en algo »su amargura, podeis contar con ella positivamente. »Vuestro pobre hijo anunciaba tan buenas disposiciones, que hubieran asegurado vuestra felicidad. Aun »os queda otro: todos vuestros afectos se van á concentrar en él; es preciso, pues, esperar que se hará »digno de ellos, y que os indemnizará, en cuanto »esté de su parte, del gran sentimiento que padecéis

«ahora. Siento el que un acontecimiento tan triste
 »sea el motivo, mi querido Levassieur, de reitera-
 »ros la seguridad de mi cariño, y de mi perfecta es-
 »timacion.»

Cuatro meses despues dió el duque un baile: se acordó del jeneral Levassieur, y encargó *que no le convidasen*. ¡Que memoria! ¡Y cuanto hubiera querido á su propio hijo este principe! El mismo dia de su muerte no se ocupó el señor duque de Berry mas que en los medios de arreglar los negocios de un hombre que amaba, y á quien habia agregado á su servicio.

Esta vida inocente le era útil y provechosa para el trono. Se observaba un progreso sensible en la razon del principe, y una gradual dulcificacion en su carácter. Se fijaban sus ideas: retirado de los hombres los estudiaba mejor. La primera parte de su vida se pasó toda en continuas esperiencias; y la segunda en reflexiones no interrumpidas, recojia para su reinado el fruto de sus desgracias, y el resultado de sus meditaciones.

CAPÍTULO XVI.

Muerte de los dos primeros hijos de la señora duquesa de Berry. Fatalidad de los números.

Entre tanto la fatal suerte que perseguia al principe volvía á aparecer de cuando en cuando como para conservar sus derechos, é impedir la prescripcion. La señora duquesa de Berry dió á luz en 13 de Julio de 1817 una niña, que no vivió. La princesa se lamentaba de haber dado á luz una hija. «No te descon-
 »sueles, la dijo su esposo, si hubiera sido un muchaco»

»ahora. Siento el que un acontecimiento tan triste
»sea el motivo, mi querido Levassieur, de reitera-
»ros la seguridad de mi cariño, y de mi perfecta es-
»timacion.»

Cuatro meses despues dió el duque un baile: se acordó del jeneral Levassieur, y encargó *que no le convidasen*. ¡Que memoria! ¡Y cuanto hubiera querido á su propio hijo este principe! El mismo dia de su muerte no se ocupó el señor duque de Berry mas que en los medios de arreglar los negocios de un hombre que amaba, y á quien habia agregado á su servicio.

Esta vida inocente le era útil y provechosa para el trono. Se observaba un progreso sensible en la razon del principe, y una gradual dulcificacion en su carácter. Se fijaban sus ideas: retirado de los hombres los estudiaba mejor. La primera parte de su vida se pasó toda en continuas esperiencias; y la segunda en reflexiones no interrumpidas, recojia para su reinado el fruto de sus desgracias, y el resultado de sus meditaciones.

CAPÍTULO XVI.

Muerte de los dos primeros hijos de la señora duquesa de Berry. Fatalidad de los números.

Entre tanto la fatal suerte que perseguia al principe volvía á aparecer de cuando en cuando como para conservar sus derechos, é impedir la prescripcion. La señora duquesa de Berry dió á luz en 13 de Julio de 1817 una niña, que no vivió. La princesa se lamentaba de haber dado á luz una hija. »No te descon-
»sueles, la dijo su esposo, si hubiera sido un muchaco-
+ *

»cho hubieran dicho los malvados que no era nuestro, »y ahora nadie nos disputará esta amada niña.”

En 13 de Setiembre de 1818 volvió á dar á luz de nuevo la princesa un hijo, que murió á las dos horas. El señor duque de Berry, herido mortalmente en 13 de Febrero de 1820, notó la vuelta de esta fecha; pero no hubiera permitido que se contase por un día fatal el día 13 de Abril de 1814 en que volvió á Francia.

Cuando fue asesinado Enrique IV se hicieron tambien algunos cálculos sobre el número 14 (1). Se observó que Enrique IV habia nacido 14 siglos, 14 décadas y 14 años despues de la Natividad de nuestro Señor: que vino al mundo el 14 de Diciembre, y que murió en 14 de Mayo: que contenia 14 letras su nombre: que habia vivido cuatro veces 14 años, cuatro veces 14 dias y 14 semanas: que habia sido rey, tanto de Francia como de Navarra, 14 trectéridas: que habia sido herido por Juan Chatel 14 dias despues del 14 de Diciembre en el año de 1594, entre cuyo tiempo y el de su muerte no pasaron mas de 14 años, 14 meses, y 14 veces cinco dias: que habia ganado la batalla de Ivri en 14 de Marzo: que el delphin habia nacido 14 dias despues del 14 de Setiembre: que habia sido bautizado en 14 de Agosto: que el rey habia sido asesinado en 14 de Mayo, 14 siglos, 14 olimpiadas despues de la Encarnacion: que el asesinato se verificó dos veces 14 horas despues que la reina habia entrado con pompa en la iglesia de San Dionisio para ser coronada en ella: que á Raivallac se

(1) *Journ. de l'Etoile.*

le habia ajusticiado 14 dias despues de la muerte del rey en el año de 1610, el cual se parte cabalmente por 14, porque ciento quince veces 14 hacen 1610.

El señor duque de Berry, último príncipe de los Borbones en línea recta, fue asesinado de una puñalada como el primer rey Borbon: espiró el 14 de Febrero de 1820, como su abuelo en 14 de Mayo de 1610. El primer Condé fue asesinado de un pistoletazo, y el último Condé ha sido arcabuceado. Casi todos los duques de Berry (incluso en ellos Luis XVI, que tambien tuvo este nombre) han tenido un fin trágico. La historia en todos los siglos ha hecho iguales cotejos, que nada prueban sino la semejanza de las adversidades entre los hombres.

CAPÍTULO XVII.

Presentimientos del señor duque de Berry, comparados con los de Enrique IV.

Madama de Sévigné llama al ruiseñor el *precursor de la primavera*: la jóven princesa, hija de nuestro amable príncipe, habia venido á anunciarnos la vuelta de aquellos hermosos dias de la monarquía, y á predecirnos un hermano y un rey. El nacimiento de MADemoiselle habia aumentado la ternura del señor duque de Berry para con su esposa: amaba á esta princesa como á la madre de los monarcas futuros, que habian de asegurar el reposo del estado: el amor de la patria aumentaba en él el amor paterno. Sin embargo de todo esto se veia acosado de ideas lúgubres.

Existe en Francia una cierta clase de hombres, ó

le habia ajusticiado 14 dias despues de la muerte del rey en el año de 1610, el cual se parte cabalmente por 14, porque ciento quince veces 14 hacen 1610.

El señor duque de Berry, último príncipe de los Borbones en línea recta, fue asesinado de una puñalada como el primer rey Borbon: espiró el 14 de Febrero de 1820, como su abuelo en 14 de Mayo de 1610. El primer Condé fue asesinado de un pistoletazo, y el último Condé ha sido arcabuceado. Casi todos los duques de Berry (incluso en ellos Luis XVI, que tambien tuvo este nombre) han tenido un fin trágico. La historia en todos los siglos ha hecho iguales cotejos, que nada prueban sino la semejanza de las adversidades entre los hombres.

CAPÍTULO XVII.

Presentimientos del señor duque de Berry, comparados con los de Enrique IV.

Madama de Sévigné llama al ruiseñor el *precursor de la primavera*: la jóven princesa, hija de nuestro amable príncipe, habia venido á anunciarnos la vuelta de aquellos hermosos dias de la monarquía, y á precedernos un hermano y un rey. El nacimiento de MADMOISELLE habia aumentado la ternura del señor duque de Berry para con su esposa: amaba á esta princesa como á la madre de los monarcas futuros, que habian de asegurar el reposo del estado: el amor de la patria aumentaba en él el amor paterno. Sin embargo de todo esto se veia acosado de ideas lúgubres.

Existe en Francia una cierta clase de hombres, ó

de abortos revolucionarios, que jamás pueden definirse bien, y son la misma villanía viviente, y (si así se quiere llamar) personificada, que tiene por alma el crimen. Estos hombres, envueltos en el desprecio bajo un gobierno regular, están reprimidos, y para dar salida á la voz de su conciencia, recurren á las cartas anónimas. Estas cartas no son otra cosa, por decirlo así, sino la copia de las páginas de aquel libro eterno, en donde están escritas las atrocidades del pensamiento. Muchas veces le habian dirigido al señor duque de Berry cartas de esta especie, y se habian multiplicado en los últimos tiempos, siendo su estilo cada vez mas atroz. Al príncipe le habian causado bastante impresion, bien tuviese ya presentimientos secretos, ó bien porque no pudiese desconocer tampoco los síntomas de una disolucion social.

Tambien Enrique IV habia presentado su fin (1).
 »Por Dios que yo moriré en esta ciudad, repeta á Sully;
 »jamás saldré de ella: me asesinarán. Veo muy bien
 »que ponen todo su último recurso en mi muerte.”
 En otra ocasion dijo á María de Médicis: »Amiga mia,
 »si esta consagracion no se hiciera el jueves, os aseguro
 »que pasado el viernes no me volveriais á ver.” Tambien la dijo en otra ocasion: »Pasad, pasado, señora
 »rejeta.” En otra ocasion dijo á Mr. de Guisa: »Vosotros
 »ya no me conocéis; pero moriré un dia de estos,
 »y cuando me hayais perdido, conoceréis lo que valia.”
 Bessompierre, que estaba presente, quiso distraerle con ideas menos tristes, haciéndole una enumeracion

(1) *Memoires de Sully, Bassompierre; Journal de l'Étoile, etc.*

de sus felicidades. Enrique principió á suspirar, y le replicó: »Amigo mio, será al fin preciso olvidar toda esa prosperidad." Era forzoso, dice Perelfixé, que hubiese muchas conspiraciones contra la vida de este buen rey, pues le habian dado aviso de ello de veinte partes, y se hizo correr la voz de su muerte en España y en Milan; y pasó un correo por la ciudad de Lieja ocho dias antes que fuese asesinado, y dijo que llevaba á un príncipe de Alemania la noticia de que habia sido asesinado el rey de Francia. ¡Que semejanza tan singular! La muerte del señor duque de Berry fue tambien anunciada de antemano por viajeros, por cartas y por correos. La noticia era pública en Lóndres ocho dias antes del acontecimiento. Ultimamente el duque de Berry tenia que perecer, como Enrique IV, en una fiesta.

LIBRO SEGUNDO.

MUERTE Y FUNERALES DEL PRÍNCIPE.

CAPÍTULO PRIMERO.

El señor duque de Berry es herido en la ópera.

No es esta la primera vez que ha sido derramada la sangre cristiana en aquellos espectáculos, que la iglesia llama el pequeño paganismo, en los días de carnaval, consagrados al viejo que lleva la guadaña (1). Es para los fieles una tradición de los juegos del anfiteatro y una herencia del martirio.

El domingo 13 de Febrero el señor duque y la duquesa de Berry fueron á la ópera, en la que los bailes y los juegos eran edecutados á las locuras propias de aquel tiempo del año. Se aprovecharon del intermedio de un entreacto para visitar en su palco al duque y á la duquesa de Orleans. El señor duque de Berry acarició á los niños, y estuvo jugando con el duquecito de Chartres. El público, lleno de alegría al ver esta union de sus principes, los victoreó por diferentes veces.

A la señora duquesa de Berry la dieron al volverse á su palco con la puerta de otro palco, que abrieron al mismo tiempo en que pasaba. A poco rato, hallándose ya cansada, quiso retirarse. Serían las once

(1) *Unctis falciferi Senis Diebus.* Martial. *Epigr.*

LIBRO SEGUNDO.

MUERTE Y FUNERALES DEL PRÍNCIPE.

CAPÍTULO PRIMERO.

El señor duque de Berry es herido en la ópera.

No es esta la primera vez que ha sido derramada la sangre cristiana en aquellos espectáculos, que la iglesia llama el pequeño paganismo, en los días de carnaval, consagrados al viejo que lleva la guadaña (1). Es para los fieles una tradición de los juegos del anfiteatro y una herencia del martirio.

El domingo 13 de Febrero el señor duque y la duquesa de Berry fueron á la ópera, en la que los bailes y los juegos eran edecutados á las locuras propias de aquel tiempo del año. Se aprovecharon del intermedio de un entreacto para visitar en su palco al duque y á la duquesa de Orleans. El señor duque de Berry acarició á los niños, y estuvo jugando con el duquecito de Chartres. El público, lleno de alegría al ver esta union de sus principes, los victoreó por diferentes veces.

A la señora duquesa de Berry la dieron al volverse á su palco con la puerta de otro palco, que abrieron al mismo tiempo en que pasaba. A poco rato, hallándose ya cansada, quiso retirarse. Serian las once

(1) *Unctis falciferi Senis Diebus.* Martial. *Epigr.*

menos algunos minutos; y el señor duque de Berry fue á conducirla á su coche, con ánimo de volver á entrar en seguida en el teatro.

El coche de la señora duquesa de Berry estaba ya arrimado á la puerta. Los soldados de la guardia habian permanecido en lo interior, porque hacia ya algun tiempo que no permitia el príncipe que saliesen. El único que estaba de centinela presentó las armas, y volvió la espalda á la calle de Richelieu. El conde de Choiseul, edecan de monseñor, estaba á la derecha del centinela al riucon de la puerta de la entrada, vuelto tambien de espaldas á la calle de Richelieu.

El conde de Mesnard, primer caballero de la señora duquesa de Berry, la dió la mano izquierda para subir á su coche, así como á la condesa de Bethizy, y el señor duque de Berry las daba la mano derecha. El conde de Clermont-Lodève, gentil-hombre de honor del príncipe, estaba detrás de él, aguardando á que S. A. R. volviese á entrar para acompañarle.

En este tiempo llegó un hombre por la parte de la calle de Richelieu, y pasó rápidamente por entre el centinela y un lacayo que estaba levantando el estribo del coche: dió un empujon á este último, y se arroja sobre el príncipe, al mismo tiempo en que éste, volviéndose para entrar en la ópera, decia á la señora duquesa de Berry: »Adios, pronto nos veremos." El asesino, apoyando la mano izquierda sobre el lado izquierdo de la espalda del príncipe, le clava un puñal con la mano derecha en el lado derecho, un poco mas abajo de la tetilla. El conde de Choiseul, creyendo que aquel miserable era un hombre que tropezaba

con otro al correr involuntariamente, le rempuja de sí, diciéndole: »Mire V. lo que hace." ¡Lo que hizo..... estaba ya hecho!

Impelido por el asesino sobre el conde de Mesnard, echó la mano el príncipe al lado, en donde creyó que no había recibido mas que una contusion; pero al instante se desengañó de lo contrario, y dijo: »¡He sido asesinado, este hombre me ha muerto!" »Habeis sido herido, monseñor?" le preguntó el conde de Mesnard; y el príncipe respondió con voz fuerte: »¡Me han muerto! ¡me han muerto! ¡He aquí el puñal que me han dejado clavado!"

Al primer grito del príncipe echaron á correr detras del asesino, que huyó por la calle de Richelieu, los condes de Clermont y de Choiseul, el centinela, que se llamaba Desbiez, uno de los lacayos, y otras muchas personas. La señora duquesa de Berry, cuyo coche no había echado á andar todavía, oye la voz de su marido, y quiere arrojarle por la puertecilla que estaba entreabierta; pero la condesa de Bethizy la detiene por el vestido: uno de los lacayos la detiene igualmente para ayudarla á bajar; mas diciendo ella: »Dejadme, yo os lo mando," se arroja con peligro de su vida por cima del estribo del coche. El príncipe se esforzaba á decirla desde lejos: *no bajeis*. Acompañada de la condesa de Bethizy corre la señora duquesa hácia monseñor, á quien sostenian el conde de Mesnard, el de Clermont y muchos lacayos. El príncipe entregó el puñal, que sacó de su seno, á Mr. de Mesnard, que había sido el fiel amigo en su destierro.

En el pasadizo en que estaba la guardia habia un banco, sobre el cual sentaron al señor duque de Berry, con la cabeza apoyada contra la pared, y le desabrocharon los vestidos para reconocer la herida, que arrojaba mucha sangre. Entonces el príncipe volvió á decir de nuevo: »¡ Soy muerto! ¡llamad á un sacerdote! ¡ Ven, esposa mia, para que muera en tus brazos!» Le sobrevino un desmayo. La jóven princesa se arrojó sobre su marido, y en un instante se llenaron de sangre sus vestidos de gala. Cojido ya el asesino por un mozo de café llamado Paulmier, por el centinela Desbiez, cazador del 4.^o rejimiento de la guardia real, y en seguida por los señores David, Lavigné y Bolard, jendarmes, habia sido conducido á la puerta en donde cometió su crimen. Le rodeaban los soldados, y era temible el que le hiciesen pedazos. El conde de Mesnard les mandó que no le tocasen. El conde de Clermont dió orden para que le condujesen al cuerpo de guardia, y fue tras él. Allí le registraron, y le encontraron otro puñal con su vaina, como tambien la vaina del puñal con que cometió el crimen. Estos objetos fueron entregados al conde de Clermont, quien por su parte los puso en manos del conde de Mesnard.

CAPÍTULO II.

Primera escena del príncipe.

En tanto que el señor duque de Berry estaba sentado sobre el banco en el pasadizo, el conde de Choiseul, un lacayo y un aposentador fueron corriendo á

En el pasadizo en que estaba la guardia habia un banco, sobre el cual sentaron al señor duque de Berry, con la cabeza apoyada contra la pared, y le desabrocharon los vestidos para reconocer la herida, que arrojaba mucha sangre. Entonces el príncipe volvió á decir de nuevo: »¡ Soy muerto! ¡llamad á un sacerdote! ¡ Ven, esposa mia, para que muera en tus brazos!" Le sobrevino un desmayo. La jóven princesa se arrojó sobre su marido, y en un instante se llenaron de sangre sus vestidos de gala. Cojido ya el asesino por un mozo de café llamado Paulmier, por el centinela Desbiez, cazador del 4.^o rejimiento de la guardia real, y en seguida por los señores David, Lavigné y Bolard, jendarmes, habia sido conducido á la puerta en donde cometió su crimen. Le rodeaban los soldados, y era temible el que le hiciesen pedazos. El conde de Mesnard les mandó que no le tocasen. El conde de Clermont dió orden para que le condujesen al cuerpo de guardia, y fue tras él. Allí le registraron, y le encontraron otro puñal con su vaina, como tambien la vaina del puñal con que cometió el crimen. Estos objetos fueron entregados al conde de Clermont, quien por su parte los puso en manos del conde de Mesnard.

CAPÍTULO II.

Primera escena del príncipe.

En tanto que el señor duque de Berry estaba sentado sobre el banco en el pasadizo, el conde de Choiseul, un lacayo y un aposentador fueron corriendo á

buscar á algun facultativo. Les dijeron que el doctor Blancheton vivia en la vecindad, y vino al momento. Estaba ya allí el médico Mr. Drogard: estos dos facultativos encontraron al señor duque de Berry en el saloncillo de su palco, adonde fue trasladado. Al entrar en él, el príncipe, que habia vuelto ya en sí, preguntó si el delincuente era algun extranjero: le respondieron que no. »Es bien cruel, dijo el infante de Francia, el morir á manos de un frances.»

La señora duquesa de Berry dirigió la palabra al doctor Blancheton, para que le dijera positivamente su parecer acerca de la herida, prometiéndole que cualquiera que fuese su fallo le sufriria con valor: contestó el doctor que era de muy buen agüero el que el príncipe no hubiese arrojado sangre por la boca. Mr. Blancheton creyó al principio que la herida estaba en el bajo vientre, en donde encontró una gran cantidad de sangre derramada; pero muy pronto conoció que la herida estaba por bajo de la tetilla derecha. La limpió de la sangre cuajada, y Mr. Drogard sangró al príncipe del brazo derecho. Monseñor recobró entonces la fuerza suficiente para decir á los médicos: »Agradeczo mucho vuestros cuidados; pero son ya inútiles, pues estoy muerto.» Mr. Blancheton trató de persuadirle que la herida no era profunda. »No me engaña, replicó el príncipe: el puñal ha entrado hasta la guarnicion: esto es lo que yo os puedo asegurar.» Se arrancó su cinturón la señora duquesa de Berry para que sirviese de vendaje y compresa. Solo ella conservó su serenidad en este momento horroroso, y manifestó un carácter superior á las almas comunes. El príncipe,

cuya vista se iba amortiguando por instantes, decia de cuando en cuando: »Esposa mia, ¿estais ahí?" — »Sí,» respondió la princesa enjugándose las lágrimas: sí, aquí estoy, y jamás me separaré de vos."

Mr. Bougon, primer cirujano ordinario de MONSIEUR, noticioso de esta desgracia, que supo de Mr. Esquirolle, médico de la salitrea, fue inmediatamente adonde estaba el señor duque de Berry: acababa de llegar igualmente el doctor Lacroix. El príncipe conoció á Mr. Bougon, que le habia acompañado á Gante, con el objeto de prestarle sus auxilios, en diferente campo de batalla. »Mi querido Bougon, le dijo, es-»toy herido de muerte." En tanto que le aplicaban las ventosas, el celoso criado de tan buen amo chupó la herida diferentes veces. »¿Que es lo que estais ha-»ciendo, amigo mio? le dijo el príncipe paciente; ¿y»sí está envenenada la herida?

CAPÍTULO III.

Llegada de monseñor el obispo de Chartres, del señor duque de Angulema, de MADAMA y de MONSIEUR, Segunda cura de la herida.

El señor duque de Berry no cesó de pedir que le llevasen un sacerdote. Por complacerle marchó á las Tullerías el conde de Clermont, de donde trajo al señor obispo de Chartres, que era confidente de una conciencia que nada tenia que ocultar en la tierra. El prelado, acostumbrado á admirar al padre, venia á instruirse al lado del hijo. Halló al príncipe en el gabinete de su palco, sentado en una silla poltrona, soc-

cuya vista se iba amortiguando por instantes, decia de cuando en cuando: »Esposa mia, ¿estais ahí?» — »Sí,» respondió la princesa enjugándose las lágrimas: sí, aquí estoy, y jamás me separaré de vos.»

Mr. Bougon, primer cirujano ordinario de MONSIEUR, noticioso de esta desgracia, que supo de Mr. Esquirolle, médico de la salitrea, fue inmediatamente adonde estaba el señor duque de Berry: acababa de llegar igualmente el doctor Lacroix. El príncipe conoció á Mr. Bougon, que le habia acompañado á Gante, con el objeto de prestarle sus auxilios, en diferente campo de batalla. »Mi querido Bougon, le dijo, estoy herido de muerte.» En tanto que le aplicaban las ventosas, el celoso criado de tan buen amo chupó la herida diferentes veces. »¿Que es lo que estais haciendo, amigo mio? le dijo el príncipe paciente; ¿y sí está envenenada la herida?

CAPÍTULO III.

Llegada de monseñor el obispo de Chartres, del señor duque de Angulema, de MADAMA y de MONSIEUR, Segunda cura de la herida.

El señor duque de Berry no cesó de pedir que le llevasen un sacerdote. Por complacerle marchó á las Tullerías el conde de Clermont, de donde trajo al señor obispo de Chartres, que era confidente de una conciencia que nada tenia que ocultar en la tierra. El prelado, acostumbrado á admirar al padre, venia á instruirse al lado del hijo. Halló al príncipe en el gabinete de su palco, sentado en una silla poltrona, soc-

tenido por sus criados, y rodeado de cirujanos; estaba en todo su conocimiento. El herido alargó la mano al respetable obispo, y pidió los socorros de la religion, manifestando los mas vivos sentimientos de fe, de arrepentimiento y de resignacion. El señor obispo de Chartres exhortó al señor duque de Berry á que tuviese confianza en Dios; y le mandó que hiciese un acto jeneral de contricion para poder absolverle, calmar sus inquietudes, y esperar el momento en que S. A. R. pudiese hacer una confesion mas detallada.

El conde de Mesnard, lisonjeándose todavía con la idea de que la herida no era mortal, fue á buscar al señor duque de Angulema. Este príncipe, que acababa de acostarse, se vistió de prisa, y acudió inmediatamente al sitio del dolor en que estaba su hermano. No se puede describir la entrevista de los dos hermanos. El señor duque de Angulema, lleno del mas vivo sentimiento, se arrojó sobre la herida del señor duque de Berry, la besó, y la inundó con sus lágrimas: le ahogaban sus sollozos; y su desgraciado hermano estaba igualmente sin poder articular ni una palabra.

Todo esto sucedia en el saloncillo del paleo. Luego resolvieron el trasladar al príncipe á una pieza inmediata, en la que se formó una especie de cama entre cuatro sillas, en cuyo lugar pusieron posteriormente una cama de cuerdas.

Temiendo algun nuevo peligro no habia permitido el señor duque de Angulema que le acompañase MADAMA cuando fue á la ópera; pero MADAMA no tardó en seguirle. ¿Que la importan los peligros? ¿Ha ha-

bido acaso algun pesar ó alguna adversidad que la hayan obligado jamás á retroceder? MADAMA estaba muy acostumbrada á mirar la revolucion de frente, y no era sola y la única vez que asistia á un hermano moribundo la hija de Luis XVI y de Maria Antonia.

Llegó luego MONSIEUR. Seria necesario conocer en toda su estension la bondad, la ternura y el paternal corazon que caracterizan á este príncipe para formarse idea de lo mucho que tuvo que padecer. MONSIEUR se empeñó en que nadie le acompañase; pero ignoraba que uno de sus mejores servidores, el duque de Maillé, habia hallado medio de seguirle, cambiando su plaza distinguida por otra menos honorifica. El señor duque de Berry manifestó deseo de dar su bendicion á su hija, y le fue presentada por la vizcondesa de Goutaut. Entonces el príncipe, levantando con languidez la mano sobre ella, la dijo: »Pobre niña, yo deseo que seas menos desgraciada de lo que han sido »los de mi familia." El señor duque y la señora duquesa de Orleáns y su hija, que se habian hallado en la ópera, no se habian separado del príncipe; y llegó tambien á su vez el padre del duque de Engblien.

Le sangraron al príncipe por los pies casi sin ningun efecto, y solo le produjeron algun alivio las muchas ventosas que se le aplicaron. Con este motivo se reanimó el pulso, tomó color el semblante, y corrió la sangre por las venas abiertas. Se tuvo á buen pronóstico el verla correr. Los señores duque de Maillé y conde de Audenarde, habian ido á buscar á Mr. Dupuytren. Este célebre cirujano llegó á la una: cuando entró halló al príncipe echado sobre el lado derecho:

su palidez, la alteracion de sus facciones, su corta respiracion, los jemidos que de su pecho se escapaban, el frio sudor que cubria su frente, el desórden de sus movimientos, el trastorno de su cama, la sangre que la inundaba, y sobre todo la horrible herida que se presentaba á la vista, llenaron de consternacion á un hombre que tan acostumbrado estaba á las escenas de dolor de los mortales. El principe no conocia á Mr. Dupuytren: le alargó afectuosamente la mano, diciéndole que padecia unos dolores muy agudos. Mr. Dupuytren reconoció la herida, y se retiró despues á un lado para consultar con los facultativos MM. Blancheton, Drogard, Bougon, Lacroix, Thercin, Caseneuve, Dubois, Baron, Roux y Fournier, jóven cirujano que se señaló por su celo. Convinieron todos en que era necesario dar mas estension á la herida, como el único medio que les quedaba para dar salida á la sangre que se derramó en el pecho.

Mr. Dupuytren se acercó al principe, y le preguntó como estaba; pero no pudo sacarle respuesta alguna. Entonces suplicó á la señora duquesa de Berry que le hiciese algunas preguntas. La princesa inclinándose sobre la cama de su marido, le dijo: «Querido mio, os suplico que me señaleis la parte que os duele.» El principe volvió á animarse al oír aquella voz tan grata, y cojiendo la mano de su mujer se la aplicó sobre su pecho. La señora duquesa de Berry replicó: ¿es allí donde os duele? »Sí, respondió con trabajo el principe; yo me abogo.»

MONSIEUR quiso que se retirase su hija durante la operacion. »Padre mio, le dijo, no me pongais en la

»precision de desobedeceros;" y volviéndose á los facultativos, añadió: »Señores, cumplid vuestro deber." Durante la operacion estuvo de rodillas al extremo de la cama, teniendo al príncipe por la mano izquierda. Cuando tocó el instrumento en la herida, dió un grito el señor duque de Berry, y dijo: »Dejadme, supuesto que tengo de morir." — »Querido mio, le dijo su mujer llorando, sufridlo siquiera por mi amor." Una palabra de esta jóven y admirable princesa calmaba los dolores de su marido; y cuando el señor obispo de Chartres le hablaba de la religion, todo se cambiaba en aquel desgraciado príncipe en actos de resignacion con la voluntad de Dios.

Concluida la operacion, pasó el señor duque de Berry la mano por los cabellos de la princesa; y la dijo: »Pobre esposa mia, ¡cuan desgraciada sois!" Al tiempo de la operacion se vió toda la profundidad de la herida. El puñal con que fue herido el príncipe tenia de seis á siete pulgadas de largo: la hoja era llana, estrecha, de dos córtes, y sumamente puntiaguda, semejante al puñal de Ravailiac.

CAPÍTULO IV.

Diferentes palabras del príncipe. Anuncia el preñado de la señora duquesa de Berry. El príncipe confiesa una debilidad.

A la dilatacion de la herida sucedió un momento de calma. Los moribundos, cuando están próximos á espirar, experimentan casi siempre algun alivio, que les da tiempo para tender una última ojeada sobre su vida; del mismo modo que se para un instante el ca-

»precision de desobedeceros;" y volviéndose á los facultativos, añadió: »Señores, cumplid vuestro deber." Durante la operacion estuvo de rodillas al extremo de la cama, teniendo al príncipe por la mano izquierda. Cuando tocó el instrumento en la herida, dió un grito el señor duque de Berry, y dijo: »Dejadme, supuesto que tengo de morir." — »Querido mio, le dijo su mujer llorando, sufridlo siquiera por mi amor." Una palabra de esta jóven y admirable princesa calmaba los dolores de su marido; y cuando el señor obispo de Chartres le hablaba de la religion, todo se cambiaba en aquel desgraciado príncipe en actos de resignacion con la voluntad de Dios.

Concluida la operacion, pasó el señor duque de Berry la mano por los cabellos de la princesa; y la dijo: »Pobre esposa mia, ¡cuan desgraciada sois!" Al tiempo de la operacion se vió toda la profundidad de la herida. El puñal con que fue herido el príncipe tenia de seis á siete pulgadas de largo: la hoja era llana, estrecha, de dos córtes, y sumamente puntiaguda, semejante al puñal de Ravailiac.

CAPÍTULO IV.

Diferentes palabras del príncipe. Anuncia el preñado de la señora duquesa de Berry. El príncipe confiesa una debilidad.

A la dilatacion de la herida sucedió un momento de calma. Los moribundos, cuando están próximos á espirar, experimentan casi siempre algun alivio, que les da tiempo para tender una última ojeada sobre su vida; del mismo modo que se para un instante el ca-

minante para contemplar el pais que ha andado antes de bajar al lado opuesto de la montaña. El príncipe tenia cojida la mano de Mr. Dupuytren, y le rogaba que le avisase cuando conociese que se alteraba ó debilitaba el pulso. Como capitán vigilante y experimentado, colocaba una centinela esperta, para no ser sorprendido por la muerte, y para avanzar con valor á recibir á tan gran enemigo. *Mors*, ¿*ubi est victoria tua?*

En este intervalo de sosiego dirigió estas palabras á la señora duquesa de Berry: »Amiga mia, no os dejéis agobiar por el dolor; conservaos para el hijo que os lleváis en vuestro seno." Estas palabras causaron en los concurrentes la mayor sorpresa: en medio del sentimiento en que estaban sumerjidos experimentaron un movimiento de alegría; y se redobló al mismo tiempo la ternura para con un príncipe que dejaba á la patria esta única esperanza por último beneficio. Se va este príncipe, y parece que se lleva consigo toda una monarquía; y en el mismo momento nos anuncia otra. ¡Oh Dios! ¿sacareis de nuestra misma pérdida nuestra redencion? ¿Ha sido decretada en los arcanos de vuestra ira, ó en los de vuestra misericordia, la muerte de un infante de Francia? ¿Es acaso la última restauracion del trono lejítimo, ó la caída del imperio de Clodoveo? El príncipe ¿ha evitado la suerte que le estaba decretada, ó ha ido á pedir otra que nos sea mas favorable ante aquel que deja desarmar algunas veces su cólera?

Hácia cualquiera parte que dirijia el señor duque de Berry sus ojos moribundos, no era mas que para dar una prueba de bondad ó de agradecimiento. En tanto que Mr. de Blancheton le sujetaba la cabeza para

comprimir el terrible dolor que sentia en ella, vió á corta distancia de su cama á algunos criados suyos deshaciéndose en lágrimas. »Padre mio, dijo á MONSIEUR: »os recomiendo á estos buenos criados, así como á los demas de mi casa."

Le sobrevinieron los vómitos. El príncipe repitió varias veces que el puñal estaba envenenado. Poco tiempo antes pidió ver á su asesino. »¿Que le he hecho á este hombre? repetia. ¿Acaso será alguno á quien ha ya ofendido sin querer?" — »No, hijo mio, le respondió MONSIEUR: no le habeis visto nunca, ni le habeis ofendido: no tiene contra vos ninguna queja personal." — »Es, pues, un insensato," replicó el príncipe. ¡Oh digno hijo del Evangelio: vos poneis en práctica el último consejo que dió el Santo rey de Francia á su hijo (1). »¡Si Dios te envia la adversidad, recibe la benignamente!"

Preguntaba con frecuencia cuando llegaba el rey. »Puede ser que no llegue á tiempo, decia, para pedirle la gracia de que perdone la vida á ese hombre." Añadia luego, dirijiéndose alternativamente á su padre y á su hermano: »Prometedme, padre mio, »y vos tambien, hermano mio, que pedireis al rey »que perdone la vida de ese hombre."

Se ha dicho ya anteriormente que el señor duque de Berry, siendo soltero, habia tenido en Inglaterra uno de aquellos tratos que la religion no aprueba, y disimula la fragilidad humana. Se puede decir de él lo que dijo un historiador de Enrique IV: *Aunque era débil con frecuencia, fue siempre fiel; y jamás se cono-*

(1) Joinville.

ció que sus pasiones hubiesen debilitado su religión (1). El señor duque de Berry, buscando en vano en su conciencia alguna culpa que fuese muy grave, y no hallando en ella mas que algunas debilidades, quiso reunir las, por decirlo así, alrededor de su cama, para manifestar al mundo la grandeza de su arrepentimiento y la asperza de su penitencia. Formó un juicio exacto de la virtud de su esposa, para confesarla sus extravíos, y para manifestarla el deseo que tenia de abrazar á las dos inocentes criaturas, hijas de su largo destierro. «Que las traigan, dijo la jóven princesa, que tambien son hijas mías.» Llegaron, pues, las dos pequeñas extranjeras al cabo de tres cuartos de hora: se pusieron de rodillas sollozando á la orilla de la cama de su señor, con las manos cruzadas y con las mejillas bañadas en lágrimas. El principe les dirigió algunas palabras tiernas en ingles, para anunciarlas su próximo fin, mandarlas que amasen á Dios, que fuesen buenas, y que se acordaran de su desgraciado padre. Las echó su bendicion, las hizo levantar, las abrazó, y dirigiendo la palabra á la señora duquesa de Berry, la dijo: «¿Tendreis la bondad de tomar bajo vuestra proteccion y tutela á estas huerfanitas?» La princesa entonces abrió los brazos por respuesta, y estrechó entre ellos á las dos niñas, y haciendo venir á la señorita, las dijo: «Abrazad á vuestra hermana.» — «Pobre Luisa, dijo entonces el señor duque de Berry, dirigiéndose á la mas jóven: ya no verás mas á tu padre.» Al mismo tiempo que los circunstantes se com-

(1) *Vie du P. Cotton, par le P. d'Orleans.*

padecian del príncipe, se admiraban de la magnanimidad de la princesa. La vizcondesa de Goutaut, que ignoraba cuanto habia pasado, estaba atónita. MADAMA lo notó, y la dijo: «Ella lo sabe todo; ha sido sublime.»

CAPÍTULO V.

El príncipe hace una confesion pública, y recibe la Estremacion. Diversas palabras del príncipe.

Entre tanto estendieron al príncipe sobre un colchon en tierra, interin le mullian la cama. Fue allí en donde se confesó al principio en secreto con monseñor el obispo de Chartres, y en seguida hizo en alta voz una confesion pública de sus faltas. Parecia otro San Luis, espirando sobre su cama de ceniza. Pidió perdon á Dios de sus culpas y de los escándalos que habia podido causar. «Dios mio, añadió, perdonadme, y perdonad al que me ha quitado la vida.»

En seguida pidió á su padre la bendicion. *Entonces su respetable y tierno padre perdonó á su hijo los defectos y enfados que le habia causado, y con un fervor edificante de fe le dió su bendicion, y entre sus santos besos le saludó y le encomendó á Dios (1).* Estos principios encontraban todos los ejemplos en su familia.

Habiéndosele colocado de nuevo en su cama al moribundo, se puso de rodillas á su lado el señor duque de Angulema. «¡Ah, hermano mio! dijo el «Macabeo cristiano: vos, que sois un ángel en la

(1) *Renaud, dans la Vie de Philippe le Bel.*

padecian del príncipe, se admiraban de la magnanimidad de la princesa. La vizcondesa de Goutaut, que ignoraba cuanto habia pasado, estaba atónita. MADAMA lo notó, y la dijo: «Ella lo sabe todo; ha sido «sublime.»

CAPÍTULO V.

El príncipe hace una confesion pública, y recibe la Estremacion. Diversas palabras del príncipe.

Entre tanto estendieron al príncipe sobre un colchon en tierra, interin le mullian la cama. Fue allí en donde se confesó al príncipe en secreto con monseñor el obispo de Chartres, y en seguida hizo en alta voz una confesion pública de sus faltas. Parecia otro San Luis, espirando sobre su cama de ceniza. Pidió perdon á Dios de sus culpas y de los escándalos que habia podido causar. «Dios mio, añadió, perdonadme, »y perdonad al que me ha quitado la vida.»

En seguida pidió á su padre la bendicion. *Entonces su respetable y tierno padre perdonó á su hijo los defectos y enfados que le habia causado, y con un fervor edificante de fe le dió su bendicion, y entre sus santos besos le saludó y le encomendó á Dios (1).* Estos principios encontraban todos los ejemplos en su familia.

Habiéndosele colocado de nuevo en su cama al moribundo, se puso de rodillas á su lado el señor duque de Angulema. «¡Ah, hermano mio! dijo el «Macabeo cristiano: vos, que sois un ángel en la

(1) *Renaud, dans la Vie de Philippe le Bel.*

»tierra, ¿creéis que Dios me perdonará?» — «¡Perdonaros, respondió el señor duque de Angulema, habiendo hecho de vos un mártir!» Un rayo de alegría apareció sobre la frente del príncipe moribundo: no le quedó duda de que un hermano tan piadoso tendría conocimiento de los designios de la Providencia, y desdició su felicidad futura sobre la fe del justo.

Entonces llegó con los santos óleos el cura de San Roque, á quien fue á buscar el conde de Clermont. En donde quiera que ocurra una desgracia se ha de hallar un sacerdote cristiano. El señor duque de Berry pidió el Viático: el obispo de Chartres le dijo con mucho pesar, que no podia recibirle á causa de vómitos. El príncipe se resignó, y se dispuso á recibir la Estremauncion. Principió la confesion, dándose golpes como un pecador con una mano penitente en aquel pecho, que pareció no habia sido abierto por el puñal sino para que brotasen de él, juntamente con la sangre de San Luis, inocentes secretos y sublimes virtudes.

El príncipe veia que se aproximaba su última hora: sentia dolores muy agudos, y se desmayaba á cada momento. Se le oía repetir en voz baja: «¡Cuanto padezco! ¡que larga es esta noche! ¿viene el rey?» Llamaba muchas veces á su padre, y su padre, ahogando sus sollozos, decia: «Estoy aqui, querido.» Le dijeron que habian llegado los mariscales, y respondió: «Yo tenia esperanza de derramar mi sangre en medio de ellos por la Francia.» Devorado de una sed ardiente, no bebia sino á pesar suyo, y solamente con el ánimo de sostenerse hasta la llegada del rey. Se le

anunció que estaba allí Mr. de Nantouillet. » *Ven acá, » mi buen Nantouillet, mi antiguo amigo, gritó haciendo un esfuerzo, para que yo te abrace la última vez.* » El antiguo amigo se arrojó sobre la mano del príncipe, y conoció entonces y sintió amargamente la imposibilidad de rescatar con sus días la vida que quería salvar.

Los compañeros de Mr. Nantouillet, el conde de Chabot, el marques de Coigny, el conde de Brissac, el vizconde de Monteleger, el príncipe de Beaufremont, el conde Eujenio de Astorg habian acudido tambien, y estaban alrededor del espirante príncipe, del mismo modo que lo hubieran rodeado en el campo del honor. Participaban tambien de su dolor todos los demas criados leales empleados en el servicio del resto de la familia real. El marques de Latour-Maubourg estuvo constantemente de pie al lado de la cama del señor duque de Berry: este guerrero, que dejó parte de su cuerpo en los campos de batalla, estaba allí como un noble testigo enviado por el ejército, para asistir al último combate de un héroe.

¡Noche de espanto y de placer! ¡Noche de virtudes y de crímenes! Cuando fue herido y llevado al gabinete de su palco el infante de Francia, aun duraba la funcion. Se oía por un lado el sonido de la música, y por el otro los suspiros del príncipe moribundo. Solo una cortina separaba las locuras del mundo de la destruccion de un imperio. El sacerdote que trajo los santos óleos pasó por medio de una cuadrilla de máscaras. Soldado de Cristo, armado, por decirlo así, de Dios, tomó por asalto el asilo cuya entrada le prohibia la iglesia, y vino con el Crucifijo en la mano á

salvar á un cautivo en la prision del enemigo.

Pasaba otra escena muy diferente cerca de allí, y era la declaracion del asesino. Este manifestaba su nombre, se aplaudia de su crimen, y declaraba que habia herido al duque de Berry para acabar con él toda su descendencia: dijo ademas que si hubiera conseguido el escaparse, se hubiera ido á la cama á dormir, y que al dia siguiente hubiera renovado su atentado en la persona del señor duque de Angulema. ¡Infeliz! ¡acostarse! ¡para dormir! Vuestra benéfica víctima, ¿acaso turbó jamás vuestro sueño? En la continuacion de su interrogatorio aquel monstruo feroz, sin apego ninguno á la tierra, declaró que Dios no era mas que una palabra vana, y que no tenia otro pesar que el de no haber sacrificado á toda la familia real. Y el príncipe, casi agonizando, lleno de ternura y de amor, no tenia otro sentimiento que el de no poder salvar la vida de su asesino; y no acusa á nadie, y su rigor solo recae sobre sí mismo. Este príncipe, que sabe y está convencido de que Dios no es una palabra vacia, tiembla el comparecer ante el tribunal supremo: el martirio le abre las puertas del cielo, y no se cree bastante purificado para ir á unirse con el santo rey, y con el rey mártir: no puede hallar en su inocencia la seguridad que el asesino encuentra en su crimen. He aquí los hombres cual los ha hecho la revolucion, y cual los hacia la religion en otros tiempos.

CAPÍTULO VI.

Llegada del rey. El príncipe pide el perdón de su asesino.

Ya habia salido la jente del teatro, y de consiguiente se hallaba libre, y el placer habia cedido su lugar al dolor. Las calles se iban quedando desiertas: aumentábase el silencio, y no se oia mas que el ruido de las guardias y el de la llegada de las personas de la corte: los unos, sorprendidos en medio de los placeres, acudian con los vestidos de gala: los otros, despertados en la mitad de la noche, se presentaban en el mayor desórden. Por un lado y otro se acercaban algunos oscuros amigos de los Borbones, á quienes no se les ve en los tiempos de prosperidad, y que solo se hallan, sin saber cómo, el dia de la desgracia. Estaban llenos de jente los pasadizos que conducian al aposento del príncipe: se apretaban en aquellas mismas puertas en que se ahogan para ir á reir ó á llorar en las ficciones de la escena. Procuraban indagar alguna cosa cuando se abrian las puertas: preguntaban á los que estaban junto á si del estado del príncipe, y con noticias tan pronto afirmadas como desmentidas en el momento, pasaban del temor á la esperanza, y de la esperanza á la desesperacion.

Habianse remitido tres boletines á las Tullerías. El rey, á quien se le habia hecho confiar de la vida del príncipe, llegó á las cinco. Luego que el moribundo oyó el ruido de los caballos en la calle pareció reanimarse. Entró el rey. »Tio mio, dijo al momento el

»señor duque de Berry, dadme vuestra mano para besarla por la última vez." Se acercó el rey: se manifestó en su semblante aquel majestuoso sentimiento que experimentó Luis XIV cuando vió reposar sobre la cabeza de un niño la esperanza de la monarquía. Dió á besar su mano á su sobrino, y él besó la del desgraciado príncipe. Entonces dijo al rey el señor duque de Berry: »Tío mio, os pido la gracia de la vida de ese hombre." El rey, profundamente conmovido, respondió: »Sobrino mio, no estais tan malo como pensais: ya hablaremos de eso." — »El rey no ha dicho sí, dijo el príncipe insistiendo: perdonad á lo menos la vida de ese hombre, para que yo muera tranquilo."

Volviendo todavía sobre el mismo asunto decia: »El perdon de la vida de este hombre hubiera suavizado en parte mis últimos momentos." Por último, cuando ya no podía hablar mas que con una voz interrumpida, y poniendo un largo intervalo entre cada palabra, se le oia decir: »¡Si á lo menos llevase la idea..... de que no se..... habia de derramar..... despues de mi muerte..... la sangre de un hombre por mí!"

El rey preguntó en latin á Mr. Dupuytren, qué opinaba acerca del estado del príncipe. Mr. Dupuytren hizo una seña, con la que no le dejó al monarca la menor esperanza.

El señor duque de Berry habia reunido entre tanto todo el resto de sus fuerzas á la vista del jefe de su augusta casa. Su pulso se habia reanimado: su voz estaba mas libre, y era menos violenta la fatiga. Sin-

tió el príncipe la incomodidad que pudo haber causado al rey turbándole su sueño; y le suplicó que se retirase á acostar. »Hijo mio, respondió el rey, he dormido lo suficiente: son ya las cinco. No me separaré ya de ti." Vino con efecto el día para iluminar una muerte tan noble. El príncipe iba á despertar entre los ángeles á la misma hora en que acostumbraba despertar entre los hombres.

CAPÍTULO VII.

Desesperacion de la señora duquesa de Berry. Muerte del príncipe.

Monseñor no se había lisonjeado con el alivio que causó en su estado la májia de la presencia del rey, que anima siempre á un corazon frances. Conoció que le iba á dar un desmayo, y dijo: »Este es mi fin."

La señora duquesa de Berry, que por tan largo tiempo estaba reprimiendo su dolor, se abandonó por fin á él. »Me matan sus sollozos, dijo el príncipe: »¡padre mio, separadla!" La condujeron al gabinete inmediato: rodeáronla todas las damas empleadas en su servicio, esto es, la duquesa de Reggio, la condesa de Bethizy, la de Hautefort, la de Noailles, la de Bouillé, y la vizcondesa de Gontaut (1). La prin-

(1) La marquesa de Gourgues sintió mucho el no haber podido hallarse en esta escena de dolor, con motivo de estar enferma. Fue llamada una nieta de Mr. de Malesherbes, como de derecho pleno, al nuevo duelo de la familia real.

No debemos tampoco dejar de citar á la señora de Waltaire, que acudió al lado de la princesa con las otras damas de la señora duquesa de Berry.

tió el príncipe la incomodidad que pudo haber causado al rey turbándole su sueño; y le suplicó que se retirase á acostar. »Hijo mio, respondió el rey, he dormido lo suficiente: son ya las cinco. No me separaré ya de ti." Vino con efecto el día para iluminar una muerte tan noble. El príncipe iba á despertar entre los ángeles á la misma hora en que acostumbraba despertar entre los hombres.

CAPÍTULO VII.

Desesperacion de la señora duquesa de Berry. Muerte del príncipe.

Monseñor no se había lisonjeado con el alivio que causó en su estado la májia de la presencia del rey, que anima siempre á un corazon frances. Conoció que le iba á dar un desmayo, y dijo: »Este es mi fin."

La señora duquesa de Berry, que por tan largo tiempo estaba reprimiendo su dolor, se abandonó por fin á él. »Me matan sus sollozos, dijo el príncipe: »¡padre mio, separadla!" La condujeron al gabinete inmediato: rodeáronla todas las damas empleadas en su servicio, esto es, la duquesa de Reggio, la condesa de Bethizy, la de Hautefort, la de Noailles, la de Bouillé, y la vizcondesa de Gontaut (1). La prin-

(1) La marquesa de Gourgues sintió mucho el no haber podido hallarse en esta escena de dolor, con motivo de estar enferma. Fue llamada una nieta de Mr. de Malesherbes, como de derecho pleno, al nuevo duelo de la familia real.

No debemos tampoco dejar de citar á la señora de Waltaire, que acudió al lado de la princesa con las otras damas de la señora duquesa de Berry.

cesa tuvo algun desahogo con sus lágrimas: prometió no llorar mas; y volvió á entrar en el aposento del príncipe.

Si en alguna parte de la Europa civilizada se hubiese preguntado á un hombre algun tanto acostumbrado á las cosas del mundo, ¿que hacia á aquellas horas la familia real de Francia? hubiera contestado sin duda que estaba entregada al mas profundo sueño en lo interior de sus palacios, ó que sorprendida por una revolucion repentina, era arrastrada en medio de un pueblo conmovido. No: todo el pueblo dormia bajo el cuidado y garantia de su rey, y solo velaba el rey con su familia. Despues de tantas escenas, producidas por la revolucion, nadie hubiera imaginado que estuviesen reunidos los Borbones al rayar el alba en una sala de un coliseo desierto, alrededor de la cama de su último hijo asesinado. ¡Dichoso el hombre ignorado del mundo, que despierta en su cabaña en medio de sus hijos, que le abrazan, y se halla exento de las persecuciones del odio! ¡A que precio es necesario comprar en el dia las coronas, y qué es despues de esto un imperio!

Desaparecian todas las esperanzas, y se presentaban de nuevo los síntomas mas alarmantes. Se manifestaba visiblemente la desconfianza de los médicos, y la muerte se aproximaba por momentos. Pidió el príncipe que le volbiesen al otro lado: los médicos se opusieron á ello. Insistió el príncipe. Se le oyeron decir estas palabras en voz baja: » ¡Virgen Santísima, tened misericordia de mí! » Añadió otras que no pudieron entenderse. Entonces se le volvió sobre el lado iz-

quierdo como lo descaba. Se le turbaron en un instante las facultades intelectuales. MONSIEUR logró apartar por segunda vez á su hija del horror de este último momento.

Cuando se vió fuera de la presencia de su marido se entregó á la mas espantosa desesperacion. Dirijiéndose á la vizcondesa de Gontaut, la decia en alta voz: »Madama, yo os encargo á mi hija: supuesto que ha »muerto mi marido, yo tambien quiero morir.» Desasiéndose repentinamente de los brazos que la detenia, vuelve á entrar en el aposento del duelo; derriba cuanto se le opone; llega al borde de la cama; dá un grito, y se arroja desgredada sobre el cuerpo de su marido. El señor duque de Berry acababa de espirar. En vano presentan á la boca del príncipe el cristal que cubria la caja del rey: el vapor de la vida no empañó el cristal: el aliento que se buscaba habia vuelto á Dios. Todos se hincaron de rodillas, y dirijieron al cielo sus sollozos y oraciones. Se comunicó afuera el ruido de los llantos, y se estendió de unos á otros un murmullo de dolor en el jentío que rodeaba el aposento del príncipe.

A este clamor sucedió un profundo horror. Parece que el silencio de la muerte se comunicó á los que estaban alrededor del lecho fúnebre. La señora duquesa de Berry fue la primera que le rompió. Se levanta, se vuelve hácia el rey, y le dice: »Señor, tengo que pedir una gracia á V. M.: espero que no »me será negada.» El rey escucha. En la enajenacion de su dolor prosigue: »Yo os pido el permiso para volverme á Sicilia: ya no puedo vivir aqui des-

»pues de la muerte de mi marido." El rey procura calmarla: la conducen á su coche medio desmayada, y la dejan en su palacio lleno de soledad.

Entonces suplicaron los príncipes al rey que se retirase. «No temo el espectáculo de la muerte, respondió el monarca: tengo que cumplir con mi hijo un último deber." Apoyado sobre el brazo de Mr. Dupuytren se arrimó á la cama, y cierra los ojos y la boca al príncipe, le besa la mano, y se retira sin proferir una sola palabra. Cada uno se apartó en silencio, como si temiese despertar al infante de Francia dormido. Mr. Bongon quedó guardando el cadáver. (1). «Yo fui, dice Mr. Dupuytren, al hospital jeneral á buscar otras aflicciones; pero que á lo menos estaban en el órden de la naturaleza."

Quando se hizo la diseccion del cadáver se vió que la herida penetró hasta el mismo corazon. El príncipe debió morir al golpe; y se puede decir que por una especie de milagro le concedió Dios algunas horas de vida, para hacérsle conocer, y para dar al mundo una de las mas bellas lecciones que ha recibido.

Un hijo de San Luis, último vástago de la primera rama de su familia, que se libró de los trabajos y adversidades de un largo destierro, vuelve á su patria. Comienza á gustar de la felicidad: se lisonjea de verse renacer, y de ver renacer al mismo tiempo la monarquía en los hijos que el cielo le promete. De repente es herido, y yace cortado en medio de sus esperanzas casi en los brazos de su mujer. Va á morir, y se halla en la edad mas florida. ¿No podia acusar

(1) Nota manuscrita.

al cielo, y preguntarle por qué le trataba con tanto rigor? ¡Ah! ¡cuan disculpable hubiera sido aunque se hubiese quejado de su suerte! Porque en fin, ¿que mal nos hacia? Vivía familiarmente entre nosotros con la mayor sencillez: concurría á nuestras diversiones, y consolaba nuestras penas: no nos pedía otra recompensa por sus beneficios que el que le dejásemos vivir en la obscuridad, en tanto que llegase á ser nuestro gran rey y nuestro buen señor. Habian perecido ya seis de sus parientes: ¿á que, pues, degollarle todavía otro inocente, y estando tan lejos del trono, y veintisiete años despues de la muerte de Luis XVI? ¡Conozcamos mejor el corazon de un Borbon! Aquel corazon, aunque traspasado por el puñal, no ha articulado contra nosotros ni una sola queja. No se le escaparon al moribundo y admirable príncipe ni una espresion de pesar por perder la vida, ni una palabra amarga. Esposo, padre, hijo y hermano, y entregado á todas las angustias del alma, y á todos los dolores del cuerpo, no cesa de pedir por la vida del *hombre á quien ni siquiera le apellida su asesino*. El carácter mas impetuoso se convierte de repente en el mas suave. Es un hombre lleno de pasiones, y unido á la existencia por todos los afectos del corazon: es un príncipe en la flor de su edad: es el heredero del mas hermoso reino de la tierra; y muere con la resignacion del infeliz que nada tiene que perder en el mundo. Todo era prodijioso: el alma, por decirlo asi, se halla trasformada; y el cuerpo, por la fuerza del alma, parece que vive contra las leyes de la naturaleza. Hace ya treinta años que los franceses no hacen otra cosa

que degollarse en los campos de batalla. La Providencia queria oponer á estos sacrificios del honor el heroismo de una muerte cristiana: queria mostrarnos en la antigua familia de nuestros reyes lo que eran aquellas antiguas muertes de los caballeros cuya tradicion habíamos olvidado.

CAPÍTULO VIII.

Consternacion de la Francia y de la Europa. Tánulos de luces que se erijen en el Louvre y en San Dionisio.

Cansados de bailes y de alegría los habitantes de Paris, yacian en un profundo sueño. Conforme iban despertando iban sabiendo la noticia fatal. El pueblo fue el que primero la supo, porque habiendo salido de su morada al amanecer para buscar en sus ocupaciones su mísera subsistencia, se encontró con la desgraciada noticia de la muerte de un príncipe que era el padre de los pobres y el apoyo de los desgraciados. No se puede comparar la consternacion que se esparció en Paris, de donde se comunicó á toda la Francia, mas que á la de que se observó el día en que fue asesinado el duque de Enghien; pero con la diferencia de que en la primera época estaba comprimido el sentimiento público. Conducido el cuerpo del señor duque de Berry á casa del marques de Autichamp, gobernador del Louvre, fue en seguida trasladado á un tánulo lleno de luces, bajo las bóvedas de la misma sala en que fue depositado en otro tiempo el cuerpo de Enrique IV. En aquella sala era tambien en donde la industria francesa presentaba poco ha á la admira-

que degollarse en los campos de batalla. La Providencia queria oponer á estos sacrificios del honor el heroismo de una muerte cristiana: queria mostrarnos en la antigua familia de nuestros reyes lo que eran aquellas antiguas muertes de los caballeros cuya tradicion habíamos olvidado.

CAPÍTULO VIII.

Consternacion de la Francia y de la Europa. Tánulos de luces que se erijen en el Louvre y en San Dionisio.

Cansados de bailes y de alegría los habitantes de Paris, yacian en un profundo sueño. Conforme iban despertando iban sabiendo la noticia fatal. El pueblo fue el que primero la supo, porque habiendo salido de su morada al amanecer para buscar en sus ocupaciones su mísera subsistencia, se encontró con la desgraciada noticia de la muerte de un príncipe que era el padre de los pobres y el apoyo de los desgraciados. No se puede comparar la consternacion que se esparció en Paris, de donde se comunicó á toda la Francia, mas que á la de que se observó el día en que fue asesinado el duque de Enghien; pero con la diferencia de que en la primera época estaba comprimido el sentimiento público. Conducido el cuerpo del señor duque de Berry á casa del marques de Autichamp, gobernador del Louvre, fue en seguida trasladado á un tánulo lleno de luces, bajo las bóvedas de la misma sala en que fue depositado en otro tiempo el cuerpo de Enrique IV. En aquella sala era tambien en donde la industria francesa presentaba poco ha á la admira-

cion pública sus obras maestras, y allí era donde la revolucion venia á su vez á hacer alarde de una de sus mas brillantes obras.

Muchas personas murieron de repente al saber el asesinato del señor duque de Berry: algunos sacerdotes hubo que se desmayaron en el altar; y hasta en los países extranjeros se renovaron estas muertes sobrenaturales en los oficios fúnebres del príncipe. Los reyes lloraron sobre sus tronos, y tambien se creyeron amenazados de igual suerte. Algunas grandes princezas, conocidas por su inagotable beneficencia, expresaron sentimientos que serán consagrados con el tiempo en la historia.

17 de Marzo 1820.

» Me decís que pensais en mí desde los primeros
» instantes del doloroso sentimiento que os ha causado
» la muerte del señor duque de Berry. Debo asegurara-
» raros, que apenas esta terrible noticia vino á tras-
» tornarme, mis ideas se fijaron en vuestra memoria.
» En este momento experimentamos la necesidad de di-
» rijirnos á aquellas personas cuyos afectos y opiniones
» se conforman con las nuestras. Este horrendo aten-
» tado, acompañado de todas las circunstancias que le
» dan tanta atrocidad, hubiera abismado en el dolor mas
» vivo á cualquier alma sensible, aun cuando se hubiese
» cometido en la persona de un hombre obscuro é in-
» diferente; pero en este caso todo se ha reunido para
» que esta desgracia fuese personal á los que aman y
» descan el órden y el público bien. Por de pronto pa-

»rece que las consecuencias no son tan funestas como
»debia temerse. Parece que la masa de la nacion lo
»ha sentido como debia. Si este momento pudiese abrir
»los ojos de todos, y conmover sus corazones, para
»inspirarles horror á las *opiniones* que han conducido
»al monstruo á cometer tal atentado, esto seria un
»bien en el mismo mal. Esperemos en el sumo Ser,
»*que muchas veces hace resultar una ventaja de aquello*
»mismo que mirábamos como desesperado á todas lu-
»ces. Proteja su clemencia á la interesante duquesa de
»Berry, y le conceda el feliz alumbramiento de un
»hijo. Hace ya quince dias que hemos recibido esta
»noticia: apenas está calmada mi imaginacion del hor-
»ror que me ha causado; pero mi interes por la fa-
»milia real no ha perdido ninguno de sus quilates. To-
»dos los dias quisiera recibir nuevas; con avidez re-
»cojo todo lo que puedo investigar; y los detalles, aun-
»que un poco confusos naturalmente, que me dais en
»vuestra carta, no han sido menos preciosos para mí.
»Aprovechad todas las ocasiones de escribirme, y en-
»viadme cuantas noticias podais sobre esa familia tan
»infeliz como interesante.”

¡Noble y jenerosa solicitud! Por una circunstancia particular, el mismo que se encargó de anunciar la desdicha de la familia real á los lejanos límites, era el amigo y compañero del señor duque de Berry, y para expresar el sentimiento y luto de la Francia, solo tenia necesidad de dar desahogo á su propio dolor.

En Paris no calmaba la afliccion del pueblo: re-feria mil rasgos de la bondad del príncipe, y dirigia al cielo sus oraciones por él. Una mujer pobre em-

peñó su vestido para hacer decir una misa por el descanso del alma del hijo de los reyes. Todo el jentío concurría al Louvre, donde no cesaba de rezar, de echar agua bendita sobre el ataud, y de quejarse de que hubiesen cubierto tan pronto la cara del príncipe, porque sobre todo hubiera querido ver la herida. Solo el asesino la miró sin inmutarse: cuando se le confrontó con el cadáver sangriento de su víctima, no hizo demostracion alguna, ni con los ojos ni con la boca, al cadáver que le acusaba. El ateo, sabiendo que iba á morir, esperaba reposar en paz con su crimen: la nada es algo para aquel para quien nada es Dios.

Cuando era llevado el despojo mortal del heredero de nuestros monarcas á San Dionisio, se mezclaron con el acompañamiento las clases mas pobres del pueblo, los hombres y las mujeres con los harapos de la miseria. La cofradía de los carboneros iba en medio de los oficiales y de los soldados, lo cual mereció á estos representantes del dolor popular el honor de un lugar distinguido en los funerales. En los pueblos por donde pasó el convoy estaban barridos los caminos, y las paredes de las chozas cubiertas con lo mas precioso que tenian los habitantes. Todo el tiempo que duró el túmulo encendido en San Dionisio acudieron los diputados de las ciudades y aldeas inmediatas á rendir homenaje al infante de Francia. La iglesia estaba continuamente llena de paisanos y de jente del pueblo: vinieron los niños con su maestro: se vieron tambien alli algunos grandes delincuentes: alrededor del fércetro lloraba la inocencia lo mismo que el arrepentimiento: todas las provincias del reino espresaron su

sentimiento por medio de representaciones. Nada estaba previsto, nada preparado, ni nada concertado para este duelo jeneral. La Francia entera era la que lloraba.

CAPITULO IX.

Sentimiento de la familia real y de la señora duquesa de Berry.

Si la consternacion era grande en el reino, lo era mayor aun en el palacio. Perdiendo al señor duque de Berry, perdía la familia real toda su alegría; porque él animaba á todos sus parientes con su viveza, con sus dichos oportunos, y con su gusto para las diversiones. El Louvre parecia un desierto desde que desapareció el príncipe. Aquellos grandes hogares paternos reclamaban en vano al que habia nacido el último de sus hijos, y lloraban la soledad de lo venidero. El señor duque de Angulema lloraba muy amargamente á su hermano, al compañero de su infancia y de sus desgracias, al amigo en los buenos y malos dias de su vida. MADAMA, procurando hacerse superior á todos sus sentimientos, sostenia á un mismo tiempo á su marido y su padre. No se podía mirar á MONSIEUR, el mejor de los hombres, el mas afectuoso de los príncipes, sin que se partiese el alma de dolor: sus ojos derramaban copiosas lágrimas, que en vano queria contener. El peso del sentimiento paterno, unido á otros tantos pesares, encorbaba su cabeza; y esta última adversidad acababa de encanecer sus cabellos. En cuanto al rey, perdiendo el apoyo de su trono, habia visto secarse la

sentimiento por medio de representaciones. Nada estaba previsto, nada preparado, ni nada concertado para este duelo jeneral. La Francia entera era la que lloraba.

CAPITULO IX.

Sentimiento de la familia real y de la señora duquesa de Berry.

Si la consternacion era grande en el reino, lo era mayor aun en el palacio. Perdiendo al señor duque de Berry, perdía la familia real toda su alegría; porque él animaba á todos sus parientes con su viveza, con sus dichos oportunos, y con su gusto para las diversiones. El Louvre parecia un desierto desde que desapareció el príncipe. Aquellos grandes hogares paternos reclamaban en vano al que habia nacido el último de sus hijos, y lloraban la soledad de lo venidero. El señor duque de Angulema lloraba muy amargamente á su hermano, al compañero de su infancia y de sus desgracias, al amigo en los buenos y malos dias de su vida. MADAMA, procurando hacerse superior á todos sus sentimientos, sostenia á un mismo tiempo á su marido y su padre. No se podía mirar á MONSIEUR, el mejor de los hombres, el mas afectuoso de los príncipes, sin que se partiese el alma de dolor: sus ojos derramaban copiosas lágrimas, que en vano queria contener. El peso del sentimiento paterno, unido á otros tantos pesares, encorbaba su cabeza; y esta última adversidad acababa de encanecer sus cabellos. En cuanto al rey, perdiendo el apoyo de su trono, habia visto secarse la

rama que *despues de las murmuraciones de las tribus* (1) prometia volver á florecer delante de la arca santa. Y en la casa del señor duque de Berry, ¡que duelo no habia entre los amigos antiguos del príncipe, sus ayudantes de campo y sus servidores! Uno de entre ellos faltaba en esta escena: encargado de anunciar la desgracia de la familia real en paises lejanos, no habrá tenido necesidad mas que de dejar estallar su propio dolor para espresar el que padecia toda la Francia.

La ilustre viuda del nuevo jermánico estaba inconsolable. Comenzó por cortarse sus cabellos. »Sus cabellos, decia, que tanto apreciaba su marido.» Se los entregó á madama de Gontaut, diciéndola: *Tomadlos: algun dia se los dareis á mi hija, y sabrá que su madre se cortó los cabellos el dia en que fue asesinado su padre.* Criada bajo el sol de la magna Grecia entre las hijas de Sicilia, nuestra jóven princesa habia traido á estos climas los antiguos usos de dolor, no desconociendos en su linaje. Uno de los mayores príncipes de la casa de Borbon, Luis III, duque de Borbon, nieto de Roberto, é hijo de San Luis, estando para morir se cortó sus cabellos. »Entonces, dice su antiguo historiador, mandó el duque que le cortasen sus cabellos, »y cuando los tuvo en sus manos habló de esta manera: Dios y Señor mio Jesucristo, Padre y Criador »mio: estas delicias de la vida mortal, y por las que »he incurrido en el espiritu de vanidad, ya no quiero que me acompañen mas en adelante.»

La habitacion en que la señora duquesa de Berry habia sido tan feliz con su marido llegó á serla insopor-

(1) Núm., cap. xvii.

table. Condujeron á la princesa á aquella casa real, demasiado famosa por la funesta noche en que un grito de muerte resonó *como un trueno*: casa que despues del tiempo de madama Enriqueta no habia visto una adversidad tan repentina y tan grande. Todo Paris se apresuró á ir á rendir á la señora duquesa de Berry inútiles homenajes. Pocos dias despues se estableció en las Tullerías bajo la proteccion del dolor paternal.

Si esta princesa ha experimentado una de aquellas adversidades que caen sobre las cabezas elevadas, tambien su desgracia es de aquellas que aflijen á la humanidad entera. Todas las madres y todas las esposas han sido heridas con el mismo golpe que hirió á esta. Cuando la señora duquesa de Berry, ó *MADemoiselle* van á salir, se reune el pueblo en los tránsitos de las Tullerías; y acude con muchas horas de anticipacion á verlas, olvidándose de la triste necesidad en que se halla de ganar su pan diario, y al instante que alcanza á ver á la madre ó á la hija, se pone á dar gritos de alegría y á llorar. Las mujeres, teniendo sus hijos en sus brazos, les enseñan, como si fuese una hermana suya, á la huerfanita vestida de blanco en un gran coche de luto. Cuando la señora duquesa se pasea por el terrado de las Tullerías, su vestido de viuda produce el mismo efecto que su vestido ensangrentado en la noche fatal. Pero cada día nota la jente que aquellos velos fúnebres ocultan menos las esperanzas de la patria, y se vuelve consolada. Los que han visto á Bonaparte en el cúmulo de su poder salir de su palacio despues de las mayores victorias, sin que saliese una sola voz á su paso, estos mismos conocen que existe alguna cosa mas fuerte é

imponente que la usurpacion y la fortuna, y es la legitimidad y la desgracia.

CAPÍTULO X.

Funerales del señor duque de Berry. Las entrañas del príncipe son llevadas a Lila. Su corazón se depositará en Rosny.

Las exequias del príncipe se celebraron en San Dionisio. No hacia todavía dos meses que se habia visto á este príncipe lleno de vida, sentado el 21 de Enero enfrente del catafalco de Luis XVI: en vano se le buscaba en el banco al lado del señor duque de Angulema, su hermano: ya no se le hallaba, porque yacía debajo de aquel mismo catafalco, delante del cual lloraba este mismo hermano. Los ojos enternecidos se dirijian hácia la familia real, que era ya tan poco numerosa, y que aun todavía se habia disminuido: hácia el rey, que parecia que estaba meditando en medio de las ruinas de la monarquía: hácia MADAMA, cubierta de una larga gasa, como si fuese su adorno ordinario: hácia el señor duque de Angulema, encargado de hacer el duelo, y que saludando alternativamente al altar y al féretro, parecia que pedia al primero fuerza suficiente para mirar al segundo. Podria decirse que estas palabras del Evangelio del día habian sido escogidas particularmente para él: *Domine, si quisisses híc, frater meus non fuisset mortuus*. Tambien acompañaban en el duelo al señor duque de Angulema los señores duques de Orleans y de Borbon.

El obispo auxiliar de París pronunció una oracion fúnebre notable en este antiguo santuario de nuestros

imponente que la usurpacion y la fortuna, y es la legitimidad y la desgracia.

CAPÍTULO X.

Funerales del señor duque de Berry. Las entrañas del príncipe son llevadas a Lila. Su corazón se depositará en Rosny.

Las exequias del príncipe se celebraron en San Dionisio. No hacia todavía dos meses que se habia visto á este príncipe lleno de vida, sentado el 21 de Enero enfrente del catafalco de Luis XVI: en vano se le buscaba en el banco al lado del señor duque de Angulema, su hermano: ya no se le hallaba, porque yacía debajo de aquel mismo catafalco, delante del cual lloraba este mismo hermano. Los ojos enternecidos se dirijian hácia la familia real, que era ya tan poco numerosa, y que aun todavía se habia disminuido: hácia el rey, que parecia que estaba meditando en medio de las ruinas de la monarquía: hácia MADAMA, cubierta de una larga gasa, como si fuese su adorno ordinario: hácia el señor duque de Angulema, encargado de hacer el duelo, y que saludando alternativamente al altar y al féretro, parecia que pedia al primero fuerza suficiente para mirar al segundo. Podria decirse que estas palabras del Evangelio del dia habian sido escogidas particularmente para él: *Domine, si fuisset hic, frater meus non fuisset mortuus*. Tambien acompañaban en el duelo al señor duque de Angulema los señores duques de Orleans y de Borbon.

El obispo auxiliar de París pronunció una oracion fúnebre notable en este antiguo santuario de nuestros

privilegios y de nuestra relijion, que tantas oraciones fúnebres ha oido ya. La primera de todas fue la de Du Guesclin, pronunciada en 1493 por el obispo de Auxerre. Un poeta gótico nos ha trasmitido la historia de esta ceremonia. Lo que dice con tanta naturalidad del buen condestable, y del discurso del prelado, es igualmente aplicable del modo mas tierno al señor duque de Berry:

*Los principes con pesar lloraban
 Cuando al obispo tristes escuchaban,
 Pues con fervor constante les decia:
 Llorad, jendarmes, este aciago dia
 Al inclito Bertrand, que os adoraba:
 Siempre en serviros se ocupaba.
 Trasmita sus hazañas fiel la historia,
 Para que recordando su membria,
 Pidamos al Señor constantemente
 Le conceda su gloria eternamente.*

Los honores, de que tanto habia huido el señor duque de Berry durante su vida, le abrumaron despues de su muerte. La basilica de San Dionisio, colgada de negro en todo lo largo de la bóveda, parecia á un vasto sepulcro. Las hileras de luces hacian mil dibujos en las colgaduras fúnebres: los lamparines, los condelabros de plata, las columnas, que parecia que presentaban al cielo, como dice Bossuet, *el magnífico testimonio de nuestra nada*, una ancha cruz de fuego en el santuario; todo en fin escedia á la idea que se habia podido formar de esta pompa. Un clero numeroso, la córte, el ejército, los embajadores extranjeros,

las dos cámaras y los tribunales de justicia ocupaban el coro, nave, capillas y galerías. Se cantaba, se tocaban las campanas, y se disparaba el cañon alrededor de un mudo féretro. Habia tanta grandeza en esta pompa, que cualquiera hubiera creido que asistia á los funerales de la misma monarquía.

¡Y que contraste de sentimientos no habia en esta muchedumbre! La revolucion habia convocado y reunido delante de su último crimen, como para juzgarlo, á las jeneraciones que treinta años habian creado: todo lo que habia triunfado ó padecido se encontraba en este momento en San Dionisio. Y esta iglesia del apóstol de la Francia, ¡cuanto no decia y expresaba! Ella ostentaba esteriormente las riquezas de la muerte; pero la habian arraucado de sus entrañas sus fúnebres tesoros.

Concluida la misa se quitó el ataud del catafalco para bajarle á la bóveda. Entonces la heroína del Temple se dejó vencer por la primera vez. A la vista del ataud se sintió próxima á desmayarse, y se vió precisada á retirarse de la tribuna en donde estaba colocada á la derecha del rey. Aun el mismo rey, que estaba de rodillas, dejó caer su venerable cabeza sobre sus dos manos cruzadas. A imitacion suya pareció que la Francia entera encorvaba tambien su cabeza. Parecia que estaba ocupado su espíritu con los mismos pensamientos que se presentaron á su abuelo Enrique IV cuando este asistia en la misma iglesia de San Dionisio á la coronacion de la reina. »¿Sabeis, dijo el vencedor »de Ibry á su confesor, lo que yo estaba pensando en »este momento á la vista de esta gran reunion? Pue-

»saba en el juicio final, y en la cuenta que tenemos »que dar á Dios (1)».

Los guardias de MONSIEUR llevaban el cuerpo de su hijo: sus cascos, aproximándose, formaban una especie de bóveda movable por cima del ataúd. El señor duque de Angulema fue el primero que bajó al subterráneo, en donde iba á dejar á su hermano. En seguida, conforme á la costumbre antigua, los reyes de armas llamaron á los criados del príncipe, diciendo: »El que está dentro del hoyo llama uno tras otro á los llamados escuderos, que llevan las espue- »las, los guantes de acero, los escudos y cota de ar- »mas (2).» Entonces el dicho heraldo ó rey de armas, estando de pie en la referida bóveda, grita por tres veces: »El príncipe ha muerto, rueguen á Dios por »su alma.»

Las entrañas del príncipe fueron llevadas á Lila, como para cumplir con las palabras de Enrique VI, recordadas á los de Lila por el mismo señor duque de Berry: *De aquí en adelante, habia dicho el Bearnes á los habitantes de Lila, nuestra union será á muerte y á vida.*

El corazón de S. A. R. fue desde luego depositado en San Dionisio por Mr. de Bombelles, obispo de Amiens, y capellan mayor de la señora duquesa de Berry. Este prelado, antes de recibir los sagrados órdenes, pelcó al lado del príncipe; y hacia largo tiempo que conocia el tesoro que estaba eucargado de presentar á los guardias de la sepultura real, y te-

(1) *Vie du P. Cotton, par le P. d'Orleans.*

(2) *Du Tillet, Recueil des rois de France.*

nia mas derecho que otro alguno para decirles: *El corazon que teneis á la vista fue el mas noble y el mas generoso que ha existido.*

La señora duquesa de Berry reclamó despues este corazon como una propiedad suya. Sabemos las disposiciones de la princesa por una carta del duque de Lévis. »El sentimiento de la señora duquesa de Berry es »profundo, pero sosegado: su resignacion, sostenida »por la piedad y por la fuerza de su carácter, no se »perturba ya con el recuerdo de memorias tan crue- »les. He tenido últimamente la tristísima comision de »preguntarla adonde queria que se depositase el cora- »zon del principe. He aqui su respuesta: *Mis intencio- »nes están decretadas. Voy á hacer construir en Rosny »un edificio compuesto de un pabellon y de dos alas. »En la una se asistirá á los enfermos, y en la otra se »criarán niños pobres. En medio habrá una capilla, en »donde se rogará á Dios por mi marido.*»

En efecto, lo que mas queria el principe eran los niños y los pobres; y no se podia colocar mejor su corazon que entre dos monumentos consagrados á lo que tanto amaba. Tambien es esta una ocurrencia feliz, supuesto que convierte el palacio de Sully en el santuario en donde descansará el corazon del nieto de Enrique IV.

CAPITULO XI.

Retrato del principe. Conclusion.

Aqui concluye la historia de la vida y de la muerte de Carlos Fernando de Artois, infante de Francia, du-

nia mas derecho que otro alguno para decirles: *El corazon que teneis á la vista fue el mas noble y el mas generoso que ha existido.*

La señora duquesa de Berry reclamó despues este corazon como una propiedad suya. Sabemos las disposiciones de la princesa por una carta del duque de Lévis. »El sentimiento de la señora duquesa de Berry es »profundo, pero sosegado: su resignacion, sostenida »por la piedad y por la fuerza de su carácter, no se »perturba ya con el recuerdo de memorias tan crue- »les. He tenido últimamente la tristísima comision de »preguntarla adonde queria que se depositase el cora- »zon del principe. He aqui su respuesta: *Mis intencio- »nes están decretadas. Voy á hacer construir en Rosny »un edificio compuesto de un pabellon y de dos alas. »En la una se asistirá á los enfermos, y en la otra se »criarán niños pobres. En medio habrá una capilla, en »donde se rogará á Dios por mi marido.*»

En efecto, lo que mas queria el principe eran los niños y los pobres; y no se podia colocar mejor su corazon que entre dos monumentos consagrados á lo que tanto amaba. Tambien es esta una ocurrencia feliz, supuesto que convierte el palacio de Sully en el santuario en donde descansará el corazon del nieto de Enrique IV.

CAPITULO XI.

Retrato del principe. Conclusion.

Aqui concluye la historia de la vida y de la muerte de Carlos Fernando de Artois, infante de Francia, du-

que de Berry. No nos resta ya mas que decir acerca de este príncipe, sino es con respecto á su persona. Tenia la cabeza grande, como el jefe de los Capetos; el pelo encrespado; la frente espaciosa; la cara con buenos colores; los ojos azules, y al nivel de la cabeza, y los labios gruesos y encarnados. Su cuello era corto; sus hombros un poco elevados, como sucede en todas las grandes jeneraciones militares. Su pecho, en que latia un corazon sin desconfianza ni miedo, presentaba un ancho campo al puñal. El señor duque de Berry era de una mediana estatura, lo mismo que Luis XIV: porque es una equivocacion el creer que Luis XIV era muy alto: una coraza suya, que aun se conserva, y las exhumaciones de San Dionisio, no nos dejan duda alguna sobre este punto. El príncipe, cuya vida acabamos de escribir, tenia el aire marcial; el semblante franco y vivo; su modo de andar era apresurado; su jesto pronto; su mirar fijo, penetrante y bondadoso, y su sonrisa agradable. Se espesaba con elegancia en el trato comun, con claridad en los negocios, y con elocuencia en las pasiones. Se encontraba en el duque de Berry al príncipe, al soldado, al hombre que habia padecido, y ganaba el afecto por un cierto agrado mezclado de sequedad, inherente á toda su persona. En cuanto á su carácter, se halla ya retratado por sus acciones en cada página de esta obra. El señor duque de Berry habia pasado una vida noble, pero olvidada: no necesitó mas que algunas horas al fin de su última jornada para adquirir una gloria superior á la que hubiera logrado con cien triunfos. Recompensado á un mismo tiempo en la tierra y en el cielo por sus vir—

tudes humanas y cristianas, un mismo momento le ha concedido la inmortalidad y la eternidad.

Saquemos á lo menos de nuestra desgracia una leccion útil, y sea esta como la moral de esta obra.

Detras de nosotros se levanta una jeneracion que no sufre yugo alguno, y es enemiga de todos los reyes: está soñando siempre en repúblicas, y sus costumbres la hacen incapaz de las virtudes republicanas. Ella se avanza, nos estrecha, nos arroja, y va á ocupar muy pronto nuestro lugar. Bonaparte hubiera podido domarla aniquilándola, enviándola á morir á los campos de batalla, y presentando á su ardor el fantasma de la gloria, á fin de impedirla que siguiese el de la libertad; pero nosotros no tenemos que oponer mas que dos cosas á las locuras de esta juventud: la legitimidad, escoltada de todos sus recuerdos, y rodeada de la majestad de los siglos; y la monarquía representativa, sentada sobre las bases de la gran propiedad, defendida por una vigorosa aristocracia, y fortificada por todos los poderes morales y relijiosos. Cualquiera que no conozca esta verdad nada ve, y corre precipitado hácia el abismo. Separándose de esta verdad, todo lo demas es teoría, quimera é ilusion.

Bajo este principio, todos los que no sean afectos á la familia real por todos los sentimientos de respeto, de admiracion y de amor, deben serlo á lo menos por su interes personal. Derramar la sangre de un Borbon es abrir las venas de la patria. En el estado actual de cosas la legitimidad es la vida misma de la Francia. Imaginad, calculad y combinad todas las clases de gobiernos ilejitimos: por último resultado

no hallareis nada posible, nada que os presente una apariencia de duracion, una existencia tolerable de algunos años, ni aun siquiera de algunos meses. Retirándose los Borbones, desaparece el *derecho*; y entonces se abre la inmensa carrera de los *hechos*, que todos tienen un *derecho* igual para oprimiros. La legitimidad es en la Europa el santuario en donde reposa la soberanía, y por ella sola subsisten los gobiernos. Violad este santuario, y vereis que la soberanía no es ya mas que una divinidad sin asilo, espuesta en medio de las ruinas á los ultrajes de todas las ambiciones.

No podrá verificarse ninguna usurpacion sin que nazca en Francia la guerra civil, sin dar un pretexto á las empresas europeas, sin esponer nuestro pais á los saqueos y á las contiendas de la política extranjera. ¿Pretenderia la nacion gobernarse á sí misma? Ya lo ha ensayado. Una nueva democracia atraeria consigo un nuevo trastorno de las propiedades y la destruccion de todos los intereses nuevos, supuesto que los antiguos han desaparecido. ¡Ah! ¡y como se arrepentirian entonces los que se han dejado llevar de las exajeraciones populares! Triunfantes en el primer dia, serian conducidos en el segundo al cadalso con la cabeza adornada todavia con las coronas de la victoria.

¿Seria una eleccion militar la que se pretenderia poner en lugar del legitimo derecho hereditario? Tambien tuvo lugar en Roma esta clase de eleccion: nombrando el ejército á su amo, y no sometiéndose á las leyes, destruyó al instante su obra. Los bárbaros, introducidos poco á poco en las legiones, se acostumbraron tambien á crear por sí mismos emperadores, y

cuando se cansaron de dar el globo, se lo apropiaron para sí.

Si todos los hombres de probidad y talento quieren reunirse por último á un sistema monárquico, no solamente ahorrarán á la Francia nuevas desgracias, sino que salvarán á la Europa, que está amenazada de una grande revolucion. Examinando el fondo de los principios, se ve que lo que nos divide es en la realidad muy corta cosa. Se procura mas bien, al disputar, obrar por pasión que por razón. Unas veces se quiere amedrentar á los pueblos con la feudalidad, destruida hace ya dos siglos: otras veces con los misioneros que van á establecer la guerra predicando la paz. Hoy es un poder oculto, que combate el poder visible: ¡triste invencion, en virtud de la cual se creeria uno autorizado á tratar la legitimidad del dolor como se ha tratado la legitimidad política! Pero no: existe realmente una potencia oculta, que repara los errores de la incapacidad, y frustra las conjuraciones del crimen. Hace treinta años que este gobierno secreto ha marchado al lado de todos los gobiernos públicos que se han sucedido en nuestra desgraciada patria. Colocado por cima de nosotros en unas rejiones inaccesibles, podrán nuestras pasiones quejarse de él; pero no le podrán trastornar. Este poder oculto es la razón eterna de las cosas: es la justicia del cielo, que vuelve á entrar en los negocios humanos, á proporcion. que se hacen esfuerzos para alejarla de ellos; en una palabra, es la Providencia, que si faltase un momento no se necesitaria otra cosa mas para destruir el órden del universo, y volver á anegar el mundo en el caos.

Si la muerte del señor duque de Berry debiese dejarnos tales cuales somos; si nada nos enseñase acerca de la esclencia de la sangre de nuestros reyes, ni acerca del peligro de las doctrinas que han producido el crimen de Louvel, en este caso confiense á nuestra piedad las cenizas de nuestro ilustre principe. Nosotros iremos á depositar en algunas orillas lejanas este jérmén de la legitimidad. La virtud inherente á estas cenizas formará prontamente una sociedad de los franceses que las hayan seguido; y no se entenderá con ellos la sentencia que el cielo pronuncia últimamente contra los pueblos sin juicio y rebeldes á las esperiencias.

Fin de las Memorias del duque de Berry.

DOCUMENTOS

JUSTIFICATIVOS.

PÁGINA 24.

«Con qué placer hemos sabido el contenido de la carta del regimiento de Berwick.....»

Carta de MONSIEUR (después Luis XVIII) á los oficiales, sargentos, granaderos y soldados del regimiento irlandés de Berwick.

En Schoenbornslutst 28 de Julio 1791.

He recibido, señores, con una verdadera sensibilidad la carta que me habeis escrito. Cuanto antes me sea posible haré llegar á manos del rey (Luis XVI) la expresion de vuestros sentimientos para con S. M. Os respondo ya desde ahora que endulzará sus penas, y que recibirá placenteramente las señales de vuestra fidelidad, que hace cien años recibió Jacobo II de vuestros abuelos. Esta doble época debe formar para siempre la divisa del regimiento de Berwick: se verá constantemente en vuestras banderas (1), y todos los sujetos fie-

(1) Queriendo consagrar eternamente la época de 1691, en que el regimiento de Berwick salió de Irlanda para servir al rey Jacobo II, y la época de 1791, en que el mismo regimiento dejó la Francia para servir al desgraciado Luis XVI, MONSIEUR ordenó que sus banderas llevasen este lema:

1691. *Semper et ubique fidelis.* 1791.

Siempre y en todas partes fiel.

les al rey leerán en ella su deber, y reconocerán el modelo que deben imitar. Por lo que á mí toca, señores, quiero persuadiros, que vuestro proceder quedará perpétuamente grabado en mi alma, y que tendré por felices todas las ocasiones en que pueda daros pruebas del afecto que me inspirais.

LUIS ESTANISLAO JAVIER.

PAGINA 29.

»En este combate fue donde los tres Condés, renovando la aventura de la batalla de Senef, desplegaron un valor heroico.....»

Fragmento de las Memorias de la casa de Condé.

La helada que habia fortificado los caminos permitió á los republicanos avanzar su artilleria gruesa. Despues de haberse servido de ella para batir las fortificaciones de este pueblo, que era el centro de la posicion del principe, como lo habian practicado la vispera, avanzaron con rapidez. Las lejonas de Mirabeau y de Hohentlohe defienden la posicion con increíble esfuerzo; pero el encarnizamiento de los republicanos parece acrecerse con su número; y penetran en el pueblo con espantosos gritos.

Este primer éxito pudo ser decisivo: un golpe de vista del principe lo advirtió, y quedó tomada su resolucion. Era la única que convenia al hijo del gran Condé. Salta de su caballo, y desnudando la espada se coloca al frente de sus dos batallones de hidalgos. »Señores, esclama, vosotros todos sois Bayardos; es necesario re-conquistar el pueblo.»

Respondiéronle los gritos de »¡A la bayoneta!» y todos se precipitaron á traves de un horrible fuego de ar-

tillería y mosquetería. Los setos vivos, las casas y las calles, todo es tomado en diez minutos: los gritos de *viva el rey* dados á la estremidad del pueblo, anuncian de lejos á la reserva que los republicanos han sido desalojados.

Durante este tiempo, el hijo y el nieto se mostraron dignos de tal padre (1).

Al frente de la segunda y de la tercera division de la caballería noble, el duque de Borbon se lanza contra la caballería republicana, y la pone en huida. Preséntase una rambla profunda, y llevado de su ardimiento la salva el príncipe con unos pocos hidalgos. Los republicanos se apresuran en aprovecharse de su ventaja, y se lisonjean destruir al enemigo: el encuentro es encarnizado, y el príncipe queda herido de gravedad. Pero llega el resto de los escuadrones: huyen los jinetes republicanos, y dejan dos piezas de artillería lijera en poder de los vencedores.

En otro punto, el duque de Enghien conducía al combate á los caballeros de la corona. Casi solo corre para

(1) Delille refirió así este día en su lenguaje:

Angulema con Berry son apoyo
De tan gran nombre: no se dé alabanza
Al triple Jerón que dirijia
Su mole gigantesca con tres almas.
Quiero ver, escediendo los portentos
Que la fabula pinta y nos retrata,
Mover un mismo espíritu á tres hombres,
Y dirijir con igualdad su espada.
Condé, Borbon, Enghien, con los laureles
De Rocroys se presentan y se igualan.
Y pródigos de sangre que el triunfo
Tiene por muy preciosa y estimada,
Son tres jeneraciones las que juntas
Al templo de la gloria se adelantan.

tomar una pieza de cañon; su vestido es acribillado á golpes de balas y bayonetazos: cércale, y se defiende como un héroe, hasta que vienen á libertarle: se lleva la pieza.

El resultado de esta jornada brillante, pero sangrienta, solo fue la gloria de haber conservado una mala posición, que algunos días despues se abandonó.

El mariscal de Wurmser y muchos jenerales austriacos, á pesar de la tibieza que reinaba entre ellos y el ejército real, vinieron por la misma tarde á felicitar al príncipe de Condé y sus compañeros de armas. »Señor mariscal, le dijo el príncipe, ¿que os parece de mi pequeña infanteria?» — »Se engrandece al fuego:» respondió el mariscal. Los austriacos se maravillaron de saber que los caballeros franceses se habian batido con heroico valor; pero no pudieron negar las lágrimas de admiracion á unos rasgos como el siguiente:

Un soldado de la lección de Mirabeau, herido, lanzaba terribles gritos al lado de un caballero de San Luis, que habia quedado sin una pierna (1). »Pensad, amigo mio, »le dijo este intrépido oficial, ¿que vuestro Dios murió »en la cruz, y vuestro rey en el cadalso! Felices somos »en morir por su causa.»

Tres días despues los republicanos atacaron de nuevo á Berstheim, y fueron rechazados con considerable pérdida. Desconfiando de forzar el cuerpo de Condé en esta posición, ensayaron señalarse sobre un punto de la línea austriaca, y fueron mas dichosos. El conde de Wurmser hizo entrar su ejército en los reductos que habia formado delante de Haguenau, desde el Rhin hasta las montañas.

(1) Era Mr. de Barras, oficial de marina, hermano del director.

MOSSIEUR (despues Luis XVIII) que entonces se hallaba en Turin, apenas supo la noticia del combate, cuando escribió al príncipe de Condé.

Turin 28 de Diciembre 1793.

Al llegar á este punto, querido primo, he recibido con alguna certeza la noticia de la gloriosa jornada del 2 del corriente, despues que un vago rumor me habia entretenido en el camino. Dificil me es pintaros la alegría que me cabe. No es que yo dudase de lo que puede el valor de la nobleza de Francia, sino que era ya tiempo de que supiesen los rebeldes lo que ella puede por si sola, y el éxito de Berstheim solo se los habia enseñado imperfectamente. Cruelmente se emponzoñaria este regocijo, si me quedase la menor inquietud sobre la herida de vuestro hijo; pero tranquilo bajo este aspecto, os doy el parabien de esa misma herida, y de la conducta que su hijo y él han observado. Gozad, amado primo, de esa bella empresa, como buen frances, como jeneral, como diligente caballero, y como padre. Por lo que á mi toca, independientemente de mi tierna amistad para con vos, y del bien del estado, os debo confesar que mi amor propio se regocija al ver tres héroes de mi sangre, en donde hasta el presente solo estaba seguro de hallar uno. Pero mi sentimiento para con vuestra persona no debe hacerme olvidar á la distinguida nobleza que se aventaja bajo vuestra direccion: hablad encarecidamente á todos del doblado placer que experimento por su buen porte, ya como hidalgo frances, ya como rejente del reino. Adios, amado primo; bien penetrado estais de mi amistad.

LUIS ESTANISLAO JAVIER.

Carta de MONSIEUR (rejente del reino) al duque de Borbon.

Turin 28 de Diciembre 1793.

Querido primo: he recibido en mi llegada á este punto la noticia cierta de la gloria que acabais de adquirir, y de la herida que habeis recibido. La segunda nueva hubiese emponzoñado toda la alegría de la primera, sino hubiese sabido al mismo tiempo que la herida no es peligrosa. Os confieso que os la envidio: no obstante os amo con demasiada sinceridad para dejar de felicitaros con todo mi corazon, deseando que no se empeore vuestro mal. No os hablo así como pariente ni como amigo, sino como rejente del reino; porque conozco mejor que ninguno la pérdida que sufriría el estado en vuestra persona.

Adios, amado primo. Dios quiera que os restablezcáis pronto, y voleis á la victoria. Ya sabeis la amistad que os profeso.

LUIS ESTANISLAO JAVIER.

Carta de MONSIEUR (rejente del reino) al señor duque de Enghien.

Turin 28 de Diciembre 1793.

He sabido, mi caro primo, con un placer que el amor por mi estirpe y la amistad para con vos os esplicarán facilmente, la gloria que habeis adquirido en la jornada del 2 de este mes. Teneis la edad y llevais el nombre del vencedor de Rocroy; su sangre corre en vuestras venas; acabais de retratar su valor, y teneis delante de los ojos el ejemplo de un padre y de un abuelo, superiores á todo elogio; motivos justos para esperar que algun día se-

reis la gloria y apoyo del estado. Bien podeis creer, segun lo mucho que os amo, que disfruto sinceramente de tan felices auspicios.

Adios, caro primo: estad en la persuasion de mi amistad para con vos.

LUIS ESTANISLAO JAVIER.

PAGINA 32.

«En las campañas de 1795, 1796 y 1797, el duque de Berry se halló presente en todos los combates.....»

Carta de MONSIEUR, conde de Artois, al señor príncipe de Condé.

Edimburgo 29 Noviembre 1795.

Justamente habeis apreciado, querido primo, todos los sentimientos por mi experimentados al leer vuestra carta del 3 de Noviembre, y los documentos adjuntos; y supuesto que estais contento de mi hijo (1), me regocijo de su conducta. Participo en el fondo de mi corazon de la gloria y del honor de que se han cubierto vuestros compañeros de fidelidad; pero no habiendo sido las públicas noticias tan discretas como vos, sobre un objeto del cual no me habláis, permitid que os diga, como pariente, como amigo, y consagrado á la causa que defendemos, que encuentro una satisfaccion tan tierna como sólida cuando oigo juzgar vuestra conducta como ella merece, y que aumentáis todos los dias vuestra distinguida consideracion con aquellas personas que os aman, tan honrosa para los que os están unidos por la sangre, ó importante para los intereses de nuestro rey. Esto no

(1) El señor duque de Berry.

es un cumplimento: es la expresion sencilla de mi razon y de mi razon.

Va adjunta la carta que os suplico entregueis de mi parte al duque de Enghien. Yo solo le hablo de mi amistad; pero el rey y la Francia entera son los que le dan el parabien de lo que es hoy dia, y de lo que será con el tiempo, siguiendo la gloriosa senda que le habeis trazado.

Conocereis mejor que cualquier otro, amado primo, que el hombre que llena sus deberes, encuentra en su propia conducta una compensacion de los mas penosos sacrificios. Pero debo confesaros, que despues del mes de Junio sufo un suplicio dificil de explicar, por mi dolorosa inaccion, y por estar privado de tener parte en los peligros, fatigas y gloria de vuestros intrépidos compañeros de armas. Procurad servirme de intérprete para con ellos: habladles de mis deseos, de mis sentimientos, y de mi admiracion por su constancia y por su valor, y añadid, que únicamente ocupado de los intereses comunes, espero que el cielo protegerá mis esfuerzos, y hará dichosos á los franceses leales que han seguido siempre la senda del honor.

No habia esperado vuestra carta para solicitar del gobierno británico los medios necesarios para aprovechar con utilidad el suceso de los austriacos y de nuestro ejército. La negociacion entablada en Paris no satisfacía mis desvelos: no obstante, la partida de Mr. de Preey os habrá probado que no fue totalmente infructuosa. Acabo de renovarla con mas eficacia que nunca; y espero que los ministros se convencerán de la necesidad de enviarnos socorros extraordinarios: presumo que serán suficientes, sino vienen á realizarse vuestros tristes presentimientos. No me estenderé en detalles sobre la situacion de las cosas y de los espíritus; pero cuento

enviaros el mes que viene un correo del rey, y le daré el encargo de comunicaros detalles interesantes y favorables tal vez.

Antes de concluir esta carta, es preciso que os hable de un objeto que toca á mi corazón: parece que mi hijo se ha portado bien, y que ha tomado afición á los golpes de fusil. Eso en sí mismo es bueno, pero no basta; en su posición es preciso que se ponga en estado de servir perfectamente á su rey: á vos me dirijo con confianza, querido primo, para que empleis vuestra autoridad de general, y toda la que mi amistad ha puesto en vuestras manos, para exigirle que ocupe todo el invierno en trabajar seriamente en los negocios de la guerra, y hacerse digno de comenzar el año venidero á conducir las tropas. No os indicaré ningún medio para este fin: nadie mejor que vos sabrá escitar su emulación, é inspirarle el deseo de la instrucción: juzgad fácilmente cuán agradecido seré á esa nueva prueba de vuestra amistad.

Adios, caro primo: nada quiero cambiar en la cita que os he dado: á este punto se encaminan todos mis esfuerzos. Os renuevo del fondo de mi corazón la seguridad del afecto tierno y constante que me une á vos para siempre.

CARLOS FELIPE.

P. S. Hallareis á mi hijo prevenido para todo lo que os exijo de él.

PÁGINA 34 y 35.

«Se supo en el acantonamiento de Steintadt la muerte de Luis XVII...»

Carta del rey Luis XVIII al señor príncipe de Condé.

Primo mío, espírento como debo los sentimientos que me anunciáis con motivo de la pérdida irreparable

que acabo de experimentar en la persona del rey mi señor y sobrino. Si alguna cosa puede endulzar mi justo dolor, es contemplar que participan de mi sentimiento aquellos que me son caros por tantos títulos. La Francia pierde un rey, cuyas felices cualidades que vi desarrollar desde su tierna niñez, anunciaban que sería digno sucesor del mejor de los reyes: solo me resta ya implorar el socorro de la divina Providencia para que me haga digno de reparar en mis vasallos tan sensible desgracia. Su amor es el primer objeto de mis deseos, y espero que vendrá un día en que después de haber reconquistado mi reino como Enrique IV, podré como Luis XII merecer el título de padre de mi pueblo. Decid á los nobles, y á las fieles tropas cuyo mando os he confiado, que la adhesión que me espesan por vuestro medio, es para mí la aurora del claro día, y que cuento principalmente con vos y con todos, para que brille en su esplendor. Con placer os renuevo todos los sentimientos con que soy

Primo mio,

Vuestro apasionado primo.

LUIS.

PÁGINA 35.

»A este monarca (Luis XVIII) se le aguardaba en el ejército. En efecto vino á él, *no teniendo otro asilo* (como él mismo lo dice en su orden del día) que el del honor.

AL EJERCITO.

Riegel 18 de Abril 1796.

Imperiosas circunstancias tenían mi persona apartada hace mucho tiempo de vosotros, cuando un insulto

tan imprevisto como favorable á nuestros votos no nos ha dejado otro asilo; pero no ha podido quitarnos el del honor.

El senado de Venecia nos ha intimado la mas pronta salida de los estados de la república. A este proceder, no menos ofensivo al honor del nombre frances, que á nuestra persona misma, hemos respondido:

«Partiré, pero exijo dos condiciones: la primera que se me presente el libro de oro en donde está inscrita mi familia, para borrar mi nombre con mi propia mano: la segunda, que se me devuelva la armadura que regaló á la república la amistad de mi abuelo Enrique IV (1).»

Nos ponemos bajo la proteccion de la bandera blanca al lado del héroe que os manda y que amamos. Nos lionjeamos con la esperanza de que nuestra llegada al ejército será para vosotros un nuevo titulo á los jenerosos socorros que habeis recibido de sus majestades imperial y británica.

Nuestra presencia contribuirá sin duda tanto como vuestro valor á finalizar los males de la Francia, enseñando á nuestros vasallos extraviados, armados aun contra nosotros, la diferencia de su suerte bajo el dominio de los tiranos que los oprimen, con la de aquellos buenos hijos que rodean á un buen padre. — Luis.

(1) Esta respuesta fue dada al marques Carlotti, encargado por el senado de Venecia de presentar al rey la orden de salir de los estados de la república. Habiendo protestado el Podestá Pringli, S. M. replicó al siguiente dia en estos términos:

«Ayer respondí á la declaracion de vuestro gobierno; hoy me entregáis una protestacion en nombre del Podestá; no la recibo ni recibiré tampoco la del senado. He dicho que partiría: marcharé en efecto cuando reciba mi pasaporte que he pedido á Venecia; pero persisto en mi respuesta: debia darla, y no me olvido que soy rey de Francia.»

PÁGINA 56.

«El duque de Angulema llega al ejército de Condé.»

Carta de monseñor duque de Angulema al príncipe de Condé.

Blankenbourg 27 Abril 1797.

Mi señor primo: Hace mucho tiempo que esperaba con viva impaciencia el momento en que me fuese permitido llegar á reunirme á mi hermano, bajo vuestras órdenes. Este feliz momento ha llegado por fin; y no perdemos momento para alcanzar vuestra compañía. Espero que me dispensareis vuestras bondades y vuestra amistad, que os pido con confianza y con ánimo de no despreciar nada para hacerme digno. Envidio á mi hermano la dicha que ha tenido de permanecer en el ejército por espacio de tres años, mientras yo permanecía en una cruel inactividad. Vivamente me han martirizado las circunstancias que así lo han ordenado.

Recibid el homenaje del celo de un voluntario, y la seguridad de la alta consideracion y entera confianza y afecto con que seré toda la vida,

Señor mi primo,

Vuestro apasionado primo,

LUIS ANTONIO.

Carta del señor duque de Berry al señor príncipe de Condé.

Blankenbourg 27 Abril 1797.

Por fin, señor, mi hermano llegó ayer. Fácilmente juzgareis de la alegría que recibí con su vista. Mi emoción es mucho mas viva, porque nuestra vuelta al ejér-

«Yo será muy pronta: solo habemos de estar aqui cinco ó seis dias, y no perderemos tiempo en el camino para llegar. Hago votos para que no se disparen tiros de fusil durante mi ausencia, pero que esta campaña que, segun creo, se puede mirar como la última, sea activa. Lo deseo vivamente por mi instruccion y por mi hermano; pues estoy firmemente persuadido que es preciso que los Borbones se distinguan mucho, y que fuera de Francia deben comenzar por ganarse la estima de los franceses. Hemos sabido que los republicanos habian pasado el Rhin por Neuwied, y que despues de haber rechazado á los austriacos, estaban á las puertas de Francfort, cuando llegó un correo con la nueva de un armisticio entre las tropas austriacas y francesas en toda la linea. Un correo que pasaba de Viena á Londres esta mañana, ha dicho que el emperador iba á ponerse en persona al frente del ejército de Italia, y que el archiduque Carlos iba á tomar el mando de la fuerza del Rhin. ¡Quiera Dios volvernos nuestro amado caudillo, y déjenos combatir á sus órdenes!

Recibid, señor, el homenaje del vivo deseo que tengo de encontrarme á vuestra disposicion, y el sincero y respetuoso afecto que os he consagrado por toda mi vida.

CARLOS FERNANDO.

PÁGINA 48.

«El rey que halla en la union de su sobrino y de su sobrina cuantas satisfacciones pueden nacer de la efusion del corazon reunido con lo mas importante que la política encierra.....»

Carta del rey al señor príncipe de Condé.

Mittau 10 Junio 1799.

Por fin, querido primo, se ha cumplido el mas ar-

diente de mis votos: mis hijos están unidos. Encuentro en mi sobrina, con una ternura mas fácil de sentir que de explicar, los rasgos reunidos de los desgraciados autores de sus días. Esta semejanza tan dulce y desconsoladora á un mismo tiempo, me aumenta su cariño, y debe doblar el interes que ella merece inspirar á todo buen frances. El enlace se ha celebrado esta mañana, y me apresuro en comunicároslo, seguro de que participareis de mi alegría.

Anunciad esta fausta noticia al ejército: parece de buen agüero á vuestros esforzados compañeros, en el momento en que siguiendo vuestras huellas, entran en una senda que gloriosamente han recorrido; y bendecirán juntamente conmigo al magnánimo monarca á quien debemos este duplicado beneficio. Les añadiréis de parte mia, que he comenzado á encontrar la dicha, pero que no será completa para mi hasta el día en que pueda encontrarme entre ellos en el puesto que me señalará el honor.

Adios, querido primo: ya conoceis toda la amistad que os profeso.

Luis.

Página 53.

»Ya no existía el cardenal de Berni cuando el duque de Berry llegó á Roma. Ya no podía ofrecer á un príncipe fugitivo aquella hospitalidad digna de los tiempos de Evandro, que ejerció tanto con las señoras nobles, y cuyas cenizas honró en Trieste el autor de estas memorias.....»

»¿ A que paraje del mundo no han lanzado á los hijos de San Luis nuestras tempestades? ¿ Que desierto no les ha visto llorar la tierra natal? Tales son los destinos humanos: un frances jime hoy día la pérdida de su país en

las mismas riberas cuyos recuerdos *inspiraron en otro tiempo el mas bello de los cánticos sobre el amor de la patria.*

¡Super flumina Babilonis!

«¡Ah! esos hijos de Aaron que suspendieron sus arpas de los sauces de Babilonia, no entraron todos en la ciudad de David; las hijas de Judea que gritaban á orillas del Eufrates:

¡Riberas del Jordan caras al cielo,
¡Campos, y valles fértiles, y prados,
Pais de nuestros inclitos mayores!
¿Siempre estaremos en destierro amargo?

Esas compañeras de Esther no vieron todas á Emaus y Bethel. Muchas dejaron sus despojos en los campos del cautiverio; así es que nosotros encontramos lejos de la Francia la tumba de dos nuevas israelitas:

Lyrnessi domus alta, solo Laurente sepulchrum.

Nos estaba reservado encontrar en el fondo del mar Adriático la tumba de dos hijas de reyes (1), cuya oracion fúnebre habíamos oido pronunciar en un desvan de Lóndres. ¡Ah! al menos la tumba que encierra á estas nobles damas habrá visto una vez interrumpido su silencio; el ruido de los pasos de un frances hace temblar á dos francesas en el sepulcro. Los respetos de un pobre hidalgo de Versalles no hubiesen valido nada para unas princesas; la súplica de un cristiano en tierra extranjera, tal vez será agradable á dos santas. (*Véanse las Variedades literarias*).

(1) Madamas Victoria y Adelaída de Francia, tias de Luis XVI.

«El duque de Berry, errante en los palacios destruidos de los Césares, estraviándose por las catacumbas, recorriendo el Vaticano desierto, dibujando sobre un obelisco caído las ruinas esparcidas del Capitolio, presenta por sí mismo un cuadro que faltaba á las ruinas y recuerdos de Roma.....»

Carta de monseñor duque de Berry al señor príncipe de Condé.

Roma 30 Junio 1800.

Aquí me ha detenido la noticia del armisticio. No teniendo nada que hacer en Palermo hasta la vuelta de la reina, he alcanzado del rey el permiso de hacer la campaña con el príncipe de Condé. Grande dicha hubiese sido la mía en verle; le hubiese pedido permiso de guerrear como voluntario, como mi hermano. Me formaba un singular placer pensando en el momento en que podría encontrar á mis esforzados compañeros de armas, con quienes estoy tan unido. Una noticia que me pareció muy natural, porque se decía que el señor duque de Enghien habia hecho prodijios de valor con su regimiento en Verderic, me habia impelido á precipitar mi salida de Nápoles; y no hice mas que mudar de caballos aquí cuando supe el armisticio, efecto de los sucesos increíbles de Bonaparte. Esperaremos á ver en qué paran estas cosas.

Suplico al señor príncipe de Condé que se persuada del sentimiento que tengo en no haberme podido unir á

su persona, y probarle la sincera y tierna afección que sus bondades han grabado en mi alma.

CARLOS FERNANDO.

Carta del señor duque de Berry á Mr. Acton, ministro de S. M. el rey de las Dos-Sicilias.

Os escribo, señor, con la franqueza de un Borbon que habla á un ministro de un rey Borbon, de un rey que no ha cesado de manifestar su jenerosa adhesion á la parte de su familia tratada tan cruelmente por la fortuna.

Supe con profundo dolor que el rey habia desaprobado el paso que di de abandonar á Roma para unirme al ejército de Condé. La nobleza fiel con la cual desempeñé ocho campañas, jamás vió disparar un fusil sin que yo me hallase al frente. En el momento en que mi hermano se reunió con ella, me escribió lo siguiente: »Atacaremos el 15 de Setiembre.» Si esperaba, pues, las órdenes del rey, perdía mi tiempo: me puse al punto en camino, llegué el día 13, y el 16 estábamos en el campamento para atacar al día siguiente. No hubiese abandonado jamás las tropas napolitanas si se hubiesen hallado delante del enemigo; pero todo parecia indicar en esta parte la mayor tranquilidad. Por otro lado, voluntario con Mr. Nazelli, ó bajo la direccion de Mr. Damas, á quien he conocido largo tiempo coronel del ejército de Condé, no me hallaba en posicion agradable, ni podia servir de utilidad alguna al servicio del rey. Despues de arregladas las paces, os he escrito tres veces, sin recibir respuesta alguna. Cruel es esta incertidumbre: ¿por que no se me manifiestan las miras del rey con respecto á mi persona? Hubiese sido yo tan feliz como es posible al que carece de su patria, si me hubiese visto unido á

la familia de Nápoles, debiéndolo todo á tan buenos parientes. *¿Acaso impiden esta union las circunstancias? ¿Podrá incomodar mi presencia? ¿Es acaso un tormento el tratamiento que han querido acordarme, en una época en que la hacienda del rey está tan cruelmente empeñada? Todo lo pongo á sus pies con el mismo reconocimiento: solamente os suplico que querais hacer continuar el pago de los 5000 ducados que el rey ha tenido la bondad de conceder á los oficiales de mi casa. Estos nobles, invariables en su deber y en sus principios, jamás doblarán el cuello al yugo del usurpador, y han abandonado sus fortunas por seguirme. Para mí solamente reclamo lo pasado. Hasta el presente no he tenido otro recurso que la jenerosidad del rey; pero bien sabeis los atrasos que he experimentado. Me encuentro en el mayor embarazo. No poseyendo cosa alguna, miraría como una infamia contraer una deuda.*

Estoy seguro que conoceréis las razones de mi ansia en conocer mi suerte, cuando sepais que dentro de un mes, vendiendo mis equipajes, tendré solo lo preciso para reunirme á mi padre.

CARLOS FERNANDO.

PÁGINA 71.

“Al mismo tiempo que los poderosos monarcas de la Europa se veían en la dura necesidad de abandonar sus tronos al conquistador, un rey de Francia proscrito negaba su asentimiento al usurpador que le ocupaba...”

Entrevista de Luis XVIII con Mr. Meyer.

Mr. Meyer, presidente de la rejencia de Varsovia, fue introducido á la audiencia del rey el 26 de Febrero

1803, en calidad de enviado del gabinete de Berlín. Estaba encargado de anunciar á S. M. que Bonaparte estaba dispuesto á asegurarle de las indemnidades de Italia, si se determinaba á renunciar con los miembros de su familia el trono de Francia. S. M. respondió así inmediatamente:

«No confundo á Bonaparte con los que le han precedido: aprecio su valor y talentos militares; le estoy agradecido por muchos actos de administración, porque todo lo que se practica en favor de mi pueblo merecerá mi aprecio. Pero se engaña si cree empeñarme en hacer transacción sobre mis derechos: lejos de eso, él mismo los establecería, si pudiesen ser litijiosos, por su proceder en este momento.

«Ignoro cuáles sean los designios de Dios sobre mi persona; pero conozco las obligaciones que me ha impuesto, por el rango en que ha querido colocarme. Como cristiano cumpliré estas obligaciones hasta mi último suspiro; hijo de San Luis, sabré á su ejemplo hacerme respetable hasta en las cadenas, y sucesor de Francisco I quiero al menos poder decir como él: *«Todo se ha perdido, menos el honor.»*

— *«La influencia de Bonaparte se estiende sobre toda la Europa. ¿No es de temer, dijo Mr. de Meyer, que obligue á los soberanos de quienes V. M. recibe socorros, á retirárselos?»*

— *«No temo á la pobreza, replicó el rey; si preciso fuese, comería pan negro con mi familia y mis fieles servidores; pero no os engañéis: jamás me veré reducido á ese extremo; tengo otro recurso de amigos poderosos, del cual no creo debo usar tanto: puedo hacer conocer mi estado en Francia, y estender la mano, no al gobierno usurpador (eso jamás), sino á mis fieles vasallos; y creed que seré mas rico de lo que soy.»*

El enviado insistió, y dió á comprender al rey que Bonaparte podría obligar á la mayor parte de las potencias de Europa á negarle un asilo.

«Tendré lástima del soberano, añadió S. M., que se crea obligado á tomar un partido de esa naturaleza, y marcharé.»

Se conoce la adhesion de principios en la respuesta de Luis XVIII. Este monarca recibió algunos días despues la carta siguiente del príncipe de Condé:

Carta del señor príncipe de Condé al rey.

Wansted 22 de Abril 1803.

SEÑOR:

Despues de haber llenado en compañía de los otros príncipes de vuestra casa que se hallan en Inglaterra el deber que nos imponia la increíble circunstancia de que V. M. se dignó darnos parte, séame permitido ofrecerle el homenaje particular de mi admiracion por las sublimes respuestas dadas á la proposicion de que tenemos noticia. Dispuestos á marchar en toda ocasion al lado de V. M., con entusiasmo y reconocimiento hemos seguido el glorioso ejemplo y las órdenes paternas que V. M. nos ha dado en la malhadada época de que V. M. (pasajeramente segun confio) es víctima. Grande consuelo es para los que tienen el honor de perteneceros por los lazos de la sangre, seguir las huellas de un rey que sabe rechazar dignamente la injuria, y responder con tanta razon, nobleza y elocuencia á semejantes proposiciones. ¡Ojalá puedan por fin los franceses conocer todo el bien de que se privarian, sino colocasen en su trono á un rey tan digno de gobernarlos, y cuyas palabras y acciones inspiran igualmente el respeto y el amor!

Mi particular adhesión á la persona de V. M. se aumentaría, si fuese posible, después de lo que acaba de suceder; pero hace mucho tiempo que este sentimiento está tan profundamente grabado en mi corazón, como mi profundo respeto á las bondades de V. M.

LUIS JOSÉ DE BORBÓN.

Respuesta del rey.

Varsovia 23 de Mayo de 1803.

He recibido, amado primo, con poca diferencia la una de la otra, vuestras dos cartas del 9 de Febrero y 22 de Abril. No podeis dudar del placer que me han causado los sentimientos y razones de la primera; pero vista su data, me limito á comunicaros su recibo, y paso á la segunda. Vuestra comun adhesión á mi respuesta me ha enorgullecido de ser vuestro hermano mayor; y he recibido con transporte el juramento que la termina con dignidad; pero confieso mi flaqueza: mi amor propio se ha regocijado mas de vuestra carta particular. La aprobación de un pariente justamente apreciado, de un guerrero encanecido bajo los laureles, y de un conoedor tan delicado en puntos de honor, es la mas lisonjera recompensa para aquel, que en el fondo no tiene otro mérito que haber cumplido con su deber.

Al mismo tiempo he recibido la respuesta de vuestro nieto: es mucho mas atrasada; pero como es razón, ha creído, para que se me entregase, preferir la seguridad á la prontitud. Siendo posible que por el mismo motivo no os lo haya comunicado, incluyo copia, seguro de que recibiréis placer, y que como yo reconoceréis en ella la sangre de los Borbones.

Adios, amado primo: ya conoceis toda la estension de la amistad que os profeso.

Luis.

PÁGINA 83.

«Se presentó en Inglaterra un extranjero proponiendo á los Borbones asesinar al usurpador....»

Carta de monseñor el príncipe de Condé á S. A. R. Monsieur, conde de Artois.

Lóndres 24 de Enero de 1805.

El caballero de Roll os da cuenta como yo, Monsieur, de lo que aconteció ayer. Un hombre llegado la víspera, según me han dicho, á pie de París á Calais, hombre de un aire muy sencillo y dulce, á pesar de las proposiciones que venia á hacer, habiendo sabido que no estabais aquí, vino á encontrarme á las once de la mañana, y me propuso que nos deshiciésemos del usurpador por el medio mas corto. No le di tiempo para que me esplanase los detalles de su proyecto, y rechacé semejante proposición con horror, asegurándole que si estuvierais presente, hariais lo mismo; que nosotros seriamos enemigos de aquel que usurpó el trono y poder de nuestro rey, mientras no lo devolviese; que habíamos combatido al usurpador á cuerpo descubierto, y lo combatiríamos aun cuando se presentase ocasion; pero que jamás empleariamos semejantes medios, que eran propios de los jacobinos; y que si por casualidad estos últimos cometian tal delito, nunca seriamos sus cómplices. Para persuadir mejor á este hombre de que pensabais como yo, envié á buscar al arzobispo de Arras, pero no estaba en casa. Hice venir al baron de Roll, á quien enseñé desde luego el sugeto de la mision. En seguida hice entrar al hombre, le dije que el baron tenia toda vuestra

confianza, que conocía como yo la grandeza de vuestra alma, y le repetí delante de un festigo tan seguro todo lo que acababa de decirle. El baron habló en los mismos términos. Después de esto espresé al hombre que se había presentado, que solo el exceso de su celo pudo conducirle al extremo de hacernos semejante proposición; pero que lo mejor que podía hacer era partir en seguida, con el bien entendido, que si era arrestado, yo no lo reclamaria, y que no lo podría hacer sino diciendo sus intentos. Espero, MOXSIEUR, que aprobareis mi conducta, y que no dudareis del tierno y respetuoso afecto de que está penetrado mi corazón para con vos.

LUIS JOSÉ DE BORBON.

PÁGINA 68.

»Viéndose, pues, precisado el rey á salir de Mittau con MADAMA....»

Estructo del diario inédito del conde de Hautefort (1801).

El conde de Caraman residia en Petersburgo en calidad de embajador de Luis XVIII. De repente recibió la orden de partir de esta capital dentro de veinticuatro horas: llegó el 19 de Enero á Mittau, y su presencia inopinada, y lo que contó de su espulsion súbita, causó la alarma en la colonia francesa. Estos temores eran bien justificados. El 21 de Enero, época fatal, el general Fersen, que se habia siempre manifestado complaciente con el rey, subió al palacio: estaba encargado de significar á S. M. que debia salir de Mittau á las veinticuatro horas. MADAMA no estaba comprendida en esta orden; pero anunció desde luego que jamás se separaria de su tío. Mr. Driessen, gobernador de Mittau, habia recibido

por el mismo correo orden de entregar los pasaportes necesarios para la salida del rey; pero para doce personas solamente. Sin la circunstancia del 21 de Enero, día en que MADAMA se consagraba ordinariamente al retiro y á la oracion, el rey hubiera deseado partir aquel mismo día, y lo dejó para el siguiente. Considérese cuál sería la desolacion de su comitiva. El, constante en su calma, se ocupaba en animar el valor de aquellos que le rodeaban. Sobre todo sentia la suerte de sus guardias de corps, que su situacion no le permitia conservar á su lado. Pablo I les habia dado hasta entonces una pension. ¿Que sería de ellos en semejante contratiempo? Al menos quiso el rey consolar á estos valientes y fieles servidores con un testimonio de aprecio. Al partir les dirigió en 22 de Enero la siguiente carta escrita de su puño: «Una de las penas mas sensibles que experimento en mi partida, es la de separarme de mis queridos y respetables guardias de corps. No tengo necesidad de recomendarles la conservacion de una fidelidad grabada en sus corazones, y probada por medio de su conducta. Pero el justo dolor que nos aflige no les haga poner en olvido jamás lo que deben al monarca que me dió asilo, que formó la union de mis hijos, y cuyos beneficios aseguran aun mi existencia y la de mis fieles servidores. Mittau 22 de Enero de 1801. Luis.» A esta carta, en la cual se encuentra la gracia, mesura y sensibilidad que reinan en todos los escritos de la misma mano, el conde de Avaray unió otra concebida en los siguientes términos: «Cuando el rey espresa por sí mismo sus sentimientos á sus fieles guardias de corps, debo colocarme entre ellos, para gozar en comun de las bondades de nuestro señor. Solo tengo una mira en este momento, y es la de atestiguar á todos esos señores el deseo de vivir en su memoria, y de renovarles

«la expresion de los sentimientos de que serán testimonio mi adhesion al rey y á MADAMA.»

Se puso el rey en camino el 22 de Enero á las tres y media de la tarde. Su partida ofreció un patético espectáculo. Sus guardias de corps, reunidos á una multitud de habitantes de Millau, se disputaban á porfia los testimonios de interes y de amor. Los unos y los otros sentian igualmente su ausencia. Podia decirse que era un padre de familia robado á sus hijos: la vista de esta dolorosa separacion era el mas bello eloquio de la conducta del rey, y la mejor prueba de los sentimientos que habia sabido inspirar. La comitiva del rey se componia de seis coches y dos carramatos. S. M. iba en la berlina de MADAMA, con esta princesa, el conde de Avaray, y madama la duquesa de Scrent. La reina estaba entonces en las aguas de Pymont, y el señor duque de Angulema en el ejército. En los coches que seguian iban el abate Edgeworth, el duque de Fleury, el abate Fleuriel, MM. Hardouineau, Hue y Peronnet con las jentes de servicio: total veintiseis personas. Otros dos coches salieron al día siguiente, ocupados por el abate Marie, la señorita de Choisy, hoy dia madama vizcondesa de Agoult, MM. de Lukerque, Le Faivre y Colon.

Se le habian prometido al rey cien mil rublos, suma del sueldo de seis meses que lo pasaba el emperador, y apenas pudo lograr de un banquero de Riga tres mil seiscientos cuatro ducados adelantados sobre esta cantidad. El frio era riguroso, y no se habia tomado precaucion alguna en un camino que carecia de recursos. En la primera jornada un noble curlandes, M. de Zozff, no consintió que el rey bajase á la posada, y le recibió en su palacio. Este recibimiento hizo mucho honor al hidalgo, tanto mas, quanto podia temer que su conducta desagradase á la corte. A la segunda jornada hicieron noche

en un bodegon. Estaban reunidos lo menos ochenta paisanos en una gran pieza que casi formaba toda la casa. Tal sociedad, el ruido, el olor de aguardiente y del tabaco convirtieron esta noche en un verdadero suplicio. MADAMA durmió en una especie de horno mal cerrado, en donde la inquietud no la permitió un momento de descanso. Cuando le hablaron de su situación, contestó la excelente princesa: »No soy digna de lástima: solo sufro los males que veo alrededor de mi.»

Todo este viaje fue muy penoso en tal sazón y en tal clima. El frío, el viento y la nieve eran mas difíciles de soportar, porque la comitiva del rey no tenía vestidos preparados para semejante circunstancia. Las jentes que estaban en los pescantes de los coches sufrieron infinito, y sin embargo ninguno se quejó, por temor de aumentar la tristeza de los señores tan sensibles y afectados. Todos los que rodeaban al rey se veían consolados por la grandeza de su alma. »Estoy muy lejos de desear que me compadezcan (escribía en el momento mismo de esta huida el leal y valiente oficial que nos ha dado estos detalles); mi posición es tan digna de envidia, que no la puedo concebir: es un sueño. Mi alma está destrozada por todos los sentimientos que experimenta. Yo veo sufrir á los seres mas perfectos de quienes el mundo no es digno; pero veo de cerca sus virtudes, admiro su noble constancia, y gozo continuamente á su lado. »Superiores á los golpes de la adversidad, parece que aumentan el esfuerzo á medida de su infortunio.» Tales eran los sentimientos que en el colmo de su desgracia inspiraban el rey y MADAMA. Fue preciso al tercer día caminar una legua á pie por el frío áspero y viento que cortaba el semblante, y se practicaba y abría el camino en la nieve, que tenía diez pulgadas de altura. MADAMA tomó el brazo del abate Edgeworth, y la señora de Se-

rent el de Mr. Hardouineau. Esta matrona sufrió mucho, á pesar de que el rey le habia dado su capa: en este estado ni el rey ni MADAMA perdieron su serenidad. La jornada tuvo fin en un albergue peor que el de la vispera. El local era muy estrecho. El rey partió su aposento, como lo habia practicado hasta entonces, con el abate Edgeworth y el conde de Avaray, y MADAMA recibió en el suyo á la señora de Serent y á dos camareras. Al llegar el cuarto dia, experimentó el rey un momento de felicidad en el excelente recibimiento y almuerzo con que le obsequió el baron de Sass, que no desmintió su carácter en todo el tiempo que los franceses permanecieron en Courlanda, y que les prestó, lo mismo que al rey, todos los servicios del mas amable de los huéspedes y leal hidalgo. Tenia en su casa á un emigrado frances, á imitacion de muchos de sus compatriotas, que se habian apresurado á dar amparo á los ilustres refugiados.

Se acercaban ya á la frontera, y no sin alguna inquietud; pero no se turbó la tranquilidad. La guardia rusa tomó las armas, y rindió los honores al rey. El 26 de Enero S. M. hizo noche en Nimmersatt, primer puerto prusiano, en donde estuvo mal. Allí se quitó las insignias, y ordenó que dejasen sus condecoraciones las personas de su seguimiento. Tomó el incógnito con el nombre de conde de Lila, y MADAMA se llamó la marquesa de la Meilleraye. El rey llegó á Memel el dia 27, y fue bien recibido, aunque no se habia comunicado orden alguna de la corte. Se ofrecieron á prestar al rey los honores; pero el duque de Fleury se opuso. Mr. de Thumen, comandante militar, manifestó el deseo de alguna demostracion que fuese agradable al augustó viajero, y Mr. Loreck, cónsul de Dinamarca justificó con sus desvelos la reputacion adquirida por su buen proceder en favor de los emigrados. A las cartas escritas á la corte de Prusia

por el rey, ó por su ministro, unió MADAMA una para la reina, esposa de Federico Guillermo. Esta carta respiraba toda la sensibilidad y grandeza de alma de la princesa. Hablando de su tío, se espresaba así: «Hay una voz que desde lo alto del cielo me grita, que él es mi amparo y socorro de todo lo que he perdido, y jamás lo abandonaré. Seré siempre fiel, y solo la muerte nos separará.» La corte de Prusia consintió en recibir á S. M., y se le señaló por residencia la ciudad de Varsovia.

Habiase el rey propuesto partir el 9 de Febrero, cuando llegaron de Mittau cinco guardias de corps el dia 8 por la tarde. Se les habia dado orden de partir en el término de 48 horas. Considérese el efecto que produciría en ellos semejante noticia. Faltos de dinero y vestido, un viaje tan precipitado en una estacion rigurosa, los esponia á perecer de necesidad y de frio. Suspendió el rey su marcha para esperar á estos fieles servidores, verlos, consolarlos, y prestarles socorros. Llámándolos á su presencia, les habló con el mas tierno interes: «Experimento, señores, grande consuelo con vuestra vista, pero está mezclado con un dolor bien amargo. La Providencia me prueba despues de largo tiempo de mil modos, y este no es de los menos crueles (aquí no pudo contener sus lágrimas, las primeras que le he visto derramar, dice el autor de esta relacion); espero que ella vendrá en mi socorro. Si mi valor me abandonase, el vuestro, señores, lo sostendria. Ya lo veis (enseñando el lado izquierdo de su pecho despojado de sus condecoraciones), no puedo llevar una insignia. Solo puedo daros consejos. El mejor es que marchéis á Koenigsberg, para no hacer sombra aqui, y evitar los inconvenientes que pudieran resultar. Acabo de tomar medidas para que lleguéis á Hamburgo, en donde cada uno podrá tomar ulterior partido.» Los cin-

co ancianos no pudieron oír sin enternecimiento estas bondadosas palabras. Respondieron á muchas cuestiones que le hizo el rey sobre sus personas, y sobre sus camaradas, y se retiraron penetrados de reconocimiento. Por los días siguientes los demas guardias de corps fueron presentados al rey á medida que iban llegando. El príncipe habló sucesivamente á todos con la misma bondad, y se informó de sus necesidades. Uno de ellos, Mr. de Montlezun no podía contener sus lágrimas. «Amigo mío, le dijo el rey tomándole la mano, cuando el corazón está puro, en el último término de la adversidad, es cuando un frances debe redoblar su esfuerzo.» Después, dirijiendo la palabra á los otros: «Señores, si mi valor me abandonase, en vuestro seno y compañía podría repararlo seguramente.» Estos jenerosos franceses merecian en efecto estos elojios de tan buen juez, y estos sentimientos del mejor de los amos. Todos se tenian por felices en participar de su suerte, y en cierto modo se hubiesen visto humillados, si estuvieran al abrigo del golpe que los heria. Semejante infortunio no abatió su constancia. Los curlandeses por su parte manifestaron por ellos el mas vivo interes. Nobles y ciudadanos, todos les hacian los ofrecimientos mas afectuosos, y es una obligacion para un frances publicar todo lo que la fidelidad desdichada debió en esta circunstancia á la jenerosidad del pueblo leal y sensible.

El rey no limitó á solas palabras su solicitud por sus guardias de corps. Mirando su situacion, dió para ellos una suma considerable. La marquesa de la Meilleraye (MADAMA) entregó al vizconde de Agoult cien ducados que debian dividirse entre los guardias de corps mas necesitados: ella no quiso que se supiese su beneficio; pero ¿cómo engañarse en averiguar el origen de tal beneficencia? El vizconde de Agoult salió de Koenigsberg

con la comision de flotar un buque y presidir al embarco de los infelices compatriotas. Los fondos del rey se agotaban por el exorbitante gasto diario, y MADAMA ofreció á S. M. la venta de sus diamantes; ofrecimiento que fue admitido con dolor: pero las circunstancias no consentian que el rey rehusase el presente. La princesa autorizó con un acto espreso á la señora duquesa de Serrent para hacer la venta, para servir, dice en el acto, en nuestro comun peligro las necesidades de mi tio, de sus fieles servidores y de mi misma. Los diamantes se depositaron en casa del cónsul de Dinamarca, que hizo adelantar dos mil ducados sobre el precio de la venta.

El 23 de Febrero toda la colonia de Mittau fue desfilando, el rey partió de Memel para Koenigsberg, adonde llegó sin detenerse el 24. Solo se detuvo algunos dias, y se puso en marcha el 27 para Varsovia. En este tránsito, el día 2 de Marzo, el coche del rey dió un vuelco en un foso, queriendo evitar el encuentro del carruaje de una señora polonesa que se cruzaba en el camino. La conmocion fue terrible; se rompió un cristal, y MADAMA fue arrojada al otro lado del coche: sin embargo, nadie quedó herido. El rey no tuvo otro recurso que esperar en la carretera los carruajes del séquito. Estuvo de pie dos horas sobre un pedazo de hielo, para evitar tener los pies dentro del agua. La señora polonesa, desolada por este accidente, de que era la causa, aunque inocente, quiso volver á dormir á Pultusk, que solo distaba una legua, haciendo que subiese en su coche la señora marquesa de la Meilleraye y madama de Serrent. Ella no sabia aun quiénes eran los viajeros, y véase cuál seria su sorpresa, cuando llegando á Pultusk, supo que el rey de Francia y su sobrina eran los personajes del desgraciado encuentro. Por fin llegó al paraje dó estaba el rey la silla de posta en que iban el duque de Fleury y el abate

Edgeworth. Solo tenia dos asientos. Subió S. M. con su limosnero, y el duque de Fleury y el conde de Avaray ocuparon el pescante. El rey durmió en Pultusk, en donde pasó el dia siguiente: se puso en marcha el 4 con MADAMA.

El 6 de Marzo pasó el rey el Vistula cubierto de hielo, y llegó felizmente á Varsovia. El general Keller, gobernador de la ciudad, esperaba á S. M. en la casa Vasiolowich, arrabal de Cracovia, que le habia alquilado el abate Andres de la Marre. Las personas de la comitiva del rey llegaron sucesivamente, y el 23 de Marzo el señor duque de Angulema llegó al ejército con el conde Estevan de Damas. Pocos dias despues se supo la muerte de Pablo I, que sucedió la noche del 23 al 24 de Marzo de 1801. No sobrevivió mucho tiempo á su proceder riguroso con un principe, á quien este mismo proceder, como se ha visto por la carta que hemos citado, no causó el olvido de los antiguos servicios. El nuevo emperador de Rusia se apresuró desde luego á reparar las últimas faltas de Pablo con respecto al rey. Aumentó el trato anual prometido á este principe, y despues llamó á Luis XVIII á sus estados, y lo recibió en el mismo palacio de Mittau que le habia servido de asilo:

**LOS CUATRO
ESTUARDOS.**

LOS CUATRO ESTUARDOS.

JACOBO I.

De 1603 á 1625.

Sin duda en la Gran-Bretaña en 1603 al advenimiento de Jacobo I al trono, nacieron muchos individuos, que no murieron hasta el año 1668, á la caída de Jacobo II: de manera que todo el imperio de los Estuardos en Inglaterra no escedió á la duración de la vida de un hombre anciano. Ochenta y cinco años bastaron para la desaparicion absoluta de cuatro reyes que subieron al trono de Isabel, con la fatalidad, preocupaciones y desgracias unidas á su raza.

Jacobo, como la mayor parte de los príncipes devotos, fue gobernado por sus favoritos: mientras que con su pluma peleaba por el derecho divino, dejaba el cetro á Buckingham, que usaba y abusaba del derecho político; este favorito tomaba y hacia uso de los vicios de la dignidad real, mientras el monarca conservaba las virtudes. A las veces los príncipes gustan entregar el poder á un ministro cuya incapacidad ellos mismos reconocen; imitando á Dios, de quien se llaman imájen, tienen á las veces el orgullo de formar alguna cosa de la nada.

Jacobo espiró tranquilamente en el lecho de la

**

mujer que habia muerto á Maria de Escocia; esta noble Maria que, segun la tradicion, nombró á su verdugo gentil-hombre ó caballero; de esta hermosa viuda de Francisco de Francia, que deseó tener *la cabeza cortada con una espada á la francesa*, segun palabras de Estévan Pasquier. Pedro de Estoile dice: *El verdugo enseñó la cabeza separada del tronco, y como en tal punto cayó en tierra el tocado, se pudo ver que las amarguras habian hecho calva á esta pobre reina de cuarenta y cinco años, despues de un encarcelamiento de dieziocho.*” Jacobo no trabajó menos en establecer los principios que debian producir el fin trágico de Cárlos I: murió temblando siempre entre la espada que le habia espantado en el vientre de su madre, y la que debia caer sobre la cabeza de su hijo. Su reinado fue el espacio que separó los dos cadalsos de Fortheringay y de Whitehall; espacio obscuro, en que se eclipsaron Bacon y Shakespeare.

Jacobo era autor, y como tal sus escritos no carecian de mérito. Su *Basilicon Doron*, que sirvió de modelo á *l'Ikon Basiliké*, contenia esta leccion inútil para su hijo Cárlos. »No os familiariceis mucho con jentes interesadas en ocultaros las necesidades de nuestros vasallos, á fin de teneros en triste dependencia, »y que siempre presentan al soberano las quejas públicas como revoluciones, dando á las lágrimas del pueblo el nombre de desobediencia y rebelion.”

CÁRLOS I.

DESPUES DEL ADVENIMIENTO DE CÁRLOS I Á LA CORONA HASTA LA CONVOCACION DEL LARGO PARLAMENTO.

De 1625 á 1640.

Cárlos subió al supremo poder con la cabeza llena de las ideas novelescas de Buckingham, y de las máquinas del absoluto Jacobo I. Pero Jacobo no habia defendido el derecho divino, sino por medio de la controversia; su vanidad literaria y su moderacion natural habian permitido la réplica: de este orijen habia nacido la libertad de las opiniones políticas; la libertad de las opiniones relijiosas habia ya salido de la lucha entre el espíritu católico y el protestante.

Con muy buena fe en sus doctrinas, Cárlos habia sabido por las tradiciones paternas que los privilejios de la corona son inalienables, que el rey reinante es solo usufructuario de ellos, y que debe trasmitirlos intactos al sucesor.

La nacion, por el contrario, comenzando á dudar de la estension de estos privilejios, sostenia que el trono habia usurpado una parte sobre ella. Los primeros sintomas de division estallaron cuando Cárlos quiso continuar la guerra encendida en el Palatinado; el parlamento negó el dinero pedido: antes de acordar el subsidio, pretendió obtener la reparacion de los agravios de que se quejaba: sobre todo solicitaba el estrañamiento de un favorito insolente. Creyó Cárlos atacada su au-

toridad: se empeñó en sostener á Buckingham, aulló el parlamento, y puso tributos arbitrarios en virtud de ciertas leyes antiguas. El resto de su reinado se resintió del mismo espíritu.

Cárlos hizo esfuerzos para gobernar sin parlamento; mas la necesidad saludable de la monarquía representativa, necesidad que obliga al príncipe á la moderación para verificar tranquilamente la exacción de impuestos, atraía por fuerza la corona al principio constitucional. Cuando mas obraba el rey segun su voluntad, mas garantías le exijian: ó cedía, ó se encolerizaba de nuevo, y sus concesiones y sus enfados siempre venian á parar en el reconocimiento de algunos derechos.

En este conflicto, se reunieron grandes talentos, se trazaron los límites de los diferentes poderes; el caos político se aclaró, y entre muchas pasiones se dejaron ver muchas verdades, y cuando se desvanecieron las primeras, quedaron las segundas.

Buckingham, favorito de Jacobo, y que turbó los primeros años del reinado de Cárlos I, ha tenido mas importancia en la historia pasada que la que tendrá en la venidera; porque no se une á ningun grande movimiento del espíritu humano, ni á ningun gran vicio ó virtud de la cadena de la moral.

Buckingham era, como uno de muchos, pródigo, disipado, de una belleza insulsa, de un orgullo desmedido, de un talento limitado y fátuo, un hombre todo físico, del número de aquellos en quienes la carne y la sangre dominan á la inteligencia. El favorito se creía jeneral, y era un soldado. Fanfarron de galanteria en

la corte de España, insolente en sus pretensiones de amor en la corte de Francia, y tal vez en la de Inglaterra, afectaba triunfos que por lo regular no había obtenido.

Es sin embargo bien de notar que Buckingham arrojó impunemente á Richelieu, y que estos terribles parlamentarios que algun tiempo despues llevaron al cadalso á un grande hombre, *Strafford*, sufrieron, bien que acusándole, las insolencias de un cortesano vulgar. Esto se perdona mas bien al poder que al *genio*: falta saber aun por un lado si Richelieu no despreció á un aventurero; y por otro, si no había en el carácter imperioso y desreglado de Buckingham alguna cosa que simpatizaba con el carácter nacional ingles.

Este hombre fue asesinado (1628) por mano de otro hombre que no era vengador de nada: Felton dió de puñaladas á un patricio estravagante por una estravagancia plebeya.

Buckingham dejó dos hijos: el segundo murió en la guerra civil, en el partido de Carlos I: el primogénito, que fue yerno de Fairfax, fue, en el reinado de Carlos II, jefe del consejo conocido con el nombre de la *Cábala*. Hereditariamente célebre por su pasión por el bello sexo, mató en duelo al conde de Shrewsbury, mientras que la esposa de este señor, disfrazada de paje, sostenia la brida del caballo de su amante. Tan desordenado como su padre, pero poseyendo un espíritu brillante y cultivado, escribía cartas, poemas y sátiras, y compuso juntamente con Butler una comedia, que cambió el gusto del teatro ingles.

Desde la elevacion de Cárlos I al trono de Inglaterra hasta la muerte del duque de Buckingham, se habian convocado tres parlamentos: el primero votó una suma insuficiente para la continuacion de la guerra continental en favor de los protestantes, y el segundo se mostró inficionado del espíritu de los puritanos. Ya estaba dividida la Inglaterra en dos grandes facciones, que se intitulaban el partido de la córte, y el de la campiña.

Cárlos, despues de haber anulado el segundo parlamento, no tardó en verse obligado á convocar el tercero (17 Marzo 1728). Este parlamento puso la primera piedra de la libertad constitucional inglesa, haciendo pasar la famosa *peticion de derechos*; bill que tendía, segun los principios de la gran carta, á regular los poderes de la corona. Los comunes se hicieron intratables por la victoria, y despues de escenas violentas en que algunos diputados vinieron á las manos, el rey se vió obligado á despedirlos.

Asesinado Buckingham, y disuelto el tercer parlamento, pasaron doce años sin la convocacion de otro nuevo. Entonces se compuso el consejo de Cárlos de ministros que presentaban un raro contraste de mérito y de incapacidad.

El guarda sellos Tomas Coventry reunia con mucha crudicion una elocuencia sencilla y la ciencia de los negocios; pero su carácter integro carecia de aquel calor que atrae amigos, y de las pasiones que acarrean discípulos. Teniendo poco apoyo en la córte, vió crecer el mal, sin advertir á su dueño. Clarendon dice: »Tuvo el honor de morir en un tiempo en que

«todo hombre honrado hubiese deseado la muerte.»

Sir Richard Weston, primer lord de la tesorería, habia mostrado en un rango inferior un espíritu y un valor que lo abandonaron en la cumbre del poder; altanero y tímido, pronto á insultar, y pronto á temblar delante del insulto; dejó solamente á su familia indijencia y desgracia.

El conde de Pembroke se hizo notable por sus virtudes, por su jenio y cierta gracia particular: se ha tachado únicamente su pasión por las mujeres, á la cual sacrificó tiempo precioso que debiera haber consagrado á las adversidades de su país.

El conde de Montgomery solo habia figurado en la corte por su hermosa presencia y talentos en la caza: en un tiempo ordinario no hubiese sido notable. Su medianta fue echada en cara á Carlos: en las revoluciones se juzga como un crimen en los reyes no rodearse de hombres iguales á las circunstancias.

Un espíritu agradable, un talento universal, tocaron en suerte al conde de Dorset: igualmente brilló en la cámara de los comunes y en la hereditaria. Por desgracia la fogosidad de su carácter lo precipitó en excesos. Bravo y apasionado, prodigó su tiempo á unos amores sin honor, y su sangre á unos combates sin gloria.

El conde de Carlisle solamente se aprovechó del favor para gozar de los placeres. En los negocios tenia un talento natural que jamás aprovechó. Murió indolente, sin ser herido por la tempestad que escuchaba á lo lejos.

Adulador de Carlos en su prosperidad, lord Hol-

land lo abandonó en el infortunio: cobardía vulgar comun á tantas almas vulgares: se hizo el zizañero del parlamento. Cuando las facciones comienzan, elijen sus jefes al acaso; en seguida hunden en el abismo á los monos que habian tomado por hombres.

En fin, el arzobispo de Cantorbéry cierra la lista de los consejeros de Cárlos en los tiempos que precedieron á las turbulencias. Apareció en la córte con aquella ríjidez de carácter que le hizo incapaz de plegarse á las circunstancias. Aborrecido de los grandes, cuyo arte y costumbres despreciaba, no tuvo mas apoyo que la autoridad de una vida santa y la fama de una integridad que dejeneraba en rudeza. Asi como no quiso humillarse delante del favor de los cortesanos, se opuso á los excesos del pueblo, y de la persecucion de las intrigas cayó en la proscripcion de las revoluciones.

Apoyado Cárlos en este consejo, reinó por espacio de doce años con autoridad ilimitada: no hizo mal uso de ella en cuanto á la parte administrativa, pero buscaba en la teoría lo que era imposible en la práctica, una monarquía absoluta. Fácil es la conversion del gobierno absoluto al arbitrario: el absoluto es la tiranía de la ley, el arbitrario la tiranía del hombre.

Si la Inglaterra hubiese querido sufrir el impuesto, que entonces era bastante moderado, hubiese vivido bajo el réjimen de un suave despotismo. Cárlos poseia virtudes domésticas, valor, moderacion, probidad: pero todos estos actos se le disputaban con la ley en la mano; podian ser buenos, mas no eran legales. Una sola sentencia causaba el empleo de la fuerza y un es-

cándalo. En defecto del poder parlamentario, los consejeros del monarca suscitaron el poder de la cámara estrellada, cuyas atribuciones se aumentaron: fatal *auxiliaria* de la corona.

La sentencia pronunciada contra Hampden (1636) por no haberse querido someter al contingente del *ship-money*, ajitó sobremanera los espíritus: estalló en Escocia una *conmoción* religiosa. Por este concurso de circunstancias que produjo la renovación de los imperios, el pueblo escocés y el de Inglaterra se inclinaban al puritanismo, en el mismo tiempo en que los obispos querían hacer triunfar la iglesia anglicana, y pretendían introducir algo de la pompa católica en el culto protestante.

Es rechazada en Edimburgo la nueva liturgia (1637); el pueblo grita: ¡*El papa! ¡el papa! ¡el Antecristo!* El reino se subleva, y se firma el *covenant* (1).

De este acto fanático, místico y obscuro, que expresa con bárbaro lenguaje las ideas más limitadas, han emanado la libertad, la tolerancia y la civilización constitucional de la Inglaterra. Del mismo modo salió, por decirlo así, de los horribles comités de 1793 el pacto de nuestra nueva monarquía. Cada *conmoción* política en un pueblo está fundada sobre una verdad, que sobrevive á esa *conmoción*. Frecuentemente dicha verdad está confusamente envuelta en palabras salvajes y acciones atroces; pero en las grandes mudanzas de los estados, las palabras y las acciones pasan: el hecho po-

(1) Nombre dado a la liga ó convención que los escoceses hicieron para mantener su religión tal como estaba en 1380.

(Ed. E.)

lítico y moral que queda de una revolución, es toda la revolución. Cuando ésta no tiene buen éxito, es que ha sido intentada demasiado pronto ó demasiado tarde, antes ó despues de la época en que hubiese hallado las cosas y los hombres en el grado de madurez propio para la fructificación.

Una asamblea jeneral de la nacion escocesa sucedió á las primeras turbaciones de Edimburgo. Fue abolido el obispado, y se formaron levas para sostener las opiniones con soldados.

Sir Tomas Wentworth, miembro del tercer parlamento, habia provocado en él fuertemente la famosa *petición de los derechos*; pero cuando estuvo colocado el fundamento de la independencia constitucional, Wentworth fue el apoyo de la prerogativa real atacada, así como habia sido el defensor de la libertad popular desgraciada. Carlos lo habia nombrado par de Inglaterra y virey de Irlanda. Este monarca, en las difíciles circunstancias en que se vió envuelto, consultó al nuevo lord Wentworth. Este fiel vasallo dió enérgicos consejos á su soberano. ¿De que sirve recomendar la fuerza á la debilidad?

En toda revolución hay momentos en que parece muy fácil detenerla; pero los hombres son de tal temple, y las cosas están colocadas de tal manera, que jamás son aprovechados semejantes momentos. En lugar de resistir, Carlos por sí mismo hizo un *covenant*, como Enrique III habia formado una liga. Los partidarios del *covenant* escoces trataron de satánico el *covenant* del rey. Despues de inútiles concesiones, el rey reunió tropas: lord Wentworth le dió dinero, y podia

facilitarle una segunda armada: solo se trataba de avanzar: Carlos retrocedió, y concluyó una tregua (17 de Junio de 1639) cuando tuvo asegurada una victoria.

Pronto volvieron los escoceses á empuñar las armas. Lord Wentworth, nombrado conde de Strafford, queria que se introdujese la guerra en el corazon del reino rebelde, y que se reuniese un parlamento ingles: Carlos solamente siguió la mitad de este consejo.

Era de esperar que este cuarto parlamento, reunido despues de un intervalo de doce años, romperia en justas quejas: Strafford dirijió las cosas con tanta habilidad, que los comunes se mostraron desde luego muy dóciles. Estaban divididos en tres partidos; los amigos del rey, los partidarios de la monarquía constitucional, y los puritanos; estos anhelaban un cambio radical en las leyes y religion del estado: no obstante, los tres partidos estuvieron á punto de reunirse para votar los subsidios. La traicion del secretario de estado Sir Henry Vane, protegido por la reina, lo destruyó todo.

Engañados por este ministro el rey y el parlamento, se creyeron confundidos cuando todo estaba claro. Carlos, con su precipitacion acostumbrada, figurándose que le iban á negar los subsidios, hizo por última vez uso de una prerogativa de que habia abusado. Anuló el cuarto parlamento (5 de Mayo de 1640), el cual debia ser seguido de la asamblea, que á su vez hizo pedazos la corona.

Por instigacion de los puritanos, habiendo invadido de nuevo los escoceses la Inglaterra, sorprendieron á las tropas del rey en Newborn. Carlos, llegando

á York para rechazar á los escoceses, reunió un gran consejo de pares. Declaró de repente que la reina deseaba la reunion de un quinto parlamento.

Detengámonos aqui para hablar de esta reina cuya influencia fue tan grande sobre el destino de Carlos I, su esposo, y sobre el de Jacobo II, su hijo.

ENRIQUETA-MARÍA**DE FRANCIA.**

Sexta en el número de los hijos, y tercera hija de Enrique IV, Enriqueta-María nació el 25 de Noviembre de 1609, seis meses antes del asesinato de su padre, y murió nueve años después del fallecimiento de su marido. Fue su padrino en el bautismo el nuncio que fue papa con el nombre de Urbano VIII. Casó con Carlos, rey de Inglaterra (11 Mayo 1625). El contrato de matrimonio redactado á vista del papa, contenia cláusulas favorables á la católica religion. Enriqueta-María llegó á Inglaterra con instrucciones de la madre Magdalena de San José, carmelita, y bajo la direccion del padre Berulle, acompañado de doce sacerdotes de la nueva congregacion del oratorio: estos, enviados á Francia, fueron reemplazados por doce capuchinos. Nada podia ser mas fatal á Carlos I que la casualidad de esta union católica, por otra parte tan noble, en el siglo del fanatismo puritano. El odio público se declaró desde luego contra la reina, y por rechazo contra el monarca.

Imposible es hoy dia penetrar el secreto de las razones que hicieron obrar á Enriqueta-María al principio de las turbaciones de la Gran-Bretaña: se la encuentra colocada en el interes parlamentario hasta el

momento de la esplosion de la guerra civil: protege á Henry Vane, que llenó de confusion al rey y al cuarto parlamento: ella es la que pide la convocacion de ese largo parlamento que condujo á Cárlos al patíbulo: ella arranca al rey la confirmacion de la sentencia que hirió á Strafford, y por su proteccion el consejo del rey se llenó de enemigos de la corona.

¿Estaba Enriqueta-María en mala intelijencia doméstica con el rey, como quieren los parlamentarios? Bossuet indica alguna cosa de una secreta division. »Dios, dice, habia preparado un encanto inocente al rey de Inglaterra en las infinitas gracias de la reina su esposa. Como ella poseia su estimacion, *porque las nubes que habian aparecido en un principio, pronto se disiparon*, &c.

Hoy dia no hay ninguna duda sobre el jénero de division que reinó momentáneamente entre Cárlos y Enriqueta-María: educada en una monarquía absoluta, en una religion cuyo principio es inflexible, en una córte en que todo se tolera á las mujeres, en un pais donde el humor es inconstante y lijero, Enriqueta fue desde luego una niña caprichosa, que pretendió que dominase su voluntad, su religion y su humor. Los sacerdotes, las mujeres y jentiles-hombres que habia llevado en su compañía, querian los unos ejercitar su culto con toda pompa, los otros establecer sus modas, y burlarse de los usos de una *córte bárbara*. Cárlos, agobiado con todas estas quejas, envió á Francia la comitiva de la reina. Se queja de la conducta de Enriqueta-María en las instrucciones para la córte de Francia, cuya data es el 12 de Julio de 1626.

Dice así (1): »El rey de Francia y su madre no
»ignoran los disgustos y amarguras que han mediado
»entre mí y mi esposa, y todo el mundo sabe que las
»he sufrido hasta el presente con resignación, creyen-
»do y esperando siempre que las cosas irían mejor,
»porque era demasiado jóven, y que esto provenia de
»los malos y artificiosos consejos de sus domésticos,
»que atendian á su propio interes é inclinación. En
»efecto, cuando pasé á Douvres para recibirla, no pude
»prometerme mayores demostraciones de respeto y
»cariño que las que ella manifestó en esta ocasion.
»Lo primero que me dijo fue, que como era jó-
»ven, y venia á un país extranjero cuyas costumbres
»ignoraba, podía cometer muchos yerros, y que me
»suplicaba no me incomodase por las faltas que po-
»día cometer por ignorancia, hasta que yo la hubiese
»instruido del modo de evitarlas.... Pero jamás cum-
»plió su palabra. Poco tiempo despues de su llegada,
»madama de Saint-Georges puso á mi esposa de tan
»mal humor contra mí, que se puede decir que des-
»pues de este tiempo no ha usado conmigo dos días se-
»guidos de las consideraciones que yo le merecia.

»No me detendré en pintar una multitud de pe-
»queños descuidos, como el cuidado que pone en evi-
»tar mi compañía, pues cuando debo comunicarle al-
»gun asunto, es preciso que me dirija desde luego á
»los domésticos, porque de lo contrario me espongo
»á una negativa: mencionaré su poca aplicacion al idio-

(1) Me sirvo de la traduccion de la excelente edicion de las *Memorias de Ludlow*, en la coleccion de *Memorias relativas á la revolucion de Inglaterra*, por Guizot.

»ma ingles, y ventajas de la nacion en general. Pasaré
 »tambien en silencio la afrenta que de ella recibí antes
 »que me presentase á esa desventurada y última asam-
 »blea del parlamento; bastante se ha discurrido sobre
 »esto, y tenéis al autor á vuestra vista en Francia....
 »Después de haber sufrido mucho tiempo con paciencia
 »las tristezas que recibo de aquella que debia ser mi
 »mayor consuelo, no puedo sufrir alrededor de mi es-
 »posa aquellas personas que son la causa de su mal
 »humor, y que la instigan contra mí; deberia sepa-
 »rarlas, aunque no mas fuese por una cosa, por ha-
 »berla empeñado en ir devotamente á Tiburn (1).”

(1) Este documento, hallado entre las cartas de la reina y del rey en una cajita de Carlos, que se perdió en el campo de batalla de Naseby, está falsificado evidentemente. No puede concebirse como un documento de semejante naturaleza fue conservado por Carlos desde el año 1626 hasta el 1648 entre los papeles recientes y una correspondencia toda relativa á la guerra civil. Además, estas palabras: «Pasaré también en silencio la afrenta que de ella recibí antes que me presentase á esa desventurada y última asamblea del parlamento», si significan alguna cosa, presentan un grosero anacronismo. Enriqueta-Maria desembarcó en Bouvres el 11 de Junio 1625; el rey Carlos, nuevamente ascendido al trono, abrió su nuevo parlamento el 18 del mismo mes, y pronunció su disolución el 12 de Agosto. Convocó un segundo parlamento en 1626; y este parlamento tempestuoso, por motivo de la acusación de Buckingham, fue anulado en el mes de Junio de este mismo año. Carlos no se presentó en esta desventurada y última asamblea del parlamento. Es evidente que los falsarios, no atendiendo á las fechas, han querido hablar del largo parlamento en que Carlos se presentó en efecto el 4 de Enero 1642 para hacer arrestar seis miembros de la cámara de los comunes que habían sido advertidos de los proyectos del rey por la traición de la condesa de Carlisle, en otro tiempo querida de Strafford, después unida á Pym, y favorita de la reina. En fin, el rey habla en este documento de las devociones de la reina en Tiburn: el espíritu de fanatismo acusaba á Enriqueta-Maria de que había ido á rogar delante de la horca en que habían sido muertos algunos sacerdotes católicos. Las piezas diplomáticas inglesas

Solamente se puede atribuir el disgusto entre Carlos y Enriqueta á una especie de incompatibilidad de humor entre los dos esposos. Si el tiempo y la adversidad la debilitaron, la vida de Carlos no fue bastante larga para hacerla desaparecer enteramente. Carlos tenía algo de tierno, fácil y afectuoso en su carácter; su esposa era mas dominante y se descubria en ella un cierto desprecio de la debilidad de Carlos. La reina era encantadora: aunque habia nacido de una sangre y en una corte que no abundaban en austeras virtudes, los mismos republicanos no se atrevieron á calumniar sus costumbres. Tenemos retratos de ella que nos han dejado lord Kensington, Ellis y Howell. Uno de los historiadores franceses de su vida nos la pinta así en el momento de su enlace: »Aun no tenía dieciséis años. Su estatura era mediana, pero bien proporcionada: tenía la tez perfectamente hermosa, el semblante largo, ojos grandes, negros, dulces y brillantes, cabello negro, hermosos dientes, la boca, la nariz y la frente grandes, manos bien hechas, aire muy espiritual, estrema delicadeza en las facciones, y un no sé qué de noble y grandioso en toda su persona. De todas las princesas sus hermanas, era la que mas se parecia á Enrique IV su padre; como él, tenía el corazón elevado, magnánimo, intrépido, lleno de ternura y de caridad, el espíritu tierno y agradable, compadeciendo los males ajenos, y sintiendo las penas de todo el mundo.»

Los historiadores ingleses la presentan pequeña y manifiestan que esta imputacion es infundada. Carlos no podía escribir lo que su gobierno no creía.

morena, pero remarcable por la beldad de sus facciones y elegancia de sus maneras.

Cárlos amaba á Enriqueta apasionadamente: parece que ella no experimentaba igual grado de ternura; y por esto cuando él no le manifestaba ninguna inquietud, ella era la que se plañía, y parecia un poco celosa. En las cartas de Cárlos impresas por órden del parlamento, respira el sentimiento mas patético de amor por Enriqueta.

El 13 de Febrero le escribia: »Hasta ahora no »habia probado que algunas veces es felicidad ignorar, »pues no supe el peligro que habias corrido por mar, »por la violencia de la tempestad, hasta tener ya la »certidumbre de que felizmente te habias libertado. »El espanto que me ha causado tu peligro cesará cuando tenga la dicha de verte, porque no es á mis ojos »el menor de mis infortunios que tú hayas corrido por »mi causa tan grande peligro; y me has manifestado »en esto tanta afeccion, que jamás podré recompensarla con cosa alguna de este mundo, y menos con »palabras; pero mi corazon está tan lleno de ternura »para contigo, y de impaciencia de reconocimiento, »que no he podido menos de decirte algunas palabras, »dejando á tu noble corazon el cargo de adivinarlo »todo (1).»

Desde Oxford le escribió el 2 de Enero de 1643. »Leyendo tu carta llegada ayer, me sorprendió que »te quejases de mi negligencia en escribirte..... Nunca »he dejado de darte noticias mias. Si no tienes la pa-

(1) Nota de las *Memorias de Ludlow*, coll. Guizot.

»ciencia de abstenerse de un juicio desfavorable sobre
»mis acciones, hasta que yo te haya revelado los ver-
»daderos motivos, corres riesgo de tener el doble pe-
»sar de verte triste por falsas relaciones, y de haber-
»las creído demasiado pronto. No me estimes sino mien-
»tras me veas seguir los principios que tú conoces
»en mí.”

Cárlos le escribió desde el mismo lugar el día 9 de Abril del mismo año: »Yo te reprendería un poco, »si pudiese reprenderte, porque te alarmas demasia- »do. Piensa, te suplico, pues te amo sobre todo lo »del mundo, y mi satisfaccion está inseparablemente »unida con la tuya, si todas mis acciones tienen otro »objeto que servirte y agradarte.... El hábito ó cos- »tumbre de tu sociedad me ha hecho difícil de con- »tentar; mas ésta no es razon para que me tengas me- »nos lástima, siendo tú el único remedio para mi en- »fermedad. Mi objeto es suplicarte que me consueles »con tus cartas tan pronto como te sea posible. ¿Y »no crees que los detalles de tu salud serán asuntos »agradables para mí cuando no tengas otra cosa que »escribirme? No lo dudes, querida mía, la ternura es »tan necesaria para el consuelo de mi corazón, como »tu ayuda en mis negocios.”

Cuando uno contempla que Cárlos dilataba así su corazón en medio de los horrores de la guerra civil, en el momento de caer en las manos de sus enemigos, se entenece profundamente.

La reina, un año antes le escribía desde York, el 30 de Marzo, estas palabras un poco rudas: »Acordaos de lo que os he escrito en mis tres últimas car-

»tas, y tened mas cuidado de mí que hasta el presente, ó á lo menos aparentadlo, para que no se descubra vuestra negligencia respecto de mi persona.”

Cárlos creyó deber declarar, al morir, á su jóven hija la princesa Isabel, que él *habia sido siempre fiel* á la reina; y la carta del último adios que escribia á ésta terminaba con estas palabras: »Muero satisfecho, »porque mis hijos están á vuestro lado. Vuestra virtud »y ternura me responden del cielo que tendreis por »su conducta. No puedo dejaros prendas mas queridas y preciosas de mi amor. Bendigo al cielo porque »hace caer su cólera contra mí solo. Mi corazon está »para con vos lleno de la misma ternura que siempre »habeis visto. Voy á morir sin miedo, pues me siento »fortificado con el recuerdo de la firmeza de alma que me habeis mostrado en los comunes peligros. Adios, »señora; persuadios que hasta el último momento de »de mi vida nada haré que sea indigno del honor que »tengo de ser vuestro esposo (1).”

Esta última carta de Cárlos, que no es muy conocida, manifiesta que sus íntimos sentimientos eran tan nobles, y aun mas elevados, que los que desplegó en el cadalso.

Se puede achacar á Enriqueta-Maria su propension á la intriga que heredaba de la sangre de los Médicis; se fió de frailes sin prudencia, y de favoritos que la vendieron. Ella tenia el valor propio de su sangre; algunas veces le faltaba el valor político, y cuando bramaban las tempestades políticas, aunque mujer de cabeza y de corazon, daba consejos pusilánimes. Bien-

(1) *Vida de Enriqueta-Maria.*

hechora y magnánima, frecuentemente hizo conceder la libertad y la vida á sus enemigos. No queria saber el nombre de sus calumniadores. »Si esas personas me aborrecen, decia, su odio tal vez no durará siempre, »y si les queda algun sentimiento de honor, tendrán vergüenza de atormentar á una mujer, que toma pocas precauciones para defenderse." Los infortunios de Enriqueta-Maria habian sido, por decirlo así, pronosticados por Francisco de Sales, que tiene en nuestra historia el triple título de santo, de hombre ilustre y amigo de Enrique IV.

Sea lo que fuere de las alteraciones relijiosas y domésticas que turbaron la paz interior de Cárlos y de Enriqueta, y de las causas que produjeron la union, hasta el presente inexplicable, de la reina y de los primeros parlamentarios, cuando las desgracias de Cárlos estallaron, la hija de Bearnois encontró como él en la guerra civil el ardimiento y la virtud.

Cuando en 1625 se puso en marcha para ceñir la corona de la Gran-Bretaña, la reina Maria de Médicis su madre, y la reina Ana de Austria, su cuñada, la acompañaron hasta Amiens. Todas las ciudades le hicieron en su tránsito demostraciones extraordinarias: por un rasgo de grandeza digno de los tronos cristianos, estaban abiertas las cárceles á su llegada, y veia en su presencia una multitud de infelices que le daban las gracias por su libertad y la llenaban de bendiciones (1). Las tres reinas se separaron en Amiens. Veinte navíos que esperaban á Enriqueta de Francia en Boloña, la trasportaron á Douvres, y fue recibida con sal-

(1) *Vida de Enriqueta-Maria.*

» de artillería y aclamaciones del pueblo. Hubo torneos y juegos de sortija.

Cuando la reina de Inglaterra volvió á Francia en 1644, entró fujitiva; no se abrieron las cárceles por el encanto de su cetro, porque ella misma huía de las prisiones. Viajando de uno en otro reino, escapando de las tempestades para dar en los combates, huyendo los combates para sufrir tempestades, participó Enriqueta de la fatalidad que perseguía á los Estuardos. Esta esforzada matrona se vió cañoneada en la misma casa que le servia de abrigo contra las olas, y obligada á pasar la noche en un foso, en que las balas la cubrían de tierra. Otra vez el buque que la conducia estuvo próximo á perecer, y dijo á los marineros estas palabras que recuerdan las de César: «Una reina no se anega.»

Libre de espíritu en medio de todos los peligros, escribió al rey desde Newark el 27 de Junio de 1643: «Todas las tropas que estaban actualmente en Nottingham, han marchado á Leicester y á Derby, lo que nos hace creer que abrigan el designio de cortarnos el paso. . . . Conmigo van tres mil infantes, treinta compañías de caballería ó de dragones, seis piezas de artillería y dos morteros. Enrique Jermin, en calidad de coronel de mi guardia, manda toda esta fuerza; tiene á sus órdenes á Alejandro Lesley, jefe de la infantería, á Jerardo de la caballería, y á Roberto Legg de la artillería: Su Majestad es madama la jeneralísima, llena de ardor y de actividad, y en caso que se empeñe un combate, tendré que pedir ciento cincuenta carros de bagajes (1).»

(1) Nota de las *Memorias de Ludlow*, coll. Guizot.

Despues de nuevos reveses, privada casi de toda asistencia en la pequeña ciudad de Exeter, que el conde de Essex iba á sitiár, dió á luz, en 16 de Junio de 1644, su última hija.

Recien encaesecida se vió obligada á huir de nuevo, no teniendo mas ayuda que la de su confesor, un gentil-hombre, y una de sus mujeres, *que habia de sostenerla á causa de su gran debilidad*. Se vió obligada á dejar en Exeter á su hija recién-nacida, que era aquella princesa prisionera diecisiete dias despues de su nacimiento; princesa herida por la muerte en San Cloud, en la flor de su beldad y juventud; aquella duquesa de Orleans, segunda Enriqueta, que la gloria de Bossuet debia esperar como la primera.

Una cabaña desierta á la entrada de un bosque, se ofreció á la vista de Enriqueta-Maria en su fuga. Allí permaneció oculta por espacio de dos dias. Oyó desfilar en ella las tropas del conde de Essex, cuyos soldados hablaban de llevar á Lóndres *la cabeza de la reina*; cabeza que estaba puesta en precio, tasada en 6,000 libras esterlinas.

Llegando Enriqueta á Plymouth al traves de mil peligros, se embarcó para la isla de Jersey: el almirante Batty la persiguió. Entonces, como la esposa de San Luis, hizo que un capitan le diese palabra de matarla, ó arrojarla al mar, antes que cayese en las manos de los infieles de una nueva especie. Aborda con algunos marineros entre los peñascos la costa de la Baja-Bretaña; los paisanos toman á estos extranjeros por piratas, se arman contra ellos: Enriqueta-Maria se dá á conocer, parte para París, llega al Louvre, y cae en nuevas desdichas.

Ultrajada con libelos hasta en el continente, de las manos del populacho feroz de Londres caía en las del populacho insolente de París. Perseguida por dos guerras civiles, encuentra en las riberas del Tâmesis los crímenes sérios de las revoluciones, y en las orillas del Sena los pasquines sangrientos de la Fronda; allí el drama de la libertad, aquí su parodia. Los cortantes y panaderos de Inglaterra quieren asesinar á Enriqueta-Maria en el palacio de los Estuardos; los panaderos y cortantes de Francia le niegan los alimentos en el palacio de los Borbones, olvidando que sus padres habian sido alimentados por aquel cuya hija se desdeñaban alimentar.

»Cinco ó seis dias antes que el rey saliese de París, dice el cardenal de Retz, me presenté á la reina de Inglaterra, que encontré en la cámara de su hija, que despues ha sido madama de Orleans. Asi que me vió, me dijo: Ya lo veis: vengo á hacer compañía á Enriqueta; la pobre niña no ha podido hoy levantarse por falta de fuego.... La posteridad apenas creará que una nieta de Enrique el Grande no haya tenido un haz de leña para levantarse en el mes de Enero, en el Louvre, y á la vista de la córte de Francia.»

Frecuentemente se veia obligada á pascarse despues de comer en las galerías del Louvre para entrar en calor.... *Sabia no solamente los insultos del pueblo de Paris, sino lo dureza de sus acreedores. Los parisienses no la podian sufrir, y un dia que el rey Carlos II, su hijo, se paseaba por un terrazo que daba á la ribera, algunos marineros lo amenazaron, lo cual le*

obligó á retirarse, para no enojarlos mas con su presencia (1).

¡Triste y extraordinaria complicacion y semejanza de destino! Enriqueta-Maria en 1639 habia recibido en Witehall á su madre desterrada, Maria de Médicis. Los habitantes de Lóndres, sublevados ya contra la reina de Inglaterra, se entregaron á escesos contra la antigua reina de Francia. La hija de Enrique IV, que apenas se defendia contra el ódio público, se vió obligada á pedir una guardia para proteger á la viuda de Enrique IV, y Ana de Austria no pudo á su vez, en París, dar abrigo á la hermana fujitiva de Luis XIII, tía de Luis el Grande.

Una falsa noticia llegó á la reina de Inglaterra sobre la catástrofe del 30 de Enero de 1649: se esparció la voz que Carlos I habia sido libertado en el patíbulo por el pueblo; pero la carta de despedida del infeliz monarca, que fue entregada á Enriqueta el 9 de Febrero en el convento de Carmelitas de Paris, la sacó de su error, y se desmayó. Al día siguiente madama de Motteville la vino á cumplimentar de parte de la reina rejeute. El infortunio daba á la reina de Inglaterra el derecho de adoctrinar: encargó á madama de Motteville que dijese á Ana de Austria, «que el rey su señor (Carlos I) solamente se habia perdido por haber ignorado la verdad; que la mayor desgracia que pueden sufrir los reyes, y la que puede arruinar sus imperios, es la ignorancia de la verdad.»

(1) *Vidu de Enriqueta-Maria.*

¿Esta insistencia de Enriqueta deja de explicar su primera inclinacion hácia los parlamentarios, y su antipatía para con Strafford, cuyo espíritu le parecia tal vez demasiado absoluto? En esta conversacion añadió, »que era preciso poner cuidado en no irritar á los pueblos.» Si Carlos I se habia perdido por ignorar la verdad, segun la espresion de la reina, ¿esta reina no participaba de las ideas del rey sobre la estension de la prerogativa? Ella amaba los parlamentos: cuando pensó en dejar la Inglaterra con Maria de Médicis, su madre, las dos cámaras le presentaron una humilde peticion, suplicándola que no se apartase del pais. Enriqueta respondió en ingles con un gracioso discurso que se quedaria, y que no habia sacrificio que el pueblo no pudiese esperar de ella (1).

Despues de la muerte de su esposo, se dió el sobrenombre de *reina infeliz*, y llevó luto toda su vida.

La prueba mas dura que esta reina tuvo que sufrir, fue solicitar una viudedad del hombre que tenia la culpa de su viudez: Cromwel respondió al cardenal Mazarin, que Enriqueta de Francia jamás habia sido reconocida como reina de Inglaterra. Esta respuesta salvaje, que trasformaba en concubina de un principe extranjero la hija de nuestros mas grandes reyes, pasma menos que la demanda misma de esta hija de Juana de Albret.

Quando supo Enriqueta esta negativa, dijo con nobleza: »Semejante ultraje mas se dirige á la Francia que á mi persona.» Tal era efectivamente la ab-

(1) *Diarios de P.*, IV, 314.

yeccion que habia causado á nuestra patria la política de un ministro sin honor. Mazarin habíase degradado hasta el estremo de ser un espía de Cromwell al lado de la familia real desterrada: esta verdad resulta de una carta de Cromwell, que tambien era un grande espía coronado y armado.

Algun tiempo antes, Enriqueta-María se habia visto obligada á pedir al parlamento de París lo que ella llamaba *una limosna*.

Retirada en Chaillot en la casa de las hermanas de la Visitacion, establecidas en una fundacion de Catarina de Médicis, Enriqueta se hizo devota: tambien es curioso saber que Port-Royal le habia ofrecido dinero y asilo. En las historias de su vida, tristes son esos pequeños cuentos de relijiosos y relijiosas; esos consejos de monjas que hablan de grandes acontecimientos, de los cuales apenas perciben el ruido, que juzgan desde el retiro de sus celdas los asuntos políticos, y que inmóviles en sus santos desiertos, ni aun notan que el mundo marcha, y pasa por el pie de los muros de sus claustros. Enriqueta-María ensayó volver sus hijos á la iglesia romana. Carlos II, indiferente á todo principio, prefirió su corona á su fe: solo se hizo católico al morir, cuando no tenia nada mas que perder de los bienes de la tierra. El duque de Gloucester y la princesa de Oranje permanecieron celosos protestantes; el duque de York solo (Jacobo II) recibió impresiones que algun dia lo debian enviar á París para morir despojado como su madre. La princesa Enriqueta, despues duquesa de Orleans, fue educada en la relijion romana.

En la restauracion de Cárlos II, la viuda de Cárlos I pasó á Inglaterra, y no pudo determinarse á fijar su residencia. No conocia á persona alguna; llorando recorría los palacios de Witehall, de Saint-James, y de Windsor, perseguida por dolorosos recuerdos. Despues de haber visto morir dos de sus hijos (la princesa de Oranje, viuda de veintiseis años, y el duque de Gloucester) se embarcó con su hija Enriqueta para volver á Francia; Enriqueta fue atacada de un sarampion peligroso, y cuidada por su madre un mes entero á bordo del buque. La compañera del infortunado Cárlos casó á Enriqueta con el duque de Orleans, y recibió en Chaillot el breve de la beatificacion de San Francisco de Sales: últimas grandezas de la tierra y del cielo que la visitaron en su soledad.

Hácia el año 1663, Enriqueta-María hizo un último viaje á Lóndres. En fin, entrando para siempre en su patria, cayó mala en Sainte-Colombe, pequeña casa de campo situada á poca distancia del Sena. Un grano de ópio que tomó la sepultó en un sueño, del cual no despertó jamás. Espiró á la media noche el 10 de Setiembre de 1669. Un historiador ha dicho, *que ella hizo un santo uso de sus males*. Aunque su cuerpo fue trasladado á San Dionisio, y su corazon á la Visitacion de Chaillot, hubiese muerto olvidada, si Bossnet no se hubiese apoderado de este gran despojo de la fortuna, para adornarlo segun la elevacion de su jenio.

El grande orador, al enviar la oracion fúnebre de la reina de Inglaterra y de madama Enriqueta al abad de Runcé, le escribia: »He dado orden de entrega-

»ros dos oraciones fúnebres, las cuales, porque pin-
»tan la nada del mundo, pueden tener lugar entre
»los libros de un solitario, y que en todo caso pue-
»de contemplar como dos cabezas de muerto per-
»suasivas.”

DE LA APERTURA
DEL LARGO PARLAMENTO

AL PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL.

(De 1640 á 1647.)

Por los consejos de la reina anunció Carlos I al consejo de los pares reunidos en York la convocacion de un parlamento.

Para no ocuparse sino de los negocios interiores, era preciso desembarazarse de los escoceses. En vano se opuso Strafford al tratado ignoble que se concluyó con ellos; en vano demostró por una accion atrevida, cuán fácil era vencerlos: nada escuchó el rey, y se dió prisa en volver á Londres. El cuarto parlamento habia sido disuelto el 5 de Mayo de 1640, y el dia 3 de Noviembre del mismo año se abrió esta quinta asamblea, tan memorable en la historia con el nombre de *largo parlamento*.

Carlos habia pasado doce años sin convocar los comunes, y se habia apresurado en este tiempo á dispersarlos de nuevo: no se debe, pues, estrañar, que los comunes, por una reaccion natural, altamente irritados estableciesen el bill de los parlamentos trienales, quitasen al rey el poder de prolongar esos parlamentos y disolverlos: por este solo acto la monarquia constitucional se habia convertido en una democracia

real. El monarca que habia luchado tanto por la *pre-rogativa*, cuando no era virtualmente atacada, la abandonó en el mismo momento en que recibia los mas duros golpes.

Desconfiando ser útil á un príncipe tan débil, Strafford habia pretendido retirarse del ministerio. Carlos retuvo al consejero fiel, que no pudiendo servirle, se resignó.

Habíase concebido un plan digno del carácter determinado de Strafford: el ministro queria denunciar al parlamento mismo los miembros del parlamento que habian llamado á Inglaterra la armada escocesa. Las pruebas del llamamiento existian; pero aquellos á quienes Strafford pensaba abrumar, avanzaron mas que él: Pym presentó en nombre de los comunes á la barra de la cámara de los pares una acusacion de alta traicion contra Strafford, que inmediatamente fue preso y enviado á la Torre.

Carlos entonces, pensando apaciguar á los comunes, consintió en todo lo que quisieron emprender contra la autoridad de la corona; pero renunciando, como se ha dicho, al poder de disolver el parlamento, se privó del medio mas seguro de salvar á su amigo.

Los jefes del partido eran, en la cámara de los lores, el duque de Bedford, lord Say, lord Mandeville y el conde de Essex.

El duque de Bedford disfrutaba de cuantiosas rentas, que provenian en gran parte de las confiscaciones con que la corona habia dotado á su familia. Tenia el comun buen sentido, que el vulgo toma por sabiduría: orgulloso de unas riquezas de malísimo orijen, y

de una razón suficiente para dedicarse á los intereses ordinarios de la vida, mirando los beneficios de la corte, no como un favor, sino como un tributo pagado á su poder, Bedford, tan celoso por el régimen legal, y cuyos bienes eran inicuos presentes de la arbitrariedad, se reservó en el día de la desdicha el derecho de ser ingrato.

Lord Say, violento puritano, solamente tenía mediana fortuna: su ambición era desmedida, su espíritu fino, su carácter reservado. Los realistas no tenían enemigo mas peligroso.

Sin talentos verdaderos, con la urbanidad y algo de sinceridad, lord Mandeville se ganó el afecto y la confianza de los comunes.

Por lo que toca al conde de Essex, juguete de los jefes populares que adulaban su vanidad, era uno de esos hombres de espíritu limitado y falso, sin ninguna esperiencia; uno de esos hombres que veían en la felicidad de la especie la desgracia del individuo; siempre prontos á cometer las mismas faltas, siempre aturdidos de lo que sucede; personajes que son los bobos de un partido, así como otros son los traficantes ó los héroes.

En la cámara de los comunes, Pym estaba encargado de todas las proposiciones de las leyes: solamente tenía el talento de negocios, á los cuales parecía dar importancia con palabras pesadas, y un tono dogmático; no le faltaba conciencia, y su juicio era recto. Solamente deseaba mejoras en el gobierno: jefe de los reformadores al principio de las turbulencias, se encontró detrás de ellos cuando la revolución hubo progresado.

Hampden llegó á tiempo de ayudar la destruccion de un imperio: pasando de repente de una vida disipada á las mas severas costumbres, ocultando con la afabilidad sus vastos designios, es probable que concibió la idea de una república, cuando solamente se pensaba en los privilegios parlamentarios.

Hampden tomaba una parte de su fuerza de la flexibilidad de sus talentos: su elocuencia y espíritu eran, segun su voluntad, concisos ó difusos, claros ó embarazados; y esta obscuridad, de que era dueño, le daba mas poder, atándolo á los defectos de su siglo. Unas veces reasumia los debates del parlamento con una precision admirable, cuando estos debates conducian al triunfo de su opinion; otras embrollaba la cuestion de manera que la emplazaba, si le parecia que se resolvía contra su modo de pensar. Fino y modesto con arte, pareciendo que desconfiaba de su juicio, y que cedía al de otros, siempre concluía por alcanzar lo que deseaba. Intrépido en las armas, profundo en el conocimiento de hombres, él solo comprendía á Cromwell, cuando la multitud nada notaba en este destructor del trono de los Estuardos. Sila penetró del mismo modo el alma de César: las águilas ven de muy alto. Se cree que Hampden no se dejó tentar por la proposicion que le hicieron de nombrarle ayo del príncipe de Gales, si queria comprometerse en salvar juntamente con Pym y Hollis á Strafford (1).

Sombrio, vengativo, implacable, Saint-John formaba en compañía de Pym y Hampden el triunvirato que dominaba á la nacion. Estos tres hombres se ser-

(1) Whitelocke.

vian aun del fanatismo de Fiennes y de los talentos de Sir Henry Vane.

Éste, á mas de un disimulo profundo, tenia un espíritu pronto y palabra mordente; en la fealdad singular de su fisonomia se leian destinos extraordinarios. Dejándose llevar de una imaginacion inquieta y ardiente, libertino en Lóndres, puritano en Jénova, sedicioso en Boston, Vane escitaba turbulencias en todas partes, é inflamaba los ánimos con principios de los cuales se mofaba. Despues de haber pasado una vida llena de aventuras en todas partes, volvió á su pais, en donde la revolucion reclamaba y atraia su fatal jenio.

Acusado Strafford, creyó el parlamento que era tiempo de acudir á grandes medidas populares. Se dió libertad, y se pasó en triunfo, á tres escritores condenados por sus libelos. En los tiempos de turbaciones la licencia de la prensa se confunde frecuentemente con la libertad de la prensa; y en seguida, por el miedo que inspira la primera, se encadena la segunda: Milton tomó la pluma en favor de ésta. Por la primera vez se encuentra el gran nombre del Homero ingles confundido entre los autores de folletos de la época, como se lee el nombre de Olivier Cromwell en la lista de coroneles y capitanes de caballería de la armada parlamentaria.

De casa en casa habian sido llevadas algunas peticiones con la firma de honrados ciudadanos cuya buena fe fue sorprendida. Si en la cámara baja alguno se mostraba moderado, perdía su silla: se hallaban en su eleccion mil causas de nulidad; y el que entraba violentamente en las ideas del dia, quedaba como diputado,

aunque su nombramiento careciese de todos los requisitos. Pasando el poder enteramente á los comunes, fue fácil prever la muerte de Strafford.

Este hombre tuvo un defecto que lo arruinó; despreciaba todos los consejos y obstáculos. Formado por la naturaleza para el mando, le era insoportable la mas mínima contradicción. El mando pertenece sin duda á los talentos, la soberanía reside en el genio; pero es una desgracia, cuando el sentimiento de una superioridad incontestable se revela al que la posee en segundo grado, cuando le es imposible aspirar al primero. Lo que seria grandeza y poder legítimo en el mas alto punto del órden social, viene á ser, un esculo mas bajo, orgullo y tiranía.

Todas las palabras del ilustre infortunado fueron pacíficas, dignas, patéticas y modestas. Su discurso, que nos ha quedado, no está manchado con el embolismo de la época. Strafford, en su desgracia, se mostró superior á los Pym y á los Fiennes, por la belleza del genio y elevacion de alma. La conclusion de su defensa citada en todas partes arranca lágrimas á los mismos enemigos.

»Milores, he detenido aqui á vuestras señorías mas largo tiempo del que debia: seria inexcusable sino hubiese hablado por el interes de estas prendas, que una santa, que está en el cielo, me ha dejado (presenta á sus hijos, y su llanto le interrumpe): lo que yo pierdo por mí mismo es nada; pero lo confieso, lo que mis indiscreciones hacen perder á mis hijos, me afecta profundamente: suplico que me perdonen esta debilidad. Hubiese querido decir mas, pero es-

»toy incapaz al presente: por tanto callaré.....

»Ahora, milores, doy gracias al Omnipotente por haberme instruido y enseñado por su gracia, que todos los bienes de la tierra son vanidad, comparados con la importancia de nuestra salud eterna. Con toda *humildad y paz de espíritu*, milores, me someto á vuestra sentencia. Sea este equitativo juicio por la vida ó por la muerte, reposaré lleno de gratitud y de amor en los brazos del grande Autor de la naturaleza."

Sócrates se manifestó menos sumiso: acusó á sus jueces al fin de su apolojía. »Es tiempo, les dijo, de que me retire, vosotros *por vivir*, yo por morir."

Solamente á fuerza de amenazas se logró que condenase á Strafford la cámara de los pares: á pesar de estas violencias, diezinueve votos contra cuarenta osaron absolverlo.

El acusado, en su defensa, habia sobre todo atacado y anonadado á Pym, su acusador, que se vió reducido á tartamudear una miserable réplica. La animosidad de los comunes contra Strafford era ciertamente tan grande, porque el noble par habia formado parte de la cámara popular, y se habia mostrado celoso adversario de la corona. Los jefes plebeyos le miraban como un desertor. La envidia tambien se ofendia de la elevacion del ministro de Carlos: el mérito olvidado, agrada; recompensado, ofusca.

En una palabra, es preciso decir que los partidos tienen un instinto maravilloso para descubrir y perder á los hombres que tienen fuerza para combatirlos. En las grandes revoluciones el talento que choca de fren-

te con ellas, es aplastado; solamente el talento que las sigue puede enseñorearse de ellas: él las domina, cuando habiendo apurado sus fuerzas, no tienen en su favor el peso de las masas, y la energía de los primeros movimientos. Mas esta especie de talento cómplice pertenece á personas mas grandes en cabeza que en corazon, porque se ven obligadas á ocultarse en el crimen para apoderarse del poder.

Cárlos en su palacio, temblando por los dias de la reina, nombró una comision encargada de ratificar todos los bills que se presentasen á la sancion real; entre estos se encontraba el de la condenacion de Strafford: última é infeliz debilidad de un príncipe que buscaba el modo de ocultar á sus ojos su ingratitud, comprendiendo en un acto *jeneral* de la autoridad suprema el acto *particular* que causaba la muerte de un amigo. Sábese que el monarca se determinó á permitir la ejecucion de la sentencia por la misma causa que le debia haber impulsado á la firme resolucion de negativa. El magnánimo Strafford escribió una carta á Cárlos para descargar la conciencia de su rey, y darle la permission de hacerle morir.

«Mi vida, le escribia, no vale los desvelos de
»Vuestra Majestad, que descan conservármela: os la
»doy con ansia en cambio de las bondades de que
»me habeis colmado, y como una prenda de recon-
»ciliacion entre vos y vuestro pueblo. Lanzad sola-
»mente una mirada de compasion sobre mi pobre hijo
»y sus tres hermanas.»

De todos los consejeros de la corona solo Juxon, obispo de Lóndres, tuvo valor para decir al rey, que

no debía firmar la condenacion, no hallando á Strafford culpable. ¡Ejemplo terrible de la justicia divina! Este mismo Juxon, prelado íntegro y equitativo, fue el que asistió á Carlos I en el cadalso.

Cuando supo Strafford que su suplicio habia sido autorizado, se levantó atónito de su silla, y exclamó con el lenguaje de la Escritura: «No pongais vuestra confianza en la palabra de los príncipes ni de los hijos de los hombres.» ¿Habia Strafford creído en el valor del rey? ¿Un resto del amor de la vida se habia ocultado en el fondo del corazon de este grande hombre?

Carlos no apaciguó los espiritus, dejando derramar la sangre de su ministro: una cobardía jamás ha salvado á persona alguna. Los príncipes de la tierra que por sus faltas ó crímenes se esponen á perder su corona, harian mejor comprometiéndola alguna vez por causas santas.

Todo lo mas que hizo el infeliz Estuardo fue reprocharse su debilidad: condenado á su vez, declaró que su muerte era la pena del talion de la de Strafford. Esta pública confesion pronunciada en voz alta sobre el patíbulo, es una de las mas altas lecciones de la historia; la posteridad no ha absuelto al enemigo, pero ha perdonado á un monarca en favor de la sinceridad del arrepentimiento y grandeza de la espiacion.

Strafford se habia hecho culpable de actos arbitrarios en Irlanda; pero la Irlanda habia sido gobernada en todo tiempo por la autoridad militar y leyes escepcionales. Además, los límites de los privilegios de la corona y de los derechos del parlamento, estaban

aun tan confusos, que uno se podia poner en favor de uno de estos dos poderes, despues de los antecedentes de una igual autoridad. Cincuenta años despues Strafford hubiese sido condenado con severidad, pero justamente: en la época de la sentencia pronunciada contra él, las leyes que se le aplicaron, ó no estaban hechas, ó eran contestadas ó destruidas por otras leyes. El bill de *attainder* encierra implicitamente el delito y la pena: la sentencia fue á la vez un juicio y una ley que tenia un efecto retroactivo: hubo, pues, violencia é iniquidad.

Strafford se preparó para el suplicio con perfecta calma (1). El dia 22 de Mayo por la mañana fue conducido al lugar de la ejecucion: pasando por el pie de la torre en que el arzobispo Laud, acusado como él, estaba prisionero, levantó la voz, y rogó al prelado que le diese su bendicion. El anciano asomó á la ventana; sus cabellos eran blancos, y las lágrimas bañaban su semblante; dos eclesiásticos lo sostenian. Strafford se puso de rodillas: Laud pasó sus manos al traves de los hierros, y se esforzó en dar una bendicion, que la edad, el infortunio y el dolor no le permitieron acabar: desfalleció en los brazos de sus asistentes.

Strafford se levantó, y tomó la direccion del camino, adonde el anciano obispo debia seguirle. El ministro de Carlos marchó al suplicio con aire sereno, en medio de los insultos del populacho. Antes de colocar su frente sobre el tajo, pronunció estas palabras: »Temo que una revolucion que comienza por derramar san-

(1) Debo invitar al lector á que lea en las cartas de Strafford la que escribió á su hijo antes de marchar al patibulo.

»gre, concluya por las mas grandes calamidades, haciendo infelices á los que la emprenden." Entregó su cabeza, y pasó á la eternidad (1641).

Precipita su curso la revolucion: el rey parte para Escocia; estalla la conspiracion irlandesa, y es seguida de los mas horribles asesinatos, de que se hace mencion en la historia: los jefes del partido puritano se aprovechan de esta ocasion para precipitar los acontecimientos. *Cárlos vuelve de Escocia: el parlamento le entrega representaciones sediciosas, y hace aprisionar á los obispos.*

Irritado con tantas afrentas, el rey en persona se presenta en la cámara de los comunes acusando de alta traicion los seis miembros mas famosos de la faccion puritana. Estos, advertidos de este imprudente proceder por una indiscrecion de la reina, se refugian en la ciudad. Estalla una insurreccion: se esparcen las voces mas absurdas: tan pronto los *caballeros* deben hacer saltar el rio por la esplosion de una mina; tan pronto los mismos *caballeros* (los realistas) vienen á incendiar las casas de las *cabezas redondas* (los parlamentarios). Amenazada con un decreto de acusacion, la reina obliga al monarca á dar sancion á la ley que privaba á los obispos del derecho de votar. *Enriqueta abandona la Inglaterra: Cárlos se retira á York, despues de haberse negado á firmar el bill relativo á la milicia; bill que tendia á poner el poder militar en manos de la cámara electiva: por una y otra parte se prepara la guerra.*

Échase de ver en la conducta del rey desde su llegada al trono hasta la época de la guerra civil, esa

incertidumbre que prepara las catástrofes. Empeñado en la *prerogativa*, se la dejó arrancar desde luego á pedazos, y en seguida la entregó toda: era valiente, podía apelar á la espada, y solo recurrió á las armas cuando sus enemigos tenían el poder de resistirle: todos los caminos constitucionales tenia abiertos para obrar en nombre de la constitucion, aun contra el mismo parlamento, y no quiso entrar en estas sendas. En fin, Cárlos luchó inútilmente contra la fuerza de las cosas: su tiempo le habia pasado delante: no era sola su nacion la que le empujaba, sino todo el jénero humano: quiso lo que no era posible. La libertad conquistada fue á perderse desde luego en el despotismo militar, que la despojó de su anarquía, pero quitada á los padres, fue concedida á los hijos, y quedó por último resultado en Inglaterra.

En los combates por escrito que precedieron á las luchas mas sangrientas, el partido de Cárlos casi siempre tuvo razon por el fondo y por la forma: este partido espuso limpiamente las cuestiones relativas á las formas de gobiernos: probó que la constitucion inglesa era un compuesto de monarquía, de aristocracia y democracia (esta era la primera vez que se espresaban asi); probó que las demandas del parlamento tendian á *desnaturalizar la constitucion monárquica*, y á poner á la Gran-Bretaña en el estado popular, el peor de los estados. Falkland y Clarendon escribian en favor del rey, los dos eran enemigos declarados de las medidas arbitrarias de la córte.

¿Por que no se oyó la voz de un partido tan razonable en sus doctrinas? No se le creyó sincero, y á

mas era frio; se hallaba colocado al lado de un poder que tendia á conservar, mientras que las pasiones estaban al lado de otro poder, que queria destruir. En fin, este partido era aventajado en sentimientos de libertad por los puritanos que marchaban á la república. Mas tarde se abrazaron los principios en Clarendon y Falkland; pero fue preciso devorar veinte años de calamidades. Así hemos llegado nosotros en 1814 á las doctrinas de 1789: hubiésemos podido evitarnos la profusion de nuestros males.

Sin embargo (causa dolor decirlo), los crímenes y miserias de la revolucion no son siempre tesoros del enojo divino dispensados en vano entre los pueblos. Estas miserias y crímenes aprovechan algunas veces á las generaciones subsiguientes, por la enerjia que les prestan, las preocupaciones que les quitan, los odios de que las libertan, y los resplandores con que las iluminan. Estos crímenes y miserias, consideradas como lecciones de Dios, instruyen á las naciones, las vuelven circunspectas, y las afianzan en los principios de libertad razonables; principios que ellas mirarian siempre como insuficientes, si la esperiencia dolorosa de otra libertad bajo otra forma no se hubiese verificado.

Falkland ha dejado uno de aquellos recuerdos mezclados de melancolía y admiracion que enternecen el alma. Tenia el triple jenio de las letras, las armas y la política. Fue fiel á sus musas bajo la tienda de campaña, á la libertad en los palacios de los reyes, y afecto á un monarca desdichado, sin desconocer sus faltas. Abrumado con los males de su pais, fatigado del peso de la existencia, se entregó á una tristeza,

que se notaba hasta en la negligencia de sus vestidos. Buscó y halló la muerte en la batalla de Naseby: se adivinó su deseo de morir en el cambio de su traje, pues se adornó como para una fiesta.

El *canciller Clarendon*, que sirvió tan bien á *Cárlos I*, murió en Rouen desterrado por *Cárlos II*, que en parte le debía su corona. En el reinado de este último príncipe fue condenada al fuego por la mano del verdugo la memoria justificativa del virtuoso magistrado, cuyos escritos, unidos á los de *Falkland*, habían dado el triunfo á la casa real.

El estandarte real desplegado en Nottingham dió, dice *Hume*, la señal de la discordia y de la guerra civil á toda la nación. *Clarendon* observó que los parlamentarios habían cometido el primer acto de hostilidad, apoderándose de los almacenes de *Hull*. La observacion es justa; pero el parlamento había obrado en el círculo de sus intereses: cuando en la confusion de los imperios se emplea la fuerza, se trata menos del primer ataque, que de la victoria última.

Desde luego se declaró la fortuna por el rey: la reina le envió socorros. Reunió en Oxford los miembros del parlamento que le habían permanecido fieles, para combatir al parlamento de Lóndres: así en tiempo de la liga teníamos nosotros el parlamento de Tours y el de París: »Mas despues de varios jiros, dice *Bossuet*, »de cambios inauditos, la rebelion enfrenada largo »tiempo se hizo señora: no hubo freno á su licencia: »aboliéronse las leyes; la majestad fue violada con atenedados hasta entonces desconocidos; la usurpacion y la »tirania tomaron el nombre de libertad.»

CROMWELL.

Todos estos trastornos pertenecían á un hombre: no es que Cromwell fuese enemigo de Carlos (en este caso la lucha hubiese sido muy desigual), sino que Cromwell era el destino visible del momento. Carlos, el príncipe Ruperto y los partidarios del rey sacaban alguna ventaja, pero esta ventaja se hizo inútil con la presencia de Cromwell. Cuanto menos brillantes eran los talentos de este hombre, mas sobrenatural aparecía: bufon y trivial en sus juegos, pesado y tenebroso en su espíritu, embarazado al espresarse, sus acciones tenían la rapidez y efecto del rayo. Algo de invencible había en su jenio, como las ideas nuevas, de las cuales era el principal adalid.

Olivier Cromwell, hijo de Roberto Cromwell y de Isabel Stewart, nació en *Huntingdon* el día 24 de Abril, el último año del siglo XVI. Roberto tuvo diez hijos, y Olivier fue el segundo de ellos. Los hermanos de Olivier murieron de poca edad. Milton ensalzó la familia del protector que otros rebajaron: él mismo dijo en uno de sus discursos, que no era ni bien ni mal nacido, lo cual prueba moderacion, porque su nacimiento era bueno, y sus parentescos notables. Los primeros biógrafos de Cromwell, particularmente los franceses, dicen que sirvió en el Continente, y lo hacen comparecer delante del cardenal de Richelieu, que pronos-

ticó la futura grandeza del jóven ingles; pero hoy dia estas *libulas* están desacreditadas. Cromwell recibió los primeros rudimentos de las letras en Huntingdon, bajo la direccion del doctor Tomás Beard, ministro en esta pequeña ciudad. El doctor fue un mal maestro, aunque compuso piezas de teatro para sus alumnos: Cromwell jamás supo correctamente la ortografía.

Enviado á Cambridge al colejio de Sydney-Sussex (el 23 de Abril de 1616), estudió bajo la direccion de Ricardo Howlet, aprendió un poco el latin, y Waller sostiene que supo bien la historia griega y romana. Amaba los libros, y escribia fácilmente mala prosa y peores versos.

En la muerte de su padre, su madre le llamó á su compañe. Por espacio de dos años Olivier fue el terror de la ciudad de Huntingdon por sus excesos. Enviado á Lincoln-Inn para que se instruye en las leyes, en vez de aplicarse al estudio, se sumió en los vicios. Al volver de Lóndres á la provincia, se casó con Isabel Bouchier, hija de Jacobo Bouchier, del condado de Essex. Era fea, y muy presumida de su nacimiento: una carta suya que nos queda, manifiesta que habia recibido la educacion mas descuidada (1).

Cromwell, que solo tenia veintiun años en el momento de su enlace, cambió repentinamente de costumbres; entró en la secta puritana, y se entregó al entusiasmo religioso, ó fingido ó verdadero, que con-

(1) No se deben confundir las faltas de ortografía y lenguaje en los manuscritos de la primer parte del séptimo siglo, con la ortografía y las lenguas de esta época que no eran fijas, y variaban en cada país, según las provincias.

servó toda su vida. Veremos mas tarde los contrastes de su carácter.

Habiendo Cromwell mejorado su suerte con una sucesion, llegó á ser *gentleman farmer* en la Isla de Ély, y elegido miembro del tercer parlamento de Cárlos en 1628: solamente se hizo notable por sus declamaciones contra los obispos de Winchester y de Winton, y por su ardor relijioso. Su voz era agria y apasionada, sus maneras rústicas, sus vestidos sucios y descuidados. Cromwell era de una estatura ordinaria (cinco pies, cerca de cinco pulgadas) tenia las espaldas anchas, la cabeza gorda, y el semblante inflamado.

Despues de la disolucion del parlamento de 1628, solamente se le halla en la convocacion del parlamento de 1640. Se sabe que habiendo obligado las censuras é intolerancia de la cámara estrellada á muchos ciudadanos á pasar á la Nueva-Inglaterra, Hampden y su primo Olivier Cromwell resolvieron espatriarse. Por lugar de su residencia habian escojido en los países salvajes una pequeña ciudad puritana, fundada en 1635 con el nombre de Say-Brook, por lord Brook y lord Say. Cromwell y Hampden estaban ya abordo de un buque en el Támesis, cuando se vieron obligados á desembarcar por esta proclamacion: »Se prohíbe á los comerciantes, dueños y propietarios de buques, poner en mar una ó mas embarcaciones con pasajeros, antes de haber obtenido licencia especial de algunos lores del consejo privado de su majestad encargados de plantaciones de ultramar.»

Hampden y Cromwell, en vez de marchar á sepultarse en los desiertos de América, se mantuvieron en

Inglaterra por las órdenes de Cárlos I: no hay en los anales de los hombres un ejemplo mas singular de la fatalidad.

Obligado á permanecer en Inglaterra por la voluntad de un rey, á quien debia conducir al cadalso, Cromwell, no sabiendo en qué emplear su inquietud, se opuso al desague muy útil, con objeto de secarlos, de los pantanos de Cambridge, Huntingdon, Nothampton y Lincoln; desague emprendido por el conde de Bedford. Los personajes poderosos á quienes atacó le dieron el sobrenombre ridículo de *lord de los pantanos*; pero el partido popular y puritano, por motivo de este ataque contra nobles sujetos, escojieron á Cromwell por miembro de la cámara de los comunes por Cambridge, en el parlamento del 5 de Mayo de 1640. Este cuarto parlamento, habiendo sido disuelto, el obscuro diputado apareció en fin, en el mismo año, en el largo parlamento que habia de formar su poder, y que él mismo habia de destruir.

La revolucion que comenzaba su marcha, no se engañaba en la persona de su jefe, aunque este jefe era el miembro mas ignorado de estos famosos comunes. Al primer grito de la guerra civil, el jenio del protector se despertó. Primeramente voluntario, despues coronel parlamentario, Cromwell formó un rejimiento de fanáticos, que sometió á la mas severa disciplina: el fraile se hace fácilmente soldado. Para derrotar los principios de honor que animaban á los caballeros, Cromwell adoptó el principio religioso que inflamaba las *cabezas redondas*. Bien pronto fue como

el alma de todo: refundió y reconstituyó la armada; sabiéndose exceptuar de los bills que él mismo inspiraba al parlamento, quedaba como un poder arbitrario en medio de una facción toda democrática.

DESDE EL PRINCIPIO
DE LA GUERRA CIVIL

HASTA LA CAUTIVIDAD DEL REY.

De 1642 á 1647.

Cromwell se elevó principalmente adoptando un partido: se puso á la cabeza de los *independientes*, secta que salió del seno de los puritanos, y cuya exajeracion constituia su fuerza. Los miembros *independientes* del parlamento fueron tribunos de la república: los jenerales y oficiales del ejército fueron reemplazados por otros jenerales y oficiales *independientes*. Se establecieron en cada cuerpo comisarios que contrastasen las medidas de los capitanes moderados: el espíritu de las tropas se elevó á la cumbre del fanatismo.

En vano Carlos, á quien aun quedaba una sombra de poder, quiso entablar tratos en Huxbridge: la negociacion se quebrantó, y renovose la guerra. Montross obtuvo algun éxito inútil en Escocia. »El conde »de Montross, escoces y jefe de la casa de Graham, »dice el cardenal de Retz, es el único hombre del »mundo que me ha renovado mas la idea de ciertos »héroes que solo se ven en las vidas de Plutarco: él »habia sostenido el partido del rey de Inglaterra con

»una grandeza de alma que no tuvo igual en su siglo.»

Montross no era un hombre de Plutarco; era uno de aquellos hombres que se quedan unidos al siglo que acaba en un siglo que comienza: sus antiguas virtudes son tan bellas como las virtudes nuevas pero estériles; plantadas en un terreno gastado, las costumbres nacionales no lo fecundan.

Mientras que otros se degollaban en los campos de Inglaterra, los miembros de los comunes daban batallas en Londres, y abatían cabezas, sin esponerse á sí mismos. El arzobispo Laud, prisionero tres años, fue sacado de su calabozo por la venganza de Prynne, para marchar al suplicio (10 de Enero de 1645). Este inflexible prelado habia hecho mucho mal á Carlos, encasquetándole la supremacia episcopal, y persuadiendo al rey que emprendiese lo que no podia.

Laud, apoyado en el báculo pastoral, estaba naturalmente tan próximo al término de su carrera, que se hubiesen podido dispensar de acelerar los pasos del anciano viandante. Agravado con setenta y seis años, venerable por sus virtudes, contempló á la muerte sin caer en la pusilanimidad de los viejos, que en el borde de la tumba hacen votos al cielo para obtener algunos infelices momentos, que quieren unir al gran número de sus años (1).

Batido en todas partes, derrotado completamente en Naseby (Junio 1645), creyó Carlos hallar un asilo entre sus verdaderos compatriotas: salió de Oxford en donde se habia refugiado, y se presentó á la armada escocesa, con cuyos jefes habia tratado con sijilo. Le

(1) *Vida de Enriqueta de Francia.*

condujeron á Newcastle, en donde se abrieron las nuevas negociaciones. Llegaron comisarios del gobierno inglés: todo el mundo apremiaba á Cárlos para que aceptase las condiciones propuestas: los escoceses, ó los santos (así se llamaban), los *presbiterianos* asustados por los *independientes*, el embajador de Francia, Bellievre, y la misma reina ausente, que se comunicaba por el intermediario de Montreuil. Cárlos rehusó el partido, porque ofendía los principios de su creencia. A esta época la fe estaba en todas partes, exceptuando un pequeño número de libertinos y filósofos: ella imprimía en las faltas, y algunas veces en los crímenes de diversos partidos, algo de grave, y de moral misma, si es lícito decirlo así, dando á la víctima de la política la conciencia de un mártir, y al error la convicción de la verdad.

Un ministro escocés, predicando en presencia de Cárlos, comenzó el salmo 51: *¿Por que, tirano, te glorias de tu iniquidad?* Cárlos se levantó, y entonó el salmo 56: *Señor, mírame con piedad, pues los hombres quieren devorarme.* El pueblo enternecido continuó el cántico con el soberano caído: el uno y el otro solo se entendían al través de la religión.

Desaparecieron estas muestras de piedad: los *santos* de Escocia traficaron con los *justos* de Inglaterra, y la armada del *convenant* entregó á Cárlos al parlamento inglés por la suma de 800,000 libras esterlinas. Bossuet dijo: »Los guardas fieles de nuestros reyes le hicieron traición." Cuando supo Cárlos la convención, pronunció estas bellas y desdeñosas palabras: »Mas »quiero estar en poder de aquellos que me compran tan

» caro, que en el de los que me venden cobardemente.»

Prisionero de unos hombres que iban á sacrificarlo, fue conducido Carlos al castillo de Holmby (7 Febrero de 1647). En todas partes recibió testimonios de respeto: acudia el pueblo á su tránsito: presentábanle enfermos para que tocándolos les diese la salud; *virtud que creían poseía como rey de Francia*, como heredero de San Luis. Cuanto mas infeliz era Carlos, mas dotado se le creía de esta virtud benéfica; extraña mezcla de poder y falta de poder. Suponian en el real cautivo una fuerza sobrenatural, y no podia romper sus cadenas: podia curar todas las llagas, excepto las suyas. No era su mano, era su sangre la que habia de sanar la enfermedad de la libertad que aquejaba á Inglaterra.

Los *presbiterianos*, libres de temores por parte del rey, ensayaron licenciar la armada en que dominaban los *independientes*; los *independientes* triunfaron: formaron entre sí en sus campamentos una especie de parlamento militar á las órdenes de Cromwell. Los oficiales componian la cámara alta; los soldados llamados *agitadores*, la cámara baja: de este modo la constitucion republicana de Roma pasó á las lecciones del imperio. Sesenta y dos miembros *independientes* del verdadero parlamento, teniendo á su frente los oradores, se unieron á la armada militante, discutiendo y deliberante, la cual vino á Londres, y arrojó los que quiso de Westminster. Al mismo tiempo el alfez Joyce, que habiendo sido sastre dejó la aguja por la espada, sacó al rey del castillo de Holmby, lo condujo prisionero de la armada á Newmarket, y de allí á Hamptoncourt.

Los hombres que se arrojan los primeros á las revoluciones han partido de un punto de reposo, han sido formados por una educacion y sociedad que no son las que producen las revoluciones. En las mas violentas acciones de estos hombres, hay algo de lo pasado, algo que no está acorde con sus acciones, á saber, impresiones, recuerdos y hábitos que pertenecen á otro orden de tiempos. Estos atletas espiran sucesivamente en la liza á distancias desiguales, segun el grado de sus fuerzas, ó parándose de repente rehusan avanzar. Mas despues de estos nacen otros hombres, facciosos enjendrados por facciones; ninguna impresion, ningun recuerdo, ningun hábito contraria á éstos en los hechos presentes: cumplen por naturaleza lo que sus antecesores emprendieron por pasion: de consiguiente van mas allá de los primeros revolucionarios, á quienes inmolan y reemplazan.

DESDE
LA CAUTIVIDAD DEL REY

HASTA EL ESTABLECIMIENTO DE LA REPÚBLICA.

De 1647 á 1649.

Casi una mitad de la propiedad inglesa habia sido secuestrada por el parlamento, bajo el pretexto de la pasion que los propietarios profesaban á las opiniones realistas. El clero anglicano iba errante por los bosques: victimas amontonadas en la parte mas baja de los buques sobre el Támesis, perecian de enfermedad, y alguna vez de hambre. Se habian establecido comités investidos del derecho de vida y de muerte, los cuales, sin proceso, despojaban á los ciudadanos. Estos comités ejercian venganzas, vendian la justicia, y protejian el crimen.

Todos estos males dieron á la empresa de la armada contra el parlamento aplauso popular, porque en los movimientos de las ambiciones, y resentimiento de las miserias públicas, no se examina á qué punto ha llevado el suceso de la revolucion los rigores, que la humanidad, la equidad y la moral no pueden justificar.

Despues de haber arrojado á los *presbiterianos* del parlamento, la armada entabló negociaciones con el rey, á ejemplo de este mismo parlamento.

¿Cromwell pensó desde luego reunirse á Carlos? Así se creyó. John Cromwell, uno de sus primos, le habia oido decir en Hamptoncourt: »El rey es tratado injustamente, pero ved lo que ha de hacerle justicia;" y señalaba su espada. Cierto es que Ireton y Cromwell tuvieron conferencias frecuentes en Hamptoncourt con los agentes del rey. Carlos ofreció, segun se cree, á Cromwell el orden de la Jarretiera y el título de conde de Essex; pero Cromwell previó tanta oposicion de parte de los *ajitadores* y de los *niveladores*, que se decidió en seguirlos. El espíritu republicano, forzando á un simple ciudadano á rehusar un cordon, le dió una corona. La libertad le impuso el crimen, el despotismo y la gloria.

Cromwell estaba entre dos juegos: si las negociaciones con Carlos tenian buen éxito, lo conducian á la fortuna: si salian mal, abandonando al rey, hallaba otros honores: por una parte el interes y la prudencia le aconsejaban unirse á Carlos; por la otra parte, su odio plebeyo y su ambicion desmesurada lo apartaban de semejante propósito. La ambigüedad de su conducta se explicará mejor así, que por la profunda hipocresía de una traicion no interrumpida, y firmemente resuelta de antemano á llegar á los últimos excesos.

En estas negociaciones tantas veces entabladas y rotas con los diversos partidos, el mismo Carlos fue generalmente acusado de falsedad. Tenia el prurito de hablar mucho, y escribir mucho: sus billetes, sus cartas, sus declaraciones, sus intentos concluyeron por ser conocidos de sus adversarios, que se servian frecuentemente de estos medios innobles. Despues de la

batalla de Naseby (14 de Junio de 1645) se hallaron en una caja perdida cartas y papeles importantes; fueron leídos en una asamblea popular en Guildhall, y publicados en seguida con notas por orden del parlamento, bajo este título: »*La cartera del rey abierta, &c.*» Estos papeles y cartas (del rey y de la reina) prueban que Carlos no miraba su palabra como comprometida, que estaba resuelto á llamar armadas extranjeras, y que se fijaba en las máximas del poder absoluto (1).

Por eso antes de salir de Oxford para entregarse á los escoceses, habia escrito á Digby, que si los *presbiterianos* ó los *independientes* no se reunian á él, degollando á unos y otros, seria rey.

Cuando la armada se apoderó de su persona en Holmby, fue conducido Carlos á Hamptoncourt, y dirigió á la reina una carta, en la que despues de explicarle su posicion, añadia: »Segun tiempo y lugar, yo procederé como deba contra estos ruines. Les daré un cordon de cáñamo en vez de la Jarretiera de seda.»

(1) Ya cité estos papeles y cartas. A pesar del candor de los *santos* y los *certificados conformes*, no se prueba que el texto se haya conservado religiosamente. Ademas de las razones materiales y morales que pudiera citar en favor de mi opinion, notaré que Cromwell fue el mas grande de los engañadores que venció los escrúpulos del parlamento, inspirándole la determinacion de publicar estos documentos. ¿Bajo el réjimen del Directorio no se falsificaron las mismas memorias de Clerj? Hasta dominando Bonaparte se emplearon estos odiosos medios, bien indignos de su jenio y de su poder. Durante los *cién dias*, ¿no se publicaron en Paris las cartas alteradas del duque de Angulema á S. A. R. madama la duquesa de Angulema, y hasta una falsa edicion de mi relacion hecha al rey en su consejo en Gante? Los partidos no tienen conciencia, y todo lo atropellan.

fretón y Cromwell, que trataban con el rey, sacaron esta carta del cojín de una silla de montar en que estaba encerrada. Como hombre, Carlos era naturalmente sincero: como rey, el orgullo de la sangre y del poder lo hacían despreciador y engañador. Montross, marchando al suplicio, empleó mas noblemente esta imájen de cordones: »El rey, dijo, me hizo el honor de gratificarme con la distincion de la Jarretiera; pero la cuerda hace mas ilustre mi posicion.»

Los *niveladores*, á cuya política debió Cromwell su engrandecimiento, formaban una faccion enjendrada por los *independientes*, y conducian los principios de estos á su última consecuencia.

Espantado con las amenazas, no pudiendo entenderse con la armada y el parlamento que trataban separadamente con él, el rey tuvo la debilidad de escaparse de Hamptoncourt, dejando encima de una mesa una declaracion dirigida á las dos cámaras, y diferentes papeles. *Huntingdon* pretende que Cromwell habia escrito una carta al gobernador de Hamptoncourt para notificarle el peligro de Carlos.

Este principe creyó su causa abandonada, pues no osó penetrar en Inglaterra, y encontrar su partido, aunque tuvo por un momento la idea de retirarse á *Berwick*. Despues de haber andado toda la noche, acompañado solamente del ayuda de cámara *Legg* y dos jentiles-hombres, *Ashburnham* y *Berckley*, llegó á la costa, y solamente vió un mar desierto. Aquel que domina el abismo, y que lo secó para dejar paso á su pueblo, no permitió que se presentase una barca de pescador, para abrir un camino sobre las olas al

fujitivo monarca. Carlos llamó á la puerta del castillo de Tichfield, en donde la condesa viuda de Southampton le dió hospitalidad: en seguida tomó el partido desesperado de solicitar la proteccion del gobernador de la isla de Wight, el coronel Hammond, hechura de Cromwell.

Prevenido por Jacobo Ashburnham y Berckley, Hammond se negó á prometer su proteccion á Carlos, y pidió permiso para presentarse. El rey, sabiendo la llegada inopinada del gobernador, se creyó víctima de una traicion de aquellas que él acostumbraba, y exclamó: »¡Jacobo! tú me has perdido." Ashburnham, derramando lágrimas, propuso á Carlos asesinar á Hammond, que estaba esperando á la puerta. Carlos rehusó el consentimiento al asesinato de Hammond, que tal vez hubiese sido la salvacion suya.

El rey fue otra vez prisionero de la faccion militar en el castillo de Carisbrook. Cromwell, que por sus tergiversaciones se habia hecho sospechoso al parlamento y á los soldados, reunió los oficiales: en un consejo reservado se resolvió, que cuando la armada se hubiese acabado de apoderar de todos los poderes, el rey seria llamado á juicio por el crimen de tiranía; crimen que esta armada independiente empleaba en provecho suyo, mirándolo como uno de sus privilegios, ó una de sus libertades.

Entonces el parlamento, mutilado como estaba, ofrecia su resistencia, y continuaba sus tratos con el rey. Cuando los comisarios de esta asamblea ya impotente fueron introducidos en el castillo de Carisbrook, quedaron pasmados de respeto á la vista de aquella

cabeza encanecida y *sin corona*, como la llama Cárlos en algunos versos que de él nos quedan. Los debates entre los comisarios y el rey empezaron sobre puntos de disciplina religiosa, y no pudieron entenderse: tal era el genio de la época: todo se sacrificaba á la tenacidad en la controversia. En tanto las libertades públicas, principalmente la de la prensa, por las cuales se trabajaba, eran víctimas de los partidos que triunfaban á su vez. Folletos intitulados: *Causa de la armada*, *Acuerdo del pueblo*, eran declarados por los parlamentarios atentatorios á la autoridad del gobierno: la fuerza militar por su parte obtenia, con la demanda del general Fairfax, que todo escrito seria sometido á la censura, y que el censor seria designado por el general. Las *facciones*, y las mismas *facciones republicanas*, jamás han querido la libertad de la prensa: este es el mas grande elogio que se puede hacer de semejante libertad.

Sin embargo, los *niveladores* llevaron tan lejos su política de teoría, que dieron graves recelos á Cromwell. Se presenta de repente en una de sus reuniones con el rejimiento *rojo* que mandaba, y cuyos soldados se llamaban *costillas de hierro*. Por su propia mano da la muerte á dos demagogos, hace ahorcar á otros, y disipa á los restantes. ¿Que decian las leyes de estos homicidas arbitrarios en un tiempo de libertad legal? Nada.

Los escoceses, avergonzados por haber entregado á su señor, tomaron las armas; Cromwell los bate, y hace prisionero á su general, el duque de Hamilton. Realistas que se vieron obligados á capitular en la ciu-

dad de Colchester, son puestos en venta como un rebaño de negros, y embarrilados como sardinas para la Nueva-Inglaterra. Carlos II, vuelto á su poder, se olvidó de rescatarlos: la ingratitud de los reyes convirtió la posteridad de estos infortunados prisioneros en hombres libres en el mismo suelo en donde habian sido vendidos como esclavos de reyes.

La armada victoriosa pidió desde luego con términos solapados, y despues patentemente, el juicio del rey. Diversas guarniciones del reino apoyaron esta petición. Luis XVI fue víctima de la violencia de un cuerpo político; Carlos I sucumbió á la animosidad de la facción militar: sus acusadores, una parte de sus jueces, y sus mismos verdugos, fueron oficiales.

Espantado de procedimientos tan atrevidos, el parlamento activa las negociaciones con el augusto prisionero, á fin de oponer el poder de la corona al de la soldadesca: Cromwell no da mas respuesta que partir para Lóndres.

Al mismo tiempo se comunica orden al coronel Hammond, en la isla de Wight, de ir á buscar al general Fairfax, y confiar la guardia de la persona del rey al coronel Ewers.

El parlamento prohíbe á Hammond obedecer: este se hubiese sujetado á la obediencia de la autoridad civil; pero viendo los soldados de la guarnicion dispuestos á sublevarse, partió para el campo, en donde fue detenido. Cojieron al monarca, le condujeron á la isla de Wight, al castillo de Hurst, y de allí á Windsor. Carlos habia remitido su *ultimatum* á la cámara de los comunes, y habia prometido á Hammond esperar veinte

dias en la isla de Wight la respuesta definitiva del parlamento: de aqui resulta que no intentó escaparse, lo que hubiese podido practicar comodamente: la fidelidad á su palabra lo condujo al patíbulo; el honor del príncipe forma el crimen de la nacion.

Los *independientes* habian de antemano espulsado de la cámara electiva á los mas honrados presbiterianos: ellos iban á ser espulsados á su vez. Esta fue la única circunstancia en que los famosos comunes manifestaron ardimiento: á la faz de la armada que sitiaba las puertas de Westminster, declararon que las condiciones venidas de la isla de Wight eran suficientes, y que se podia concluir el tratado con el rey. Las grandes resoluciones tardías jamás tienen buen éxito, porque no perteneciendo ni á la inspiracion de la virtud ni al impulso del carácter, son solo el resultado de una posicion desesperada, que un momento se sobrepone al miedo; pero ó falta valor para sostener estas resoluciones, ó los medios faltan para ejecutarlas.

La historia que es equitativa debe marcar que este voto de los comunes fue principalmente obra de Prynne, presbiteriano tan perseguido por el partido de la corona y del obispado; del hombre que, por la independencia de sus opiniones, habia sufrido dos veces la mutilacion, tres veces la esposicion al pilori, ocho años de cárcel, y multas considerables.

En el siguiente dia de la resolucion parlamentaria, el coronel Pride, carretero de oficio, arrestó cuarenta y siete miembros del parlamento de los comunes cuando se presentaron á las puertas de Westminster. Al otro dia la entrada de la cámara se negó

á noventa y ocho miembros: Prynne declaró que jamás se retiraría voluntariamente, y se le obligó con la fuerza. Después de varios desmembramientos, el largo parlamento se vió reducido á setenta y ocho miembros, y después á cincuenta y tres, por voluntarias renunciaciones: treientos cuarenta votantes habían estado presentes en la deliberación relativa á las negociaciones con el rey. El puñado de sediciosos conservado por la burla de los soldados retuvo el nombre de parlamento: el desprecio popular añadió el título de *rump* que le ha quedado

El *rump* desechó todo proyecto de acomodamiento con Carlos: habló también de forjar uno de aquellos planes de república que alegra á los bobos, y de que se aprovechan los picaros. El bill para sujetar á Carlos al juicio, y erijir á este efecto una corte de justicia, fue propuesto y votado en la pretendida cámara de los comunes. La cámara alta, de la cual no quedaba más que una sombra, y que solo contaba dieciséis pares en su seno, desechó con unanimidad el doble bill. El *rump* pronunció en seguida este decreto: »Por cuanto los miembros de los comunes son los verdaderos representantes del pueblo, de quien, después de Dios, emana todo poder, la ley nace de los comunes, y no tiene necesidad para ser obligatoria del concurso de los pares, ni del rey.»

Pasó una acta, que autorizaba á ciento cuarenta y cinco jueces nombrados en ella, ó á treinta solamente entre ellos, para formar una alta corte, y procesar á Carlos Estuardo, rey de Inglaterra. Coke fue el abogado jeneral, y Bradshaw tuvo la presidencia de

esta córte, de la cual formaba parte Cromwell. Al abrirse el procedimiento se hallaron solo sesenta y seis miembros, y los mismos sesenta y seis cuando se pronunció la sentencia.

Fue conducido el rey á Windsor al palacio de San James, y de allí á la barra de la córte, constituida al estremo de la gran sala de Westminster. El presidente Bradshaw estaba sentado en una silla de brazos de terciopelo carmesí, y los sesenta y seis comisarios colocados á los lados del presidente sobre banquetas cubiertas de escarlata: otro sillón estaba preparado para el *acusado*, en frente del presidente. Cuando se anunció la llegada del rey, Cromwell salió á una ventana para verle, y se retiró prontamente pálido como la muerte.

Entró Cárlos con paso firme, con el sombrero puesto, y un bastón en la mano: sentose en seguida, luego se levantó, y puso en sus jueces una mirada fija: esto pasaba el 20 de Enero de 1649, día que debía tener su aniversario: el 20 de Enero de 1793 se leyó á Luis XVI, prisionero en el Temple, la sentencia de muerte.

Llevado cuatro veces á la presencia de sus asesinos, Cárlos manifestó una nobleza, una paciencia, una sangre fría, un valor, que disiparon el recuerdo de sus debilidades. Declinó la competencia de la córte, y con la cabeza cubierta, habló como rey.

Bradshaw opuso á Cárlos la soberanía del pueblo: acusó al príncipe de haber violado la ley, oprimido las libertades públicas, y derramado la sangre inglesa. Esta controversia política era solamente una fórmula

la de abogar ridícula delante de la muerte sentada en el tribunal. Oyéronse los testigos que probaban haber mandado el rey sus tropas en diferentes asuntos: en Francia no hubiesen quitado la vida á un rey por haberse batido.

Lady Fairfax mostró la jenerosa audacia propia de las mujeres: desde la tribuna asistiendo al proceso, osó contradecir á los comisarios. Fue amenazada, diciéndole que los soldados harian fuego á las tribunas.

Los jueces se reconocian por verdugos, y habian colocado una espada en la mesa que ocupaban los dos secretarios del tribunal. Cárlos, pasando por delante de esta mesa, tocó la espada con la punta del baston que empuñaba, y dijo: »No me hace miedo.» Decia la verdad.

Tambien habia tocado con el baston la espalda del abogado jeneral Coke, dirijiéndole el grito parlamentario *hear! hear!* (escuchad, escuchad) cuando Coke comenzó su discurso. El pomo de plata del baston cayó. Amigos y enemigos auguraron que el rey seria decapitado.

Oyendo Cárlos los gritos y exclamaciones de »¡Justicia! ¡justicia! ¡Ejecucion! ¡ejecucion!» sonrió de piedad.

Un miserable, tal vez del número de los jueces, le escupió en el rostro: se enjugó tranquilamente, y dijo á Herbert: »Los pobres soldados no me quieren; »son escitados á estos insultos por sus jefes, á quienes »tratarian de la misma manera por un poco de plata.» Uno de los soldados que manifestaba compadecerse de él, fue golpeado duramente por un oficial, y Cárlos

dijo: «Me parece que el castigo escede á la ofensa.»

La religion sostenia al monarca: pensaba participar de las ignominias del Rey de reyes, y esta comparacion elevaba su alma sobre las miserias de la vida. Solamente se enterneci6 oyendo al pueblo que gritaba detras de los guardias: «¡Que Dios preserve á Vuestra Majestad!» No los ultrajes, sino las manifestaciones de bondad son las que hieren el corazon de los desdichados.

En los intervalos de las sesiones se retiraban los comisarios para deliberar entre sí en la *cámara pintada*. Esto sucedió singularmente al tercer dia del juicio, cuando propuso el rey esplicarse delante de un comité compuesto de lores y miembros de los comunes, para hacer, segun sus espresiones, una proposicion propia para dar la paz á su pueblo. Bradshaw se negó á la ofrenda del rey; el coronel Downes, uno de los jueces, reclamó: la córte pasó á deliberar á la pieza contigua. Cromwell triunfó del coronel, y se decidió que no se admitia la proposicion del rey. Carlos pensaba, segun se cree, abdicar la corona en favor del principe de Gales.

Durante la instruccion del proceso se intentó con todo medio de truancías acalorar el espíritu del pueblo.

Un predicador dijo en el púlpito, «que acababa de tener una revelacion; que para asegurar la felicidad del pueblo era urgente abolir la monarquía; que el rey era visiblemente Barrabás, y la armada el Cristo; que era necesario no imitar á los judíos, que libraron al ladrón en lugar del justo; que habia en la armada mas de cinco mil *santos* de mas mérito que los del

»paraíso; y por fin, que se había de castigar al gran »Barrabás de Windsor." Este predicador, venido de la nueva Inglaterra, se llamaba Peters, singular semejanza de nombre con el otro Peters que contribuyó á la ruina de Jacobo II.

En este momento crítico se vió lo que se vé con frecuencia, esto es, la probidad comun suficiente en el tiempo de calma, insuficiente en el instante del peligro. Esta especie de jentes honradas que habian querido la revolucion de buena fe, carecieron de enerjia para detenerla en sus justos límites. Whitelocke, que era uno de este rebaño de débiles, declaró que se desechaba la *sórdida obra* del proceso formado contra el rey sobre la armada; cosa natural, segun él, porque la armada habia perdido la acusacion. Whitelocke tenia razon; mas la armada entendia el asunto de diferente manera: quería hacer á los parlamentarios ejecutores de sus altas obras. Whitelocke, comisario del sello, se ocultó en la campiña con su compañero Weddrington: Elsing, clérigo del parlamento, renunció su cargo.

John Cromwell, que entonces estaba al servicio de Holanda, vino á Inglaterra de parte del principe de Gales y del de Oranje, para procurar salvar al rey. Introducido con mucho trabajo en casa de Olivier, su primo, quiso manifestarle la enormidad del crimen que se iba á cometer, y le afirmó que habia visto en otro tiempo en Hampcourt al mismo Olivier Cromwell mas leal en sus opiniones. Olivier le replicó que los tiempos se habian mudado, que él habia ayunado y orado por Carlos; pero que el cielo no habia dado aun

respuesta alguna. John se transportó, y se dirigió á cerrar la puerta: Olivier creyó que su primo queria darle de puñaladas, y le dijo: »Volved á vuestro al-bergue, y no os acosteis sino despues de haber oi-do hablar de mí." A la media noche, un mensa-jero de Olivier vino á decir á John, »que el consejo »de oficiales habia *consultado al Señor*, y que el Señor »queria que el rey muriese." En otra ocasion oyeron decir á Cromwell: »Se trata de mi cabeza ó de la del »rey; mi eleccion está hecha."

La órden para la ejecucion de la sentencia de muerte fue firmada en la *sala pintada* por unos se-senta miembros que la sellaron con sus sellos; el original de ella existe: muchos nombres de las firmas es-tán escritos de manera que no se pueden leer; otros están borrados y reemplazados por nombres en inter-línea. La cobardía del tiempo presente, y temor del venidero, habian causado estas viles precauciones de una conciencia espantada.

Cromwell puso su nombre en la órden de ejecu-cion con aquellas bufonías que solia mezclar en las conversaciones mas serias, ó por ser superior á sus ac-ciones, ó por quererlo parecer, ó bien porque su ca-rácter se componia de lo burlesco y lo grande, sir-viendo una cualidad de desahogo á la otra.

Cromwell habia sido tan malo en su primera ju-ventud, que los taberneros cerraban su puerta cuan-do pasaba por las calles de Huntingdon. Una vez en casa de un tio suyo obligó á los asistentes á huir de un baile por la eleccion de un perfume con que habia frotado sus guantes y vestido. Mas tarde, ocupándose de una

constitucion para la Inglaterra, arrojó una almohada á la cabeza de Ludlow, que le arrojó otra á las piernas al huir. Algunos *santos* lo sorprendieron un dia bebiendo, y dijo á sus alegres amigos: »Ellos creian »que nosotros *buscábamos al Señor*, y buscamos un sa- »ca-tapon." El saca-tapon habia caido.

Cromwell pues, al firmar la órden de ejecucion de Carlos I, ensució de tinta el semblantes de Henry Martin, que firmaba despues de él: el rejicida Martin volvió juego por juego á su camarada: esta tinta era de sangre, y le dejó la marca que se veia en la frente de Cain.

El coronel Ingoldsby, pariente de Olivier, nombrado comisario en la alta córte, en que no se sentó, entró por casualidad en la *cámara pintada* en el momento de las firmas: Cromwell le instiga para que una su nombre á los inscritos, y el coronel se niega. Los comisarios se apoderan de Ingoldsby: Cromwell le pone por fuerza la pluma entre los dedos con grandes risotadas, y guiándole la mano, le obliga á escribir el nombre Ingoldsby. Finalmente, esta demasia abominable se halla con frecuencia en la historia. Los mayores revolucionarios de Francia eran parlanchines ó indiscretos, y afectaban derramar la sangre con la misma indiferencia que el agua. Una conciencia paralitica y una conciencia virtuosa, producen la misma paz, llevan lijeramente la vida, pero con esta diferencia: la una no siente el peso de los remordimientos, la otra el peso de la adversidad.

Cromwell representó con respecto á Fairfax otra comedia: éste queria con su rejimiento libertar al rey.

Cromwell, favorecido de Ireton, se esforzó en persuadir á Fairfax que el Señor había abandonado á Carlos. Se empeñaron en que implorase el favor del cielo para obtener un oráculo, ocultando siempre al engañado que habían firmado ya la orden de ejecución.

El coronel Harrison, tan sencillo como Fairfax, pero poseído de otras ideas, se quedó por instigación del yerno y del suegro al lado de Fairfax, é hizo durar las preces y oraciones hasta que llegó la noticia de que la cabeza del rey había caído.

Los lores Richmond, Lindsey, Southampton y Herforth, que en otro tiempo fueron ministros de Carlos, pidieron sufrir la pena de muerte en lugar de su señor, como únicos responsables segun el espíritu de la constitución, de los actos de la corona. Las facciones no conocieron esta noble responsabilidad: el crimen dió un bill de indemnidad á los ministros. La Escocia hizo amenazas, la Francia y la España hicieron representaciones frias en verdad, pero la Holanda trabajó con mas viveza, aunque sin provecho.

Carlos había escuchado su sentencia sin dar otra señal de emoción que una desdeñosa contracción de labios cuando oyó que se le declaraba tirano, traidor, asesino, enemigo de la república, y digno como tal de que se le cortase la cabeza. Los setenta y tres comisarios que quedaban de ciento cuarenta y cuatro nombrados, se levantaron todos en señal de adhesión á la sentencia que se leyó en voz alta. Carlos manifestó descos de hablar despues de la lectura; se le prohibió el uso de la palabra, porque ya no estaba vivo á los ojos de la ley.

Durante los tres días concedidos al prisionero para prepararse á la muerte, el único ruido de la tierra que llegó á su soledad, fue el de los obreros que levantaban el patíbulo. Dos hijos de Cárlos quedaron en poder de los republicanos, la princesa Isabel y el duque de Glocester, que tenia seis años. Le presentaron estos hijos. Tomó al último sobre sus rodillas, y le dijo: «Quieren cortar la cabeza á tu padre; tal vez querrán hacerte rey; mas tú no puedes serlo, mientras vivan tus hermanos mayores Cárlos y Jacobo.» El niño respondió: «Primero me dejaré hacer pedazos.» El padre abrazó al huerfanito derramando lágrimas de ternura. Cromwell, que se reservaba la corona, queria hacer duque de Glocester á un traficante de botones. El jóven rey Luis XVII y su santa y noble hermana recibieron despues, en el Temple, las bendiciones de Luis XVI.

Un comité nombrado por la alta córtc habia escogido el lugar de la ejecucion: se levantó el cadalso delante del palacio de Whitehall, y se elevó al nivel de la sala de los *banquetes*. En consecuencia de esta disposicion, Cárlos debia encontrarse á pie llano con su nuevo trono cuando saliese por las ventanas. La mano de Dios habia escrito en la pared de esta sala de los festines la ruina del imperio de los Estuardos (1).

El rey habia pedido la asistencia del obispo Juxon, virtuoso defensor de Strafford: fuele acordada por la sollicitacion de Seters, predicador fanático que se parecia á los curas de París en tiempo de la liga.

(1) Algunas memorias dicen, que se habia practicado una abertura en la pared.

Herberto, que no dejaba á su señor, dormía en una mala cama á su lado.

En la noche del 29 al 30 de Enero durmió profundamente el rey hasta las cuatro de la mañana. Entonces despertó á Herberto, y le dijo: »Llegó el día de mis segundas bodas; necesito traje digno de tal pompa." Indicó el vestido que quería; y se puso dos camisas á causa del rigor de la estación. »Si tiemblo, dijo, mis enemigos lo atribuirán á miedo." Carlos, habiendo advertido que Herberto durmió agitadamente, le preguntó la causa. »He soñado, dijo el fiel servidor, que veía entrar al arzobispo Laud en vuestro cuarto; le habeis ordenado que se aproximase á vos, y le habeis hablado con aire triste. El arzobispo ha suspirado profundamente, y se ha retirado postrándose." Carlos, conmovido con esta relacion, replicó: »El arzobispo es muerto: si estuviese vivo, yo le hubiese dicho alguna cosa que le hubiese arrancado un suspiro."

El monarca pasó algunas horas en devociones con el obispo, y recibió la comunión de la mano de este venerable amigo de Dios. El republicano Ludlow disfrazó esta patética escena: cuenta que Juxon, llamado por Carlos, se vistió de prisa las insignias episcopales, y no teniendo nada preparado sobre la materia, leyó á su penitente uno de sus viejos sermones. Las Memorias de Cléry, falsificadas por orden de los interesados, alteran las palabras del rey mártir, y convierten en bufonadas las acciones de la virtud y de la desgracia.

Herberto entró en la cámara del rey, y en se-

guida el coronel Hacker anunció que era tiempo de partir para Whitehall.

Cárlos vestido de luto, con el collar de San Jorge sobre el pecho, y un sombrero adornado de un penacho negro sobre la cabeza (asi se preparó Falkland para morir), salió á pie del palacio de San James el día 30 de Enero de 1640 (antiguo uso), cerca de las ocho de la mañana. Atravesó el parque entre dos destacamentos de soldados: sus servidores y sus carceleros, y el mismo coronel Thomlinson, jefe de la comitiva fúnebre, lo acompañaron descubiertos, porque el respeto era igual á la grandeza de la víctima.

El rey entró en el palacio de Whitehall: se le habia preparado una comida, y solo tomó un poco de pan y de vino por consejo de Juxon. Pasaron dos horas hasta que fue llamado al suplicio, y sobre esta dilacion misteriosa solamente se han podido formar conjeturas.

Los embajadores de Holanda no llegaron á Lóndres hasta el 25 de Enero, y solo tuvieron audiencia de los comunes el 29 por la tarde, vispera de la catástrofe.

Con ellos estaba Seymour: era portador de cartas del príncipe de Gales, la una dirigida al rey, la otra á Fairfax, y traía otra de firma en blanco del príncipe: Seymour tenia orden de declarar que los parlamentarios podian escribir en esta firma en blanco todas las condiciones que juzgasen á propósito imponer por el rescate de la vida del prisionero; el nombre del heredero de la corona que se encontraba al pie de estas condiciones, era la garantía de su aceptacion total. Este incidente pudo poner en incertidumbre los

espíritus, y si hubiese llegado algunos días antes, tal vez hubiera salvado la vida del rey. Sea lo que fuere, lo cierto es que se deliberó al pie del patíbulo, y el sacrificio fue suspendido dos horas por una razón ignorada. Se halla una prueba singular de las dudas de los conjurados hasta el último momento.

Fairfax estaba en Whitehall durante la ejecución; había rehusado ser del número de los jueces, y se había opuesto á la sentencia, y lady Fairfax con mas empeño todavía. Fairfax había amenazado con la sublevación de los soldados de su regimiento: solamente fue engañado, como hemos visto, por las bufonías de Cromwell. Herberto lo encontró rodeado de algunos oficiales en un corredor de Whitehall, y Fairfax le dijo en seguida: »¿Como está el rey?» La cuestión pareció singular á Herberto. ¿Creía, pues, Fairfax que se negociaba? ¿Ignoraba el estado de las cosas? La rectitud sin luces tiene los mismos resultados que la maldad; sino cumple los hechos, los deja cumplir, y su misma conciencia le sirve de lazo.

Tal vez la dilación provino de la dificultad en hallar verdugos y vestirlos para la escena. El juicio de los rejicidas hace ver que no se sirvieron del verdugo ordinario; que todos los soldados de un regimiento llamados bajo juramento á esta obra, se negaron, y que Hulet (oficial acusado en el proceso de haber sido el verdugo) sostuvo en su defensa, que se le había apisionado en Whitehall por haber rehusado la cuchilla de honor de los rejicidas.

El coronel Thomlinson tuvo la humanidad de permitir á Seymour que entregase á Carlos la carta de su

hijo. Seymour recibió las últimas instrucciones del rey para el príncipe de Gales. Apenas se retiró, entró Hacker: venia á anunciar al monarca el último momento.

Cárlos siguió sin titubear al coronel. Atravesó en compañía de Juxon una larga galería guarnecida de soldados, que estaban bien demudados; su continente anunciaba la parte que se tomaban en tan grande infortunio. El rey salió por la estremidad de la galería, y se halló en frente del patíbulo: sonaban las diez y media.

El patíbulo estaba tapizado de negro. Dos verdugos enmascarados, misteriosos fantasmas que aumentaban el dolor de la catástrofe, estaban de pie junto al tajo en que se veía brillar el hacha; los dos vestían uniformemente un traje de cortante, especie de sobretodo de lana blanca; el uno, que tenía los cabellos y la barba de color negro, llevaba un sombrero levantado de ala, el otro tenía la barba larga y canosa; su cabeza estaba cubierta de una peluca también canosa, cuyos pelos esparcidos caían sobre su máscara. Cuatro anillos de hierro sellaban el cadalso, para dar paso á las cuerdas, y obligar al rey á poner la cabeza sobre el pedrusco, en caso de resistencia (1), como los antiguos sacrificadores ataban el toro en el altar. Regimientos de infantería y caballería con casacas coloradas rodeaban el patíbulo: un pueblo innumerable, colocado fuera del alcance de la voz de su soberano, se oprimía en silencio detras de las tropas.

Cárlos, desde lo alto del fúnebre monumento, dominaba á este aparato formidable: en sus miradas ha-

(1) *Bejicide's trial.*

bia un no sé qué de intrepidez y serenidad. No pudiendo hacerse oír de la multitud, habló de toda clase de negocios á las personas que lo rodeaban: ni se mostraba espantado ni forzado á morir; parecia un hombre ocupado en su cuarto en la accion mas comun, mientras sus criados preparan su lecho de reposo.

Por la tarde se vendió en las calles de Lóndres una relacion popular de los últimos momentos del rey: abunda en los pequeños detalles que agradan á los ingleses. En estos retratos hechos sobre el modelo vivo, hay una sencillez y una naturalidad, que todas las copias del mundo no pueden reproducir. Voy á dar esta relacion: en ella se verá la libertad del espíritu de Cárlos, se leerán los discursos de este príncipe mezclados de controversia relijiosa y política: el orador real parece olvidar que estaba allí para morir, y solamente sus paréntesis relativos al hacha manifestaban que se acordaba de todo. En esta relacion chocará tambien el dolor de los asistentes y el respeto del mismo verdugo: Hulet, el de la máscara con la barba canosa, no dió el golpe sino por orden de aquel solo que tenia el derecho de mandarle. Me serviré de la traduccion francesa de este documento hecha en 1649, que es tan sencilla como la orijinal.

RELACION VERDADERA

DE LA MUERTE DEL REY DE LA GRAN-BRETAÑA,

CON

LA ARENGA HECHA POR S. M. EN EL CADALSO ANTES DE SU
EJECUCION.

El día 29 de Enero, á las diez de la mañana, fue conducido el rey á San James, á pie, por dentro del parque, en medio de un rejimiento de infantería, tambor batiente y banderas desplegadas, con su guardia ordinaria, armada de partesanas, y algunos jentiles-hombres delante y detras con la cabeza descubierta. El señor Juxon, doctor en teología, obispo de Londres, le seguía, y el coronel Thomlinson, que tenia el cargo de S. M. hablando con el rey, con la cabeza descubierta, desde el parque de San James, al traves de la galería de Whitehall, hasta la cámara de su gabinete (1), en donde dormia ordinariamente y recitaba sus preces: adonde habiendo llegado rehusó comer, porque habia comulgado una hora antes, bebiendo solo un vaso de vino, y comiendo un pedazo de pan.

De allí fue acompañado por el mencionado Juxon, el coronel Thomlinson y algunos otros oficiales, que tenian el encargo de seguirle y guardar su cuerpo,

(1) El rey habia pedido el gabinete y la pequeña cámara próxima. (Esta nota y las siguientes son del autor de la Relacion.)

cercado de mosqueteros, á la sala de los banquetes, junto á la cual estaba levantado el patíbulo (1), cubierto de luto, con el hacha y tajo en medio. Muchas compañías de caballería é infantería estaban colocadas á los dos lados del cadalso, con confusion del pueblo por ver este espectáculo. Habiendo subido el rey al patíbulo, puso los ojos atentos en el hacha y el tajo, y preguntó al coronel Hacker si habia otro mas alto, y prosiguió hablando, como se sigue, dirijiendo particularmente la palabra al coronel Thomlinson:

» Pocas cosas tengo que decir; por tanto me dirijo
» á vos, y diréis que callaria voluntariamente si no temiese que mi silencio podia dar á algunos motivo de
» creer que yo cometi la falta, como sufro el suplicio;
» pero creo que para sincerarme con Dios y con mi
» pais, debo justificarme como buen cristiano y buen
» rey, y finalmente como hombre de bien.

» Comenzaré primero por mi inocencia, y me parece
» que no es necesario entreteneros mucho tiempo con
» este asunto. Todo el mundo sabe que no he comenzado la guerra con las dos cámaras del parlamento, y
» pongo á Dios por testigo (al cual debo dar cuenta) que
» jamás he tenido intencion de usurpar sus privilegios:
» por el contrario, ellos mismos comenzaron apoderándose de los arsenales; confesaron que me pertencian;
» pero juzgaron que era necesario quitármelos: y por
» ser conciso, si alguno quiere mirar las datas de las
» comisiones de sus diputados y de los mios, como las
» declaraciones tambien, verá evidentemente que ellos

(1) En este lugar ó cerca de él hubo un asesinato y treinta hombres heridos; primera sangre de esta última guerra.

»han comenzado los desórdenes, y no yo; de manera
 »que confío que Dios ha de vengar mi inocencia. ¡No,
 »no lo quiero....! tengo caridad: no quiera Dios que
 »impute la falta á las dos cámaras del parlamento: no
 »hay necesidad de nada: creo que están libres de este
 »crimen, pues tal vez los malos ministros, juntamente
 »con mi persona, han sido la causa principal de la
 »sangre derramada. Asi, como yo me encuentro ino-
 »cente (espero y suplico á Dios que sea así), ellos tam-
 »bien lo son. Sin embargo, no quiera Dios que yo
 »sea tan mal cristiano que no contiese que los juicios
 »de Dios son justos contra mí; porque muchas veces
 »castiga justamente por una injusta venganza, y esto
 »se ve con frecuencia. *Diré solamente que una injusta*
 »*sentencia (1) que permití se ejecutase, es castigada al*
 »*presente con otra injusta dada contra mí mismo. Lo*
 »que he dicho hasta ahora es para manifestaros mi ino-
 »cencia.

»Para haceros ver que soy un buen cristiano, ved
 »ahí á un hombre honrado (señalando con el dedo á
 »Juxon) que dará testimonio de que he perdonado á
 »todo el mundo, y en particular á aquellos que son
 »autores de mi muerte; ruego á Dios que los per-
 »done. Pero esto no es bastante; es preciso que la ca-
 »ridad avance mas: deseo que se arrepientan, porque
 »verdaderamente han cometido un pecado enorme en
 »esta ocurrencia. Suplico á Dios con San Estévan, que
 »no reciban su castigo; no solamente eso, sino que
 »puedan tomar el verdadero camino de establecer la
 »paz en el reino.

(1) Sentencia de muerte del conde de Strafford.

»Así, señores, lo desco con toda mi alma, y es-
 »pero (1) que hay algunos aquí que lo harán conocer
 »en todas partes, á fin de ayudar á la pacificación
 »del reino.

»Entre tanto, señores, es preciso que conozcáis
 »que seguís un mal camino, y que entreis en otro
 »mejor. Para manifestaros que os apartais de la justi-
 »cia, os diré primero que todo lo que habeis hecho,
 »ha sido, á mi parecer, por via de conquista: mal me-
 »dio es este; porque una conquista no es siempre justa,
 »sino hay una causa verdadera y legítima, sea por
 »agravio recibido ó por recto derecho; si traspasais esto,
 »vuestra primera contestacion hace injusta vuestra cau-
 »sa en su fin, aunque fuese justa en un principio; pero
 »sino es conquista, es un robo enorme; así como un
 »pirata echó en cara á Alejandro que era un gran la-
 »dron, cuando el pirata se contentaba con ser un la-
 »dron de poca importancia. De modo, señores, que
 »tengo por mal medio el que al presente tomais. Para
 »constitueros en recto sendero, persuadíos que jamás
 »obraréis bien, y que Dios no os asistirá, sino dais á
 »Dios lo que es de Dios, y al rey lo que es del rey
 »(quiero decir, á mis sucesores y al pueblo). Estoy en
 »favor del pueblo tanto como cada uno de vosotros.
 »Preciso es que deis á Dios lo que es suyo, arreglando
 »con rectitud (segun la Escritura) su iglesia, que al
 »presente está desordenada. No puedo detallaros ahora
 »el camino que habeis de seguir en esto: solo os diré,
 »que seria muy bueno reunir un sínodo nacional, en

(1) Volviéndose á unos jóvenes-hombres que escribían sus palabras.

»donde cada uno pudiese disputar con toda libertad, y se siguiesen las opiniones evidentemente buenas.

»Por lo que respeta al rey, no quiero..... volviéndose á un gentil-hombre que tocaba el hacha, le dijo: »No echéis á perder el hacha (1). En cuanto al rey, os instruirán claramente las leyes del reino, y porque esto me toca en particular, de paso os diré una palabra.

»Deseo la libertad y franquicia del pueblo tanto como cualquiera; pero es preciso que os diga, que debe ser conservada por las leyes, por las cuales se aseguran las vidas y bienes de los ciudadanos: no es preciso que ellos tengan parte en el gobierno, señores, eso no les pertenece. Un soberano y un vasallo son diferentes el uno del otro; y por tanto, hasta que hagáis esto (quiero decir, hasta que pongáis al pueblo en esta especie de libertad), ciertamente jamás disfrutará de ella.

»Señores, por esta causa me veo aqui: si yo hubiese querido dar lugar á la arbitrariedad, para cambiar las leyes segun la fuerza de la espada, hubiese podido evitar esto, y os aseguro (suplico á Dios que aparte de vosotros el castigo) que soy martirizado por el pueblo.

»No os detendré mas, señores: solamente diré que yo hubiese podido pedir un poco mas de tiempo para poner todo esto en mejor orden, y decirlo mejor; pero espero que me disimularéis.

»He descargado mi conciencia: ruego á Dios que

(1) Queriendo decir, que no embotase el filo.

»adoptéis los medios mas propios por el bien del reino y
»el vuestro propio.”

Entonces el señor Juxon dijo al monarca: »¿Os
»place (aunque la estimacion que teneis á la religion
»es bastante conocida) decir alguna cosa para satis-
»faccion del pueblo?”

— »Os doy las gracias de todo corazon, señor
»mio, porque casi lo habia olvidado. Señores, creo
»que mi conciencia y religion es notoria á todo el mun-
»do, y por tanto declaro delante de todos vosotros que
»muero como cristiano que profesa la religion de la
»iglesia anglicana en el estado en que mi padre me la
»dejó, y creo que este venerable hombre (designando
»al señor Juxon) será buen testigo.”

Volviéndose en seguida á los oficiales, dijo: »Se-
»ñores, escusadme en esto: mi causa es justa, y mi
»Dios es bueno: no digo mas.”

Al coronel Hacker le dijo: »Tened cuidado, si
»gustais, de que no me hagan padecer.”

Entonces á un gentil-hombre que se acercaba al
hacha dijo el rey. »Tened cuidado del hacha, os su-
»plico, tened cuidado del hacha.”

Despues de esto, hablando al ejecutor, se espresó
asi: »Haré mi súplica breve, y cuando estienda el
»brazo.....”

Pidió al instante su gorro de dormir al señor Ju-
xon, y habiéndolo puesto en su cabeza, dijo al ver-
dugo: »¿Os estorbarán mis cabellos?” Él le suplicó
que se pusiese el gorro, lo que el rey practicó ayu-
dado del obispo y del ejecutor. Luego, dirijiéndose á
Juxon, exclamó: »Mi causa es justa, y mi Dios bueno.”

El señor Juxon. »No hay mas que un paso, es pesado, pero corto, y podeis considerar que os trasladará pronto de la tierra al cielo, y hallareis alli consuelo y alegría.”

El rey. »Marcho de una corona corruptible á otra incorruptible, en donde no puede haber turbacion, ninguna turbacion de las que ajitan el mundo.”

Juxon. »Cambiais una corona temporal por otra eterna: buen cambio por cierto.”

El rey dijo al verdugo: »¿Están bien mis cabellos?” Se quitó el manto, y dió su cordon azul, que era la insignia de San Jorje, al señor Juxon, diciendo: »Acordaos.”

Despues se quitó el rey su jubon, y estando sin ajustador, volvió á ponerse el manto sobre las espaldas, y mirando el tajo, dijo al ejecutor: »Es preciso que lo ateis bien.”

El ejecutor. »Está bien atado.”

El rey. »Podia estar un poco mas alto.”

El ejecutor. »No puede mas, señor.”

El rey. »Cuando yo estenderé el brazo asi..... entonces.....”

Despues de todo esto, habiendo dicho dos ó tres palabras en voz baja, de pie, levantando las manos y los ojos al cielo, se arrodilló repentinamente; puso su cuello en el tajo, y metiéndole el ejecutor los cabellos en el gorro, le dijo el rey (pensando que iba á herirle): »Esperad la señal.”

El ejecutor. »Lo haré, si place á Vuestra Majestad.”

Tras una breve pausa, el rey estendió el brazo:

el verdugo separó la cabeza del cuerpo de un solo golpe, y cuando estuvo cortada la tomó en su mano, y enseñó á los espectadores, y el cuerpo fue colocado en una caja de terciopelo negro para este efecto. Al presente el cuerpo del rey está en su cámara en Whitehall."

Sic transit gloria mundi.

(Fin de la relacion).

Clarendon refiere que el cuerpo del rey, que se veía la tarde de la ejecucion en la cámara de *Whitehall*, no pudo ser encontrado en la restauracion de Carlos II. Sin embargo, Herberto habia escrito positivamente que la inhumacion se habia verificado en Windsor, en la bóveda del coro de la capilla de San Jorge, en donde reposaban los restos de Enrique VIII y Juana Seymour. Unos obreros que trabajaban en esta capilla en 1813 descubrieron por casualidad la bóveda. El príncipe rejeute, hoy dia Jorge IV, mandó hacer pesquisas, y se descubrió un ataúd de plomo que tenia una placa con este letrero: CARLOS REY, lo que era en todo conforme con la relacion de Herberto.

Se practicó una entalladura en la cubierta, y despues de quitar una tela impregnada de una materia crasa, se descubrió el semblante de un muerto, cuyas facciones desfiguradas y confundidas se asemejaban al retrato de Carlos I. Despues del proceso verbal de Enrique Halford, la cabeza del cadáver, separada del tronco, tenia los ojos medio abiertos, y aun se pudo

teñir un pañuelo blanco de una sangre bastante líquida. Este testigo extraordinario, volviendo de la tumba despues de la muerte de Luis XVI, ha venido á depouer las faltas de los reyes, los excesos de los pueblos, la marcha del tiempo, encadenamiento de sucesos y complicidad del crimen de 1649 con el de 1793.

Una omision se nota en la relacion popular de la ejecucion de Carlos: esta relacion no habla de la máscara de los verdugos. Ludlow, el rejicida, calla tambien este hecho. La hoja suelta de que se trata, no pudo venderse en Lóndres sino despues de haber pasado á la censura de los hombres de la libertad. El estar los verdugos enmascarados, probaba ó una vergonzosa fiesta saturnal, ó la confesion de un asesinato cumplido contra una cabeza que ninguna criatura con semblante de hombre tenia el derecho de tocar.

Para llegar á la fatal ejecucion, Cromwell tuvo necesidad de acudir á las risas y lágrimas que, contrariándose en él, descubrian su mútua hipocresia: despues del golpe tomó un carácter franco: hizo que abriesen el ataúd, y se aseguró, tocando la cabeza de su rey, que estaba verdaderamente separada del cuerpo: tambien manifestó con razones, que un hombre de tan buena construccion hubiese podido vivir largos años. El terrible Cromwell, obscuro y desconocido como el destino, tenia en este momento un orgullo inexorable: se deleitaba en la victoria que habia alcanzado contra un monarca y contra la naturaleza.

Los matadores, compañeros suyos, no gozaban en tal momento de su seguridad y alegría. Todos se ha-

bían apresurado en abandonar la sangrienta escena. El verdugo principal, Hulet, capitán del rejimiento de caballería del coronel Hewson, se arrojó para atravesar el Támesis, al batel de un marinero llamado Smith: este fue obligado por los mosqueteros á tomarlo á su bordo. Habiéndose alejado de la ribera, Smith dijo al siniestro pasajero: »¿Sois vos el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?" — »No, respondió Hulet: esto es tanta verdad, como soy un pecador delante de Dios." Y temblaba en todo su cuerpo. Smith, remando volvió á preguntar: »¿Sois vos el verdugo que ha cortado la cabeza del rey?" Hulet negó de nuevo; dijo que le habían detenido prisionero en Whitehall, pero que se habían apoderado de sus *instrumentos*. Smith le repuso: »Ahondaré mi batel si no decís la verdad." La cabeza del rey había sido pagada con 100 libras esterlinas á Hulet. El abogado jeneral Turner le dijo: »Yo probaré que eres tú el que has dado el golpe despues del proceso de los rejicidas, y te arrancaré tu máscara (1).

(1) *Regicide's trial.*

LA REPÚBLICA Y EL PROTECTORADO.

De 1640 á 1658.

Dos efectos produjo en Inglaterra la ejecución de Cárlos.

Por una parte, se consternaron los hombres honrados, hubo profundos dolores, y muertes súbitas causadas por estos mismos dolores; y como la nación era religiosa, tuvo sus remordimientos. El *Eikon Basiliké* hizo que se suspirase por Cárlos I, así como el testamento de Luis XVI granjeó á este rey singular admiración. El *Eikon Basiliké* no era de Cárlos: hoy día tenemos reconocido por autor al doctor Gauden. Milton recibió la odiosa comision de ventilar este punto de crítica: toda la sublimidad de su jenio apoyada en la verdad del hecho, no pudo triunfar de una impostura, obra de un espíritu comun, pero fundada sobre la verdad de una desgracia.

¿Que queda hoy día en Inglaterra de todos estos dolores? Una ceremonia establecida por Cárlos II, que se celebra el 30 de Enero de cada año. Se cree que se observa el ayuno, y no se ayuna: se cierran los espectáculos, y la jente se divierte en los salones ó en las tabernas; la bolsa tambien está cerrada con grande disgusto de los especuladores, que se cuidan poco de hallar en el camino de su fortuna ó de su ruina la ca-

beza de un rey. Los siglos no adoptan estos legados de luto: bastantes males tienen que llorar, sin encargarse de derramar lágrimas hereditarias.

Por otra parte, la confusión se esparció en los tres reinos despues de la muerte de Cárlos I. Cada uno tenia un plan de república y de relijion. Los milenaristas, ó los hombres de la quinta monarquía, pedían la ley Agraria y la abolición de toda forma de gobierno, para esperar el próximo gobierno de Cristo, y entre ellos no habia otra carta que la Escritura. Los antinonianos pretendían que estaba destruida la ley moral, que cada uno se debía conducir segun sus propios principios, y no segun las antiguas nociones de justicia y humanidad: reclamaban una libertad absoluta, y decían: «La fornicación, la embriaguez y la blasfemia son segun las miras del Señor que habla en nosotros.» No estaban lejos de convertirse en turcos, y se divertían con la lectura del Alcorán recién traducido. Los cuákeros, y sobre todo las cuakeresas, pasaban también por una secta mahometana. Políticos que se elevaban sobre toda especie de culto, querían que el poder no reconociese ninguna relijion particular: otros anhelaban refundir las leyes civiles, y borrar absolutamente el tiempo pasado. Despojados de sus bienes y de sus honores, jemían los episcopales en opresión, y los presbiterianos veían el fruto de una revolución que ellos habían sembrado, recojido por los independientes, ajitadores y niveladores.

Los niveladores eran de muchas especies, los unos, los *cabadores* y *desarraigadores*, se apoderaban de los brezales y campos baldíos: los otros, *guerreros* ó tur-

bulentos, subleaban á los soldados, ó robaban en los caminos públicos: todos pedían la disolución del largo parlamento, y la convocación de uno nuevo. En esta desorganización completa de la sociedad, en medio de los patibulos que se levantaban para castigar el crimen y la virtud, no se enfrenaba ningún partido: por una buena fe que la anarquía dejaba libre, era cosa común oír hablar á los republicanos de poner á Carlos II á la cabeza de la república, y á los realistas declarar que era lo mejor tal vez una república.

Quedaban sin embargo en Londres dos principios de gobierno y administración: el *rump* y el consejo de oficiales que había subyugado al *rump*.

Examinose en seguida si la cámara de los pares formaba parte integrante del poder legislativo: á pesar de la opinión de Cromwell, que según sus intereses quería guardar la dignidad de par, se decidió que la cámara hereditaria era inútil y peligrosa, y se decretó la supresión. Probó la monarquía la misma suerte. El corregidor de Londres se negó á proclamar el acta de abolición de la dignidad real.

El reino de Inglaterra se halló transformado en república, y se grabó un gran sello, que representaba por una parte la cámara de los comunes, con esta inscripción: «*El gran sello de la república de Inglaterra:*» en el reverso se veían una cruz y una arpa, armas de Inglaterra y de Irlanda, con estas palabras: «*Dios con nosotros:*» en el exergo se leía: «*El año primero de la libertad, por la gracia de Dios 1649.*» Mala data es la del crimen para la libertad.

Cinco miembros de los comunes se encargaron

(Ludlow era uno) de componer un consejo de cuarenta, á quien se devolvería el poder ejecutivo. Este comité de cinco presentó treinta y cinco candidatos; añádiósele el comité de los cinco. Éste se encargó además de examinar la conducta de los parlamentarios que no habían ocupado asiento en Westminster durante el proceso del rey.

Conveniente era inmolar víctimas en honor de los funerales del príncipe: el duque de Hamilton, Earl de Holland y lord Capell, prisioneros, fueron decapitados, el primero contra el derecho de jentes, los dos últimos contra el derecho de la guerra. Todos los partidos mostraron sentimiento por lord Capell; Cromwell hizo de él un magnífico clojio; pero pretendía que debía ser sacrificado por la misma causa de su virtud. El noble par, hallándose sobre el patíbulo, se dirigió al verdugo, diciéndole: »¿Sois vos el que cortasteis la cabeza de mi señor?" — »Si:" respondió el verdugo. — »¿En donde está el instrumento que dió el golpe?" El verdugo enseñó el hacha. — »¿Estais seguro que es el mismo?" replicó lord Capell, y recibiendo la respuesta afirmativa, el realista tomó el hacha, la besó con respeto, la volvió al sayón público, y añadió: »¡Miserable! ¡no estabas espantado!" El verdugo repuso: »Me forzaron á desempeñar mi oficio, y por el trabajo me dieron treinta libras esterlinas.

Pues bien: el verdugo mentía, y se gloriaba de una victoria que no era suya: no había manchado ni santificado sus manos y su hacha con la sangre del rey. Este hombre llamado Brandon, era un verdugo ordi-

nario; no se le había llamado (ó tal vez había rehusado su ministerio por temor) en la grande ejecución. Al cesar el miedo volvió la vanidad; Brandon pensó en salvar su derecho y su *honor*: la misma tarde de la muerte de Carlos, Brandon sostuvo en una taberna lo mismo que dijo á Lord Capell, tomando sobre sí un crimen que no había cometido (1).

Lord Capell entregó su cabeza despues de haber declarado que moria por Carlos I, por su hijo Carlos II, y por todos los herederos lejitimos de la coroua.

El *rump*, finjiendo ceder á la opinion pública, se ocupó en apariencia de su disolucion, y buscó los principios segun los cuales un parlamento nuevo podia ser elegido. El *rump* no era sincero: solo pensaba en perpetuarse, esperando los acontecimientos, grandes descubridores de la política.

El conde de Ormond, lord Inchiquin y el jeneral Preston habian sublevado la Irlanda, en donde Monk, que defendia á Dundalk por el parlamento, habia capitulado.

Cromwell, á pesar de las pretensiones de Lambert y de Fairfax, fue elevado al gobierno militar y civil de Irlanda. Partió acompañado de Ireton, su yerno, despues de haber buscado al *Señor* delante de Harrison, y esplicado las Escrituras.

Abordó en la isla con diezisiete mil veteranos, y una guardia particular de ochenta hombres, todos oficiales. Tredall es tomada por asalto: Cromwell sube á la brecha, y es total la pérdida de los irlandeses. El

(1) *Trial of twenty-nine regicides*, pàj. 33.

comandante Arturo Ashton perece: este antiguo militar, que tenía una pierna artificial, y se creía que era de oro, tuvo la desgracia de que los soldados republicanos se disputasen esa pierna realista, que era solamente un tesoro de madera del honor y de la fidelidad.

Wexford es saqueado, los soldados rinden á Goran, y los oficiales son pasados por las armas. Kilkenny, Voughall, Cooke, Kingsale, Colonmell, Durgarvan y Carrik se someten. Cromwell é Ireton esparcen por la Irlanda el infierno y el esterminio, como lo habían anunciado.

En medio de sus victorias, Cromwell es llamado para rechazar á las escoceses, que estaban determinados á reconocer los derechos de Cárlos II. Aunque habían ahorcado al realista Montross porque no era partidario del *covenant*, eran verdaderos realistas. Nada hay mas comun que estas inconsecuencias de los partidos en las discordias civiles.

Las negociaciones entre Cárlos II y los escoceses habían sido muchas veces interrumpidas. Cárlos en fin, privado de todo recurso, se había ido á Edimburgo: allí había tomado el cetro de Maria Estuardo, con la obligación de publicar esta declaracion deshonrosa:

» Que su padre había pecado tomando mujer de familia idólatra;

» Que la sangre derramada en las últimas guerras debía imputarse á su padre;

» Que tenía mucho sentimiento de la mala educación que le habían dado, y de las preocupaciones que le habían inspirado contra la causa de Dios, y cuya injusticia reconocía de presente;

»Que todo el curso de su vida precedente habia sido una carrera de enemistad contra la obra de Dios;

»Que se arrepentia de la comision dada á Montross, y de todas sus acciones que pudieron escandalizar ;

»Que protestaba delante de Dios que al presente era sincero en esta declaracion, y que se atendria á ella hasta el último suspiro, tanto en Escocia como en Inglaterra y en Irlanda.”

Cárlos II no carecia ni de honor ni de esfuerzo. Joven todavia, se habia batido en favor de su padre á la cabeza de las fuerzas de tierra y mar. Pero era el príncipe menos dispuesto de todo el mundo para oir seis sermones de presbiterianos por dia. Cuando abrumado de tales predicaciones buscaba alguna distraccion, no podia salir de Edimburgo sin pasar junto á los miembros mutilados de Montross, clavados en las puertas de la ciudad. Montross, al morir, habia descado que su cuerpo fuese dividido en tantos pedazos cuantas ciudades habia en los tres reinos, para que en todas partes se viesen testimonios de su fidelidad. Uno de sus brazos fue espuesto en una horca en Aberdeen: los habitantes lo quitaron furtivamente y lo escondieron: despues de la restauracion lo pusieron en una caja cubierta de terciopelo carmesí bordado de oro, y lo llevaron en triunfo por toda la ciudad.

Cromwell marchó contra los escoceses al frente de dieziocho mil hombres. Los atacó en Dunbar, y los derrotó (3 de Setiembre de 1650). El año siguiente, despues de haber conquistado una parte de la Escocia, siguió los pasos de Cárlos II, que se habia avanzado á

Inglaterra con una armada, y se acercó á él en Worcester. El jenio fatal del padre no fue menos fatal para el hijo: se dió la batalla el 3 de Setiembre de 1651, día del aniversario de la batalla de Dunbar: murieron dos mil realistas, y ocho mil prisioneros fueron vendidos como esclavos. Esta costumbre de traficar con los hombres se halla aun en el reinado de Jacobo II.

Huye solo el jóven rey, y se corta los cabellos como Absalon, ó como los reyes *cabelludos*, por el miedo de ser conocido en el bello adorno de su cabeza. Este príncipe nos ha dejado la relacion de sus aventuras, su disfraz de leñador, su tentativa para entrar en el país de Gales con el pobre Rudrell, su jornada pasada con el coronel Careless en lo alto de la encina, que retuvo el nombre de encina real, sus aventuras con un gentil-hombre llamado Lane, en el condado de Strafford, su viaje á Bristol, viaje que hizo á caballo, llevando á grupa la hija de su huésped, su llegada á casa de Norton, su encuentro con uno de los capellanes de la córte que miraba un juego de bolos, y con un viejo criado, que lo nombró derramando lágrimas, su pasaje en casa del coronel Windham, el peligro que corrió por la sagacidad de un albeitar que, visitando los pies de los caballos, afirmó que uno de ellos habia sido herrado en el Norte: en una palabra, el embarco de Carlos en Brightelmsted, y su desembarco en Normandía, formaron de este momento de la vida del príncipe, un momento de gloria novelesca, que lucha con la gloria histórica de Cromwell. Ludlow se contenta con decir que Carlos huyó con una *mistriss Lane*.

Cromvell volvió triunfante á Lóndres , y el parlamento envió una diputacion á su encuentro. El jeneral regaló á cada comisario un caballo y dos prisioneros : siempre se ve el mismo desprecio de los hombres entre estos republicanos. Los historiadores no han marcado ese rasgo de costumbres que distingue á los ingleses de todos los pueblos cristianos de la Europa civilizada , y los asemeja á los pueblos de Oriente. Monk, dejado en Escocia por Cromvell , acaba de sujetarla , y el reino de Maria Estuardo fue reunido por un acto del *rump* á la Inglaterra , lo que no habian podido lograr los mas poderosos monarcas de la Gran-Bretaña.

Cuanto mas despreciado era el cuerpo legislativo, tanto mas vigor mostraba, y tanto mas talento el consejo ejecutivo : esto es tambien lo que se vió en Francia en los famosos comités emanados de la convencion. Las tierras del clero habian sido puestas en venta como las posesiones de la corona , y estas tanto en Inglaterra como en Escocia. Las propiedades nacionales propuestas al precio de diez años de su arriendo anual , se elevaron con los sucesos de la república á la tasa de quince, dieziseis y diezisiete años de su renta limpia. La madera se vendía aparte. Los realistas cuyos bienes habian sido secuestrados ó confiscados, obtenian su posesion, con un desembolso mas ó menos fuerte en dinero contante. Una tasa de ciento veinte mil libras esterlinas por mes, bastaba con esas diferentes sumas para cubrir los servicios del estado.

Todas las potencias de Europa, y España la primera, habian reconocido la república. La Irlanda estaba domada, la Escocia sumisa y reunida á la Ingla-

terra: una flota mandada por el famoso Roberto Blake, que de coronel pasó á almirante, guardaba los mares alrededor de las islas Británicas; y otra, bajo el pabellon de Eduardo Popham, cruzaba las costas de Portugal. Las Indias occidentales, las Barbadas y la Virginia, sublevadas de pronto, se redujeron á la obediencia. El famoso acto de navegacion propuesto por el consejo de estado al parlamento en 1651, puesto en ejecucion el 1.º de Diciembre de este mismo año, no es, como se ha escrito muchas veces, obra de Cromwell, sino de la república antes de la instalacion del protectorado. Este acto promovió el rompimiento de la guerra entre la Holanda y la Gran-Bretaña en 1652. Blake, Aiskew, Monk y Dean sostuvieron en once combates, desde el 17 de Mayo de 1652 hasta el 10 de Agosto de 1653, el honor del pabellon ingles contra Tromp, Ruyter, Van Galen y Witte.

Las clases populares que se remontan por las revoluciones á la superficie de las sociedades, momentáneamente dan á los pueblos viejos una enerjia extraordinaria; pero estas clases cuyo vigor habian conservado la ignorancia y la pobreza, se corrompen pronto con el poder, porque llegan á él con necesidades violentas, y apetitos escitados largo tiempo por la miseria y la envidia; toman y exajeran los vicios de los grandes que se apoderan de ellas, sin tener la educacion que al menos temple estos vicios. Una nacion renovada de este modo por la invasion de una especie de bárbaros indijenas, conserva su enerjia poco tiempo; no siendo jóven por naturaleza, lo es solo por accidente; pues las costumbres no se renuevan como los

poderes, y cuando las primeras no cambian, nada hay durable.

Cromwell comprendió que aquel resto de asamblea, sometida ya y humillada, comenzaba á estar celosa del poder que él se habia adquirido. La autoridad dictatorial de los campamentos habia disgustado al usurpador futuro de la autoridad legal: su ambicion, como su carácter y su jenio, le impulsaban al soberano poder.

Habia maniobrado largo tiempo entre los diferentes partidos, ya como presbiteriano, ya como nivelador, y aun como realista; pero apoyándose siempre en la armada, en donde dominaba el espíritu republicano tanto como puede existir este espíritu en medio de las armas. Los oficiales querian igualdad y libertad con la fortuna, los honores, y el poder absoluto: asi es como ha sido comprendida siempre la república desde las lejiones romanas hasta los mamelucos.

Cromwell, despues de sus victorias, habiendo ocupado su silla en el parlamento (16 de Setiembre de 1651), activó la redaccion del bill para dar fin al parlamento interminable, y solo la pudo obtener con mayoría de dos votos, cuarenta y nueve contra cuarenta y siete, y aun asi la ejecucion del bill fue diferida al 3 de Noviembre de 1654.

Este bill procedia á la reforma radical parlamentaria, pedida despues con frecuencia é inútilmente. La cámara de los comunes debia componerse en lo sucesivo de cuatrocientos miembros, sin contar los diputados de Irlanda y Escocia. Las poblaciones pequeñas desaparecian, y solo se daba el derecho de elejir á las ciudades y villas principales: doscientas libras es-

terlinas en bienes muebles ó inmuebles eran la propiedad que se exijia en el ciudadano para el ejercicio del derecho electoral.

Cromwell deseaba solamente la disolucion del *rump* por la esperanza de obtener el supremo poder, por medio de diputados elejidos por su influencia, y consagrados á sus intereses. A fin de preparar las ideas á un cambio de cosas, habia alentado las discusiones sobre la esclencia del gobierno monárquico; pero no pudiendo conseguir del *rump* la disolucion, tomó un camino mas corto para llegar á sus fines.

El astuto jeneral habia sabido llenar todas las plazas con hechuras suyas, y tenia partido entre las tropas. Despues de la batalla de Worcester, que llamó en su carta al parlamento *victoria coronante*, apenas disimuló sus proyectos. La moderacion, que es la necesidad de todo hombre que despues de llegar al poder quiere mantenerse en él, era el arma de Cromwell: él habia hecho publicar una amnistía jeneral, y se mostraba favorable á los realistas; los hallaba por principios menos opuestos que los otros partidos á la autoridad de uno solo, y necesitaba fidelidad.

Los comunes, viéndose atacados, trataron de defenderse: unas veces se planian de las calumnias que Cromwell hacia se esparciesen entre ellos, y otras soñaban en perpetuarse de una manera menos directa, procediendo á la eleccion de plazas vacantes en el parlamento. Cromwell no se descuidaba por su parte: presidia á las asambleas, conferencias y tratados entre los partidos, y engañaba á todo el mundo. El coronel Harrison, republicano franco, pero ciego de espíritu,

siempre defendía que el jeneral, lejos de querer hacerse rey, solo pensaba en preparar el reino de Jesus, y el mayor Streater le respondió: »Que venga Jesus muy pronto, sino llegará tarde." Cromwell declaraba que el salmo cx le alentaba á poner la nacion en estado de república; y para este fin obligaba al comité de oficiales á presentar peticiones, que debian conducir á la destruccion de la república, por la oposicion de los parlamentarios. Una de estas peticiones demandaba el pago de los atrasos de la armada, y la reforma de los abusos; otra solicitaba la disolucion inmediata del parlamento, y el nombramiento de un consejo para gobernar el estado hasta la próxima convocacion de nuevo parlamento. Llenos de resentimientos los comunes declararon, que cualquiera que presentase en adelante tales quejas, seria culpable de alta traicion. Se comunicó esta resolucion á Cromwell, que exclamó animado de fingida cólera en medio de sus oficiales: »Mayor-jeneral Vernon, me veo forzado á una cosa, que eriza mis cabellos." Toma trecientos soldados, marcha á Westminster, deja fuera los trecientos soldados, y penetra solo en la cámara: era diputado.

Escucha un momento en silencio la deliberacion, y llamando á Harrison, miembro como él de la asamblea, le dice al oido: »Es tiempo de disolver el parlamento." Harrison le respondió: »Es un asunto peligroso: pensadlo bien."

Cromwell espera aun: despues, levantándose de repente llena á los comunes de improperios, los acusa de servilismo, de crueldad, de injusticia: »Ceded,

grita con furor, el lugar; el Señor acabó con vosotros, y ha escogido otros instrumentos de sus obras." Sir Peters Wentworth quiso responder; pero Cromwell le interrumpió: »Yo haré cesar esta charlatanería: no sois un parlamento; repito que no lo sois."

El general da una patada, se abren las puertas, y dos filas de mosqueteros mandados por el teniente coronel Worsley entran en la cámara, y se colocan á izquierda y derecha de su jefe. Vane quiere levantar la voz, pero Cromwell esclama: »¡O señor Enrique Vane! ¡Enrique Vane! ¡El Señor me libre de Enrique Vane!" Señalando despues algunos de los miembros presentes, dijo: »Tú eres un ébrio, tú un licencioso (este era Martín, el rejicida, cuyo semblante Cromwell habia ensuciado de tinta), tú un adúltero, tú un ladron." Esto era verdad. Harrison hizo bajar al orador de su sitio, estendiéndole la mano. El rebaño espantado sale confusamente: todos huyen sin sacar la espada que la mayor parte llevaba ceñida. Cromwell decia: »A esto me habeis obligado: yo he rogado al Señor noche y día que me diese antes la muerte que semejante comision."

Entonces, enseñando á los soldados la maza de armas, les dijo: »Llevaos ese juguete (1)." Sale el último, hace cerrar las puertas, se pone las llaves en el bolsillo, y se retira á Whitehall. A la mañana siguiente, encima de la puerta de la cámara de los comunes, se veia un letrero que espesaba los siguientes: »Cámara por alquilar, no mueblada." Así fue arrojado de Westminster el parlamento: la libertad se quedó.

(1) *Whitelocke dice: "Esc muñeco."*

Reparemos la justicia del cielo: aquellos diputados que habian muerto á su lejítimo principe, pretendiendo que habia violado los derechos del pueblo; aquellos diputados que habian precipitado de sus sillas violentamente tan gran número de sus cólegas, fueron dispersados por uno de los cómplices, mas culpable ciertamente que Carlos contra los derechos de la nacion. Pero frecuentemente se concede á la usurpacion lo que se disputa á la lejitimidad: los hombres en su orgullo se consuelan con la esclavitud cuando han escojido por si mismos á su señor entre sus iguales.

Bonaparte en Saint-Cloud hizo saltar á los republicanos por las ventanas, con menos firmeza y decision política que Cromwell cuando disolvió el largo parlamento. La Inglaterra republicana aceptó el yugo: las tempestades habian dado á luz á su rey, y se sometieron.

La verdadera república solo duró en Inglaterra cuatro años y tres meses, contando desde la muerte del rey (30 de Enero de 1649) hasta la dislocacion total del *rump* (20 de Abril de 1653). Esta corta república no careció de gloria exterior, ni de virtud, libertad y justicia interior. Es verdad que los miembros de los comunes se escluyeron mutuamente de la asamblea lejislativa, pero no se diezmaron, ni se asesinaron á su vez como los convencionales. La república francesa existió doce años, de 1792 á 1804, á la ereccion del imperio, tiempo de gloria y conquista exterior, pero de crímenes, opresiones é iniquidades interiores. Esta diferencia entre dos revoluciones que tuvieron por resultado en último término la misma li-

bertad, proviene del sentimiento religioso que animaba á los novadores de la Gran-Bretaña, y de los principios de irreligion que pregonaban los autores de nuestras discordias. En la supersticion pueden existir algunas virtudes; la impiedad las excluye enteramente. Los revolucionarios ingleses, fanáticos, conocieron el arrepentimiento; los revolucionarios franceses, ateos, vivieron sin remordimientos: eran insensibles á la vez, como la materia y como la nada.

EL PROTECTORADO.

De 1653 á 1658.

Fácilmente podía Cromwell convocar un parlamento libre, y no quiso; buscaba el poder, no la libertad. Además, la Inglaterra estaba cansada de parlamentos; después de la anarquía se suspiraba por el despotismo. El consejo de oficiales que había presentado la petición decisiva, se apropió el derecho de elección: buscó (siempre por las sugestiones de Cromwell) en el partido milenario los hombres más oscuros, ignorantes y fanáticos: ciento cuarenta y cuatro personajes así escogidos se apoderaron del poder soberano. El mayor general Lambert, que se llamaba republicano, y era servil, y Harrison, sincero demócrata, pero de limitado espíritu, daban la mano á todas estas violencias. Harrison, sectario de la *quinta monarquía*, pedía solo que el nuevo consejo se compusiese de setenta miembros, para que mejor remedase al *Sanhedrin* de los judíos. En el club legislativo de los ciento cuarenta *Santos*, era preciso tener nombres largos, compuestos y sacados de la Escritura, así como en nuestros clubs, el uno quería llamarse *Scévola*, y el otro *Bruto*. De los dos hermanos *Barebone*, el uno zurrador, se llama *Alaba á Dios*, y el otro, *si Cristo no hubiese muerto por tí, serías condenado*, *Barebone*. Este *Barebone*, cuyo nombre significa *descarnado*, dió su nombre á los ciento cuarenta y cuatro; y al parlamento *rava-*

dilla sucedió el parlamento *condenado Barebone*, ó *condenado descarnado*.

En una lista de jurados del condado de Sussex ven los nombres de **White** de **Emer**, *combate por la buena causa de la fe*: de **Pimple** de **Whitam**, *mata al pecado*: de **Harding** de **Lewes**, *lleno de gracia*. Cuando los *santos* entraban en sesión en **Westminster**, recitaban preces, buscaban al Señor días enteros, y esplincaban la Escritura: despues de esto se ocupaban de los negocios que los rodeaban. **Cromwell** abrió la sesión de los *descarnados* con un discurso que acompañó de piadosas lágrimas, dando al cielo las gracias por haberle concedido bastante tiempo de vida para asistir al principio del reino de los *santos* sobre la tierra. En el fondo de tantas locuras, las nuevas costumbres se formaban, y se arraigaban las instituciones. Estos caractéres no eran tan ridiculos, sino porque eran originales; pero todo lo constituido frecuentemente tiene un principio de vida. Los cortesanos de **Cárlos II** pudieron reir, pero estos fanáticos de buena fe dejaron una posteridad que hizo justicia á los cortesanos.

Whitelocke pretende que algunos hombres ilustrados y de elevado rango se encontraron en el parlamento **Barebone**. **Lodlow** representaba á los *descarnados* como un rebaño de simples honrados, bastante parecidos á nuestros teofilantrapos. **Whitelocke** era un parlamentario tímido, que habia huido por temor de condenar á **Cárlos I**, y que siempre seguia el partido del mas fuerte; **Ludlow** era un parlamentario decidido, asesino del rey, y enemigo de **Cromwell**.

Habian transcurrido apenas cinco meses euando los

ciento cuarenta *santos*, no pudiendo gobernar en medio de la risa pública, encargaron á Rousse, su orador, y hecchura de Cromwell, que devolviese la autoridad al mismo que los habia revestido de ella. Cromwell habia previsto este paso, y aceptó con jemidos el peso de la soberana autoridad.

Algunos pobres de espíritu que no eran de la facción militar, se obstinaron en ocupar sus sillas, á pesar de la desercion del orador, y del sarjento que habia impulsado á los demas. El capitán White entró en la cámara, y preguntó á los *santos* obstinados, que era lo que hacian (12 de Diciembre 1653): «Buscamos al Señor,” le respondieron. — «Pues marchad á otra parte, exclamó White; hace ya muchos años que el Señor no ha frecuentado este lugar:” y los hizo salir por medio de sus esbirros. El verdadero principio republicano existia entonces mas en la armada inglesa, que en las autoridades civiles; pero no pudo haber alianza duradera entre el poder constitucional y la autoridad militar: cuando la libertad se refugia al altar de la victoria, es muy pronto sacrificada; se la sacrifica para obtener el viento de la fortuna.

Todos los diversos partidos, esceptuando el de los *santos* y el de los republicanos verdaderos, el partido del rey, el del obispado, el partido militar, el partido de las jentes de ley, que habian temido la reforma de las costumbres y la simplificacion del código de procedimiento, todos los intereses, todas las ambiciones, todas las corrupciones, todas las lasitudes, aplaudian las empresas de Cromwell: fue cumplimentado por la armada, la flota, y las autoridades civiles. Esperaban

con ansia el uso que haria del poder; su fábrica estaba á punto, y los obreros preparados.

Convocose el consejo de oficiales. El mayor-jeneral Lambert leyó un escrito intitulado: *Instrumento de gobierno*, que era un parlamento y un *protector*. Se establecia que los miembros del parlamento serian elegidos por el pueblo, que ocuparian sus sillas cinco meses todos los años, segun el gusto del *protector*; que el *protector* tendria el voto suspensivo; que nombraria los empleos civiles y militares, y que en el intervalo de las sesiones se gobernaria la nacion por el *protector* y un consejo compuesto de veintiu individuos lo mas, y de trece lo menos.

Se suplicó á Cromwell que admitiese el protectorado, y se inclinó graciosamente al votó de los pueblos. El correjidor y oficiales municipales de Lóndres fueron invitados á una fiesta de instalacion en la sala de Westminster. El *protector* juró el *instrumento de gobierno*, que era obra suya: el jeneral Lambert, doblando la rodilla, le presentó una espada en su vaina; los comisarios le dieron los sellos; el correjidor de Lóndres le entregó una espada desnuda, y el súbdito de los Estuardos, monarca absoluto de los tres reinos, marchó á dormir al palacio del rey que habia asesinado.

El primer parlamento convocado por Cromwell no correspondió á sus esperanzas: se manifestó en él un espíritu de libertad, que no habia podido apagar la opresion militar: En vano el *protector* en la apertura de este parlamento habló del exceso de esta libertad, y declamó contra aquello mismo que le habia dado el

poder, contra los ajitadores, los niveladores, los milenarios, y diferentes sectas: en vano declamó contra una igualdad quimérica, y alabó la division de clases en nobles, jentiles-hombres y plebeyos: su discurso era razonable en el fondo, y acorde con la opinion nacional, unido aun á los principios de la antigua sociedad; pero no era esta la cuestion para los comunes. Solamente se ocuparon ellos del poder del protector y del mal origen de este poder. El parlamento no veia que él era tan ilejitimo como el protectorado, pues uno y otro solo existian en virtud de una pretendida constitucion formada por quien carecia de derecho.

Cromwell no vaciló en el peligro: violar la representacion nacional, despues de la epuracion del largo parlamento, era una especie de jurisprudencia politica. El protector puso guardias en la puerta de Westminster, que solo tenian órden de dejar entrar á los diputados que consentian en suscribir un documento, en virtud del cual reconoceria la autoridad del parlamento, y de *uno solo*. Ciento treinta miembros firmaron en seguida, y muchos otros se dieron prisa despues en imitar la bajeza de sus cólegas. Nada hay mas cargado de adulacion que la bajeza, y hay ciertas clases de héroes á quienes el buen éxito de la cobardia quita el sueño.

Cromwell, hecho protector, tomó el título de alteza. Se acuñaron medallas en su honor: la una representaba el busto con esta inscripcion: »*Oliverius, Dei gratia, Reipublicae Angliae, Scotiae, et Hiberniae Protector:*” en el reverso estaba el escudo de Inglaterra.

ra, y alrededor se leían estas palabras, que despues se grabaron en las monedas de la época: *Pax quaeritur bello*. Otras medallas representan un grande olivo, á cuya sombra crecen otros dos pequeños, símbolos del protector y de sus dos hijos. La inscripcion dice: »*Non deficient olivarii*.» La adulacion no hablaba un latin tan puro como en tiempo de Tiberio.

Cuando vinieron los oficiales á cumplimentar á Cromwell por su modestia en no haber aceptado sino el título de *protector*, puso la mano en su espada. »Ella, dijo, me ha elevado; si quiero subir mas alto, »ella me conservará en el rango que quiera ocupar.»

Sca cual fuere la pusilanimidad de los hombres, y el temor del poder, es imposible apagar en una asamblea deliberante todo principio vital. Los miembros de los comunes, á pesar del documento firmado, examinando con moderacion el *instrumento de gobierno*, se reservaron el nombramiento de sucesor de Cromwell, y desecharon el principio de protectorado hereditario, con mayoria de doscientos votos contra sesenta.

Habiendo espirado los cinco meses de la sesion, Cromwell reunió el parlamento (22 de Enero de 1655) en la *cámara pintada*. Se desató en improprios, trató á los diputados de parricidas, por haberle contestado su autoridad; por habérsela contestado á él, que era un reñida, y les declaró que si la república debía sufrir, mejor era que dependiese de los ricos que de los pobres; los cuales, segun Salomon, cuando oprimen no dejan nada tras sí. Cromwell habia sido herido en la discusion relativa á la herencia del pro-

tectorado: queria disimular en este punto; pero arastrado como todos los hombres á hablar de la cosa misma en que se sentia débil, declamó contra el protectorado hereditario, dejando así á los principales oficiales, y particularmente al mayor jeneral Lambert, la esperanza de sucederle.

Disuelto el parlamento, Cromwell convocó otro para imponer la contribucion, segun decia, necesaria al servicio de la armada y de la flota, para confirmar el instrumento de gobierno, y en fin para legalizar la autoridad de los mayores-jenerales. Estos mayores eran comisarios militares, encargados de imponer sobre los bienes de los realistas, á causa de algunos movimientos insurreccionales, una contribucion arbitraria de una décima parte del valor de sus bienes. Cromwell corrompió las elecciones cuanto pudo, y anuló las que no le eran favorables.

De todo esto resultó por fin un parlamento, que bajo el nombre de *humilde peticion y aviso*, invitaba al protector á tomar el título de rey, y á formar otra cámara; es decir, una especie de cámara de pares, compuesta de setenta miembros nombrados por Cromwell.

Él se creyó obligado á rehusar la corona en un largó y obscuro discurso, en el cual se descubria á la vez su deseo de rechazar la corona, y su satisfaccion de representar la farsa de César. Muchas veces habia hecho que se tratase en su presencia la cuestion del mejor gobierno; casi en esta misma época el gran Corneille escribia la escena de Cinna.

Bonaparte no titubeó en coronarse, bien sea que

teniendo mas gloria, reunia mas audacia; bien sea que la Francia, mas desgraciada en su revolucion que la Inglaterra lo habia sido en la suya, temió menos perder la libertad.

El nuevo parlamento confirmó y confirió de nuevo á Cromwell el titulo de protector, con la facultad de nombrar su sucesor, lo cual en realidad hacia el protectorado hereditario. Este parlamento fue tambien disuelto á causa de las alarmas que inspiraba á su señor: tal vez Cromwell queria secretamente que estos cándidos diputados le hubiesen puesto por fuerza la corona en la cabeza. La usurpacion se entregaba asi á frecuentes disoluciones, que habian causado la ruina de la legitimidad; pero el brazo de Cromwell era mas poderoso que el de Carlos; este brazo podia sostener de pie las ruinas, que una fuerza ordinaria no hubiese podido detener en su caida.

Dejando aparte la ilegalidad de las medidas de Cromwell, de la cual se veia obligado á usar tal vez, para sostener su poder ilegítimo tambien, la usurpacion de este hombre grande fue gloriosa. Hizo que reinase un órden interior, y como muchos déspotas, era amigo de la justicia en todo aquello que no tocaba á su persona, y la justicia suele consolar á los pueblos cuando pierden la libertad. El fanático, el rejicida Cromwell, al subir á la cumbre del poder, fue tolerante en religion y en politica; hizo que se pasase el bill de libertad de culto y de conciencia, y empleó realistas declarados. Hale, integro majistrado, celoso partidario de Estuardo, fue colocado al frente de la majistratura; Monck, que comandó el ejército y flota del

protector, era un realista, hecho prisionero en otro tiempo en el campo de batalla por los parlamentarios: él se acordó en tiempo de la restauracion.

Cromwell amaba y protejia á la nobleza inglesa. Esta no pereció, como la francesa, en nuestros días, porque no separó del todo su causa de la causa jeneral, y porque al mismo tiempo la revolucion de 1640, emprendida en favor de la libertad, y no de la igualdad, no se dirijia contra la aristocracia. Los Falkland, los Strafford y los Clerendons, habian sido miembros de la oposicion en aquellos famosos parlamentos que contribuyeron á restringir los privilejios escesivos de la corona: hubo una cámara de pares hasta la muerte de Carlos I. Essex, Denbigh, Manchester, Fairfax y otros muchos, se distinguieron en el servicio parlamentario de tierra y mar; una multitud de lores entró en la administracion; se hicieron muchos elegir miembros de los comunes en los parlamentos de la república y del protectorado; aparecieron en los consejos, y hasta en la córte de Cromwell. No hubo emigracion sistemática: algunos individuos nobles perecieron; pero el cuerpo patrio, habiendo seguido y aun avanzado el movimiento nacional, quedó todo entero en la nacion.

La administracion de Cromwell fue activa, vijilante, vigorosa, pero demasiadamente fundada en la corrupcion de la policia, á la cual tenia Cromwell una decidida inclinacion, sacrificando por ellas sumas considerables. Todos los servicios se pagaban regularmente con anticipacion de un mes; y gruesas pensiones acordadas á hombres considerables, creaban intereses sino podian crear deberes.

En lo exterior, Cromwell acabó de humillar á la Holanda, obligándola á que reconociese la superioridad del pabellon ingles, y las naciones estrangeras buscaron la alianza del protector. Richelieu habia favorecido las primeras turbaciones de Inglaterra, y las habia tomado por tempestades lijeras, que ocupando á los enemigos en sus propios hogares, daban reposo á la Francia: no habia, pues, previsto que se trataba de una revolucion, que acreciendo el vigor del pueblo dejaria á Mazarin desprecios que devorar; alimento análogo entonces al temperamento del cardenal.

Dunkerque fue entregado por Mazarin á Cromwell; Blake tomó la Jamaica, y la España se vió obligada á ofrecer grandes reparaciones. Se ha notado que Cromwell se abandonó á su pasion relijiosa mas que á una sana política, haciendo alianza con la Francia contra la España. Esta observacion no tiene hoy dia nada de profundo, solamente es curioso hallarla en las *Memorias de Ludlow*: es verdad que Ludlow vió los triunfos de Luis XIV, y sobrevivió largo tiempo á Cromwell, de quien era enemigo.

El protector trató á la Irlanda domada como pais conquistado. Los infelices irlandeses por millares fueron transportados á las colonias, y un gran número pereció en los suplicios. Leyes draconianas y estrangeras reemplazaron las antiguas costumbres del pais, cuya autoridad se perpetuaba por tradiciones delante de alguna imájen de la Virgen sobre unos brézos, al son de la gaita. Las tierras se vendieron: se daban mil acres (1)

(1) Cierta medida de tierra comun en Francia de 160 perchas, que contienen 43360 pies cuadrados. (Ed. E.)

de terreno por 1500 libras esterlinas en el condado de Dublin, por 1000 en el de Kilkenny, por 800 en el condado de Vexford, y por 600 en los diferentes condados de Leinster. Colonias militares se dividieron las tierras situadas en los alrededores de Slego, de Colke y de Collel. Los naturales del país quedaron esclavos de los soldados ingleses en Connaught.

Olivier estendió su autoridad protectora hasta sobre los Vaudois, en las montañas de Suiza. El hermano del embajador de Portugal en Lóndres mató á un ingles, y Cromwell lo hizo decapitar. El fiero usurpador, firmando un tratado, puso su nombre encima del de Luis XIV. En 1657 envió su retrato á la reina Cristina, con un distintivo que decía, que la frente de Cromwell *no era siempre asusta reyes.*

De este orgullo del protector nació la soberbia afectacion en nuestros vecinos por espacio de siglo y medio, que solo desapareció con las victorias de nuestra revolucion: ellas nos colocaron al nivel de la revolucion inglesa.

Con todo esto Cromwell no fue feliz: todo su poder no pudo abogar la voz de la verdad. Cuando pensaba en sí mismo, siempre se veia culpable de la muerte del rey ó de la libertad, y le era preciso optar entre el uno ó el otro remordimiento.

Contaba el protector que en su niñez se le habia aparecido una mujer, y que le habia anunciado, como las magas de Macbeth, que seria rey. La conciencia de Cromwell le presentó cuando era inocente la vision de la dignidad real: y cuando se hizo culpable le envió la misma fantasma. Colocado entre los realistas y re-

publicanos, que le amenazaban igualmente, Olivier estaba poco satisfecho del título equívoco con que la legitimidad y la libertad le habían obligado á contentarse. Estallaron muchas conspiraciones de caballeros, á saber: la de Bagual, hijo de lady Terringham, la de Penruddock, del capitán Grove, del doctor Herbert, y la de Sir Enrique Slingsby. También se ajitaron algunos hombres de la quinta monarquía: un alférez, nombrado Day, era de la asamblea republicana de Coleman-Street, en donde se trató á Cromwell de taimado y traidor. Algunos rejicidas sospechosos fueron encerrados en el castillo de Carisbrook, que había servido de cárcel á Carlos I. Los jueces, y especialmente los jurados, contrariaron el despotismo del protector, que encontraba la libertad afianzada en esta última barrera. Olivier entonces se veía obligado á buscar los tribunales naturales á su gobierno, los consejos de guerra y las comisiones.

Los folletos políticos, una petición firmada de muchos oficiales, un libelo intitulado el *Memento*, y sobre todo el famoso escrito *Killing no murder* (matar no es asesinar), acabaron de turbar el reposo de Cromwell. El coronel Titus, bajo el nombre de William Allen, era el autor del último folleto. En una dedicacion irónica dirigida á su alteza *Olivier Cromwell*, Titus convidaba á su alteza á morir por la dicha y libertad de los ingleses: decíale que su muerte era el voto jeneral, y la súplica de todos los partidos que convenían solo en este punto. Titus firmaba *W. A., al presente vuestro esclavo y vasallo*. En fin, la familia de Cromwell era para él otro motivo de tormento y agonía.

Entre los suyos hallaba dos clases de oposicion, tan violentas la una como la otra: sus tres hermanas casaron con tres hombres que votaron la muerte de Carlos I. Tuvo dos hijos y cuatro hijas. Ricardo, protector despues de él, era realista, y Enrique, lugarteniente de Irlanda, participaba algo de los talentos y opiniones de su padre, pero con mas moderacion.

Su hija mayor, lady Briget, era republicana: casó con el famoso Ireton, y muerto este, con el lugarteniente jeneral Fleetwood. Lady Isabel, su segunda hija, y la mas querida, se habia desposado con lord Claypole, enemigo de la tirania: lady Isabel era realista decidida.

Lady Maria, cuya opinion es poco conocida, casó con lord Falconbridge, que fue activo en la restauracion. Por fin, lady Francis, la mas jóven de las hijas del protector, casó clandestinamente con Roberto Rick, nieto del conde de Warwick. Roberto solo vivió tres meses, y su viuda pasó á nupcias con John Russet.

El destino de esta última hija de Cromwell fue muy singular. Lord Broghill habia pensado darla en matrimonio á Carlos II. Lady Francis consintió en este proyecto, y Cromwell, tambien tentado, solo lo desechó diciendo: *»Carlos II es muy disipado para perdonarme la muerte de su padre.*” Es difícil juzgar si Carlos hubiese desaprobado esta union parricida por política ó por lijereza. El negocio falló: lady Francis se inclinó á Ferry White, que era á la vez capellan y bufon de Cromwell: este White, sorprendido á los pies de lady Francis por el protector, se vió obligado para salvarse á tomar la mano de una de las camareras de

su señora. Entonces el matrimonio clandestino de lady Francis con Roberto Rick fue celebrado públicamente (11 de Noviembre de 1657). Acordándose el protector en este enlace de los juegos de su primera juventud, arrancó la peluca de su yerno, y derramó confituras líquidas en los vestidos de las señoras: á lo menos esta vez se pudo permanecer en la sala del baile.

De este modo Cromwell encontraba en su familia unas veces republicanos y republicanas, que detestaban su grandeza, y otras veces realistas que le reprochaban sus crímenes. Lady Claypole no le dejaba respirar: Ricardo se había postrado á los pies de su padre para obtener la vida de Carlos I. La esposa del protector, aunque vana, tenía miedo á su fortuna: tratada decentemente, pero poco amada de su esposo, hubiese deseado y recibido con gusto una composicion con el monarca legitimo. En fin, la madre de Cromwell, respetada y amada de él, tambien le habia suplicado que salvase al rey: temblaba por los dias de su Olivier, queria verlo una vez al dia lo menos, y si oia la esplosion de una arma de fuego, gritaba: «¡Mi hijo es muerto!»

Estos disgustos interiores y de todos los momentos que turban la vida de un hombre mas que los grandes acontecimientos politicos, no se podian olvidar con las distracciones que buscaba Cromwell: se habia aficionado á lady Dyssert, duquesa de Lauderdale, y los santos se escandalizaron. Sabemos tambien que Cromwell recitaba largas preces con mistriss Lambert. Muchos bastardos que se han gloriado tal vez falsamente de su nacimiento, han probado que el ríjido Crom-

well, severo enemigo del desenfreno y de la licencia, profeta que comunicaba directamente con Dios, habia caido en una debilidad comun casi á todos los grandes hombres, tanto mas tentados y frágiles, cuanto mas llenos de gloria.

Todos los monarcas habian renunciado á divertirse su orgullo con el espectáculo de la degradacion humana, porque quizá estaban heridos aun de algunas verdades ocultas en bajas bufonerías, y no tenian en sus córtés á esos miserables llamados *locos*. Cromwell tenia cuatro; bien sea que este matador de reyes gustase rodarse de todo aquello que los habia degradado, rejicida aun contra su memoria; bien sea que no osando llevar su cetro, afectaba imitar sus costumbres; ó en fin, que encontrase en su inclinacion natural á las escenas grotescas una simpatía con sus alegrías reales. Pero todos los bufones del mundo no hubiesen podido alejar del corazon de Cromwell la tristeza que se habia introducido en él. Su córte, ó por mejor decir su casa, era una especie de caserna, y un seminario, en donde algunas pompas estrepitosas venian dos ó tres veces al año á desarrugar la frente de los predicantes y viejos soldados. Despues de la publicacion del folleto *Killing no murder*, jamás se sonrió Cromwell, y se sentia abandonado por el espíritu de revolucion, del cual habia provenido su grandeza. Esta revolucion que lo habia tomado por guía, no lo queria por señor; estaba cumplida su mision: su nacion y su siglo no necesitaban de su apoyo: el tiempo no se detiene para admirar la gloria, se sirve de ella, y pasa mas allá (1).

(1) Esta última frase se encuentra en mi discurso no pro-

Este grande renegado de la independencia tenia sospecha de sus mismos guardias, que hacia relevar tres ó cuatro veces cada dia, y cuyas conversaciones espiaaba disfrazándose. Pasaba su vida oyendo las nuevas de sus numerosos espías, y no osaba mostrarse en público sino revestido de una coraza oculta bajo el vestido, miserable cilicio del miedo. Llevaba en sus faltriqueras pistolas cargadas, y un dia que probaba un tiro de caballos frisones, cayó, y se disparó una de sus pistolas. Viajaba con una rapidez extraordinaria: solamente se sabia que habia pasado por un lugar, cuando ya no estaba en él. En el palacio de Whitehall, testigo de la mas grande inmolacion, Cromwell iba errante de noche como un espectro perseguido por otro espectro: jamás se acostaba dos veces seguidas en la misma cama, y se veia atormentado en esta mansion por sus remordimientos, como la viuda de Cárlos lo estuvo despues por sus recuerdos.

La muerte de lady Claypole vino á aumentar la negra melancolia de Cromwell: esta mujer, jóven todavía, consumida por una dolorosa enfermedad en Hamptoncourt, sucumbió llenando á su padre de improperios, y llamándolo, por decirlo de esta manera, tras sí.

No tardó en seguirla: hacia algun tiempo que padecia un humor en la pierna: la fiebre le acometió en el mismo lugar en que su hija habia exhalado el último suspiro, y fue trasladado á Londres. Fiel á su ca-

nunciado sobre la libertad de la prensa: yo la habia quitado de este pasaje de los cuatro Estuardos: pero la pongo aqui en su lugar primitivo.

rácter, Cromwell declaró que había tenido revelaciones, y que curaría para poder ser útil á su país. Los capellanes de Whitehall anunciaron el próximo restablecimiento del profeta; pero sin embargo murió. Espiró á los cincuenta y nueve años el 3 de Setiembre de 1658, aniversario de las victorias de Dunbar, de Worcester, y de la apertura del primer parlamento protectoral.

Pascal dijo: »Cromwell iba á destruir toda la cristiandad; la familia real estaba perdida, y la suya poderosa. Roma misma iba á sentir su peso, á no contrariarlo un grano de arena que se colocó en su uretra; pero esta piedrecita que era nada en sí, colocada en semejante lugar, causó su muerte, el abatimiento de su familia, y restablecimiento del rey.»

En esta observacion de Pascal solo hay de verdadero la nada de la gloria y de la naturaleza humana. Estalló en la muerte del protector una de aquellas tempestades, que preceden, acompañan ó siguen á los equinoccios: el poeta Waller, que cantaba á todo el mundo, anunció en hermosos versos que los últimos suspiros de Cromwell habían conmovido la isla de los Bretones, que el océano se había sublevado al perder á su señor; y que Cromwell, como Rómulo, desapareció en una tormenta. Los hechos se reducen á una fiebre y á un golpe de viento.

Cromwell tuvo algo de semejante con Hildebrand, con Luis XI y Bonaparte; tuvo cualidades de sacerdote, de tirano y héroe; y su genio reemplazó en su país á la libertad. Había demasiado poder en Cromwell para que él pudiese crear otro poder, y así mató

todas las instituciones que encontró, ó que quiso dar.

La mayor parte de los soberanos de Europa usó el luto para llorar la muerte de un reñida: Luis XIV lo llevó al lado de la viuda de Carlos I. ¿Una corona usurpada puede absolver del crimen?

Este nombre de Cromwell que producía la cobardía europea, hacía pasar en Inglaterra el poder absoluto á manos del débil Ricardo: ¡tanto poder hay en la gloria! Cromwell dejó á su hijo el imperio: pero esos jenios en quienes comienza otro órden de cosas en bien ó en mal, son solitarios; siempre se perpetúan por las obras, jamás por las razas.

El protector vivió la edad de los hombres de su naturaleza: su mas corto reinado es ordinariamente de nueve á diez años, y el mas largo de veinte á veintidos. Estos cálculos históricos que en nada parecen desmentidos, reposan sin duda en alguna verdad natural: puede suceder que la fuerza física de un hombre colocado en el mas alto punto de las revoluciones, se encuentre agotada en un periodo de tres ó cuatro lustros.

Acabemos, anticipando un poco los hechos, todo lo que pertenece á Cromwell.

Thurloe declaraba que Cromwell había subido al cielo embalsamado con las lágrimas de su pueblo; pero Cromwell, mas franco en el momento en que la gran verdad (la muerte) se presenta á los hombres, había dicho: »Muchos me han estimado, y otros desean mi muerte: la bajeza de la adulación que sobrevive al objeto de su culto, es solo la excusa de una conciencia enferma, y un Señor que no existe, es exaltado para justificar con la admiración el pasado servilismo.»

Ricardo ordenó magníficos funerales á su padre: el cuerpo embalsamado del protector fue espuesto por espacio de dos meses en el palacio de Sommerset, en una sala cubierta de terciopelo negro, y se contaban mas de mil hachas. Una figura de cera, vestida de brocado de oro forrado de armiño, con la espada á un lado, el cetro en la mano derecha, y un globo en la izquierda, representaba al protector, y estaba recostada sobre un lecho fúnebre. Un epitafio refería en compendio la historia de Cromwell y de su familia. Decía así: »Murió con gran seguridad y serenidad de alma »en su cama." Palabras que se aplican mejor á Carlos I, esceptuando las tres últimas.

La figura de cera se colocó de pie en un estrado, como para anunciar una resurreccion, ó como decían los *independientes* indignados de estas pompas *papistas*, para representar el tránsito de una alma del purgatorio al paraiso. El dia 23 de Noviembre la imájen de cera fue recostada de nuevo en un hermoso féretro, que levantaron diez jentiles-hombres para colocarlo en un carro; marchó la pompa fúnebre á Westminster; lord Claypole dirijia el caballo de Cromwell. El féretro fue depositado en la capilla de Enrique VII. Hoy dia no se vé la esfige de Cromwell en Westminster, sino la de Monck, y en vano buscareis las cenizas del protector.

En el momento de la restauracion de Carlos II se dijo y escribió, que considerando Cromwell los ultrajes que podian recibir sus despojos, habia mandado precipitar su cuerpo en el Támesis, ó que fuese enterrado en el campo de batalla de Naseby, á nueve pies de profundidad: dijeron que Barkstead, rejicida,

lugar-teniente de la torre, había obligado á su hijo á ejecutar este mandato. Por fin, se susurraba que los cuerpos de Carlos I y de Cromwell, cambiados, se habían trasportado de una tumba á otra; de suerte que Carlos II en su venganza hubiera colgado el cuerpo de su padre de la horca, en lugar del cuerpo del asesino del rey. Estas negras imaginaciones inglesas desaparecieron á vista de los hechos: si en la pompa fúnebre solo se vió la imájen de cera del protector, es porque el estado de las carnes, á pesar del embalsamamiento, obligó á conducir el cadáver á Westminster antes de la ceremonia pública: el entierro precedió á los funerales. El cuerpo de Carlos I, encontrado en nuestros días en Windsor, prueba que el asesino no había ido á dormir en el lecho del asesinado, y que satisfecho con haberle quitado la corona, le dejó su cama mortuoria.

Si fuesen precisos mas testimonios, diríamos que se conserva la placa de cobre dorado que se halló sobre el pecho de Cromwell cuando se abrió su sepulcro en Westminster. Esta placa cerrada en una caja de plomo fue remitida á Norfolk, sarjento de armas de la cámara de los comunes. Lleva esta inscripcion:

Oliverius Protector republicae Angliae, Scotiae, et Hiberniae, natus 25º Aprilis anno 1599º, inauguratus 16º Decembris 1653º, mortuus 3º Septembris anno 1658º, hic situs est.

Queda otra prueba de exhumacion: la formidable historia ha guardado en el tesoro de sus cartas la carta de pago del albañil que destruyó por un mandato, el

sepulcro del protector, recibiendo una suma de 15 chelines por su trabajo. Daremos esta carta de pago en su lengua orijinal, para que las mismas faltas del obrero ignorante aseguren la autenticidad del documento.

May the 4th day, recd then in full, of the worshipful serjeant Norfolk; fiveteen shillinges, for taking up the corpes of Cromell, et Ierton et Brasaw.

Rec. by me JOHN LEWIS.

»Mayo día 4 de 1661, recibió entonces del respetable «sarjento Norfolk la totalidad de quince chelines para «quitar el cuerpo de Cromel é Ierton y Brasaw

»Rezu par moi JOHN LEWIS.»

Se vé por la data de este documento, 4 de Mayo de 1661, que John Lewis habia hecho un largo crédito al gobierno: los huesos de Cromwell fueron espuestos en Tyburn el 30 de Enero del mismo año.

La Francia guarda tambien algunas cartas de pago de los asesinos del 2 de Setiembre de 1792, los cuales declaran haber recibido 5 francos por haber trabajado en favor del pueblo. En una de ellas quedaron vestijios de los dedos sangrientos del firmante.

Véase por último el documento oficial que da cuenta de la exhumacion. Lo traducimos literalmente.

Enero 30 (1661), viejo estilo.

»Los odiosos esqueletos de O. Cromwell, H. Ierton, y J. Bradshaw han sido arrastrados en cañizos «hasta Tyburn, y sacados de su caja: alli han sido «colgados en los diferentes ángulos de este triple ár-

»bol (*triple tree*) hasta la puesta del sol; despues han
»sido bajados, decapitados, y sus troncos infectos ar-
»rojados en un hoyo profundo bajo del patibulo. Sus
»cabezas han sido espuestas sobre estacas en la cum-
»bre de Westminster-Hall."

Luego es cierto que Olivier muerto fue depositado en Westminster, pero no estuvo largo tiempo. ¿Que se podía temer de él? ¿Podía su esqueleto llevarse las cabezas de los esqueletos coronados, apoderarse del polvo de los reyes, y usurpar su nada? Sea lo que fuere, el 30 de Enero de 1661, aniversario del reji- cido, los restos del protector fueron colgados en la horca.

Cromwell habia visitado á Estuardo en su sepul- cro, lo habia tocado con su propia mano, y se habia convencido que la cabeça estaba separada del tronco. Carlos II vino en su tiempo, y apoyado tambien en una cámara de comunes, volvió á los huesos del pro- tector la visita hecha á los de Carlos I; venganza mal dirigida, porque sino se puede impedir la vida á lo que es inmortal, tampoco se puede dar la muerte á la muerte.

Los funerales dispendiosos que nada ayudan á la grandeza del hombre, y que no legitiman al usurpador, arruinaron á Ricardo Cromwell, y se vió obligado á pedir á los comunes un bill suspensivo de las leyes, pa- ra no hallarse cortado con las deudas contratadas por la ocasion de los obsequios de su padre. La Inglaterra, que no pagó el entierro de aquel á quien habia reco- nocido por dueño, se ocupó despues de los gastos de inhumacion de un simple ministro de hacienda.

¿En qué paró la familia de Cromwell?

Ricardo tuvo un hijo y dos hijas; el hijo murió. Enrique habitó una pequeña granja, en donde Carlos II entró un día por casualidad volviendo de la caza. Posible es que un heredero directo de Olivier Cromwell por Enrique, sea hoy día algún paisano irlandés, católico, que se alimente con patatas en los hornagueros de Ulster, atacando de noche á los jardineros, y luchando contra las leyes atroces del protector. También es posible que ese descendiente desconocido de Cromwell haya sido un Franklin ó un Washington en América.

Lady Claypole murió sin hijos. También sabemos por una mala chanza de un capellan de Cromwell, que lady Falconbridge estuvo privada de posteridad. Quedan lady Rich, despues lady John Russel y lady Ireton, que casó en segundas nupcias con el jeneral Fleetwood. *Encontramos una mistriss Cook de Newington, en Middlesex, nieta del jeneral Fleetwood, que comunicó una carta de Cromwell á William Harris, biógrafo del protector.*

La familia de Bonaparte no se perderá como la de Cromwell: la perfeccion de la administracion civil no permitia esta desaparicion. Por lo demas, bajo este aspecto, *estos dos hombres en nada se parecen en su posicion y destino.*

El protector jamás salió de su isla: las turbulencias de 1640 comenzaron y acabaron en la Gran-Bretaña. Nuestras discordias se mezclaron con las del mundo entero, destruyeron las naciones, y abatieron los tronos. Lo que distingue los últimos movimientos políticos de

la Francia de todos los demas conocidos, es que fueron á un mismo tiempo una emancipacion para nosotros, y una esclavitud para nuestros vecinos, una revolucion y una conquista. Preguntad á los árabes de la Libia y del mar Muerto, y á los nababs de las Indias, el nombre de Cromwell; lo ignoran: preguntad el nombre de Napoleon, y os lo repetirán con el de Alejandro.

Cromwell sacrificó á Carlos I, y ocupó su puesto: Bonaparte, volviendo diez siglos atras, solo se apoderó de la corona de Carlomagno: hizo y deshizo reyes, pero no los asesinó.

Cromwell tomó por esposa á Isabel Bouchier, y tuvo por principal yerno á un procurador: todos los hijos de Isabel Bouchier cayeron en el estado obscuro de su madre cuando su famoso padre desapareció.

Bonaparte casó con la hija de los Césares, casó sus hermanas con soberanos que él habia nombrado, y sus hermanos con princessas cuya raza habia protegido. Jamás perteneció á ninguna asamblea legislativa; jamás fue, como Cromwell, un tribuno popular; menos culpable en cuanto á la libertad, porque tenia menos compromisos con ella, se creyó autorizado para escribir su nombre con su espada en la jenealogía de los reyes: los siglos venideros se han encargado de darle sus títulos de nobleza.

RICARDO CROMWELL.

De 1658 á 1660.

Ricardo, llegando á la dignidad de protector, no pasaba de un hombre comun, y no supo que hacer de la gloria y de los crímenes de su padre. Domada la armada despues de mucho tiempo por su jefe, recobró el imperio. El tío de Ricardo, Desborough, y su cuñado Flectwood, se pusieron con el jeneral Lambert al frente de los oficiales, y forzaron al débil protector á disolver el parlamento que él solo sostenia.

Cada día presentaba un nuevo embarazo, una nueva pena. Ricardo, que olvidaba y era olvidado; que detestaba el yugo militar, y no tenia fuerza para romperlo; que ni era republicano ni realista; que no se cuidaba de cosa alguna; que dejaba que los guardias le quitasen la comida, y que la Inglaterra marchase sola, Ricardó abdicó el protectorado (22 de Abril de 1659).

De todos los desvelos del trono, fue para él el mas grave salir de Whitehall, no por dejar el palacio, sino porque era preciso hacer un movimiento para salir. Solo se llevó dos grandes maletas cargadas de *cumplimientos* y *congratulations* que le habian presentado durante su corto reinado: en estas felicitaciones se decia, segun la gloria de los poderosos y uso de los hombres serviles, que *Dios habia dado á Ricardo la auto-*

vidad para fortuna de los tres reinos. Algunos amigos le preguntaron que preciosidades contenian las male-tas, y respondió sonriéndose: »La dicha del pueblo inglés." Mucho tiempo despues, retirado á la campiña despues de beber, se divertia leyendo á sus vecinos algunas piezas de estos archivos de la bajeza humana, y de los caprichos de la fortuna. Esta bufonada filosófica no lo hacia hijo digno de su padre, pero lo consolaba. Su hermano Enrique, lord lugar-teniente de Irlanda, proyectó poner esta isla en poder del rey; pero aunque mas firme de carácter, y mas diestro que Ricardo, cedió al torrente que arrastraba á su familia, volvió á Lóndres, y cayó en la obscuridad como Ricardo.

El consejo de oficiales, quedando como dueño, llamó bajo la presidencia del republicano Lenthal al parlamento *rump*, y en el embolismo de los partidos, los principales del *rump* se llamaron *la buena causa antigua*. Solo se hallaron cuarenta diputados en la primera reunion, y fue aun preciso sacar de la cárcel dos de estos lejisladores detenidos por deudas. Esta *mómia* estropeada arrancada de su tumba, creyó un momento que era poderosa, porque se acordaba que habia su-jetado al rey á juicio. Resucitando apenas, atacó á la autoridad militar que le habia dado la vida; pero el *rump* estaba sin fuerza, porque se habia colocado entre los realistas unidos á los presbiterianos, que querian la restauracion de la monarquía lejitima, y entre los oficiales indóciles al yugo de la autoridad civil.

Habiendo marchado el jeneral Lambert contra un partido realista que se habia levantado demasiado pron-

to, lo dispersó. Lambert, cobarde rejicida, cortesano desgraciado de Cromwell, que se habia gloriado de heredar un poder excesivo para sus fuerzas, todo lo osó despues de esta miserable victoria. Hizo presentar al *rump* una de esas humildes peticiones hinchadas de amenazas, cuyo uso la revolucion habia introducido. El *rump* se incomodó, destituyó á Lambert y Desborough, y abolió el jeneralato. Lambert, segun el uso de la *buena causa antigua*, bloqueó tan estrechamente á Whestminster con sus satélites, que un solo miembro del pretendido parlamento, Pedro Wentworth, pudo entrar. En estas circunstancias Bradshaw, famoso presidente de la comision que juzgó á Cárlos, acabó sus dias. Monck, que gobernaba la Escocia, y que, sin comunicarlo á persona, meditaba el restablecimiento de la monarquía, entró en Inglaterra con doce mil soldados veteranos, y avanzó hácia Lóndres.

El comité de oficiales se dirige á él, y el parlamento, que no tenia sesiones, lo solicita. Monck se declara republicano y enemigo de Estuardo cuando venia á ponerle la corona en las sienas. Toma partido contra los oficiales por la causa constitucional, instala el *rump* de nuevo, pero al mismo tiempo hace entrar en él los miembros presbiterianos, escludidos con violencia antes de la muerte de Cárlos I; y de este único hecho resulta el triunfo cierto de los realistas. El largo parlamento, despues de haber ordenado elecciones jenerales, pronunció su disolucion, y puso él mismo un término á su larguísima existencia, en la cual se notaba el vacío de los años del protectorado.

El pueblo quemó en su alegría en las plazas pú-

blicas pedazos de rabadillas de diferentes animales. Algunos verdaderos republicanos, como Vane y Ludlow, huyeron, y otros estaban destituidos, no por el hecho de Monck, sino por las proseripciones con que se habian herido los unos á los otros. El rejimiento de Haslerig fue entregado por Monck á lord Falconbridge, que aunque yerno de Cromwell, servia á Carlos II. El coronel Hutchinson, cuya esposa nos ha dejado memorias llenas de interes, se retiró á una provincia. Lambert, en la restauracion, se confesó culpable, obtuvo perdon de la vida, y vivió treinta años confinado á la isla de Guernesey, con el doble peso del rejicidio y del desprecio.

El nuevo parlamento, dividido segun la antigua forma en dos cámaras, se reunió el 25 de Abril de 1660: los comunes, bajo la presidencia de Harbotle-Green-Stone, antiguo miembro escludo del largo parlamento por haber denunciado la ambicion de Cromwell; la cámara de los pares, bajo la presidencia de lord Manchester, que en otro tiempo habia hecho la guerra á Carlos I.

Un comisario de Carlos II, Grenville, se habia convenido con Monck. De vuelta de los Países-Bajos, Grenville presentó la declaracion de Carlos: ella no prometia nada; no era una *carta*. Carlos no cedia parte á las conquistas del tiempo, ni las concesiones necesarias á las costumbres, á las ideas, á la posesion y á los derechos adquiridos: de consiguiente era inevitable una segunda revolucion, y el príncipe legatario desheredaba á su familia. Se echó en cara á Monck no haber obtenido garantia alguna en favor de la monarquía constitucional; y un realista de la cámara de

los comunes fue el que reclamó del immortal honor de los realistas las libertades de la nacion: este fue sir Mathew Hale, juez tan íntegro y estimado, que habia sido empleado por Cromwell, á pesar de la conocida decision de Hale por sus Jejísimos soberanos. Monck respondió, que si se deliberaba, no respondia de la paz de Inglaterra. »¿Que temeis? dijo: el rey no tiene oro »para compraros, ni armada para conquistaros.»

No se escuchó ninguna representacion, porque habia sed de reposo despues de tan largas turbulencias. Los comisarios del parlamento partieron para poner á los pies del soberano, en Breda, los votos y regalos del pueblo de los tres reinos. Cárlos II se embarcó en un navio de la flota inglesa en la Haya, desembarcó en Douvres el 26 de Mayo 1660, y abrazó á Monck, que le esperaba en la ribera: viendo una inmensa multitud entusiasmada de alegría, dijo con gracia: »¿En »donde están, pues, mis enemigos?" Monck hacia entonces un gran papel: ¡que pequeño personaje es hoy dia ese Monck al lado de Cromwell, aunque su figura en cera á lo *Curtius* esté en un armario en Westminster!

El hijo de Cárlos I hizo su entrada en Lóndres el 29 de Mayo, aniversario de su nacimiento, lo que pareció de buen agüero. Cumplia sus treinta años, y era jóven, espiritual, afable; volvia á visitar un pais en donde no habia encontrado eu otro tiempo mas abrigo que las ramas de una encina: era rey, y habia sido infeliz, por eso fue adorado. ¿Quien lo creyera? ¡El pueblo de *la buena causa antigua* era el que lanzaba gritos de alegría en esta bajada de enanos á la isla de los gigantes!

Los cuerpos políticos comienzan las revoluciones, y ellos mismos las terminan: una asamblea deliberante, frecuentemente siendo ilegal, y sin derechos verdaderos, tiene mas poder para llamar un soberano al trono que un ejército. Sin un decreto del parlamento de la liga, que declara la corona de Francia incommunicable á todo otro príncipe que al frances, Enrique IV jamás hubiese reinado. En la ley hay una fuerza invencible, y de ella deben sacar los monarcas su verdadero poder.

CÁRLOS II.

De 1660 á 1685.

Si fuese posible suponer que la corrupcion de costumbres repartida por Cárlos II en Inglaterra, fue un cálculo de su política, era preciso colocar á este príncipe en el número de los mas abominables monarcas; pero es probable que solo siguió la fuerza de sus inclinaciones y lijereza de su carácter. Frecuentemente se forman los hombres un plan de virtud, y rara vez un sistema de vicio: la debilidad toma un apoyo para marchar firme, y no tiene necesidad de socorro para ayudarla á caer. Entre su padre decapitado, y su hermano que debia perder la corona, Cárlos jamás se juzgó bastante asegurado en el poder. Al menos queria acabar en los placeres una vida comenzada con sufrimientos.

Pasadas las fiestas de la restauracion, y apagadas las iluminaciones, vinieron los suplicios. Cárlos habia descargado sobre el parlamento toda responsabilidad de esta naturaleza, y éste no escascó las reacciones y venganzas. Cromwell fue exhumado: Ricardo su hijo emigró al continente, y á la verdad huia menos de su rey que de sus acreedores. Se dirigió á un punto, en donde se espuso á los insultos del príncipe de Conti, que no conociéndolo, le preguntó si sabia en qué habia parado el *estúpido y poltron Ricardo*.

Hoy día hay memoria de que existió un Tomas Cromwell, conde de Essex, que siendo favorito de Enrique VIII, fue decapitado por un placer de su tirano señor. Olivier Cromwell mata su nombre entre los hombres que le precedieron, y le dá perpétua vida entre los que le han seguido y seguirán: una gloria extraordinaria obscurece lo pasado é ilumina lo futuro.

Se reunió una comision de treinta y cuatro miembros el 9 de Octubre de 1660 en Hicks's-hall, para principiar el proceso de los rejeidas, y el gran jurado se compuso de veintiun individuos. En la lista de los jueces se ven muchos fautores de la revolucion, entre otros Monck, que habiendo sido humilde siervo del rejeida Cromwell, se veia condecorado con la dignidad de caballero de la Jarretiera y duque de Albermarle. Cuando en la grande loteria de las revoluciones, cada uno abre su billete, se vé una amarga é irónica distribucion de los dones de la fortuna: el uno se cubre de honores y de cordones, y el otro sube al patibulo; los dos han hecho lo mismo, y han arriesgado las mismas prendas. Pedro abunda en riquezas, y era un enemigo; Pablo está miserable, y era un amigo. El uno es recompensado por su traicion, el otro castigado por su fidelidad.

El pobre Harrison, presentado delante de los jueces, les dijo: «Muchos de vosotros, jueces míos, tra-
»bajasteis conmigo en las cosas que han pasado en
»Inglaterra. Lo que se hizo fue por orden del parla-
»mento, que entonces era la suprema autoridad.» La excusa era de buena fe, pero mala. Entonces bastaria

que un poder legal nos mandase una accion injusta, para que nos viésemos obligados á cometerla. La ley moral se sobrepone en muchos casos á la ley politica; de otro modo podia suponerse una sociedad constituida de tal suerte, que el crimen fuese en ella el derecho comun. En una palabra, el *rump* no era el verdadero parlamento, el parlamento *legal*.

Harrison era sencillo de corazon y de espíritu, y un loco fanático de la quinta monarquía; se habia separado de Cromwell, opresor de la libertad. A propósito de Harrison, aplicó un juez al pueblo de Inglaterra el bello apólogo del niño que quedó mudo, y recobró la palabra viendo al asesino de su padre (1). Por criminal que fuese Harrison, era mas apreciable que otros muchos; pero hay fatalidades en la vida: alguno que posee un carácter noble y puro, cae en un error imperdonable; todos le persiguen: y otro que es vil y corrompido por naturaleza, se sostiene y es buscado. El uno es condenado en el tribunal de los hombres, el otro en el tribunal de Dios.

Se descubria en el proceso de los jueces de Carlos I, que los dos verdugos enmascarados eran Walker y Hulet, los dos militares: Hulet era capitán. Garland, que ocupaba el sillón en el *mitting* rejicida, fue acusado por un testigo de haber escupido al rey en la cara: Axtell, monstruo de crueldad, que mataba, dice el proceso, á los irlandeses como *insectas*; Axtell, anabaptista y agitador, fue convencido de haber obligado á los soldados á gritar: ¡Justicia! ¡ejecu-

(1) He citado este pasaje del proceso de Harrison en las *Reflexiones políticas*.

cion! De haberlos obligado á disparar contra la tribuna de lady Fairfax, y quemar pólvora delante del angusto prisionero. Todos estos hombres sostuvieron que su causa era *la de Dios*. Tomás Scott manifestó mas firmeza. Havia declarado en el parlamento, »que jamás »se arrepentiria de haber juzgado al rey, y que que- »ria que se grabase en su sepulcro: *Aquí yace Tomás Scott, que condenó al difunto rey á muerte.*” No desmintió este lenguaje en los mas crueles suplicios. La sentencia pronunciada contra todos estaba concebida en estos términos:

»Vos sereis arrastrado sobre un cañizo al lugar de »la ejecucion; alli sereis colgado, y estando aun en »vida, se os romperá la cuerda. Sereis mutilado (*your »privy member to be cut off*), os arrancarán las entra- »ñas en vida, y serán quemadas delante de vuestros »ojos. Vuestra cabeza será cortada, vuestros miembros »divididos en cuatro partes. Vuestra cabeza y miem- »bros estarán á la disposicion del rey, y Dios tenga »piedad de vuestra alma.”

De ochenta rejeidas que quedaban en Inglaterra en el momento de la restauracion, cincuenta y uno se presentaron en la proclamacion del rey, se reconocieron culpables, y gozaron de amnistia: veintinueve fueron puestos en juicio, y diez sostuvieron que no eran criminales, y volaron mártires al suplicio. El predicador Hugh Peters participó de su suerte. John Jones, en el patíbulo, declaró al rey inocente de su muerte, porque segun su conciencia, Cárlos II cumplia los deberes de un buen hijo para con su padre.

Asi es como las exhumaciones y ejecuciones abrie-

ron un reinado, que debian cerrar los patibulos. Veintidos años de desarreglo pasaron por debajo de los aparatos patibularios, últimos años de alegría, al estilo de los Estuardos, y que tenian el aire de una orija fúnebre.

En los primeros dias de la restauracion se buscaba el modo de ser bastante esclavo para expiar el crimen de independenciam: era una emulacion doméstica que desembarazaba al señor de los actos de rigor: el clero y el parlamento se encargaban de todo. Los comunes pasaron una acta, á fin de establecer ó restablecer la doctrina de la obediencia pasiva. El bill de convocaciones trienales fue abolido, y una especie de largo parlamento real duró diezisiete años, por medio de la corrupcion, impiedad y esclavitud, como el largo parlamento republicano habia existido veinte años por medio del rigorismo, fanatismo y libertad. Todo tomó el carácter de una monarquía absoluta en una monarquía representativa: copiose la corte de Luis XIV, pero sin grandeza; hubo cábalas é intrigas para alcanzar el ministerio; hubo influencias de queridas en Windsor como en Versalles, se trataban los intereses públicos como los particulares, y no fueron las revoluciones, sino las intrigas, las que levantaron cadalsos.

La peste, y un vasto incendio, no turbaron la vida voluptuosa de Carlos. A instigacion de Francia, y por seduccion de Enriqueta, duquesa de Orleans, hizo la guerra á Holanda, con el único objeto de convertir en provecho de sus placeres los subsidios del parlamento.

Los desdichados caballeros, esos realistas que todo

lo habian sacrificado á la causa de los Estuardos, olvidados ahora enteramente, languidecian en la miseria; *las cabezas redondas* gozaban de los bienes y de los honores que habian adquirido, armándose contra la familia real legitima. Waller, conspirador poltron, en el largo parlamento poeta adulator de la feliz usurpacion, formaba las delicias de la legitimidad restaurada, mientras que el fiel y esforzado Butler moria de hambre. Cárlos sabia de memoria los versos de *Hudibras*, y se complacia en declamarlos. Esta sátira llena de entusiasmo contra los personajes de la revolucion, encantaba á una córte en donde brillaba el desenfreno de Rochester y la gracia de Grammont; y el ridiculo era una especie de venganza que estaba á la órden del dia de los cortesanos. *¿Las repúblicas son acaso mas reconocidas que las monarquías? ¿Ha olvidado Cárlos á sus amigos mas que otros reyes? Hay enfermedades que pertenecen á las coronas, sean por otra parte cuales sean las cualidades y defectos de las testas coronadas.* La ingeniosa duquesa de Rohan dijo en su apolojia irónica: «Entrad en el patio de palacio (de Enrique IV), y oireis que gritan los oficiales: *Hace treinta ó veinticinco años que sirvo al rey, sin recibir las pagas de mi salario, y otro que le hacia la guerra, hace tres dias que recibió una gratificacion.*» Subid los escalones, y entrad hasta la antecámara, y oireis á los jentiles-hombres que dicen: — *¿Que esperanza hay en servir á este principe? He espuesto mi vida tantas veces por su servicio, he estado herido, prisionero, he perdido á mi hijo, á mi hermano y á mi pariente, y á pesar de esto no me conoce, y me trata con asperc-*

»za si le pido la mas minima recompensa." Muy bien, señores, ¿habreis dicho mucho? Escuchadme un poco; sabed que este príncipe está dotado de virtudes sobrenaturales, y dice en buen lenguaje: »*Amigos míos, ofendadme, y os amaré; servidme, y os aborreceré.....*» ¡O valeroso príncipe y jeneroso esfuerzo, que solo se rinde á los jenerosos, que no se deja forzar sino por la fuerza misma!

Algunos recuerdos, algunas ambiciones privadas, algunos sueños peculiares á espíritus falsos que se imaginan poder hacer servir lo pasado, fermentaron en un rincón, bajo la proteccion de Jacobo, entonces duque de Yorck y católico de relijion. Estas ambiciones, estos sueños y recuerdos tomados en mala parte por una opinion posible y aplicable, dieron á la nacion el recelo de un reinado opuesto al culto establecido, y la libertad de los pueblos. La correspondencia diplomática nos enseña el papel odioso que representó Luis XIV entonces, y la funesta influencia que ejerció sobre el destino de Cárlos y Jacobo: al mismo tiempo que alentaba al soberano á la arbitrariedad, movia los vasallos á la independencia, con el objeto mezquino de embrollarlo todo, y hacer impotente á la Inglaterra exteriormente. Los ministros de Cárlos, y los miembros mas notables de la oposicion del parlamento, eran pensionarios del gran rey.

La iglesia episcopal se mezclaba en todas las transacciones: proscrita en las últimas revueltas por hombres fanáticos, el interes y la venganza la habian convertido en fanática á su vez. Poseido del espíritu de reaccion queria el parlamento la uniformidad del cul-

to, y perseguía igualmente á los católicos y á los presbiterianos; bien que un número considerable de individuos de este parlamento no tenía creencia alguna. Bajo el reinado de *Cárlos I*, la religión habia sido el instrumento de la política. Los príncipes habian cambiado de lugar, y por el modo con que se habian coordinado, conducian mas directamente á la libertad civil, oprimiendo la libertad de conciencia. Los independientes habian desaparecido: la córte era deísta ó ateísta.

En 1673 el parlamento pasó el acta de prueba (1); precaucion tomada para lo futuro contra el duque de Yorck, como papista. ¡Efecto milagroso y siempre natural de la marcha de los siglos! Este famoso acto, que sirvió para precipitar á los Estuardos, y que fue la salvaguardia de una nueva dinastía, se abolió en el mismo momento en que escribo estas palabras. La abolicion no es aun completa y entera, pero no puede tardar mucho en serlo. Si la raza de los Estuardos no se hubiese acabado, no encontraria en su religión obstáculo para subir al trono. ¿Lo encontraria en la política? Hoy dia todo está cifrado en ella para los pueblos y los reyes.

Una pretendida conspiracion descubierta por el infame Titus Oates comprometió á la reina, cuyo destierro llegó á pedir el parlamento, y envió al cadalso algunos jesuitas. Shaftesbury, adulador de Cromwell, é instrumento de la restauracion, hombre de un espíritu, de un carácter y talento que le asemejaban al

(1) Acto por el cual se niega la transubstanciacion y el culto á la Virgen y los santos. (*Ed. E.*)

cardenal de Retz, Shaftesbury, padre de un hijo célebre, pasaba de una intriga á otra. Un bill, obra mas de su antipatía que de su conviccion, fue presentado á la cámara de los comunes para escluir al duque de Yorck de la sucesion á la corona; la cámara de los pares rechazó el bill. Los comunes se indignaron, Cárlos anuló el parlamento, y convocó otro en Oxford; y éste, mas sedicioso que el primero, representó el bill desechado. Cárlos disuelve de nuevo el parlamento, despoja á Lóndres y á algunas ciudades municipales de sus *cartas*, reina como dueño hasta su muerte, y por los consejos de su hermano se hace cruel y perseguidor.

De aqui las conspiraciones opuestas y mal concebidas de Monmouth, bastardo de Cárlos, de los lores Shaftesbury, Essex, Grey, Russel, de Sidney y de Hampden, nieto del famoso parlamentario. Estos tres últimos son célebres: Lord Russel es la única víctima de esta época que ha merecido el aprecio total de la posteridad. Hampden fue miserable en el proceso; tuvo de menos lo que su abuelo tenia en demasía. Por lo que toca al republicano Sidney, él recibia dinero de Luis XIV, vivia comodamente con el despotismo, y se habia dispuesto á morir noblemente por la libertad.

La inquietud creciente del reino futuro, las pretensiones de María, hija del duque de Yorck y mujer del príncipe de Oranje, la profunda y fria ambicion del yerno de Jacobo, á cuyo lado los descontentos de todos los partidos comenzaban á unirse, emponzoñaron los últimos dias de una córte frivola. Cárlos mu-

rio de repente el 16 de Febrero de 1685 de una apoplejía, consecuencia bastante común del desenfreno en el paso de la edad madura á la vejez. Los placeres de este príncipe le rindieron el último servicio, lo libraron de una nueva revolucion, ó mas bien del último acto de la revolucion, porque los Estuardos no habian querido representar por si mismos este último acto, y tomar en provecho suyo lo que Guillermo supo recoger. Los unos han creído que Carlos II habia sido envenenado; mas cierto es que murió católico, si suponía alguna cosa en religion.

Este hijo de Carlos I fue uno de aquellos hombres lijeros, espirituales, discolos y egoistas, sin afeccion de corazon, sin conviccion de espíritu, que se colocan algunas veces entre dos períodos históricos, para concluir el uno y comenzar el otro, para amortecer los resentimientos, sin fuerza para ahogar los principios; uno de aquellos príncipes cuyo reinado sirve como de pasaje ó transicion á los grandes cambios de instituciones, de costumbres y de ideas en los pueblos; en fin, uno de aquellos príncipes formados para llenar los espacios vacíos, que en el órden político separan la causa del efecto.

La inteligencia humana habia marchado en razon del progreso de la ciencia social. La poesia brilló con sus galas. Esta es la época de Milton, de Waller, de Dryden, de Butler, de Cowley, de Otway, de Davenant, los unos admiradores, los otros despreciadores del jenio de Cromwell, y todos mas ó menos sometidos á Carlos. »Nutrida en las facciones, trabajada por todos los fanatismos de la religion, de la libertad y

»de la poesía, esta alma tempestuosa y sublime (Milton), perdiendo el espectáculo del mundo, debía encontrar un día en sus recuerdos el modelo de las pasiones del infierno, y producir del fondo de sus sueños, que la realidad no interrumpía, dos creaciones igualmente ideales, igualmente inesperadas en este siglo feroz, la felicidad del cielo y la inocencia de la tierra." Hemos tomado esta pintura admirable de la historia de Cromwell por Villemain.

Tillotson, Burnet, Shaftesbury, Hobbes, Locke y Newton habian aparecido, ó comenzaban á aparecer: las ciencias, segun los tiempos, son hijas ó madres de la libertad.

JACOBO II.

De 1685 á 1688.

Cuando las revoluciones deben cumplirse, se ven nacer ó mantenerse en los negocios hombres que por sus virtudes ó sus crímenes, su fuerza ó su debilidad, conducen estas revoluciones á su término; y al mismo tiempo mueren ó se alejan hombres que pudieran detener la marcha de los acontecimientos. Carlos I era el tercer hijo de Jacobo I, y si hubiesen vivido sus hermanos, no hubiese ceñido la corona: su padre lo destinaba á la iglesia, y se hubiese sentado pacíficamente en el trono arzobispal de Cantorbery, en lugar de subir al patíbulo. Toda la série de los acontecimientos hubiese sido mudada por la influencia personal de los monarcas que hubiesen reinado en lugar de Carlos I y de sus dos hijos: tal vez los Estuardos gobernarían aun la Gran-Bretaña.

Jacobo II, hombre duro y débil, caprichoso y fanático, no tenia, cuando tomó las riendas del mando de los tres reinos, la menor idea de la revolucion cumplida en los espíritus, y se habia quedado distante de sus contemporáneos mas de un siglo. Quiso probar en favor de la iglesia romana lo que su padre no habia podido alcanzar en favor del obispado: se creia árbitro y señor de obrar un cambio en la relijion del estado, tan fácilmente como Enrique VIII; pero el pue-

blo inglés no era el pueblo de Tudor, y aun cuando Jacobo hubiese distribuido á sus súbditos todos los bienes del clero anglicano, no hubiese convertido uno solo en católico. Su error mas grande fue jurar en su advenimiento al trono lo que no tenia intencion de cumplir: la fe guardada no ha salvado siempre á los imperios; la fe mentida los ha perdido con frecuencia.

Jacobo desde luego tuvo resentimientos en su corazon por la desatinada rebelion del duque de Monmouth, que se reprimió con facilidad. Monmouth, batido en Segmore, prisionero en el combate al esconderse entre matorrales, conducido á Lóndres, y presentado á Jacobo, no pudo salvar su vida con las humildes sumisiones que Jacobo desterrado refirió con gusto, creyendo escusar sus flaquezas publicando las ajenas. La certidumbre de la muerte volvió todo el valor á Monmouth: se mostró valiente y lijero, como Cárlos II su padre; tenia todas las gracias de su madre cortesana, y jugó con el hacha, la cual tuvo que dar cinco golpes para cortar su hermosa cabeza. Han querido convertir á Monmouth en *máscara de hierro*; pero eso es una novela.

Siendo Jacobo naturalmente cruel, halló un verdugo: Jeffries habia comenzado sus obras hácia el fin del reinado de Cárlos II en el proceso en que Russel y Sidney perdieron la vida. Este hombre, que despues de la invasion de Monmouth hizo ejecutar en el oeste de Inglaterra mas de doscientas cincuenta personas, no dejaba de tener cierto espíritu de justicia: una virtud que no se descubre en un hombre de bien, se hace notar cuando está colocada entre vicios.

Llevado de su celo religioso, el monarca solo escuchaba los consejos de su confesor, el jesuita Pelers, á quien queria hacer cardenal. Misionero en su propia córte, Jacobo habia convertido á su ministro Sunderland, que no era mas fiel á su nuevo Dios que á su rey. El nuncio del papa hizo una entrada pública en Windsor con hábitos pontificales: estas cosas, que en el espíritu tolerante ó indiferente de este siglo, serian hoy dia muy inocentes, eran muy criminales á los ojos de un pueblo que miraba la comunión romana como enemiga de las libertades públicas.

No pudiendo el rey cumplir directamente sus miras, quiso dirijirlas por un camino oblicuo: se hizo protector de los cuákeros, y pidió la libertad de conciencia para todos sus vasallos: Cromwell habia tambien buscado esta libertad para defenderse, pero no para atacar como Jacobo. Las intrigas del rey salieron vanas para obtener en este particular la mayoría del parlamento. Habiendo salido mal este empeño, publicó por su propia autoridad una declaración de libertad de conciencia. *Siete obispos se negaron á leerla en sus iglesias: conducidos á la Torre, y absueltos despues en juicio, su cautividad y libertad fueron un triunfo popular.* Jacobo habia formado un campamento á distancia de algunas millas de Lóndres; pero halló los soldados tan opuestos á la libertad de conciencia como los obispos.

De este modo acabó Jacobo de discontentar á la nacion por un acto justo y jeneroso en principios. Fácilmente se halla la doble razon de esta suerte de iniquidad de hechos; por un lado se hallaba el fanatismo

protestante, por otro se conocia que la tolerancia real no era sincera, y que solo pedia una libertad particular para destruir otra jeneral.

Dificil es explicar la conducta del rey. En el reinado mismo de su hermano habia visto proponer un bill de incapacidad á la posesion de la corona; incapacidad fundada sobre profesion de toda religion que no fuese la del estado: estas disposiciones hostiles podian haber irritado secretamente á Jacobo el católico; pero ¿como no comprendió que para conservar la corona en semejante pueblo era preciso no herir la parte delicada? Lejos de esto, en lugar de moderarse al llegar al supremo poder, abundó en medidas propias para quedarse sin él.

La Holanda era ya mucho tiempo la fragua de las intrigas de los diferentes partidos ingleses: los emisarios de estos partidos se reunian bajo la proteccion de Maria, hija primera de Jacobo, esposa del principe de Oranje, hombre que no inspiró admiracion alguna, y que sin embargo hizo cosas admirables. Avisado frecuentemente por Luis XIV, no quiso Jacobo creer nada: le fue precisa la evidencia, y una noticia del *marques de Abbeville*, embajador de la Gran-Bretaña en la Haya, descubrió á sus ojos todo el plan de invasion. Abbeville sabia todos estos pormenores del gran pensionario Fagel, y el conde de Avaux habia sabido antes todo este plan. Se habia preparado una flota en Texel, que debia dirigirse contra la Inglaterra, adonde el principe de Oranje decia que era llamado por la nobleza y el clero.

Luis XIV, cuya política habia sido desastrosa y

miserable hasta el desenlace, encontró su grandeza en la catástrofe; hizo magníficos ofrecimientos, y los hubiese cumplido; pero cometió al mismo tiempo una falta irreparable: en lugar de atacar los Países-Bajos, lo cual hubiese detenido al príncipe de Oranje, llevó la guerra á otra parte. La flota se hizo á la vela, y Guillermo desembarcó con trece mil hombres en Broxholme, en Torbay.

Con grande admiracion no encontró persona alguna, y esperó en vano diez dias. ¿Que hizo Jacobo en estos diez dias? Nada. Tenia una armada de veinte mil hombres, que se hubiese batido en seguida, pero no tomó ninguna resolucion. Sunderland, su ministro, lo vendia; el príncipe Jorje de Dinamarca, su yerno, y Ana, su hija favorita, lo abandonaban del mismo modo que su hija Maria y su otro yerno Guillermo. Comenzaba á crecer la soledad alrededor del monarca aislado de la opinion nacional: pidió consejos al conde de Berford, padre de lord Russel, decapitado en el reinado precedente á la persecucion de Jacobo. »Yo tenia un hijo, res-
»*pondió el anciano, que hubiese podido socorrerlos.*»

Jacobo, en este momento critico, solo mostró fortaleza por su religion; ella habia absorbido en su provecho el valor natural del príncipe. Jacobo renovó las medidas favorables á los católicos, y arrojando el odio público, hizo bautizar á su hijo en la comunion romana: el papa fue declarado padrino de este jóven rey, que no habia de ceñir la corona. La conciencia era la virtud de Jacobo II; pero solo la aplicaba á un objeto, y esta viva luz se le convertia en tinieblas cuando heria otra cosa que no fuese el altar.

Avanzaba hácia Lóndres con lentitud el príncipe de Oranje, y en la capital la sola presencia de Jacobo combatía al usurpador. Poco á poco entró la defecion en la tropa inglesa. El Lilli-Ballero, especie de himno revolucionario, fue cantado entre los desertores. Jacobo dijo: »Que les dea pasaporte en nombre mio para unirse al príncipe de Oranje, y asi los libraré del deshonor de hacerme traicion.»

Sin embargo, el rey tomaba la mas fatal resolucion, que era abandonar á Lóndres. Desde luego hizo partir á la reina y á su jóven hijo, acompañado de Lanzon, favorito de la fortuna, asi como sus suplicantes eran el juguete de ella. El mismo Jacobo se embarcó en el Támesis, y arrojó en él el sello del estado, ó mas bien su corona, que las olas jamás le devolvieron. Detenido por casualidad en Feversham, volvió á Lóndres, en donde fue saludado por el pueblo con las mas vivas aclamaciones: esta inconstancia popular pensó en destruir la obra de la sufrida y culpable ambicion del príncipe de Oranje. Ese duque de York, tan valiente en su juventud bajo las banderas de Turena y de Condé, almirante tan diligente y hábil en las flotas de su hermano Cárlos II; ese duque de Yorck no encontraba como rey su antiguo ardimiento: ahora solo se trataba de que permaneciese mirando la faz de su yerno y de su hija. Guillermo le dió orden de retirarse al castillo de Ham: el monarca, en lugar de indignarse contra semejante orden, solicitó humildemente el permiso de retirarse á Rochester. El príncipe de Oranje adivinó que su suegro, acercándose al mar, tenia la intencion de huir del reino, y esto era lo que

deseaba el usurpador. Por tanto acordó prontamente el permiso. Jacobo gauó furtivamente la ribera, y se embarcó en un buque que le esperaba.

El austero católico que sacrificaba un reino á su fe, iba acompañado de su hijo natural, el duque de Berwick, que habia tenido de Arabela Churchill, hermana del duque de Malborough. Este debia su fortuna á Jacobo, y abandonó á su bienhechor desgraciado, para entregarse á un criminal afortunado. Berwick y Malborough, el uno bastardo y el otro traidor, habian de ser dos capitanes célebres: Malborough sacudió el imperio de Luis XIV; Berwick aseguró la España al nieto de ese gran rey, y no pudo entregar la Inglaterra á su padre Jacobo II. Berwick tuvo la gloria de morir de un cañonazo en Philipsbourg por la Francia (12 de Junio de 1734), y de merecer los elogios de Montesquieu.

Jacobo abordó los campos del eterno destierro el 2 de Enero de 1689 (nuevo estilo), mes funesto. Desembarcó en Ambletusa, en Picardia. Solo habia necesitado cuatro años el último hijo de Cárlos I para perder un reino.

Una asamblea nacional convocada en Westminster con el nombre de *convencion*, declaró el 23 de Febrero de 1689, que Jacobo, segundo del nombre, dejando la Inglaterra, habia abdicado; que su hijo el principe de Gales era un hijo supuesto (impudente mentira); que Maria, hija de Jacobo, princesa de Oranje, era de derecho heredera del trono abandonado: asi se estableció la usurpacion, fingiendo legitimidad.

El principe de Oranje y su esposa Maria acepta-

ron la sucesion real no vacante, con condiciones que formaron la constitucion escrita en la Gran-Bretaña: tal fue el último acto y desenlace de la revolucion de 1640: así se colocaron despues de siglos de discordias los limites que separan hoy dia en Inglaterra el justo poder de la corona de las libertades legales del pueblo.

Por fin, ni Jacobo, ni los ingleses se honraron con este suceso memorable: dejaron que lo hiciese todo Guillermo con una débil armada de trece mil hombres, en la cual se contaban mil y doscientos ó mil y cuatrocientos soldados y oficiales franceses protestantes: estos, arrojados de Francia por la revocacion del edicto de Nantes, fueron á Inglaterra á destronar un príncipe católico, aliado de Luis XIV: tal es el encadenamiento de las cosas humanas. Una guardia holandesa desempeñó la policia en Lóndres, y relevó las tropas de Whitehall. Los historiadores de la Gran-Bretaña llaman la revolucion de 1688 *la gloriosa revolucion*; debían contentarse con llamarla *útil*: los hechos dejan el provecho, pero niegan la gloria á la Inglaterra. El mas lijero estímulo de fortaleza en el rey Jacobo hubiese bastado para detener al príncipe Guillermo, y casi ninguno en el primer momento se declaró en su favor.

En suma, esta revolucion que hubiese podido ser retardada, no era menos inevitable, porque habia obrado en el espíritu de la nacion. Si Jacobo apareció herido del vértigo en el momento decisivo; si durante su reinado solo se ocupó en procurarse seguridad en Inglaterra, ó un medio de fuga á Francia; si dejó que le hiciesen traicion por todas partes, sin aprove-

chase de los avisos y ofrecimientos de Luis XIV, es porque tenia el convencimiento de que sus destinos se habian cumplido. La libertad desconocida en tiempo de Jacobo I, deshonrada en el de Carlos II, y atacada en el de Jacobo II, se habia conservado en las formas constitucionales, y estas formas la transmitieron á la nacion, que continuó fecundando el suelo natal despues de la espulsion de los Estuardos.

Estos principes no pudieron jamás perdonar al pueblo ingles los males que les habia causado, y el pueblo ingles no pudo jamás olvidar que estos principes habian ensayado despojarlo de sus derechos: por una y otra parte habia justos resentimientos y ofensas. Estando destruida toda confianza reciproca, se miraron en silencio durante algunos años. Las jeneraciones que habian sufrido juntas, igualmente fatigadas, consintieron en acabar sus dias juntamente; pero las jeneraciones nuevas, que no sentian esta lasitud, que no nutriendo enemistades, no tenian necesidad de entrar en los compromisos de la desdicha; estas jeneraciones revengaron los frutos de sangre y lágrimas de sus padres: fue preciso despedirse de lo pasado. En la revolucion de 1688 no quedaban en los dos partidos sino algunos testigos de la catástrofe de 1649: el mismo Jacobo, que fue á morir en el destierro, y el viejo rejicida Ludlow, que volvió de él para tener el placer de ver la espulsion de un rey, cuyo padre habia condenado. Ludlow se encontró como un estraño en Londres con sus principios republicanos, tan estraño como Jacobo con sus máximas de poder absoluto.

Pero nos engañamos en esta relacion; otro perso-

najo asistió aun al advenimiento de Guillermo. Uno llamado Clark, del condado de Erford, habia tenido un proceso con sus hijas. Despues de la muerte de su hijo único vino á litigar á Lóndres, y quiso asistir á una sesion de la cámara alta. Preguntole un hombre si habia visto jamás una cosa semejante. »No, respondió »Clark, despues que he cesado de sentarme en esa »silla." Mostraba el trono: era Ricardo Cromwell.

¿Los Estuardos hubiesen podido reinar despues de la restauracion? Muy facilmente, haciendo lo que hizo Guillermo en Inglaterra y Luis XVIII en Francia, dando una carta, aceptando de la revolucion lo que tenia de bueno y de invencible, lo que estaba cumplido en los espíritus y en el siglo, y determinado en las costumbres, lo que no podia nadie ensayar destruir, sin remontar violentamente á las edades, sin imprimir en la sociedad un movimiento retrógrado, sin trastornar de nuevo la nacion. Las revoluciones que acontecen en los pueblos en el sentido natural; esto es, en el sentido de la *marcha progresiva del tiempo*, pueden ser terribles, pero son duraderas; las que se ensayan en sentido contrario; esto es, oponiéndose al curso de las cosas, no son menos sangrientas, pero como azote de un momento, no fundan ni establecen; lo que pueden hacer es esterminar.

Han pasado los Estuardos, y los Borbones quedarán, porque prestándonos su gloria, han adoptado las libertades recientes, dolorosamente nacidas de nuestros males. Carlos II desembarcó en Douvres con las manos vacías; y en su equipaje solo tenia venganzas y poder absoluto: Luis XVIII se presentó en Calais, te-

nriendo en una mano la antigua ley, y en otra la nueva, con el olvido de las injurias y el poder constitucional: á un mismo tiempo era Carlos II y Guillermo III, y la legitimidad desheredaba á la usurpacion. El leal Carlos X, imitando á su augusto hermano, no quiso cambiar el culto nacional, ni destruir lo que habia jurado mantener. En tal punto terminó el drama de la revolucion, la Francia entera reposó con alegría, amor y reconocimiento bajo la proteccion de sus antiguos monarcas. Todo fue destruido por la tempestad alrededor del trono de San Luis; pero este trono permaneció en pie, como aquellas antiguas y venerables obras de la patria, como los viejos monumentos de los siglos, que dominan á los edificios modernos, y al pie de los cuales viene á regocijarse la jóven posteridad.

Volvamos al rey Jacobo: ¿que se hizo de él? —
 »Al día siguiente que llegó el rey de Inglaterra, fue
 »el rey á esperarlo en San Jernan, en el apartamiento
 »de la reina. Su Majestad estuvo una media hora ó
 »tres cuartos antes que llegase, y estando en el vivar
 »de conejos, se dió aviso á Su Majestad, y otro segundo
 »aviso cuando llegó al palacio. Entonces Su
 »Majestad dejó á la reina de Inglaterra, y salió al encuentro
 »á la puerta de la sala. Abrazáronse los dos
 »reyes tiernamente, con esta diferencia, que el rey de
 »Inglaterra, conservando la humildad de una persona
 »infeliz, se bajó casi hasta las rodillas del rey. Después
 »de este primer abrazo en medio del salon de
 »guardias, volvieron á abrazarse amigablemente, y asi-
 »dos de la mano se dirijieron á la reina, que estaba

»en su cama. El rey de Inglaterra no abrazó á su esposa aparentemente por respeto.

»Despues de haber durado la conversacion un cuarto de hora, el rey condujo al de Inglaterra al apartamiento del príncipe de Gales. La figura del rey de Inglaterra no habia impuesto á los cortesanos, y sus discursos hicieron menos efecto que su figura. Conató al rey en la sala del príncipe de Gales, en donde habia algunos cortesanos, la mayor parte de las cosas que le habian sucedido, y lo hizo tan mal, que los palaciegos no quisieron acordarse de que era ingles, y que por consiguiente era disimulable su poca habilidad en la lengua francesa, á mas de que tartamudeaba un poco, y que estaba fatigado, y que no es extraordinario que una desdicha tan grande disminuyese una elocuencia mas perfecta que la suya."

Luis XIV dió una flota al rey Jacobo, y lo envió á Irlanda. Perdió la batalla de la Boyne (Junio de 1690) y se volvió á San Jerman. Un partido numeroso queria llamarlo otra vez al trono, y todo lo negociaba y embrollaba con sus pretensiones. Bossuet se mostraba menos exigente que él, y sostenia que un rey católico podia tolerar la preeminencia de la religion protestante en sus estados. Muchas veces Bossuet dejaba ver, avanzando este principio, un oculto pensamiento poco digno de su jenio y virtud.

Desde el cabo de la Hogue vió Jacobo la destruccion de la segunda flota que lo habia de conducir segunda vez á los tres reinos. »Mi mala estrella escribia á Luis XIV, ha hecho sentir su influencia á las armas de Vuestra Majestad, siempre victoriosas hasta que

» han combatido en favor mio : os suplico , pues , que » no os intereseis por un príncipe tan infeliz .”

Luis XIV conoció el valor de estas palabras , y redobló su celo por su augusto cliente : aun dispuso fuerzas en 1696 en apoyo de su partido . Jacobo se negó á todo complot de asesinato contra Guillermo : tampoco quiso subir al trono de Polonia , que su huésped real se encargaba de alcanzarle . En la época del tratado de Ryswick , Luis XIV , que iba á verse forzado á reconocer á Guillermo por rey de Inglaterra , propuso á Guillermo que reconociese á su vez al jóven hijo de Jacobo por su heredero . El príncipe de Oranje , que carecía de hijos , consintió ; pero Jacobo se negó absolutamente . » Yo me resigno , dijo , á la usurpacion del » príncipe de Oranje ; pero mi hijo solo puede recibir la » corona de mi mano , y la usurpacion jamás puede dar- » le un titulo legitimo .” En todo este proceder se ve grandeza , y una política negativa magnánima . Jacobo destronado , y siendo solamente un simple cristiano , dejaba de ser un hombre vulgar . Aquel á quien solamente causen impresion las devociones de este príncipe con los jesuitas , tomará la burla por la historia .

Jacobo tuvo el consuelo y el dolor de ver algunas veces en su retiro á los vasallos fieles á su mala fortuna : Dalrymple dice : » Ellos se formaron en una compañía » de soldados al servicio de la Francia , y les pasó revista el rey (Jacobo) en Saint-Germain-en-Laye . El rey , » quitándose el sombrero , saludó al cuerpo con una inclinacion . Volvió á pasar , se inclinó de nuevo , y derramó lágrimas . Los soldados se pusieron de rodillas , » bajaron la cabeza al suelo , y levantándose á la vez , le

»hicieron el saludo militar. Eran los primeros en el ataque, y los últimos en la retirada. Muchas veces les faltaba lo necesario para la vida, pero jamás se quejaron sino de los sufrimientos de aquel á quien miraban como á su soberano.»

Hay un hecho poco conocido: María Estuardo habia deseado que la compañía escocesa al servicio de Francia fuese mandada por uno de los hijos del rey de Escocia, y en efecto sabemos que Carlos I y Jacobo II fueron á su vez capitanes de esta compañía. Los jacobitas, que tomaron muchas veces las armas ó por Jacobo ó por el pretendiente hijo suyo, marcaron con un carácter patético una vieja sociedad espirante. Guillermo habia arrojado á Jacobo de Inglaterra al son de un canto revolucionario: se cree que el famoso *God save the king*, cuyo aire es de origen frances, es un himno religioso entonado por los jacobitas al marchar al combate. La fealdad, la legitimidad y la religion católica de la antigua Inglaterra, han legado una cancion á la libertad, á la usurpacion y á la comunion protestante de la Nueva-Inglaterra.

Para castigar á los montañeses de Escocia que se sublevaron por el hijo de su antiguo señor, el gobierno ingles no vió medio mas seguro que obligarles á dejar el vestido y los usos de sus padres, su pequeño zagalejo y su gaita. Despojándolos de su antiguo traje, se esperaba quitarles su antigua virtud.

Jacobo pasó el tiempo de su destierro en escribir las memorias de su vida: la piedad suplía en él el lugar del poder: retirado en su conciencia, de cuyo imperio nadie le podia despostrar, sus recuerdos le ha-

cian vivir en lo pasado, su religión en lo futuro. De su propia mano había escrito esta corta súplica: »Os doy gracias, mi Dios, por haberme quitado tres reinos, para que así fuese yo mejor.» Murió en San German el 16 de Setiembre de 1701.

El príncipe de Gales, su hijo, que usó en algun tiempo del nombre de Jacobo III, y que murió el 2 de Enero de 1766 (siempre el mes de Enero) tuvo dos hijos: Carlos Eduardo, el pretendiente, y Enrique Benoit, cardenal de York. El príncipe Eduardo tenía calidades de héroe; pero no vivía en el siglo de Ricardo Corazon de Leon, en el cual un caballero solo conquistaba un reino. El pretendiente llegó á Escocia en el mes de Agosto de 1745: un pedazo de tafetan traído de Francia le sirvió de bandera, bajo de la cual reunió diez mil montañeses, se apoderó de Edimburgo, pasó sobre los cuerpos de cuatro mil ingleses en Preston, y avanzó hasta catorce leguas de Londres. Si hubiese tomado la resolución de avanzar mas, no sabemos lo que hubiese acaecido.

Obligado á hacer un movimiento retrógrado delante del duque de Cumberland, el pretendiente ganó al menos la batalla de Falkirk, pero sufrió completa derrota en Culloden. Errante en los bosques, cubierto de harapos, estenuado de fatiga, y muerto de hambre, el soberano de derecho de los tres reinos, vió renovadas en él las aventuras de su tío Carlos II; pero no hubo restauracion para Eduardo, y solo dejó cadavros á sus amigos.

Volviendo á Francia, fue arrojado de ella por el tratado de Aix la Chapelle (1748). Arrestado en el

teatro, y conducido á Vincennes casi encadenado, se retiró á Bouillon, y despues á Roma. Luis XIV no reinaba ya. El papa Gregorio el Grande enviaba como misioneros á la isla de los Bretones, jóvenes esclavos bretones bautizados: dos siglos despues, la Gran-Bretaña enviaba á su vez á los soberanos pontifices reyes bretones confesores de la fe.

El ilustre proscrito se unió á una princesa, cuya jenerosa nombradia ha continuado Alfieri. Eduardo probó lo que prueban los grandes caidos en la desgracia: se vió abandonado. Tenia su buen derecho, pero la infelicidad prescribe contra la legitimidad. Los nietos de Luis XV debian ir errantes por Europa, como el pretendiente, y en Alemania habian de leer en los postes esta órden: »Se prohíbe á todo mendigo, »vagabundo y *emigrado* detenerse aqui mas de veinti-»cuatro horas.»

Eduardo jamás perdonó al gobierno frances su cobardía. Hacia el fin de su vida se abandonó á la pasion del vino, pasion indecorosa, pero con la cual podia volver á los hombres olvido por olvido. Murió en Florencia el 31 de Enero de 1788 (siempre este mes de Enero), un poco antes del principio de la revolucion francesa. Nosotros hemos visto morir á su hermano el cardenal de York, el último de los Estuardos, en la capital del mundo cristiano. Los dos hermanos tienen un mismo mausoleo: Roma les debia un lugar en el polvo de sus grandezas disipadas.

Cuando la casa de María de Escocia faltó, el ataud del desterrado de 1688 fue hallado en Francia casi en el mismo momento en que se hallaba en Inglaterra el

de la víctima de 1649. Si hubiesen dicho á Luis XIV:
»En menos de un siglo habrán desaparecido vuestros
»despojos mortales, y los del príncipe vuestro real hués-
»ped serán todo lo que quedará de vos en el palacio
»en que le recibisteis....” ¿que hubiese pensado Luis
el Grande?

Por la voluntad de Dios las cenizas de un monarca extranjero reclaman vanamente hoy día entre nosotros las cenizas de los reyes de la patria. La antigua abadía de Dagoberto ha guardado mal sus tesoros; Jacobo II, despertándose en San Jermain, solo ha visto en San Dionisio á Luis XVI. La tumba del hijo de Carlos I se eleva sobre nuestras ruinas, triste testigo de dos revoluciones, prueba extraordinaria de la contajiosa fatalidad unida á la raza de los Estuardos.

Fin de los cuatro Estuardos.

NOTICIAS NECROLÓGICAS.

NOTICIAS NEGROLÓGICAS.

SOBRE LA MUERTE DE M. DE LA HARPE.

FEBRERO 1803.

La literatura acaba de perder casi á un mismo tiempo al señor de Saint-Lambert y al señor de La Harpe. El primero pasaba de los ochenta y cuatro años de edad; han rodeado su lecho mortuario numerosos amigos; se ha adelantado en la tumba á los que formaron la felicidad de su vida; sus opiniones, siempre las mismas, le han puesto al abrigo de los ultrajes que abrumaron los últimos años del autor de *Filoctetes* y del *Curso de literatura*; y no se puede decir de Saint-Lambert:

¡Desdicha para aquel que tuvo larga vida!

Mientras que el autor de las *Estaciones* moría en medio de todos los consuelos filosóficos, M. de La Harpe espiraba rodeado de todos los consuelos de la religion. El uno fue visitado de los hombres en su último suspiro, el otro fue visitado de *Dios*, segun la bella y tierna espresion del cristianismo para pintar la muerte del hombre fiel. M. de La Harpe dejó este mundo el viernes 11 de Febrero de 1803, entre las siete y ocho horas de la mañana. Conservó todo su conocimiento

hasta el último instante. Pudo apreciar con afectos de gratitud lo que hacia el cielo en su favor; mas dichoso que Saint-Lambert, que ignoró los últimos desvelos que le prodigaba el mundo.

M. de La Harpe ha manifestado el mas heroico valor y sincera piedad durante su larga dolencia. Hizo que le leyesen muchas veces las súplicas de los agonizantes. M. Fontanes se presentó un dia en medio de esta triste ceremonia: »Amigo mio, le dijo el moribundo, estendiéndole una mano descarnada, doy gracias al cielo porque permitió dejarme el espíritu bastante libre para conocer cuan consolador y hermoso es esto:” es á un mismo tiempo la última mirada del cristiano y del hombre instruido.

Los obsequios fúnebres de M. de La Harpe se celebraron el domingo por la mañana en la iglesia de nuestra Señora. Despues de algunos años se habia retirado al claustro de esta catedral, como si lejos de un mundo poco caritativo, hubiese querido refugiarse á la sombra de la casa del Dios de las misericordias. Aquellos que hayan visto los despojos de este autor célebre encerrados en un pobre ataud, podrán conocer la nada de las grandezas literarias: felizmente el cristiano triunfa en la muerte, y comienza su gloria cuando todas las otras glorias se acaban.

Hubiérase dicho que la presencia del féretro de este hombre, que habia penetrado tan bien las bellezas de la Escritura, daba mayor realce á las súplicas que el cristianismo ha consagrado á la muerte. Todos estos clamores de esperanza: *Requiem dabo tibi, dicit Dominus.....* YO OS DARÉ EL REPOSO, DICE EL

SEÑOR ; — *Expectabo, Domine, donec veniat immutatio mea; vocabis me, et ego respondebo tibi: operi manuum tuarum porriges dexteram:* — ESPERO, SEÑOR, QUE LLEGUE MI TRANSFORMACION: VOS ME LLAMAREIS, Y YO OS RESPONDERÉ: ESTENDEREIS VUESTRA DIESTRA Á LA OBRA DE VUESTRAS MANOS: la carta de San Pablo: *¡O muerte, en donde está tu aguijon!* el Evangelio de San Juan: *tiempo vendrá en que todos aquellos que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios*; todos estos suspiros de la religion, todas estas palabras proféticas enternecen profundamente los corazones. Cuando los sacerdotes entonaron, á la comunión, *ut requiescant a laboribus suis*: QUE DESCANSEN DE SUS TRABAJOS, acudieron las lágrimas á los ojos de los amigos de M. de La Harpe.

La comitiva partió á la una para el cementerio de la barrera de Vaugirard. Tuvimos el sincero dolor de que no marchase al frente del acompañamiento la cruz que nos alija y nos consuela, y por la cual un Dios compasivo quiso acercarse á nuestras miserias. Al llegar al cementerio se depositó el ataúd en el borde de la huesa, sobre el pequeño monton de tierra que pronto la habia de cubrir. M. de Fontanes pronunció un discurso noble y sencillo sobre el amigo que acababa de perder. Se mostraba en el acento del orador enternecido, en los copos de nieve que caian del cielo, y emblanquecian el paño mortuorio del ataúd, en el viento que levantaba este paño, como para dejar pasar las palabras de la amistad al oido de la muerte, se mostraba, digo, en este concurso de circunstancias algo de patético y lúgubre.

Oigamos al mismo Fontanes (1), intérprete mas digno que nosotros para honrar la memoria de M. de La Harpe. Unicamente advertimos que el orador se engañó cuando dijo que la muerte apaga todos los odios. Los restos de M. de La Harpe no estaban aun cubiertos de tierra; nosotros llorábamos aun al lado del féretro y del sepulcro abierto; y en el momento mismo en que M. de Fontanes nos aseguraba que todas las injusticias iban á sepultarse en esa tumba, y que todo el mundo participaba de nuestro sentimiento, un periódico insultaba las cenizas del hombre ilustre: acusábale de haber deshonrado el principio de su carrera con sus nueve últimos años. Aplicaremos á los autores del artículo las palabras de la Escritura que M. de La Harpe citó al fin de su último trozo sobre la Enciclopedia, y que son tambien las últimas que este gran crítico dijo en público: «No hayais bien vosotros, que llamais malo á lo que es bueno, y bueno á lo que es malo.»

(1) Véase el *Discurso de M. Fontanes*.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR M. FONTANES DELANTE DEL INSTITUTO, EN LOS FUNERALES DE M. DE LA HARPE.

Las letras y la Francia echan menos hoy día un poeta, un orador, y un ilustre crítico.... La Harpe contaba apenas veinticinco años cuando su primer ensayo dramático le señaló como el mas digno discípulo de los grandes maestros de la escena francesa. La herencia de su gloria no dejeneró en sus manos, porque nos transmitió fielmente sus preceptos y sus ejemplos. Alabó á los grandes hombres de los mas bellos siglos de la elocuencia y de la poesía, y su espíritu y lenguaje se encuentra siempre en el discípulo que formaron: en su nombre atacó hasta el último momento las falsas doctrinas literarias, y en este género de combate, su vida entera fue una larga consagracion al triunfo de los verdaderos principios. Pero si esta jenerosa resolucion formó su gloria, estuvo lejos de formar su dicha. No puedo disimular que la franqueza de su carácter y el imparcial rigor de sus censuras, apartaron con frecuencia de su nombre y de sus trabajos la benevolencia, y aun la equidad; solamente sacaba la estimacion de unas prendas que hubiesen proporcionado á otros el entusiasmo. Con frecuencia los clamores de sus enemigos hablaron mas alto que el ruido de su fama; pero á la vista de esta tumba desarmados están todos

sus enemigos. Aquí se acaban los odios, y solo permanece la verdad.

Los talentos de La Harpe no serán ya disputados: todos los amantes de las letras, sea cual fuere su opinion, participan ahora de nuestro luto y sentimiento. Las circunstancias en que la muerte le ha herido hacen su pérdida mas dolorosa; espira en una edad en que el pensamiento no ha perdido nada de su vigor, y cuando su talento se engrandecía en otro orden de ideas, que debia á los espectáculos extraordinarios de que el mundo era testigo por espacio de doce años. Deja por desgracia imperfectas algunas obras, de las que esperaba mas sólida gloria, y que hubiesen sido sus primeros derechos á la fama de la posteridad. Sus manos moribundas se separaron con pena del último monumento que levantaba, y los que conocian algunas partes de él, confiesan que el talento poético del autor, gracias á las inspiraciones relijiosas, jamás tuvo tanto brillo, fuerza y orijinalidad. Sabido es que habia abrazado con toda la enerjia de su carácter aquellas opiniones útiles y consoladoras, sobre las cuales reposa el sistema social; ellas enriquecieron no solamente sus pensamientos y su estilo con nuevas riquezas, sino que endulzaron sus penas de sus últimos dias. El Dios á quien adoraban Fenelon y Racine, ha consolado en el lecho de muerte al elocuente panejirista y heredero de sus lecciones. Los amigos que lo han visto en este momento en que el hombre nada sabe finjir, están penetrados de la verdad de sus sentimientos: han podido juzgar como su corazon, á pesar de la calumnia, respiraba la rectitud y la bondad. Senti-

mientos mas dulces habian entrado ya en su corazon muy desconocido, y con frecuencia inundado de amargura; las injusticias se reparaban; estábamos próximos á volverle á ver en el santuario de las letras y del gusto, cuyo firme sosten era su persona: él mismo se felicitaba de esta reunion tan apetecida; pero la muerte inutilizó nuestros votos y los suyos: ¡ojalá puedan conservarse siempre las tradiciones de los grandes modelos que supo interpretar con tan elocuente razon! ¡Ojalá, queridos compañeros, que puedan ellas formar buenos escritores que le reemplacen, dando un nuevo brillo á la academia francesa ilustrada por tantos nombres famosos despues de cincuenta años, y que acaba de restablecer á un grande hombre tan superior al mismo que la fundó.

SOBRE LA MUERTE

DE M. DE SAINT-MARCELLIN.

FEBRERO 1819.

M. de Saint-Marcellin, que apenas contaba veintiocho años de existencia, herido de muerte el día 1.º de este mes, ha fallecido el día 3, entre nueve y diez de la noche. Había desempeñado el aprendizaje de sus armas en la campaña de 1812 en Rusia. Dió las primeras pruebas de su valor en el combate que tuvo por resultado la toma de la población de Borodino, y del gran reducto que cubria el centro de las fuerzas rusas. El parte del príncipe Eajenio al mayor jeneral sobre esta jornada termina con esta frase: «Mi ayuda de campo de Seve y el jóven Fontanes de Saint-Marcellin merecen honorífica mencion en mis comunicaciones.»

M. de Saint-Marcellin se habia precipitado sobre los parapetos enemigos, y habia sacado la cabeza herida de tres fuertes golpes de sable.

Despues del combate se presentó en tal estado en un hospital lleno de cuatro mil hombres heridos, en donde solo habia tres cirujanos desprovistos de vendajes, deshilas y medicamentos, y no consiguió ser admitido. VolvÍase inundado de sangre, cuando encontró á Bonaparte: «Voy á morir, le dijo; concededme la cruz de honor, no para recompensarme, sino pa-

»ra consolar á mi familia." Bonaparte le dió su propia cruz.

M. de Saint-Marcellin, recostado sobre los fergones, llegó medio muerto á Moscou; estuvo allí algun tiempo, y fue bastante feliz para proporcionarse el modo de volver á Francia, en donde le habemos visto durante dieziocho meses con una larga herida en la cabeza.

Cuando la Francia llamó á su rey lejítimo, M. de Saint-Marcellin fue fiel al nuevo juramento que habia prestado. Era ayudante de campo del jeneral Dupont en la época del 20 de Marzo. Se hallaba en Orleans con su jeneral cuando los soldados seducidos dejaron la escarapela blanca; M. de Saint-Marcellin osó guardarla: circunstancia que pudo saber el mariscal Gouvion de Saint-Cyr, que obligó á las tropas estraviadas á tomar de nuevo la escarapela blanca. Entrando en Paris M. de Saint-Marcellin tuvo un altercado politico con un oficial, se batió, hirió á su contrario, y partió del campo cerrado, para reunirse con aquellos á quienes habia prometido su fidelidad.

Nombrado capitán en Gante, solicitó el honor de acompañar al jeneral Donnadieu, encargado por el soberano de una mision importante. Desembarcando en Burdeos, fue arrestado y puesto en poder de dos jendarmes, que debian conducirlo á Paris para fusilarle. Al pasar por Angulema, se escapó de manos de sus conductores, escitó un movimiento realista en la ciudad, y entró en Paris con el rey.

M. de Saint-Marcellin fue enviado á esta sazón como jefe de batallon en un rejimiento de linea á Orleans.

Herido de nuevo, se vió obligado á volver á París. Desde este momento puso sus placeres en la literatura que le brindaba con ellos. Dió algunas obras á nuestros diferentes teatros liricos. Comprendido como jefe de escuadron en la nueva organizacion del estado mayor del ejército, habia rehusado últimamente un servicio que le hubiese apartado de París. La Providencia queria que estuviese en esta ciudad. Por razones fáciles de adivinar, la administracion, segun se decia, habia mudado en rigor su benevolencia política. Asegúrase que M. de Saint-Marcellin iba á perder su plaza de jefe de escuadron, cuando llegó la muerte á impedir á los enemigos de los realistas esta destitucion, y á borrar por sí misma á este esforzado militar del cuadro, de donde igualmente borra á los jefes y á los soldados.

No desmintió M. de Saint-Marcellin en sus últimos momentos aquel valor frances que sabe mirar la vida como la cosa mas indiferente en sí misma, y el negocio menos importante de toda la jornada. Ni dijo á sus parientes ni á sus amigos que debia batirse, y se ocupó toda la mañana de un baile que se daba por la noche en casa del marques de Fontanes. A las tres dejó los adornos del placer para ir á morir. Llegando al campo de batalla, por haber decidido la suerte que su contrario hiciese el primer fuego, se puso tranquilamente en el blanco, recibió el golpe mortal, y cayó diciendo: »Yo debia bailar esta noche." Conducido sin conocimiento á casa del señor de Fontanes, sabido es que entró á la luz de las antorchas encendidas ya para el festin. Asi que volvió en sí, le preguntaron el nom-

bre de su contrario. »Eso no se dice, contestó sonriéndose; lo que puedo decir que es un hombre que »tira bien." M. de Saint-Marcellin no se hizo ilusion sobre su estado; conoció que estaba perdido, pero no lo daba á entender, y no cesaba de decir á sus parientes y amigos que lloraban. »Estad tranquilos que esto »es nada." No exhaló queja alguna, no manifestó sentimiento por la vida, ni odio ni enfado contra el que se la arrancaba: murió con la sangre fria de un soldado veterano, y con la facilidad de un hombre jóven.

Las letras y las armas pierden en M. de Saint-Marcellin una de sus mas brillantes esperanzas. En los primeros ensayos de su pluma se descubre un estilo alegre de buen gusto, apoyado en un fondo de razon y de sentimientos nobles. Cuando habla del honor, se ve que sabe sentirlo, y cuando rio, se descubre que desprecia. Parece que su destino hubiese debido ser feliz en un órden de cosas diferente del que rije hoy dia; pero asi que entró en la linea de los deberes legítimos, fue tocado de la fatalidad, que parece unir sus pasos á los sugetos que han permanecido fieles. ¿Será ésta una razon para renunciar á una causa justa y santa? Muy al contrario: debe ser una razon para unirse á ella: los hombres jenerosos están á prueba de peligros, y el honor es una divinidad, con la cual estrechamos nuestros lazos por medio de los mismos sacrificios que le rendimos.

¿Debemos compadecer ó felicitar á M. de Saint-Marcellin? No estaba formado él para vivir en este tiempo de ingratitud y de injusticia. Hervia su sangre en sus venas; su corazon se exasperaba cuando la traicion

recibia premio y la fidelidad castigo. Su indignacion tenia todo el brillo de su valor, y dificultaba tan poco manifestar sus sentimientos como desnudar su espada. Con semejante disposicion de alma, no podíamos conservarlo largo tiempo. Marchamos tan precipitadamente, y el sistema adoptado nos prepara tales acontecimientos, que Saint-Marcellin debió perderse en sus tempestades: se apresuró, pues, en llegar al término de su reposo, y á lo menos ya no escucha el ruido de nuestras disensiones.

Mil razones nos obligan á rendir este tributo de elogio á la memoria de Saint-Marcellin; mas una hay sobre todas que una amistad antigua podrá apreciar. Esta amistad ha sido probada por la buena y la mala fortuna: ella nos encontrará siempre prontos cuando se trate de consolarla: *Ille dies utramque duxit ruinam.*

SOBRE LA MUERTE

DE M. DE FONTANES.

MARZO 1821.

AL SEÑOR REDACTOR DEL DIARIO DE LOS DEBATES.

Muy señor mio: es de mi deber responder al llamamiento que vuestra amistad me ha hecho en vuestro diario del 19 de este mes. No podré responder muy bien, porque cuando el corazón está lastimado, no es ocasión propicia para escribir. La escuela siempre célebre fundada por Boileau, Racine y Fenelon, concluye en el señor de Fontanes: nuestra gloria literaria espira con la monarquía de Luis XIV.

Mi ilustre amigo deja entre las manos de su inconsolable viuda y de su joven é infeliz hija los mas preciosos manuscritos, y era tal su indiferencia por su fama, que se negaba á publicarlos. Consisten estos manuscritos en una coleccion de odas y poemas admirables y variedades literarias, escritas en una prosa, cuyo buen gusto no perjudica á la imaginacion, ni la elegancia á la naturalidad, ni la correccion á la elocuencia, ni la pureza de estilo al atrevimiento de las ideas.

¿Deberé yo ser llamado á hablar de las últimas obras del aventajado escritor que anunció mis primeros ensayos? Ninguna persona (esceptuando á uno de sus antiguos amigos, que tambien lo es mio, M. Joubert) ha conocido mejor que yo la honradez, simpli-

cidad y ausencia de toda envidia que distingue los verdaderos talentos, y que formaba el fondo de carácter de M. de Fontanes. ¡Singular fatalidad! ¡Nuestra amistad comenzó en la tierra extranjera, y en esta misma tierra tengo noticia de la muerte de mi compañero de destierro!

Como hombre público, M. de Fontanes ha prestado á su país inapreciables servicios: mantuvo la dignidad de la palabra bajo el imperio de un señor que prescribía un silencio servil; y educó en las doctrinas de nuestros padres á niños, á quienes se quería separar de lo pasado, para destruir su porvenir. Vos también, señor mío, habeis admirado y amado al brillante jenio, y al escelente hombre que ya tal vez ha caído en el olvido en la ciudad en donde todo se olvida.

El tiempo de su memoria llegará; la posteridad reconocida querrá saber quién fue el último heredero del gran siglo, cuyas páginas inmortales leerá. Al presente soy incapaz de entrar en largos detalles sobre la persona y trabajos de mi amigo; su pérdida me es irreparable, y la sentiré toda mi vida. En el mismo momento en que llegó vuestro diario, escribía yo á M. de Fontanes: ¡ya no le escribiré mas! Disimulad, amigo mío, si limito mi carta á tan pocas palabras que apenas veo al trazarlas.

Tengo el honor, &c.

CILATEAUBRIAND.

Berlin 31 de Marzo.

SOBRE EL JENERAL NANSOUTY.

FEBRERO 1815.

Nansouty (Estévan-Antonio-María-Champion, conde de) nacido en Burdeos de una familia noble originaria de Borgoña, se distinguió en la doble carrera de las armas y de la majistratura. En el siglo xvi se encuentra un señor de Nansouty que contribuyó poderosamente á que la Borgoña se sometiese á la lejitima autoridad. Para recompensar sus servicios lo admitió en su consejo Enrique IV: concedió el mismo favor á su hijo, y ordenó que el castillo de Nansouty, medio destruido por las turbulencias de la liga, se reparase á espensas del tesoro. La historia hará ver que en nuestro siglo tan fecundo en virtudes guerreras, las antiguas razas militares no dejeneraron de su valor: caballerescas en la Vandé, heroicas en el ejército de Condé, brillantes y felices en las lejiones de la república y del imperio, han producido hábiles jenerales y célebres mariscales, y el mismo Bonaparte salió de sus filas. Enviado á la edad de diez años á la escuela real y militar de Briena, Estévan de Nansouty pasó el 21 de Octubre de 1779 á la escuela militar de París. Fue nombrado subteniente de infantería el 30 de Mayo de 1785, y MONSIEUR, hoy día el rey, lo elevó á caballero novicio del Monte Carmelo. La cruz de esta orden solo se concedia al discípulo de la escuela militar que por espacio de dos años fuese el primero en

todas las clases, y se distinguiese por su conducta y por sus estadios. Estévan de Nansouty estaba destinado á recibir estos primeros y últimos honores de la mano de su rey. Conducido al rejimiento de Borgoña por su padre, que habia dejado gloriosos recuerdos en su rejimiento, obtuvo en 1788, por la proteccion del mariscal de Beauvau, un rescripto de capitán de reemplazo en el rejimiento de Franco-Condado, caballería; apenas apareció en este cuerpo, y entró el 24 de Mayo del mismo año en el sexto rejimiento de húsares, mandado por el duque de Lauzun, despues duque de Biron, personaje demasiado pequeño para la revolucion; pero que vivirá, porque reunia alguna cosa de las aventuras y desdichas, cuyo recuerdo escitan su primero y último nombre. Estévan de Nansouty se halló envuelto en Nancy, en el asunto del rejimiento de Chateauvieux, y corrió peligros, quedando fiel á los mandatos del rey.

La revolucion comenzaba acreditando sus doctrinas, y en sus elecciones hizo desde luego algun discernimiento. Estévan de Nansouty, á pesar de su juventud, fue designado por oficiales y soldados para mandar una compañía de su rejimiento: cada rejimiento, formando una especie de república militar, habia adquirido este derecho de eleccion. Declarada la guerra, el capitán Nansouty fue sucesivamente elegido teniente coronel del rejimiento 3.º de caballería (4 de Abril de 1792), jefe de brigada (19 Brumario año 2.º 1793), jeneral de brigada, ó mariscal de campo (17 Fructidor año 7.º), jeneral de division, ó teniente jeneral (3 Jerminal año 11, 1803), y en fin coronel de drago-

nes (11 de Enero 1813); grados que adquirió con su espada. Supo en Alemania con el jeneral Moreau, y en Portugal con el jeneral Leclerc, lo que constituía el éxito ó el reves de la guerra; mandaba la caballería gruesa bajo las órdenes del jeneral Mortier en la conquista de Hanovre. Nombrado primer chambelán de madama Josefina Bonaparte, que entonces era emperatriz, dió su dimision de una plaza poco compatible con la independencia de un soldado, y no quiso ir rastrero, ni sobre los crímenes ni sobre los honores de la revolucion. Volviendo á la lid, unió su nombre á la mayor parte de las grandes batallas, en donde nuestros soldados prodigaron su sangre, para hacer olvidar la que se habia derramado en los patibulos. Se batió en Wertinghen y en Ulm, acabó la victoria en Austerlitz, comenzó la de Wagram, se halló en el fuego en el acontecimiento de Friedland, y fue herido en Moscou: la caballería del ejército y de la guardia lo tenia por jefe en la batalla de Leipzig, y él fue quien en el desfiladero de Hanau abrió á nuestras banderas el camino de la Francia. En la campaña de 1814, en que Bonaparte manifestó por última vez su jenio (porque el hombre extraordinario concluyó en 20 de Marzo, y Waterloo, colocado fuera de los límites señalados á su poder, no hace fecha sino en su destino), nuestros soldados habian entrado en la causa de la monarquía, acompañados, mas que rechazados, por la Europa, que los seguia como por las huellas de sus victorias. Despues de doce siglos, nuestra gloria militar, desbordada sobre todas las naciones, se retiró á su origen; la capital de las Galias era disputada en

los mismos lugares en donde los primeros francos habian marchado á su conquista. El brillo de nuestras armas hacia salir de la obscuridad las chozas de la isla de Francia, asi como habia dado un nombre á las poblaciones desconocidas de los árabes y moscovitas: las últimas balas de esta guerra de veinticinco años que habian sometido la ciudad de Berlin, Viena, Moscú , Lisboa, Madrid, Nápoles y Roma, vinieron á caer sobre las murallas de París. El jeneral Nansouty asiste á todos los choques que se dan á orillas de la Marna y del Sena, asi como se halló en las batallas dadas al márjen del Boristenes y del Tajo: protege la retirada á Briena, abre el ataque en Montmirail, en Berri-au-Bac y en Craona, y por fin ve la corona imperial caer en Fontainebleau, en el mismo palacio en que Bonaparte habia detenido como prisionero al pontífice que lo habia marcado con el sello de los reyes. Asi cayó, despues de treinta años, el prodijoso edificio de gloria, de locuras y de crímenes, que se llamó *revolucion*. Las conquistas útiles de Luis XIV existian enteras; y de la Europa invadida solo quedaba á la república y al imperio el campo de Cosacos en torno del Louvre. Durante la campaña de Francia, el jeneral Nansouty sintió los ataques de la enfermedad, á la cual debia pronto sucumbir. Frecuentemente le faltaban los recursos que su estado exijia, pero queria permanecer á caballo mientras hubiese un campo de batalla: habia vivido bajo la tienda en medio de los triunfos y lejos de nuestras desgracias; cuando cesó el ruido de las armas, hizo que llegase á la autoridad aquella adhesión notable por su simplicidad. »Tengo

«el honor de prevenir al gobierno provisional mi su-
»mision á la casa de Borbon.» Esta adhesion arrebató
consigo gran parte de la del ejército: determinando á
sus compañeros de armas á unirse bajo la bandera
blanca, el jeneral Nansouty obtuvo en favor de su pa-
tria la última y mas señalada victoria. Los soberanos
de Europa, reunidos en París en 1814, le dieron
muestras de estimacion, tanto mas halagüeñas, cuanto
su ánimo jamás habia buscado el favor; pero le estaba
reservado un voto, que siempre ambicionará un cora-
zon frances: MONSIEUR lo recibió con bondad; Luis
XVIII honróle con su confianza: el jeneral recorrió la
Borgoña en calidad de comisario del rey, y de vuelta
de su mision fue nombrado capitán lugar-teniente de
la primera compañía de mosqueteros. El jeneral Nan-
souty, uno de los mejores oficiales de caballería que
han producido las guerras de la revolucion, era va-
liente, humano, desinteresado, y conservaba en medio
de la rudeza de los campamentos, la política de nues-
tras antiguas costumbres. Salvó constantemente la vi-
da á los emigrados que la suerte de las armas puso
en sus manos; evitó los horrores del saqueo en el Ti-
rol, é hizo distribuir entre los hospitales una suma
considerable, que las autoridades del país le ofrecie-
ron en prueba de agradecimiento. Alojado en Moscou
con soldados hambrientos en el palacio del príncipe
Kourakin, despues de su partida se encontraron in-
tactos los sellos, tales como habian sido colocados en
los almaríos por órden del príncipe. Si habia jemido
con frecuencia los males que la guerra habia hecho
sufrir á los pueblos extranjeros, fue aun mas sensible

á los mismos males cuando vió que recaian sobre su patria. »Nadie se puede figurar, decia, lo que es oír á los desdichados paisanos quejarse en frances." Cerca de Fontainebleau le mandó Bonaparte tomar una trinchera, desde la cual hacia el enemigo un fuego espantoso: filas enteras de caballeros caian en esta empresa inútil y desesperada. De repente el jeneral Nansouty detiene los escuadrones, y avanza solo fuera de las filas: Bonaparte envia á preguntarle la razon de semejante órden, y por qué habia cesado de marchar al reducto. »Decidle, respondió el jeneral, que voy á yo solo: allí se halla la muerte." El jeneral Nansouty no vió las nuevas desgracias de la Francia: una enfermedad peligrosa arrancó su vida el 12 de Febrero de 1815. Espiró con aquellos sentimientos religiosos que convierten una muerte sencilla en una grande accion, y que dando nobleza á los menores hechos de la vida cristiana, los elevan á la dignidad de la historia. El conde de Nansouty habia casado en 1802 con Adelaida de Vergenes, y despues de haber podido disponer de una parte de los despojos de Europa, dejó un hijo sin fortuna, que al morir recomendó á las bondades de un rey que ha conocido las adversidades.

FIN.

INDICE.

| | PÁJ. |
|---|------|
| <i>Prólogo.</i> | 5 |
| <i>Advertencia de la primera edicion.</i> | 11 |

PRIMERA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

| | |
|--|----|
| CAPÍTULO PRIMERO. <i>Esposicion.</i> | 13 |
| CAP. II. <i>De los Borbones.</i> | 14 |
| CAP. III. <i>Grandezza de la casa de Francia.</i> | 16 |
| CAP. IV. <i>Nacimiento é infancia del señor duque de Berry.</i> | 18 |
| CAP. V. <i>Rasgos de la infancia del principe.</i> | 20 |
| CAP. VI. <i>Emigración del duque de Angulema y del duque de Berry.</i> | 21 |
| CAP. VII. <i>El duque de Berry en Turin.</i> | 23 |
| CAP. VIII. <i>Salida de los duques de Angulema y de Berry para el ejército de los principes.</i> | 25 |
| CAP. IX. <i>Retirada de Champaña. El principe concluye su educacion militar, y va á unirse con el ejército de Condé.</i> | 26 |
| CAP. X. <i>El ejército de Condé.</i> | 28 |
| CAP. XI. <i>El duque de Berry en el ejército de Condé.</i> | 30 |
| CAP. XII. <i>Continúa el asunto precedente. Valor del principe. Satisfaccion que dió á un oficial.</i> .. | 32 |

| | |
|---|----|
| CAP. XIII. <i>Luis XVIII es proclamado en el ejército de Condé.</i> | 34 |
| CAP. XIV. <i>El rey en el ejército de Condé.</i> | 35 |
| CAP. XV. <i>Reposo momentáneo de los emigrados y del duque de Berry: observaciones de este príncipe sobre la Alemania.</i> | 38 |
| CAP. XVI. <i>Carta del señor duque de Berry al príncipe de Condé. El ejército de Condé se retira á Polonia. Despedida de este príncipe al ejército.</i> | 39 |

LIBRO II.

| | |
|---|----|
| CAPÍTULO PRIMERO. <i>El duque de Berry vuelve á unirse con el ejército de Wolhima. Hospitalidad de los polacos. El príncipe organiza el regimiento noble de caballería.</i> | 42 |
| CAP. II. <i>El ejército de Condé se pone en marcha para incorporarse con las tropas aliadas. Matrimonio de S. A. R. Madama y el serenísimo señor duque de Angulema</i> | 44 |
| CAP. III. <i>Llegada del duque de Berry á Constanza con el ejército. Combate. Retirada.</i> | 49 |
| CAP. IV. <i>Proyecto de matrimonio entre el duque de Berry y la princesa Cristina de Nápoles. El príncipe va á Italia.</i> | 51 |
| CAP. V. <i>Viaje del príncipe á Roma.</i> | 52 |
| CAP. VI. <i>Continuacion del mismo asunto. El duque de Berry parte de Roma para volver al ejército.</i> | 54 |
| CAP. VII. <i>El duque de Angulema llega al ejército de Condé, y reünese á él su hermano. Último boletín del ejército de Condé escrito por el señor</i> | |

| | |
|---|----|
| <i>duque de Berry</i> | 56 |
| CAP. VIII. <i>Licenciamiento del ejército de Condé</i> .. | 61 |

LIBRO III.

| | |
|--|----|
| CAPÍTULO PRIMERO. <i>Dificultad en que se halló el señor duque de Berry en Alemania. Sus cartas.</i> | 67 |
| CAP. II. <i>El duque de Berry en Escocia</i> | 63 |
| CAP. III. <i>Llegada del duque de Berry á Londres. Sus flaquezas. Admirable declaración del rey y de los príncipes de la casa de Francia</i> | 70 |
| CAP. IV. <i>Vida del duque de Berry en Londres. Viajes del príncipe</i> | 74 |
| CAP. V. <i>El duque de Berry intenta volver á tomar las armas, y pasar á Francia. Magnanimidad del príncipe de Condé y de los Borbones.</i> | 78 |
| CAP. VI. <i>Salida del duque de Berry para Jersey. Mansion del príncipe en esta isla</i> | 84 |

SEGUNDA PARTE.

LIBRO PRIMERO.

| | |
|---|----|
| CAPÍTULO PRIMERO. <i>Llegada del duque de Berry á Francia. Viaje de Cherburgo á Paris</i> | 89 |
| CAP. II. <i>El rey en Compiègne</i> | 93 |
| CAP. III. <i>El duque de Berry es nombrado coronel jeneral de cazadores. Inspecciones militares. Una palabra del príncipe. Peregrinacion del duque de Berry á Versalles</i> | 95 |
| CAP. IV. <i>Los cien dias. El duque de Berry en Gante</i> | 97 |

| | |
|--|-----|
| CAP. V. <i>Vuelta del rey. El duque de Berry preside el colegio electoral de Lila.....</i> | 99 |
| CAP. VI. <i>Matrimonio del príncipe.....</i> | 101 |
| CAP. VII. <i>Llegada de la señora duquesa de Berry á Marsella.....</i> | 106 |
| CAP. VIII. <i>Cartas del príncipe y de la princesa. La señora duquesa de Berry describe las fiestas que le dieron en Marsella y en Tolon.....</i> | 107 |
| CAP. IX. <i>Siguen las cartas. La señora duquesa de Berry parte de Marsella, y continúa hablando de la Francia á medida que se aproxima á Fontainebleau.....</i> | 114 |
| CAP. X. <i>La señora duquesa de Berry llega á Fontainebleau. Celebracion del matrimonio en París.</i> | 118 |
| CAP. XI. <i>Vida privada del príncipe. Anecdotos del cochero, del lacayo y del picador. Pension de Mr. de Provencheré.....</i> | 120 |
| CAP. XII. <i>Sigue la vida privada. Caridad del príncipe.....</i> | 122 |
| CAP. XIII. <i>Continúa la vida privada. Diversas aventuras.....</i> | 124 |
| CAP. XIV. <i>Siguen las aventuras.....</i> | 126 |
| CAP. XV. <i>Sigue el asunto precedente.....</i> | 130 |
| CAP. XVI. <i>Muerte de los dos primeros hijos de la señora duquesa de Berry. Fatalidad de los números.....</i> | 131 |
| CAP. XVII. <i>Presentimientos del señor duque de Berry, comparados con los de Enrique IV... </i> | 133 |

LIBRO II.

CAPÍTULO PRIMERO. *El señor duque de Berry es*

| | |
|---|-----|
| <i>herido en la ópera.....</i> | 136 |
| CAP. II. <i>Primera curacion del príncipe.....</i> | 139 |
| CAP. III. <i>Llegada de Monseñor el obispo de Chartres, del señor duque de Angulema, de Madama y Monsieur. Segunda cura de la herida.</i> | 141 |
| CAP. IV. <i>Diferentes palabras del príncipe. Anuncia el preñado de la señora duquesa de Berry. El príncipe confiesa una debilidad.....</i> | 145 |
| CAP. V. <i>El príncipe hace una confesion pública, y recibe la Estremauncion. Diversas palabras del príncipe.....</i> | 149 |
| CAP. VI. <i>Llegada del rey. El príncipe pide el perdón de su asesino.....</i> | 153 |
| CAP. VII. <i>Desesperacion de la señora duquesa de Berry. Muerte del príncipe.....</i> | 155 |
| CAP. VIII. <i>Consternacion de la Francia y de la Europa. Tánulos de luces que se erijen en el Louvre y en San Dionisio.....</i> | 160 |
| CAP. IX. <i>Sentimientos de la familia real y de la señora duquesa de Berry.....</i> | 164 |
| CAP. X. <i>Fuerales del señor duque de Berry. Las entrañas del príncipe son llevadas á Lila. Su corazon se depositará en Rosny.....</i> | 167 |
| CAP. XI. <i>Retrato del príncipe. Conclusion.....</i> | 171 |
| <i>Documentos justificativos.....</i> | 177 |

LOS CUATRO ESTUARDOS.

| | |
|----------------------|-----|
| <i>Jacobo I.....</i> | 211 |
| <i>Cárlos I.....</i> | 213 |

| | |
|---|-----|
| <i>Enriqueta-Maria de Francia</i> | 223 |
| <i>De la apertura del largo parlamento al principio de la guerra civil</i> | 240 |
| <i>Cromwell</i> | 254 |
| <i>Desde el principio de la guerra civil hasta la cautividad del rey</i> | 259 |
| <i>Desde la cautividad del rey hasta el restablecimiento de la república</i> | 264 |
| <i>Relacion verdadera de la muerte del rey de la Gran-Bretaña , con la arenga hecha por S. M. en el cadalso antes de su ejecucion</i> | 286 |
| <i>La república y el protectorado</i> | 296 |
| <i>El protectorado</i> | 312 |
| <i>Ricardo Cromwell</i> | 336 |
| <i>Cárlos II</i> | 342 |
| <i>Jacobo II</i> | 353 |

| | |
|------------------------------------|-----|
| <i>Noticias necrológicas</i> | 373 |
|------------------------------------|-----|